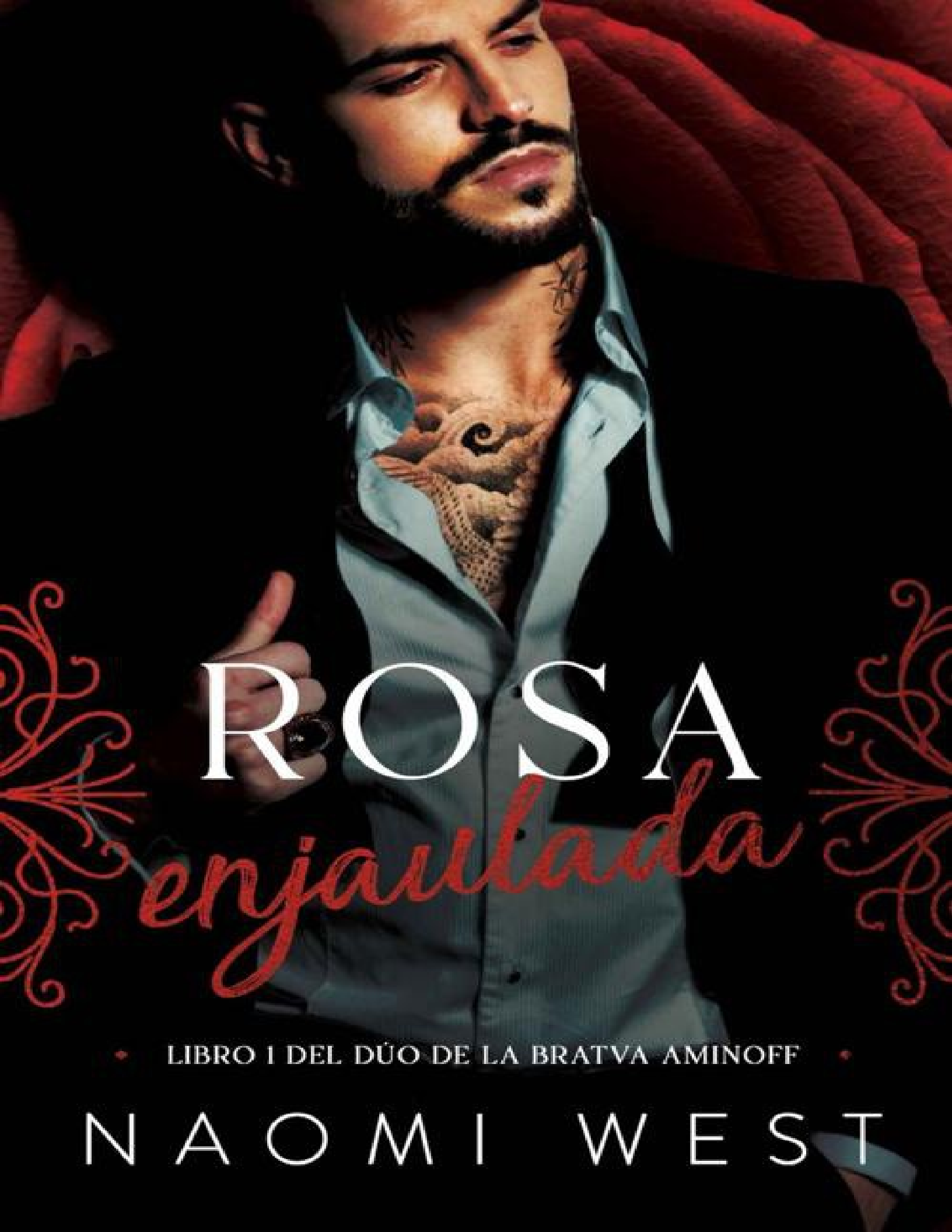


ROSA enjaulada

LIBRO 1 DEL DÚO DE LA BRATVA AMINOFF

NAOMI WEST

ROSA ENJAULADA

LA BRATVA AMINOFF

LIBRO 1

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Rosa Enjaulada

1. Iris
2. Iris
3. Kon
4. Iris
5. Kon
6. Kon
7. Iris
8. Iris
9. Kon
10. Iris
11. Iris
12. Kon
13. Iris
14. Kon
15. Iris
16. Kon
17. Iris
18. Kon
19. Iris
20. Kon
21. Iris
22. Kon
23. Iris
24. Kon
25. Iris
26. Kon
27. Iris
28. Kon
29. Iris
30. Kon
31. Iris
32. Kon
33. Iris
34. Kon
35. Iris
36. Kon
37. Iris
38. Iris
39. Kon
40. Iris

Copyright © 2024 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

la Bratva Tasarov

Juramento de Medianoche

Mentiras de medianoche

La Bratva Nikolaev

Dmitry Nikolaev

Gavriil Nikolaev

Bastien Nikolaev

La Bratva Sorokin

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

ROSA ENJAULADA

DUETO DE LA BRATVA AMINOFF (LIBRO 1)

Esta no es la historia de una conexión perdida.

Esta es la historia de un desastre que creí haber dejado atrás.

Hace diez años, hui de mi casa y encontré el camino a Los Ángeles.

Algunas chicas vienen aquí con esperanzas de fama y fortuna.

Yo solo estaba intentando sobrevivir y mantenerme alejada de problemas.

No me tomó mucho tiempo encontrarlas.

Aunque, para ser justos, es más como si me hubieran encontrado a mí.

Y “eso” tomó la forma de Konstantin Aminoff.

Demasiado alto para ser visto. Demasiado brusco para ser real. Demasiado guapo y demasiado rico y demasiado peligroso para acercarse.

Pero Konstantin se acercó antes de que supiera que debía gritar.

Luego, desapareció.

Diez años después, sigo intentando recomponer mi vida.

Es entonces cuando abro mi puerta…

Y veo al hombre que nunca pensé que volvería a ver.

—Sé que lo tienes —retumba.

Lo miro fijamente a los ojos y digo—: No tengo ni idea de lo que estás hablando.

Él dice—: No me mientas, kiska. Vine por la verdad. Ahora, dime:

¿Dónde está nuestro hijo?

ROSA ENJAULADA es el primer libro en el dueto de la Bratva Aminoff de la exitosa autora de suspenso romántico mafioso, Naomi West. ¡La historia de Kon e Iris continua en el Libro 2, ESPINA ENJAULADA!

IRIS

La mirada en los ojos de David debería haber sido mi primera advertencia.

—Date la vuelta —ordena, con el ceño fruncido por el disgusto.

Su cabeza calva refleja las luces fluorescentes que parpadean sobre nosotros. Está todo arreglado para la fiesta de esta noche, con una chaqueta azul y una corbata, pero en él, incluso eso parece vagamente viscoso.

Hago lo que me dice, haciendo piruetas en un círculo lento como un maniquí giratorio. Cuando termino de girar, ese brillo desagradable en sus ojos ha empeorado.

Miro más allá de él. Hay otras cuatro chicas alineadas detrás de David, aunque solo reconozco a una. Ella también estuvo en la agencia la semana pasada, en la entrevista posterior a la mía. El corte rubio platino era difícil de olvidar… que probablemente sea el punto. Hanna o Henley o Helena, algo así.

—Iris —David hierve en voz baja—, te dije la semana pasada lo importante que es esta fiesta. Y sin embargo aquí estás, apenas mostrando un centímetro de puta piel. ¿Eres terca o simplemente estúpida?

Veo mi reflejo en la ventanilla de la camioneta estacionada de la agencia. Llevo pantalones de cuero negros y un top sin mangas con lentejuelas plateadas, junto con mi par de botines más bonitos, que tienen un eslabón de cadena plateado alrededor del tobillo.

Echo otro vistazo a las chicas que están detrás de David. Supongo que me destaco en comparación con el océano de abdomen desnudo, vestidos sin espalda y nalgas a la vista.

—Fui por algo… sutil —murmuro.

Él pone los ojos en blanco. —No eres la puta Heidi Klum, maldita sea. Puedes ser sutil cuando te has hecho un nombre. Hasta entonces, debes causar una buena impresión. Impresiónalos con tus tetas, impresiónalos con tu trasero, pero impresiónalos con *algo*, por el amor de Dios.

Arrugo la nariz con disgusto. —No soy una puta, David.

De nuevo ese brillo en sus ojos. Oscuro y feo. —Cuando firmaste en mi agencia, me pusiste a cargo de ti. Llevo mucho tiempo en este negocio, pequeña mariquita.

Tengo que reprimir el escalofrío que sube por mi columna y todas las diferentes formas en que

quiero mandarlo a la mierda.

—Tienes una cara preciosa y un cuerpo espectacular —continúa, ajeno a mi disgusto—. Pero esto es Los Ángeles, bebé. Hay un millón de otras chicas con los mismos recursos. Chicas que son cooperativas y tranquilas, y que no se enfadan cuando su agente les dice que se pongan el vestido con más escote. Chicas dispuestas a hacer mucho más por mucho menos. Entre tú y ellas, adivina quién se quedará con los trabajos.

Él espera que responda. Cuando no lo hago, asiente, satisfecho consigo mismo. —Sí. Es lo que pensé. Ahora mismo no eres nadie. Si quieres cambiar eso, te sugiero que escuches mi consejo.

Jódete está ahí en la punta de mi lengua, rogando liberarse. Pero, por mucho que quiera tirarle eso a la cara, no puedo.

Me guste o no, lo necesito.

Todos mis otros puentes están actualmente ardiendo.

Exhalo lentamente, mi cara está caliente e incómoda. —Es la ropa más bonita que tengo —le susurro a mis pies.

No miento. Gasté lo último de mis ahorros en los pantalones de cuero. Era eso o usar los jeans descoloridos con los que viví durante los últimos dos años, y hasta yo sabía que eso no funcionaría con David.

—Jesucristo —se queja—. Hay un armario en la parte de atrás. Encuentra algo sexy, póntelo y sal aquí en cuatro minutos. La camioneta sale en cinco.

Me chasquea los dedos y me escabullo hacia la parte trasera de la agencia. El “armario” al que se refería David son en su mayoría estantes de ropa desorganizada que sobraron de varias sesiones de fotos a lo largo de los años. La mayor parte no es adecuada para usar en una fiesta ostentosa en uno de los hoteles más bonitos de la ciudad y las piezas que son lo suficientemente bonitas no son de mi talla.

Saco una percha tras otra, pero nada se ve bien hasta que finalmente encuentro un vestido que podría funcionar. Es cachemira, que puede ser un poco abrigada, pero el mar de tela verde, suave y soñadora, hará que mis ojos se destaquen.

El escote es una V profunda, que resalta lo suficiente de mi escote para apaciguar a David, y el dobladillo es corto y termina justo debajo de mi trasero, de modo que mis piernas también quedan expuestas. Es lo que pide: atrevida, sexy, llamativa.

Simplemente no estoy segura de que me gusten los ojos a los que llame.

Pero no tengo otra opción. O hago lo que dice David o vuelo a casa. Y no hay manera de que me vaya a casa. Le di la espalda a mi pasado por una buena razón. Nada en este planeta podría enviarme de regreso allí.

Lo único que conservo de mi outfit original son las pezoneras y mis botines. Como ya no hay lugar para guardar mi teléfono, lo meto en el costado de mis bragas.

Mi largo cabello negro fluye detrás de mí mientras corro de regreso al frente de la agencia, donde

David ya está subiendo a las otras chicas a la camioneta. Hay una imagen de una mujer caricaturescamente sexualizada con un minivestido ajustado impresa en el capó. David realmente dirige una operación con clase, déjame decirte.

—Para —ordena David, levanta la mano antes de que pueda subir a la camioneta—. Déjame mirarte. Date la vuelta.

Aprieto los dientes y me giro en el acto. Odio esto, sentirme como un pollo asado o un insecto bajo un microscopio, mientras este hombre asqueroso me mira con lascivia.

—¿Satisfecho? —espeto cuando estoy frente a él de nuevo.

—Voy en camino —dice de mala gana—. Unos tacones de tiras habrían sido mejores. Pero ya es demasiado tarde. Entra a la camioneta.

Me estoy montando cuando él me golpea el trasero. Antes de que pueda darme la vuelta y regañarlo, cierra la puerta de la camioneta.

—No te preocupes por David —me tranquiliza una de las chicas desde atrás mientras camino a trompicones por el pasillo—. Es un gilipollas, pero sabe lo que hace.

—Más vale que así sea —murmuro.

David se sienta en el asiento del conductor con un gruñido jadeante, enciende el motor y nos ponemos en marcha.

—Tú eres Iris, ¿no? —dice alguien más mientras nos alejamos de la acera—. Soy Helena.

Me vuelvo hacia la chica sentada a mi izquierda que acaba de hablar, la del cabello rubio que conocí en mi primera entrevista. —Sí, soy Iris. Hola.

—Ustedes dos son las novatas —explica otra de las chicas. Es casi tan alta como yo, con el cabello rojo suelto y un atractivo puñado de pecas—. Soy Kendra. Esta es Willa y esa es Adrianne.

Willa es exquisita. Tiene un corte de cabello elegante y los rasgos más impresionantes que he visto en mi vida. Sus ojos son de un color marrón caramelo claro, pero resaltan contra su piel oscura. Tanto ella como Kendra son flacas. Adrianne, por otro lado, es voluptuosa en todos los lugares correctos. El tipo de chica que hace que las botellas de Coca-Cola parezcan deformes.

—Encantada de conocerlas, chicas —dice Helena, entusiasmada—. ¿Cuánto tiempo llevan con David?

—Yo llevo dos años —responde Kendra.

—He estado aquí nueve meses —dice Willa—. Y Adrianne ha estado aquí seis.

—Entonces… ¿cómo son estas fiestas? —pregunta Helena.

—¡Locas! —dice Adrianne—. Muchas personas famosas. Me falta, como, una estrella de K-Pop para completar mi tarjeta de Bingo de Grupos de Chicos Musicales.

David interviene en la conversación con un gemido desde su posición en el asiento del conductor. —¿Eso qué diablos importa? Son los hombres cuyos nombres no sabes los que

realmente importan.

Kendra pone los ojos en blanco. —Aquí vamos de nuevo. Discurso pomposo en tres, dos, uno…

—Escúchenme, señoritas —retumba David en el momento justo, mirándonos por encima del hombro—. El Capitán Grupo de Chicos Musicales McGilipollas podría sonreírte y meterte el dedo hasta que te corras. Pero él no te dará un trabajo. Hay que fijarse en otros agentes. Productores musicales, diseñadores. Gente así. Personas que ven el potencial detrás de una cara bonita. Ellos son los que pueden hacerte famosa.

—Me conformaría con un sueldo fijo —murmuro.

—¿Qué fue eso, fiera? —pregunta David, mirándome con furia.

Estoy a punto de replicar, pero, en ese momento, faros llenan el interior de la camioneta. David grita y nos desvía de nuevo al carril correcto, mientras las bocinas del tráfico que viene en sentido contrario suenan ante su estupidez. Todas gritan, pero él nos ignora y se lanza de nuevo a su perorata, como si nada hubiera pasado.

—Si quisieras un sueldo fijo, estarías atendiendo el bar de algún club de mierda o sirviendo mesas en algún restaurante de mierda. Viniste a mi agencia porque querías subir la escalera más rápido. ¿No es así?

Me encuentro asintiendo de mala gana. No es que me importe subir la escalera, ni la fama, ni la fortuna, ni ninguna tontería de ese tipo.

Solo quiero asegurarme de escapar de la gravedad de las pesadillas de las que huyo.

—A veces, el costo de tomar atajos es tu dignidad. Esa mierda no vale nada, de todos modos.

Me tenso mientras las otras chicas guardan silencio. David sigue parloteando. Al hombre le encanta la atención. No hay demasiado. —Esta noche tienes que causar una buena impresión. Ser encantadora, divertida, interesante, atractiva. Tienen que recordarte mañana cuando se les pase el efecto del alcohol. ¿Me entiendes?

—Sí, sí, te entendemos, David —Kendra responde por todas nosotras.

Las otras chicas vuelven a entablar una conversación informal. Las miro hablar y me pregunto por qué no puedo reunir la mitad de su entusiasmo, la mitad de su exaltación. *Quieren* estar aquí de una manera que yo no puedo emular. Lo único que quiero es no estar más *allí*.

Cuando miro hacia adelante, noto que David nos mira a todas desde su espejo retrovisor. Esos ojos brillantes nunca dejan de moverse. Ida y vuelta, ida y vuelta, como el de un escarabajo.

Cuando finalmente llegamos al Hotel Carnegie, David pasa por la entrada y entra al estacionamiento contiguo. Ser transportadas aquí en autobús como si fuéramos ganado y luego conducidas a través de la puerta lateral es al menos un poco humillante, pero en realidad me alegro por ello esta noche, porque significa que nadie verá su camioneta intensamente vergonzosa y la imagen intensamente vergonzosa que ha elegido pintar en su costado.

Salimos al estacionamiento. Una vez que todas bajamos de la camioneta, David se para al frente como un sargento instructor, con ojos intensos y enfocados como un láser. —Esta noche podría

hacer o deshacer sus carreras en el mundo del modelaje —nos dice sombríamente—. Así que hagan que valga la pena —luego se marcha hacia el hotel, dejándonos detrás suyo.

Kendra y Willa toman la iniciativa, pero yo me quedo atrás, esperando tener algo de tiempo para ordenar mis pensamientos antes de entrar en lo que empiezo a pensar que podría ser un pozo negro de lo peor que Los Ángeles tiene para ofrecer.

Helena se pone a mi lado, moviendo ese impactante cabello rubio de un lado a otro. Es unos centímetros más baja que yo, pero sus tacones de plataforma rosa intensos la ponen a mi nivel.

—Sabía que él te contrataría desde el momento en que te vi —confiesa Helena, con una sonrisa curiosa.

Me sonrojo. —¿Sí?

—¿Bromeas? Eres impresionante. Apenas podía quitarte los ojos de encima —lo dice un poco brusco, de un modo que embota el cumplido y lo convierte en algo más. Algo competitivo, con una ventaja un poco desagradable.

—Mira a tu alrededor —digo, mientras entramos en el área reservada para la fiesta—. Todas aquí son impresionantes.

—No como tú —insiste Helena—. Nunca antes había visto ojos tan verdes. ¿Cuál es tu ascendencia?

—Em… no lo sé. Soy blanca.

—Obviamente, pero ¿de dónde es tu familia? —presiona—. Mis raíces son escandinavas.

Estoy a punto de decirle que la única razón por la que estoy aquí es porque intento cortar mis raíces. O eso o prenderlas fuego.

Pero, antes de que pueda, David me hace un gesto con la mano. Aparentemente, ya atrapó a algún pez gordo que quiere que conozca.

—Disculpa —murmuro—. El deber llama.

Observo el rostro de Helena mientras me alejo. No está contenta con quedarse fuera de la presentación.

—Jared —canta David cuando me acerco. Coloca su mano en la parte baja de mi espalda y me empuja hacia el chico—. Esta es una de mis nuevas chicas.

Jared es joven, probablemente tenga unos treinta años. Lleva una camisa roja tan desabrochada que puedo ver su panza grasienta y un poco de vello en el pecho. Además de eso, muestra un reloj desagradablemente grande con diamantes incrustados, un par de gruesas cadenas de oro y suficiente colonia para matar a un elefante.

Todo su estilo grita “*Estoy gastando el dinero de Papi*”. Nada más que una bola de sordidez, rodeada de hombres igualmente sórdidos, la mayoría de los cuales tienen una o dos mujeres con poca ropa a su alrededor. Algunas de ellas… es decir, las mujeres, no los hombres… incluso llevan bikinis, aunque no veo ninguna piscina en los alrededores.

—Maldita sea, D —silba Jared. Me mira de arriba abajo—. Ella es jodidamente hermosa.

—Ella también tiene un nombre —espeto antes de poder pensar mejor en ello—. Es Iris, en caso de que alguien se lo pregunte.

Sé que es una estupidez decirlo en el momento en que sale de mi boca. El objetivo de venir aquí… a Los Ángeles, a la agencia de David, a esta fiesta… es hacer conexiones, ¿verdad? Porque las conexiones significan dinero, y el dinero significa libertad, y la libertad significa que nunca más tendré que poner un pie en la casa de mi padre.

Pero ¿empezar de nuevo significa sacrificarlo todo?

Es probable que ninguno de estos hombres tenga respuestas. Ambos vendieron su dignidad hace mucho tiempo.

La sonrisa de Jared se endurece al instante. —Pensándolo bien, David, quizá deberías haberla domado antes de sacarla.

—Vale, a la mierda con esto —frunzo el ceño. Me libero de su agarre y me alejo.

—¡Iris! —escucho que David me llama. Puedo ver por su tono que está furioso, pero yo también estoy muy cabreada ahora—. ¡Iris! Date la vuelta. ¡No estoy bromeando!

Me detengo y me doy la vuelta. David casi choca conmigo. Tiene la cara roja, y su cabeza calva tiene una capa fresca de sudor en la parte superior.

—¿Qué demonios fue eso? —exige.

—No me inscribí para esta mierda —digo—. No soy un pony de exhibición. Soy un ser humano. ¡No soy… *una cosa* para que hombres ricos y espeluznantes puedan comer con los ojos!

Tenía la intención de decirlo con enojo y desafío, pero, al final, mi voz se entrecorta y se quiebra, revelando la corriente subyacente de desesperación que hay debajo. La mancha de recuerdos que no puedo borrar. Mis mejillas se enrojecen de vergüenza.

—Deja de hacer una escena —gruñe David. Extiende su mano y me atrapa el brazo con un agarre demasiado fuerte, demasiado amenazador—. ¿Te das cuenta de que me arriesgué a invertir en ti? Esas fotos que te hice costaron dinero, Iris. Esa ropa cuesta *dinero*.

—Suéltame.

—Crees que puedes simplemente tener un ataque de perra si…

Las palabras mueren en los labios de David.

Cuando miro hacia arriba, me doy cuenta de por qué.

Y a partir de ese momento ya nada vuelve a ser igual.

IRIS

Odio todo eso de la damisela en apuros. Incluso cuando las cosas con mi padre estaban en lo peor, nunca recé para ser rescatada. Nunca. Nunca quise ser esa chica. De hecho, pasé dieciocho años sin tener que ser esa chica.

Hasta esta noche.

Pero ahora que ha llegado el momento que todos hemos estado esperando, y estoy mirando al hombre que ha venido a salvarme, me encuentro pensando…

Si el caballero de brillante armadura es así de guapo, quizá ser su damisela no sea tan terrible, después de todo.

—Quítale las manos de encima —le gruñe el desconocido a David, que todavía tiene sus dedos sucios alrededor de mi brazo, con tanta fuerza como para causar moretones.

—¿Qué… esto no es tu… quién diablos eres? —tartamudea David.

Realmente no puedo menospreciarlo por tropezar con sus palabras, aunque Dios sabe que él me da muchas otras razones para despreciarlo. Principalmente, porque el caballero en cuestión es increíblemente intimidante, pues mide dos cabezas más que David. *Yo* estoy aterrorizada por él, y ni siquiera soy yo a quien le gruñen en este momento.

Las palabras que salen de los labios del extraño son puro veneno. —Si no la sueltas ahora mismo, seré tu peor puta pesadilla.

David deja caer su mano desde donde estaba exprimiendo la puta mierda de mi bíceps. —Escucha, hombre —dice, sin siquiera intentar ocultar lo asustado que está—. No es lo que parece…

—Me importa un carajo lo que sea o no sea —espeta mi salvador—. Déjala en paz.

Durante un minuto que dura toda la vida, David y el extraño se miran fijamente. Miro de un lado a otro, desesperada, escuchando el mismo sonido de sangre en mis oídos que escucho siempre que las situaciones se salen de mi control. Cuando el mundo demuestra… como lo ha hecho mil veces antes y lo hará mil veces en los días, meses y años venideros… lo jodidamente cruel que puede ser.

Entonces, el labio de David se tuerce con disgusto. —¿Sabes qué? A la mierda esto. Eres linda,

pero no vales la pena, cariño. Encuentra un nuevo agente.

Se endereza las solapas con la cara rosada de humillación. Luego, entra pisando fuerte en la fiesta.

Mi corazón y el pensamiento solitario en mi cabeza latían sincronizados. *Joder. Joder. Joder.*

Puse todo en esto. Gasté mi último dólar, mi última pizca de esperanza, y ahora me estoy quedando vacía.

Mi casa llama, fea y violenta. No lo logré. No me liberé. Fallé.

Estoy parada allí, impotente, ahogándome en un océano de emociones… tristeza, miedo, disgusto hacia mí misma… pero entonces, una salta al frente.

Estoy cabreada.

Con *él*.

—Disculpa —le espeto al extraño fornido mientras mi orgullo… ese estúpido y obstinado orgullo… anula mi sentido común—. No necesitaba tu ayuda.

El hombre misterioso alza las cejas, pero no parece impresionado en lo más mínimo por mi repentino fuego. —Yo diría que parecía que sí la necesitabas.

—Entonces, te equivocaste —digo sucintamente—. Puedo pelear mis propias batallas.

—Dudo que puedas pelear mucho con ese vestido —reflexiona con una sonrisa irónica.

—Te sorprenderías —le respondo entre dientes.

—Muy pocas cosas me sorprenden, corderito —él sonríe y todo lo que puedo pensar es *Dios mío, ayúdame*. Esa sonrisa es suficiente para volver estúpida a una mujer sensata, y yo no puedo permitirme el lujo de ser estúpida. Los Ángeles se come vivos a los estúpidos.

—Quizá la próxima vez deberías elegir a alguien de tu tamaño.

—Nadie es de mi tamaño —remarca.

Desafortunadamente, no se equivoca. Extra desafortunadamente, no puedo evitar que mis ojos recorran sus anchos hombros y los nervudos antebrazos visibles debajo del puño de sus mangas. ¿Qué tienen los antebrazos de los hombres que convierten a las mujeres en líquido?

Concéntrate, Iris. Estás molesta. Estás furiosa. Estás indignada.

Trago lo suficientemente fuerte como para que toda la fiesta me escuche. —Lo que sea. Como dije antes, no necesitaba tu ayuda.

—No estaba buscando un agradecimiento.

—Entonces, ¿qué buscas? —me oigo preguntar, aunque apenas reconozco mi propia voz.

Él sostiene mi mirada por un ardiente segundo más. —Te avisaré cuando lo averigüe.

Luego, antes de que pueda responder, se da vuelta y se aleja. Cuando desaparece de la vista, la

electricidad que zumba sobre mi piel se disipa. Siento que me robó algo precioso.

Me giro hacia la salida, soñando con una habitación oscura y tranquila donde esconderme, pero, antes de que pueda llegar lejos, Helena aparece a mi lado.

—Vaya, chica. Esa fue toda una escena.

Me estremezco. —¿Lo viste?

—Ajá. David es un gritador, además ha estado quejándose con cualquiera que quiera escuchar sobre que acaba de despedir a una de sus nuevas chicas. Cree que eso lo hace parecer duro, supongo. Y es difícil no notar al inquietante dios griego con toda esa, o sea, aura que tenía.

—Sí —murmuro. Estoy tan cansada de repente. Podría acurrucarme y tomar una siesta aquí mismo—. Aura. Claro.

En la superficie, Helena parece bastante amigable, pero no puedo evitar sentir que hay una capa de resentimiento que hierve justo debajo de la superficie. Cuando en el camino me dijo que "apenas podía quitarme los ojos de encima"… fue agradable y todo, pero los ojos parecían pertenecer a un gran tiburón blanco.

—Sí —continúa—. Estaba viendo todo. Apareció como una especie de superhéroe.

—Y mira lo que me costó —murmuro, enojada—. No necesito un superhéroe. Llevo mucho tiempo cuidándome sola.

Helena me lanza una mirada de reojo, que aprendí a reconocer en innumerables personas a lo largo de los años. *¿Qué le pasa a esta chica? Está demasiado tensa. Discute demasiado. Ella* es *demasiado.*

—¿Infancia difícil? —pregunta. Su voz baja a un registro más suave.

—Podrías decirlo —y luego, como parece esperar más explicaciones y porque mi cerebro está hecho huevos revueltos después de todo lo que acaba de pasar, agrego—: Crecí pobre.

—Yo también —Helena se encoge de hombros, indiferente—. Simplemente, no lo demuestro como tú.

Mi primer instinto es defenderme. Pero estoy demasiado cansada para eso. Cansada de una manera que no puedo explicar. Una manera que me roba las palabras de los labios y hace que simplemente estar erguida parezca la cosa más difícil que he hecho en mi vida.

—En serio, ¿cómo puedes encontrar defectos en que un hombre como ese venga a rescatarte? —pregunta. Sigue mirando por encima de mi hombro y, cuando sigo su mirada, me doy cuenta de que, sin darme cuenta, nos ha conducido directamente hacia él.

Bueno, no precisamente *directo* hacia él. Está sentado a dos mesas de distancia con otro hombre, con una bebida intacta en la mano y una expresión de aburrimiento en el rostro.

Pero estamos cerca. Demasiado cerca para estar cómoda.

Efectivamente, él escanea la habitación y sus ojos se posan en mí. Me alejo al instante.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto a Helena.

—Lo noté antes —admite—. Y pregunté por ahí. Su nombre es Konstantin. ¿No es un nombre genial?

—Supongo.

Helena continúa como si yo no hubiera hablado. —Aparentemente, está involucrado con la mafia.

—¿Disculpa?

—Ya sabes, como una situación tipo mafia.

Me estremezco. —Si está en la mafia, es una razón más para mantenerse alejada de él.

Ella ríe. —Tú y yo somos personas muy diferentes, Iris. Estaba a punto de decir que, si está en la mafia, probablemente esté muy bien conectado.

—Helena, no puedes hablar en serio.

Me guiña un ojo. —Una chica tiene que comer, ¿no? ¿No es lo que siempre dice David?

Luego, me saluda casualmente y comienza a caminar hacia él. Directo hacia Konstantin.

Me congelo, atrapada en el medio. Debería marcharme y dejar que Helena cave su propia tumba, pero algo me atrae. Lo suficientemente cerca como para poder escuchar su conversación.

¿Qué demonios estás haciendo? pregunta una vocecita en mi cabeza.

Ni siquiera puedo encontrar la respuesta, porque me esfuerzo por escuchar lo que dice Helena. Está parada frente a él, moviendo su cabello de un lado a otro. La luz refleja sus mechones, convirtiéndolos en algo reluciente y ornamentado.

—Lucías aburrido —se ríe Helena, dándole a mi caballero una sonrisa de megavatio—. Así que pensé en venir aquí y presentarme. Soy Helena.

—Kon —dice brevemente.

Su gruñido de una sola sílaba me hace sentir mejor, lo que a su vez me hace sentir malvada y rencorosa. ¿Por qué debería importarme que estén teniendo una conversación? Puede que haya intervenido en mi nombre hace unos minutos, pero mira a dónde me llevó eso… despedida en el peor momento posible. No lo poseo. No lo quiero. No lo necesito.

Entonces, ¿por qué tengo esta sensación punzante en el estómago?

No es difícil reconocer qué es. Celos. Posesividad. Amargura.

—Kon —murmura Helena, levantando la pierna para que sus muslos queden expuestos—. Ese es un nombre sexy. ¿Es la abreviatura de algo?

—Supongo que ya preguntaste por ahí —arrastra las palabras—. Así que, ¿por qué no me lo dices tú?

Hay que reconocer que la sonrisa de Helena no flaquea. —Konstantin Aminoff —no finge ignorancia—. Y se dice que eres uno de los hombres más interesantes de esta fiesta.

—¿Es por eso que estás aquí? —pregunta.

—No. Estoy aquí porque aprecio a un hombre que sale en defensa de una mujer. Te vi antes con David e Iris.

—Iris —murmura.

La corriente eléctrica que sentí antes regresa con venganza cuando susurra mi nombre. Suena áspero y extraño en sus labios, pero lo dice como si lo estuviera saboreando. Me estremezco y se me pone la piel de gallina en la parte posterior de mis brazos.

—Ella y yo trabajamos en la misma agencia de modelos —explica Helena—. Las Mariquitas de David.

—Dios —se queja el compañero de Kon—. Y yo pensé que mis padres me jodieron cuando me llamaron "Yefim".

—¿Cuál es su historia? —interrumpe Kon.

Los ojos de Helena se nublan por la confusión. —Disculpa, ¿la de quién?

—Iris.

La corriente se extiende sobre mi piel, envolviéndome en una masa blanca, caliente e insensible de esperanza. ¿Estoy en llamas? Siento que estoy en llamas.

Entonces, noto la expresión del rostro de Helena. Y, antes de que ella diga una palabra, sé que las cosas están a punto de torcerse.

—¿Ella? —se burla. Su tono pasa de bonito a arrogante en un abrir y cerrar de ojos—. Es basura blanca, igual que el millón de otras chicas como ella que vienen a Los Ángeles cada año desde una ciudad en medio de la nada.

No estoy segura de por qué me sorprende tanto escuchar tanta virulencia. Helena y yo no somos precisamente amigas. ¿Pero quizá lo habríamos sido si las cosas hubieran sido diferentes? ¿Es una estupidez pensar eso?

Supongo que, en cierto modo, contaba con ello. No llevo mucho tiempo aquí, pero es tiempo suficiente para saber que esta puede ser una ciudad brutalmente solitaria. Pensé que tenía una amiga. Solo una cosa más en la que me equivoqué. Tampoco es la primera vez.

Kon se aleja de Helena y mira hacia arriba. Su mirada atrapa la mía deliberadamente. Él sabe que estuve aquí todo este tiempo.

No le dice nada a Helena. Ni siquiera cuando se levanta y la deja sentada en su mesa. Se acerca y se detiene frente a mí, alzándose como pocos hombres lo hacen.

—Iris.

Me lleva un tiempo vergonzosamente largo recordar que se supone que debo responder algo. —Hola.

—Tengo una habitación en el hotel —habla lo suficientemente alto como para que Helena pueda oírlo—. Ven conmigo.

Debería decir que no. Especialmente porque me ordena, no pregunta. Y podría haber dicho exactamente eso… si Helena no estuviera todavía escuchando.

Cuando la veo con la oreja inclinada hacia nosotros, las cejas bien cuidadas formando una V pronunciada hacia abajo, me *enojo*.

¿Por qué? Fácil. Que se joda, por eso. Que se joda Kon también. Que se joda David. Que se joda Los Ángeles. Que se joda el modelaje y que se joda la fama y que se jodan las fiestas glamorosas y que se jodan las chicas malvadas que piensan que la única manera de escalar la montaña es pisando el cuello de otra mujer en el camino.

Pero, sobre todo…

Que se joda el pasado. Quiero prenderle fuego a todo.

Al final, eso es lo que más importa.

Asiento con la cabeza a Kon. —Guía el camino.

KON

No me dice ni una palabra hasta que entramos a mi suite. Sus ojos recorren la enorme cama tamaño King, y las puertas de cristal del balcón que conducen al jacuzzi circular.

—¿Cuántas chicas has traído aquí?

—¿Esta noche?

Ella alza las cejas y me mira con disgusto. —Qué encantador.

Me río entre dientes. —¿Quieres algo de beber?

—No bebo.

Me acerco al minibar, que en esta suite no es tan mini. Saco una botella de agua fría y se la tiro. Ella la atrapa fácilmente y luego parece sorprendida por haberlo logrado.

Rompe el sello y toma un sorbo tentativo. —¿No quieres saber por qué no bebo?

—No, realmente no.

En lugar de parecer molesta, parece intrigada por mi indiferencia. —La mayoría de la gente pregunta.

—No soy como la mayoría de la gente.

—Sí, supongo que no todo el mundo está involucrado en la mafia.

Tomo una cerveza fría del refrigerador y camino hacia ella. Necesito toda mi fuerza de voluntad para evitar que mi mirada se deslice hacia la profunda V de su vestido. Su piel es impecable, bronceada y hermosa.

—Has estado preguntando por mí —comento.

—No, en realidad, Helena fue la que preguntó por ti.

—¿La rubia linda con el cabello corto?

Sus ojos brillan, traicionándola de inmediato. Intenta cubrirse la cara tomando un largo trago de agua, pero lo veo. Veo todo.

—No estoy segura de que sea rubia natural —murmura—, pero supongo que no te importa.

—No soy alguien que le diga a una mujer qué hacer con su cuerpo —tomo un sorbo de mi cerveza y agrego—: Y, para que lo sepas, no estoy en la mafia.

—¿En serio?

—Estoy en la Bratva —le explico—. Ruso, no italiano.

—¿Y la diferencia sería…?

—Que somos rusos, no italianos.

Ella sonríe. —Ah, perdona mi error.

Esa sonrisa. Jesucristo. Sus fríos ojos verdes se suavizan hasta convertirse en algo menos feroz. Algo más suave. Tiene un hoyuelo en la mejilla izquierda. Sin embargo, cuando me ve mirándola, la sonrisa se desvanece.

—Para que *tú* lo sepas —añade—, no voy a tener sexo contigo.

Me encojo de hombros. —No voy a obligarte a hacerlo.

—Entonces, ¿por qué me invitaste a venir aquí?

—Para cabrear a la linda rubia con el cabello corto —digo honestamente.

Esta vez, pierde la pelea con su sonrisa. Ese hoyuelo vuelve como un guiño burlón antes de desaparecer de nuevo. —No puedo culparte. Es la única razón por la que acepté venir contigo.

Doy un paso lento y deliberado hacia ella. —¿Es esa la única razón?

Iris se tensa, y sus ojos recorren mi rostro como si estuviera buscando algo. Ella se aleja de mala gana. —Debería regresar abajo.

—Como quieras.

Pero ella no se mueve. Ni siquiera se vuelve hacia la puerta. —Sin embargo, aquí arriba es agradable y tranquilo.

Asiento. —Como ya establecimos que no beberás ni tendrás sexo conmigo, mejor podrías aprovechar la tranquilidad. Entremos al jacuzzi.

Ella alza las cejas. —No tengo traje de baño.

—Yo tampoco.

Empiezo a desabotonar mi camisa y sus ojos se agrandan. —¿Qué estás haciendo?

—Te acabo de decir —digo—. Si quieres unirte a mí, eres bienvenida. Si no, la puerta está ahí. El pomo de la puerta funciona de la forma habitual.

Me quito la camisa y observo satisfecho cómo se esfuerza por no mirarme. Pero entre los abdominales, la cicatriz de una bala en mi pecho y los tatuajes que serpentean por mi cuerpo, a la mayoría de las personas les resulta difícil no mirar.

Le doy la espalda y salgo a mi balcón privado. No escucho ningún sonido mientras me quito los pantalones y los calzoncillos. Una vez que estoy desnudo, me hundo en el jacuzzi y lo enciendo. Las burbujas cobran vida con un rugido y, un segundo después, también el calor.

Deliberadamente, evito que mis ojos se desvíen hacia la habitación. Si espera otra invitación, definitivamente no la recibirá.

Empiezo a preguntarme si realmente saldrá de aquí y me dejará con el peor caso de miel en los labios que tuve en mucho tiempo.

Pero entonces, oigo que las puertas de cristal se abren…

Y sé que ella es mía.

Iris sale al balcón, todavía vestida. Juega con el dobladillo de su vestido como si lo estuviera considerando. Pero la mirada en sus ojos dice que la elección se tomó mucho antes de este momento.

—Es de mala educación mirar fijamente —comento con frialdad.

Ella parpadea lentamente. —Se ve bien allí.

—Créeme, lo está.

—¿Por qué debería creerte? —pregunta, como si la pregunta no fuera retórica—. Ni siquiera te conozco.

—Entra aquí y tal vez eso cambie.

Parece escéptica, pero al final gana la curiosidad. —¿Puedes no mirar?

Alzo las cejas. —¿No eres modelo? Un pequeño consejo: quizás quieras acostumbrarte a la desnudez.

Ella exhala bruscamente. Debo haber tocado un nervio. Luego, de repente, se agacha, agarra el dobladillo de su vestido y se lo arranca por la cabeza.

Lo descarta junto a sus pies, pero evita mis ojos. Es bueno, porque no estoy seguro de tener fuerzas para mirar hacia otro lado.

Su cuerpo es la fantasía de todo hombre. Es alta y delgada, por supuesto. Las modelos nunca se alejan demasiado del estereotipo. Pero tiene curvas sutiles en las caderas, en los muslos y en los pechos. Lleva pezoneras color nude, y una tanga negra con su teléfono metido en la tira sobre su cadera.

—¿Escondiste tu teléfono en tus bragas? —pregunto con diversión.

—No había otro lugar donde ponerlo —dice a la defensiva. Saca el teléfono y lo pone en silencio. Pero, aun así, no se mete conmigo.

Le toma un minuto entero de titubeos y vacilaciones alcanzar cada seno con la mano opuesta y quitar las pezoneras.

Luego camina hacia adelante, se inclina hacia el jacuzzi y pasa los dedos por la superficie del

agua.

—Está cálido.

—Es un jacuzzi. Viene con el territorio.

Un pequeño escalofrío recorre su cuerpo, e Iris murmura algo para sí misma. Suena muy parecido a “A la mierda”. Luego se quita las bragas, dejando al descubierto los hermosos labios rosados de su coño.

Sin embargo, no tengo mucho tiempo para disfrutar de la vista. No se desliza lentamente hacia el jacuzzi como lo haría otra mujer. Salta directamente, salpicando agua por todas partes.

Me limpio las gotas de la cara y ella me ofrece una sonrisa tímida. —Lo siento.

Se hunde en el rincón más alejado del jacuzzi y abraza las rodillas contra su pecho. Las burbujas y ondas en el agua convierten su cuerpo en un espejismo que brilla bajo la superficie.

Mi polla nunca ha estado más dura.

—¿Qué estás haciendo en esta fiesta? —pregunta.

—La idea era ahogar mis penas en alcohol —respondo sinceramente.

Ella sonríe. —¿Tienes penas?

—¿No todos las tienen?

—No como las tuyas, supongo.

Me río. —Eso es más cierto de lo que crees, princesa.

Espera a que le cuente más, pero, cuando me quedo en silencio, no presiona. Mira la cerveza en mi mano, la superficie del agua, el puñado de estrellas visibles en lo alto. Cualquier cosa menos a mí.

Luego, baja la cabeza y el cabello negro oculta su rostro. Flota a su alrededor en el agua, haciéndola parecer una sirena de cabello negro, salida del último sueño de un marinero.

—Yo no sé qué estoy haciendo aquí —dice abruptamente.

—¿En mi jacuzzi?

—En esta fiesta —admite—. En esta ciudad tampoco.

—Supuse que buscabas conexiones. ¿No es lo que hacen todas las aspirantes a modelos?

Ella me mira con ira. —Créeme, esta no es mi primera opción de carrera.

—Entonces, ¿por qué hacerlo?

Mantiene los ojos bajos. —No tengo muchas otras opciones. No fui a la universidad. No tengo familia que me ayude a mantenerme. Pero soy alta y delgada, y supongo que mi cara es simétrica. A la gente parece gustarle eso por alguna razón. No pretendo entender. Pero quizá todo se vaya a la mierda porque cada vez más parece que no tengo temperamento de modelo.

—¿Qué temperamento es ese?

—No lo sé… ¿amable?

Me río entre dientes. —¿No eres amable?

—He tenido quejas.

—Déjame adivinar. ¿Ese pequeño calvo de cara amargada?

—Sí. David. Entre otros.

Agito una mano con desdén. —Ignóralos. No pierdas el tiempo preocupándote por las opiniones de otras personas sobre ti, Iris —digo. Joder, se siente bien decir su nombre—. No vale la pena.

Ella se relaja un poco. Sus hombros se aflojan y deja intentar flotar. Puedo ver la parte superior de sus hermosos pechos, y las protuberancias redondas de sus pezones oscuros.

Mi erección ahora es sólida como una roca, imposible de ignorar. Pero mantengo la distancia. No quiero asustar al corderito.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

Ladeo la cabeza hacia un lado, y noto la línea de preocupación que recorre su frente. —¿Estás huyendo de algo, princesa?

Ella se ríe con amargura. —¿Es tan obvio?

—Solo para mí.

Ella cierra los ojos por un momento. —Se suponía que este sería mi nuevo comienzo.

—Puede que hayas elegido una mala ciudad para eso, amor. Si vienes aquí con cicatrices, la gente las encontrará. Y luego te volverán a abrir de la misma manera, solo por la emoción.

Ella asiente y se muerde el labio. —Estoy empezando a darme cuenta.

Dejo que el silencio se prolongue, sobre todo porque puedo sentirla hervir. Se mueve alrededor del jacuzzi, acercándose con sutileza a mí, aunque no estoy seguro de que se dé cuenta de lo que hace.

—Entonces, ¿cuáles son tus cicatrices? —pregunto en un ruido sordo.

No espero que responda la pregunta. No con sinceridad, al menos. En cualquier caso, me conformo con sentarme aquí. El aire es fresco y la noche es silenciosa a nuestro alrededor, algo extraño en Los Ángeles, aunque supongo que el punto del dinero es brindarte privacidad como esta en las colinas.

Sin embargo, para mi sorpresa, Iris alza sus ojos hacia los míos y responde la pregunta. —Mi madre se suicidó cuando yo tenía trece años. Estoy bastante segura de que parte de la razón por la que lo hizo fue mi padre. Pero igual le envío dinero todos los meses.

Asiento lentamente. —Entiendo.

—Lo siento —murmura—. Probablemente no era la conversación que tenías en mente cuando

me pediste que viniera aquí contigo.

La miro, desconcertado. —No tenía ninguna expectativa cuando te pedí que vinieras aquí.

—¿Esa es una frase para ligar?

—No necesito una frase para que las mujeres me follen, Iris —le digo directamente—. Lo hacen porque quieren.

—¿Crees que eso es lo que yo quiero?

—Supongo que lo descubriremos.

Ella sostiene mi mirada durante mucho tiempo. Intenta reunir el coraje para hacer lo que sé que eventualmente hará. Y ese conocimiento me permite ser paciente.

—Dijiste que no me obligarías a hacer nada.

Sacudo la cabeza. —No lo haré.

—Entonces, si salgo de este jacuzzi, me visto y me voy… ¿me dejarás?

—Te ofreceré una toalla y mantendré la puerta abierta al salir, si eso es lo que quieres.

—¿Aunque quieras follarme?

Yo sonrío. Un hombre más débil podría desanimarse por su franqueza. Pero me gusta ese fuego. Coincide con el mío.

—Claro. Tendré que conformarme con masturbarme después de que te vayas. Pero no te preocupes, princesa… pensaré en ti todo el tiempo.

IRIS

Se siente surreal.

No debería… debería sentir la realidad desagradable y fea a la que estoy acostumbrada… pero hay algo en este hombre que hace que todo parezca surreal. Como si flotara fuera de mi cuerpo, viéndome hacer cosas de las que probablemente me arrepentiré más tarde.

Cosas como dar un paso adelante y extender la mano para tocarlo.

Nuestros cuerpos desnudos se deslizan juntos. Mis dedos bailan debajo de la superficie del agua. Las burbujas son un velo que me permite fingir que no estoy haciendo lo que estoy haciendo… buscándolo. Su pecho, tan grande que es prácticamente todo lo que puedo ver, sube y baja lentamente.

Y, cuando lo rodeo con mi mano, esa respiración se acelera.

Paso mi mano hacia arriba y hacia abajo suavemente, sintiéndolo. Como esperaba, es enorme. Tanto en longitud como en circunferencia. Mi coño palpita con fuerza.

Vislumbré su cuerpo desnudo cuando entró en el jacuzzi. Incluso desde atrás alcanzó para convencerme de meterme en el jacuzzi con él, a pesar de mis reservas.

Mafia. Bratva. Mafia. Las palabras seguían repitiéndose en mi cabeza en bucle. Hasta que me miró a los ojos y me dijo que, si decidía marcharme, no haría nada para detenerme.

Tuve hombres persiguiéndome toda mi vida. Querían convencerme de que entrara en sus habitaciones y me quitara la ropa. Convencerme de entrar en sus corazones y fuera de mi mente.

Siempre se trataba de convencer. De manipular.

Pero ¿este hombre? Este hombre no me va a convencer. Ni siquiera lo intentará. Lo vi en sus ojos la primera vez que miró en mi dirección. Puede que me desee de la misma manera que los otros hombres, pero no me perseguirá.

Quiere que yo vaya a él. Si elijo lo contrario, me dejará ir. Tan simple como eso.

Incluso ahora, mi mano está alrededor de su polla, acariciándolo lentamente, y él ni siquiera hace un movimiento hacia mí. Solo se sienta allí, con los brazos extendidos sobre el borde del jacuzzi. Como si solo estuviera ligeramente interesado en lo que hago.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta de repente.

—¿Me preguntas eso ahora? —pregunto, mirando lo que está pasando entre nosotros—. ¿Importa siquiera?

—No preguntaría si no importara.

Sigo acariciando su polla. —¿Cuántos años crees que tengo?

Parece impaciente. —No juego juegos de adivinanzas.

—Debí haberlo sabido —resoplo—. Demasiado grande e importante para eso. Tengo dieciocho años, para que conste.

Hace una mueca. Me doy cuenta. —¿Es un problema? —pregunto.

—No.

—¿Vas a tocarme? —me molesta incluso tener que plantear la pregunta.

Él sonríe. —Todo a su tiempo.

Sigo acariciándolo, pasando mi mano por su eje y volviendo a bajar. Como soy más consciente de mí misma que cualquier otra cosa, me inclino y lo beso. Mis labios tocan la comisura de su boca. Él no me devuelve el beso.

—Ahora sí me doy cuenta —murmura, moviendo sus labios hacia mi oreja.

—¿Te das cuenta de qué?

—De que tienes dieciocho años.

Me retiro de inmediato y me pongo a la defensiva. Antes de que pueda decirle que se vaya a la mierda, me agarra por la cintura y me atrae contra él.

Su polla presiona mi muslo, y la maldición en mi lengua se convierte en un suave gemido. Paso un brazo alrededor de sus hombros mientras sus dedos se deslizan entre mis piernas. Un segundo después, hay presión cuando entran en mí.

—Ay, Dios…

Tengo tantas ganas de que me bese. Pero evita mis labios y, en lugar de eso planta su boca en la curva de mi cuello. Su lengua se desliza hacia arriba y hacia abajo. Es como si quisiera probarme.

Mientras mordisquea mi cuello, sus dedos entran y salen de mí. Es casi elegante la forma en que me trata. Como si estuviéramos involucrados en una especie de danza sincronizada.

Excepto que yo no conozco ninguno de los movimientos.

—Dios —jadeo mientras él acelera el ritmo. Sus dedos empujan más allá de mis paredes con una velocidad cada vez mayor. Pero quiero más. Lo quiero *a él*. —Konstantin…

Se retira y desliza sus dedos fuera de mí. Me maravillo ante el hermoso mercurio de sus ojos.

—Llámame Kon —retumba.

Asiento. Parece que mi pecho fuera a estallar por la anticipación. —Kon —susurro en respuesta.

Su polla se mueve en mi mano cuando lo digo. Creo que le gusta cómo suena su nombre en mis labios.

Un segundo después, se alinea, empuja dentro de mí y yo grito. Envuelvo mis brazos alrededor de sus anchos hombros y me aferro a él por mi vida.

Agarra mi trasero y envuelve mis piernas alrededor de su cintura. Luego me saca del jacuzzi y me coloca boca arriba en la terraza de la piscina. Con una mano en mi cadera y la otra en mi pecho, comienza a follarme como si no pudiera controlarse.

Aparentemente yo tampoco puedo controlarme, porque no me molesté en pedirle que usara condón. Empecé a tomar anticonceptivos hace una semana, que es aproximadamente el tiempo que mi médico dijo que tarda la píldora en hacer efecto, por lo que debería estar bien, pero igual… no es mi momento de mayor orgullo.

Pero toda la lógica se esfuma en una nube de humo cuando Kon sale de mí. La sensación de pérdida es abrumadora y desplaza todos los demás pensamientos. Estiro el cuello justo a tiempo para ver su cabeza hundirse entre mis piernas.

En el momento en que su boca envuelve mi coño, pierdo el hilo de mis pensamientos. Mi cuerpo se mueve de placer mientras él me hace sentir cosas que nunca antes había sentido.

Chupa mi clítoris, pasa su lengua sobre mí y mordisquea mi piel sensible con sus dientes. Cuando me corro de una manera vergonzosamente rápida, gimo tan fuerte que estoy segura de que toda la fiesta de abajo puede oírme.

Todavía tiemblo por las secuelas cuando se levanta y mete su polla dentro de mí.

Estoy agotada y delirando de placer. Todo lo que puedo hacer es agarrarme fuerte de sus musculosos brazos mientras me saca otro orgasmo.

En realidad, no lo veo correrse, pero sé que lo hace por la humedad pegajosa entre mis muslos. Se retira casi de inmediato, pero mantengo mis muslos cerca de sus caderas, disfrutando la sensación de su polla cómodamente acurrucada entre mis labios.

Lo miro fijamente, pasando mis manos arriba y abajo por sus impresionantes abdominales. Él devuelve la mirada. Sus ojos me exploran de la manera que esperé que lo hicieran cuando nos conocimos.

Tatuajes intrincados se arremolinan sobre sus brazos y su pecho, pero mis ojos se sienten atraídos por la cicatriz arrugada.

—¿Cómo conseguiste eso? —pregunto.

—Herida de bala.

—Estás bromeando.

—Ojalá lo estuviera.

—Pero… pero está en tu *pecho*.

—Ajá. El bastardo apenas falló mi corazón.

Empiezo a extender la mano para colocar mi palma sobre su pectoral, pero aproximadamente a mitad de camino, me quedo paralizada, atrapada en una repentina ola de timidez y culpa. Mi mano cuelga en el aire por un momento, antes de retirarla y abrazarme contra el repentino frío otoñal.

—Debería irme… —murmuro, con labios gruesos e incómodos.

Espero a que discuta conmigo. A que me convenza de quedarme un poco más. Pero él no hace ninguna de las dos cosas. Simplemente me sigue desde el jacuzzi y alcanza su ropa.

Es entonces cuando noto que la pantalla de mi teléfono se ilumina con notificaciones.

—Joder —gimo. Lo agarro. Tengo cinco llamadas perdidas de David, y una serie de mensajes llenos de maldiciones. ***Si alguna vez quieres volver a trabajar en esta puta ciudad…***

—¿Es el alcaide? —se burla Kon.

Lo ignoro y me pongo el vestido por la cabeza. —Me tengo que ir.

Agarro mi teléfono y me dirijo hacia la puerta. Kon se queda quieto, con la camisa desabrochada. Me detengo en el umbral y me vuelvo para mirarlo. —Adiós, Kon.

Él asiente. —Adiós, Iris.

Me quedo en la puerta, esperando estúpidamente a que diga algo más. Ni siquiera estoy segura de qué espero de este hombre. Literalmente lo conocí hace una hora. ¿Qué espero que diga?

No te vayas.

Quédate conmigo.

Hay algo entre nosotros.…

Sé realista, Iris.

Esta relación… esa es una palabra tonta e inadecuada para lo que es, pero me estoy quedando sin alternativas… duró solo unos pocos momentos, la mayoría de los cuales se limitaron a un jacuzzi. Eso no lo hace precisamente un romance que cambia la vida.

Y, sin embargo, aquí estoy, una realista hastiada que se ahoga en la esperanza de un desventurado cuento de hadas.

Me duele aún más porque les he demostrado a todos que tenían razón, a todas las personas que me lanzaron palabras crueles como balas. Realmente merezco la reputación que me gané, las cicatrices de la antigua vida de la que hui.

Quizás es por eso que no actúo según mis instintos y vuelvo a esa habitación. De vuelta hacia él, lo que tengo tantas ganas de hacer.

Porque no merezco un final feliz.

Así que, con un suspiro atormentado, cierro la puerta y corro hacia el ascensor. En el momento en que se abren las puertas, abrumada por la música y las luces parpadeantes de la fiesta después del silencio de la habitación de Kon, llamo a David.

—Te hemos estado esperando durante veinte malditos minutos —grita tan fuerte que se le quiebra la voz—. Sal a la entrada. Nos vamos en cinco, con o sin tu trasero insolente.

Cuando salgo cuatro minutos después, las otras chicas me acribillan con preguntas que me niego a responder. David solo me mira, una promesa silenciosa de que pagaré por esto más tarde.

—¿A dónde desapareciste? —pregunta Kendra.

—¿Estabas con ese tío? —añade Willa—. ¿El super sexy con los tatuajes en los brazos?

—¡¿Dios mío, el tío de la mafia?!

—Claro que estaba con él —dice Helena con la voz seca, llena de celos—. Apesta a sexo.

Las chicas intercambian miradas que yo finjo no ver.

—¡Qué afortunada! —Kendra chilla—. Ese tío derrama sexo. *Qué rico*.

—¿Cómo era en la cama?

—¿Hablaron algo o simplemente follaron?

Helena se ríe con crueldad, ahogando sus preguntas. —¿Qué importa? —pregunta—. Nunca lo volverá a ver. Obtuvo lo que quería de ella. Probablemente ya esté con otra persona.

Me muerdo el labio y me abstengo de dar una respuesta.

Porque la triste verdad es que… probablemente tenga razón.

KON

DIEZ AÑOS DESPUÉS

Tengo que luchar para no poner los ojos en blanco.

Ver a mi padre sentado en este sillón gerencial de respaldo alto me resulta demasiado desagradable. Mientras gira su silla, casi espero ver un gato persa blanco como la nieve, metido entre sus brazos mientras lo acaricia distraídamente y murmura sobre la dominación mundial.

—¿Me llamaste, Otets? —pregunto.

—Siéntate.

Joder. Stepan Aminoff no es precisamente un hombre de pocas palabras. Le gusta el sonido de su propia voz. Así que, cuando habla con oraciones de una sola palabra, sé que está a punto de decirme algo que no quiero escuchar.

—Me mantendré en pie.

—¿Siempre tienes que ser tan jodidamente difícil, hijo? —suspira. Sus cejas tienen vida propia. Son espesas, tupidas, y se vuelven blancas con la edad. Se tiñe el cabello ralo de un negro oscuro y antinatural, como el aceite, y nunca entendí por qué no hace lo mismo con las cejas. El contraste es discordante.

—Estoy bien aquí —digo.

—Konstantin.

—El nombre es Kon.

Sus manos golpean la mesa y se levanta. —Ya no eres un niño. Toleré este tipo de desobediencia cuando eras niño, pero…

—¿Cuándo?

Se detiene en seco. —¿Qué?

—¿Cuándo toleraste mi desobediencia? —me burlo—. Como lo recuerdo yo, me azotabas hasta dejarme sin sentido hasta que crecí demasiado para que siguieras haciéndolo.

—¿Azotarte? —él resopla—. No te *azotaba*. Te discipliné. Ese es el trabajo de un padre.

—Intenta disciplinarme ahora y ve qué pasa.

—Konstantin —advierte.

—Kon.

Me mira fijamente y sus ojos se transforman en rendijas de furia. Le devuelvo la mirada, impasible y sin querer ponérselo fácil.

Sé por qué me convocó.

Pero quiero oírlo.

—Tienes treinta y dos años.

—Exacto. Demasiado mayor para recibir órdenes como un niño.

—Mientras yo esté, seguirás siendo un puto niño —ladra.

—No me tientes, Otets. Los días en que tú establecías las reglas ya pasaron.

Sus pobladas cejas se fruncen por un momento. —¿Realmente me matarías, hijo?

—Como dije, sigue presionando y lo descubriremos.

Pero ambos sabemos que eso nunca sucedería. Puede que tenga resentimientos. Mi padre también tiene su parte justa. Pero ambos somos Bratva de principio a fin. Es lo que nos ha mantenido unidos todos estos años. Ambos tenemos muchas cicatrices, cortesía del otro.

El parricidio, sin embargo, es un puente demasiado lejano.

Stepan sonríe. Siempre me maravilló la forma en que el hombre puede sonreír y aun así parecer siniestro. Lástima que esa sonrisa dejó de asustarme hace mucho tiempo.

—Algún día, serás un buen don —me dice—. A veces me pregunto si tu inclinación por actuar mal se debe a que estás listo para asumir el mando.

—¿Así es como lo llamas cuando no estoy de acuerdo contigo? ¿“Actuar mal”?

—Soy tu don. ¿Sabes qué le pasaría a cualquier otro hombre que no estuviera de acuerdo conmigo? Les cortarían la lengua. O peor. Así que quizá no deberías tentarme.

Le devuelvo la sonrisa. Mi sonrisa se parece a la de mi padre, a su manera. Agradable a primera vista, pero con fragmentos de crueldad acechando justo debajo de la superficie.

—Ya que llegamos al inevitable punto muerto, ¿qué tal si me dices por qué me convocas? —me dejo caer en un asiento y levanto los pies para que mis botas queden sobre su precioso escritorio.

Él mira fijamente las suelas de mis zapatos durante un largo rato antes de que su mirada vuelva a mí. El hecho de que no me obligue a abandonar su mesa da razón a mis sospechas.

—Anika Kuzmin se graduó de la universidad hace una semana.

—Jesucristo —murmuro—. Esto no.

—Has tenido diez años para prepararte para este momento, Konstantin…

—Kon. Por el amor de Dios, soy *Kon*.

—No actúes como si no se te hubiera dado suficiente tiempo para prepararte.

Resoplo. —¿*Dado*? No me dieron una mierda. Actúas como si los últimos diez años fueran tu regalo para mí. La chica era literalmente una niña cuando te volviste prehistórico y nos "comprometiste".

—Podría haberte casado cuando cumplió los dieciocho años —me recuerda Stepan—. Se te dio más tiempo. Así que sí, *dado*. No seas desagradecido.

—No quiero esta mierda —reitero—. Nunca la quise.

—Eres demasiado mayor para parecer tan petulante.

—La Bratva Aminoff no necesita a los Kuzmin.

—Nuestros negocios están entrelazados.

—Una decisión estúpida de tu parte.

—Ten cuidado, muchacho —gruñe Stepan—. No toleraré la falta de respeto.

Me encuentro con los ojos de mi padre sin pestañear. —¿Falta de respeto? No, Otets, esto no es una falta de respeto. Esto es lo contrario. Te respeto lo suficiente como para decirte la verdad. Debilitaste nuestra posición al vincularnos con la Bratva Kuzmin. Y, lo que es peor, dejas que tu amistad con Nestor Kuzmin nuble tu juicio.

—Nada nubla mi juicio —sisea—. Veo perfectamente claro. Es necesario. El comienzo de la próxima era. ¿De verdad crees que Nestor te entregaría su Bratva si no fueras su yerno?

—Puedo ser muy convincente.

—¿Es eso así? —pregunta Stepan—. Porque no has logrado convencerme de que esto no es una buena idea. Tiene sentido políticamente. Hasta Yefim está de acuerdo.

Yefim. Ese pequeño gilipollas traidor. Retorceré su puto cuello la próxima vez que lo vea. Si no fuera mi mejor amigo, ya lo habría hecho hace años.

—De todos modos, no sé por qué estás tan preocupado —comenta Stepan—. Vi a la muchacha la semana pasada cuando me reuní con Nestor. Es hermosa.

Me estremezco y cierro los ojos. Incluso ahora, años después, solo veo una cara cuando escucho la palabra "hermosa".

Pómulos altos con piel de alabastro. Los iris verdes más sorprendentes en unos ojos almendrados que no parpadean. Cabello largo y negro, liso como una cascada de ónix.

El suyo es el único rostro que merece esa palabra. Todas las demás mujeres sobre la faz del planeta pueden contentarse con adjetivos menores. Pueden ser lindas, bonitas, sexys.

Pero la belleza es suya, y solo suya.

—No es hermosa —digo firmemente, con una voz que se quiebra más de lo que me gustaría.

—¿De qué estás hablando? —gruñe Stepan—. Mírala. Mira.

Abre uno de los cajones de su escritorio y me entrega una fotografía de alta resolución. Los rasgos de Anika me resultan algo familiares, aunque borrosos, estirados y cambiados por los años transcurridos desde la última vez que la vi.

Su cabello rubio está lleno de suaves ondas, y sus ojos azules son grandes. Tiene un rostro delgado, una sonrisa genuina, un aire inocente.

Me quedo mirando la foto durante unos momentos, preguntándome por qué no me despierta nada, antes de arrojársela sobre la mesa a Stepan.

—Es una chica guapa —admito—. Igual no quiero casarme con ella.

Stepan me mira a los ojos con esa delatora mandíbula apretada que reserva para los momentos serios. —No tienes otra opción, hijo mío.

Conozco esa voz. *Tengo* esa voz.

Y sé lo que significa.

Así que hago la única pregunta que puedo, dadas las circunstancias. Con los ojos cerrados, susurro—: ¿Cuándo?

Puedo escuchar el chirrido de su silla cuando mi padre se recuesta satisfecho. —Llevará tiempo planificar la boda. Queremos un asunto elaborado. El tipo de boda que hace una declaración de poder. Tres meses, quizá cuatro. Ciertamente, no más de cinco.

Menos de medio año hasta que mi vida se detenga bruscamente. Bien podría ser una sentencia de muerte.

—Sigues siendo el heredero de la Bratva Aminoff —me recuerda Stepan—. Serás don después de que yo me haya ido. Y un día, cuando Nestor pase al otro mundo, también serás don de los Kuzmin. Puedes establecer tus propias reglas después de eso.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que es un milagro que mis molares no se rompan. Mis ojos permanecen cerrados. —Si eso es todo…

Mi padre gruñe. Lo tomo como un sí, así que me quedo rígido y me dirijo a la puerta.

—Konstantin —me llama.

Hago una pausa sin girarme. Esta vez, no me molesto en corregirlo por mi nombre. Supongo que algunos perros son demasiado mayores para aprender nuevos trucos, y mi padre ha pasado muchos inviernos. Me pregunto cuántos más le quedan.

—Tendrás que conocerla pronto —me informa.

—La conoceré en el altar.

Antes de que pueda protestar, salgo por la puerta y la cierro de golpe. Probablemente pagaré por eso más tarde, pero no me importa en este momento.

Que arda todo.

~

CUANDO LLEGO A CASA, Yefim me espera en el estudio. Está sentado en un sofá de cuero oscuro, frente a la pantalla plana montada en la pared. Está cambiando de canal, pero puedo notar que no se concentra en nada. Sus ojos están vidriosos.

Cuando me ve, lanza el control remoto a un lado y deja el televisor en un canal aleatorio. —¿Y? ¿Cómo te fue? ¿Qué dijo el viejo?

—¿Tú qué crees? —gruño.

Yefim me ofrece una sonrisa tímida. —Sabías que vendría.

—Acaba de graduarse. Pensé que le darían un par de meses más.

—No hubo tanta suerte. Vi una foto suya, ¿sabes? —ofrece Yefim—. Es hermosa.

—Ella no es nada de eso.

Yefim pone los ojos en blanco. —Tienes que olvidarla, Kon.

—¿Qué exactamente necesito "olvidar"?

—Sabes muy bien qué. A *ella*.

No lo dignifico con una respuesta. —Veo que estás del lado de mi padre.

—Su razonamiento es irrefutable —dice Yefim—. Intenta darte dos Bratvas en vez de una. Las cosas podrían ser mucho peores. Anika Kuzmin podría ser una vaca fea o un grano en el culo. Pero no lo es. Es joven y bonita y criada para ser una esposa Bratva. Eres el único hombre en el mundo al que se le puede entregar la vida perfecta en bandeja de plata y aun así rechazarla.

Le muestro el dedo medio a mi mejor amigo sin mirarlo. —Esperaba más de ti.

Se encoge de hombros. —Este matrimonio es una buena idea. Es hora de empezar a verlo de esa manera.

Miro la televisión. Aparece el presentador de un programa nocturno. Algún payaso alegre con demasiado Botox, aunque el nombre se me escapa. Nunca puedo recordar cuál es cuál.

Sin embargo, Yefim es fanático. En el momento en que ve la cara pegajosa del hombre, sube el volumen.

—Hola a todos, bienvenidos de nuevo —canta el presentador. Saluda a la audiencia como si fuera una vieja amiga—. La última invitada de esta noche es una supermodelo, más conocida por su papel protagónico en el exitoso video musical de la estrella de rock Jake Nox, "Mi Chica". ¡Por favor, den la bienvenida a…!

El nombre de la invitada se pierde entre los aplausos del público. Las cortinas detrás del escenario se abren. Una pierna emerge. Entonces…

El aliento se atasca en mi garganta.

No.

No puede ser.

Pero no se puede negar que es Iris Keller. Ojos esmeralda, cabello obsidiana, piernas largas. *Hermosa*. La definición de la palabra. La única definición.

Los ojos de Yefim se vuelven lentamente hacia mí, asombrados. —Tienes que estar bromeando —respira.

No parece mucho mayor que la última vez que la vi, aunque pasaron diez años. Su cabello es más corto ahora, a la altura de las clavículas, pero todavía tiene el mismo efecto de cascada negra. Capta la luz y la retiene como nadie más puede hacerlo.

Su maquillaje es sutil en todas partes salvo en los ojos, que están rodeados de delineador de ojos color carbón y rímel. Sus iris relucientes brillan como el destello de un bosque verde y exuberante captado por la luz de la luna.

Noto que Yefim busca el control remoto. —Si tocas eso, morirás —gruño.

Retrocede de inmediato, pero parece preocupado.

En la pantalla, Iris estrecha la mano del presentador y le regala al público una sonrisa superficial.

—Iris Keller —dice el hombre con asombro en su voz—. Algunos podrían preguntar quién es esta mujer. Quiero decir, eres bella, obviamente…

Ella se ríe y se sonroja levemente, como si no acostumbrara a escuchar elogios por su apariencia. Pero es demasiado practicado para ser real. Demasiado elegante, demasiado sencillo.

Ella ya no es el corderito que tiembla ante los faros de mi atención.

Ahora es una *mujer*, de principio a fin.

—…pero no eres un nombre muy conocido. Al menos, no todavía.

—No, tienes razón —asiente agradablemente—. ¡Aún no hemos llegado!

—Quiero decir, yo te reconozco —continúa—. Pero claro, soy fanático de Jake Nox.

Jake Nox. El nombre me resulta familiar, pero no puedo ubicarlo.

—Como la mayoría de la gente —dice Iris con otra risa tintineante.

—Para aquellos que no lo saben, Iris es modelo —le dice el presentador al público antes de volverse hacia ella—. Apareciste recientemente en una campaña para Atelier Sorbonne, ¿verdad?

Atelier Sorbonne, Jake Nox… la lista de nombres que necesito investigar crece.

Juraría que la veo estremecerse de forma imperceptible, aunque desaparece en un abrir y cerrar de ojos. —Así es —dice—. Fue una experiencia encantadora.

—Y luego, por supuesto, está el vídeo musical de Jake Nox, que causó un gran revuelo.

Ella asiente. —Es un artista muy talentoso.

—Y tú eres una mujer hermosa —repite el presentador. Quiero ahogar su vida por el modo en que la mira—. No se puede culpar a la gente por especular… bueno, por especular que…

Hace una pausa para dejar que sus palabras cuelguen, generando tensión. Mi instinto asesino late con fuerza en mi pecho.

—Ciertamente, no culpo a nadie —dice Iris—. A la gente le encanta hablar.

—Entonces, ¿lo confirmarás aquí? —presiona—. ¿Tú y Jake Nox? ¿Deberíamos estar pensando en un nombre de pareja para ustedes? ¿Kellox, tal vez? Veo un patrocinio de marca esperándolos allí…

La multitud ríe a carcajadas. Iris se ríe con ellos, todavía muy agradable. Pero, cuanto más la miro, más empieza a parecerme una máscara.

—Jake y yo somos amigos —dice una vez que el alboroto se desvanece.

—Ay, vamos —engatusa el presentador—. ¿Realmente esperas que creamos eso? Amigos, ¿qué opinan? ¿Le creemos?

La multitud responde con una voz estridente—: ¡No!

Sonriendo como un loco, el presentador idiota se vuelve hacia Iris. —Ya los escuchó, Srta. Keller. Solo danos un pequeño detalle, es todo lo que te pedimos. Un bocado de chisme.

Iris se pasa una mano por su cabello reluciente. Mi polla está dolorosamente dura detrás de mi cremallera.

—Ojalá pudiera —se disculpa—. Pero solo tengo espacio en mi vida para un hombre. Y ese es mi hijo.

Silencio quieto. No solo en el estudio, también en esta sala. Siento que las paredes se apiñan sobre mí. El aliento que quedó atrapado en mi pecho en el momento en que ella apareció ya no está. Me estoy ahogando en el silencioso abismo que sigue a sus palabras.

Hijo.

Hijo.

Hijo.

—¿Tienes un hijo? —pregunta el presentador—. ¿Cuántos años tiene?

Su rostro se ilumina. —Acaba de cumplir nueve años.

Puedo sentir los ojos de Yefim agujereando un costado de mi cabeza. Probablemente esté haciendo el cálculo mental, igual que yo.

Y, aparentemente, llega a la misma conclusión que yo. Porque, cuando habla, sale sin aliento.

—Joder. Esto no está bien.

KON

En el momento en que el programa pasa al comercial, Yefim se vuelve hacia mí. —Vale, Kon, escucha: sé lo que estás pensando. Pero no sabemos si…

—El niño tiene nueve años, Yefim. Haz el cálculo.

—¿Y? Podría haber dejado la fiesta y follarse a otro tío. O al día siguiente, o al otro, o lo que sea. ¡Este niño podría ser de cualquiera!

Reprimo el latigazo de ira que me inspira ese pensamiento. —No lo es.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque la conozco.

Él se ríe con incredulidad. —¿La conoces? Pasaste un par de horas con ella en una fiesta al azar hace diez años.

—Cállate —gruño—. El programa comenzó de nuevo.

Puedo sentir a Yefim retorcerse a mi lado, pero lo ignoro y subo el volumen.

—Hola a todos, volvemos con Iris Keller —dice el presentador. Se vuelve hacia Iris—. Entonces, cuando cortamos nos hablabas de tu hijo. Debías ser muy joven cuando lo tuviste, ¿no?

—Tenía diecinueve años —ofrece—. Y seré la primera en admitir que fue una sorpresa. Pero fue la mejor sorpresa que podría haber pedido.

La multitud exclama con admiración. Me gustan cada vez menos a cada segundo que pasa… y para empezar, los odiaba, joder.

—Los niños tienen una manera de valer la pena pase lo que pase, ¿no es así? Pero una advertencia: las cosas empeoran cuando se acercan a su adolescencia. El drama nunca termina.

Ella ríe. El sonido va directo a mi polla, como un rayo. —Así me han dicho.

—Pero no estamos aquí para hablar de niños o de una campaña de modelaje o de un vídeo musical —aplaude mientras cambia de tema—. Estás aquí para hablar sobre esta increíble organización sin fines de lucro llamada “Su Voz”.

—Así es —Iris inclina su cuerpo hacia el público por primera vez. Cuando mira a la cámara, siento la misma química que sentí hace diez años. Como si me estuviera mirando directamente *a mí.*

Que se jodan los millones de ojos que hay sobre ella ahora mismo.

Ella es mía y solo mía.

—Su Voz —recita—, es una organización sin fines de lucro que ayuda a rehabilitar a mujeres jóvenes víctimas de abuso sexual y violencia doméstica. El objetivo es darles a estas mujeres un lugar al que ir, un refugio seguro al que recurrir. Es uno de los trabajos más importantes que existen.

La multitud aplaude estruendosamente. Miro a Yefim mientras el presentador comienza a acribillar a Iris con preguntas fáciles. Sin embargo, mi mano derecha se está desconectando de todo. Busca furiosamente algo en su teléfono.

Rápidamente, se lo arrebato de las manos.

—Ay, vamos, Kon —se queja.

—¿Wikipedia? —me burlo—. ¿Eso es lo mejor que puedes hacer? Se supone que eres un maestro de la investigación. Si supiera que solo buscas las principales visitas de Google, te pagaría muchísimo menos.

—Es un comienzo, gilipollas. Tiene una página.

Tiene razón. Pero es corta. La única foto que existe de ella es con lencería sexy. Una foto en blanco y negro con una leyenda que dice: *Del video musical "Mi Chica"*.

No hay información sobre su infancia o sus padres. En cuanto a logros profesionales, son las mismas cosas de las que acaba de hablar en el programa nocturno. Una campaña con Atelier Sorbonne. Un vídeo musical con la estrella de rock Jake Nox.

Abro una nueva pestaña y busco el vídeo musical. Yefim intenta recuperar su teléfono, pero le doy un puñetazo tan fuerte que casi se cae del sofá.

—¡Maldito infierno! Eso duele. Te das cuenta de que eres básicamente un gigante, ¿no?

Lo ignoro y sincronizo el teléfono de Yefim con la televisión. El programa nocturno desaparece y aparece el vídeo musical. Miro con la respiración entrecortada en la garganta.

Comienza con un silencio y una casa. El tipo de cubo modernista con líneas limpias y exceso de vidrio que los gilipollas ricos adulan.

La cámara se desliza a través de salas de estar, cocinas, patios amplios y luego se adentra en el corazón de la casa. Todavía ni un pío. Luego, al dormitorio.

Es como se esperaba: una docena de tonos diferentes de blanco, la suave luz del amanecer filtrándose a través de las ventanas. Un hombre entra en escena.

Jake Nox. Lo sé sin tener que preguntar. No son solo los tatuajes y piercings en su torso sin camisa, el cabello largo y grasiento o la forma en que camina con las caderas hacia adelante para

que su polla quede al frente y al centro en esos ajustados calzoncillos negros que lleva.

No… más que todo eso, tiene esa arrogancia acicalada y egocéntrica que dice que es muy consciente de las cámaras enfocadas en él.

La cámara encuentra sus pies en primer plano y sube lentamente por su cuerpo antes de fijarse en su rostro.

—Jesús —murmura Yefim—. ¿Cuánto a que él mismo dirigió este pedazo de mierda?

Más tomas egoístas de pollas enfundadas en calzoncillos, abdominales de chico flaco y tatuajes de mierda sin sentido. Más luz a través de las ventanas. Más panorámicas de las características sin duda costosas del dormitorio.

Las guitarras estáticas se activan de repente con un tamborileo escaso e inquietante. El bastardo abre la boca y empieza a canturrear. Tengo que admitir… a regañadientes, pero igual… que tiene buena voz. Rasposa, con suficiente coraje para parecer conmovedora.

Una sombra cae sobre su espalda. La cámara gira con agonizante lentitud…

Y luego, la veo.

Iris lleva un vestido transparente que muestra las líneas perfectas de su cuerpo. Casi juro que puedo distinguir los picos oscuros de sus pezones a través del encaje.

El cabello negro cae sobre sus hombros y su espalda. No lleva maquillaje y es aún más hermosa.

Él sigue cantando mientras se acerca a ella.

Mientras la alcanza.

Mientras sus dedos flotan cada vez más cerca suyo…

Lanzo el teléfono de Yefim a la pantalla. Se estrella en el centro, generando grietas que forman telarañas en cada borde del marco.

—¡Joder, Kon! —protesta Yefim—. ¡Ese es mi quinto teléfono este año! ¡Deja de romper mis cosas, joder!

Saco mi teléfono del bolsillo y se lo lanzo. —Investiga a Jake Nox. Ahora.

Sigue quejándose en voz baja, pero hace lo que le digo. Observo cómo una versión fragmentada y confusa del vídeo musical sigue reproduciéndose en millones de fragmentos diferentes. Solo quedan fragmentos por ver: el destello de un pie descalzo, el susurro de las cortinas con la brisa, las olas del océano en blanco y negro.

Siento algo caliente en mis manos y miro hacia abajo para darme cuenta de que apreté los puños con tanta fuerza que mis uñas rompieron la piel de mis palmas. Las limpio en mis pantalones y me obligo a relajarme.

Respira, hijo de puta. Cálmate.

—Jake Nox —Yefim lee en voz alta de repente—. Nació Jacob Drewry. Veintiocho años. Surgió como parte de una banda de heavy metal, llamada Hell Gun. Se fue hace un par de años para

iniciar su propia carrera de solista. Más mierda pop de las listas de éxitos. Le va bien.

Sigo esperando a que Yefim empiece a leer, pero tarda demasiado. Agarro el teléfono por segunda vez. Esta vez, se rinde sin luchar.

Hay dos párrafos sobre la vida personal de Jake Nox. Me centro en el segundo.

De noviembre de 2016 a 2017, Nox estuvo en una relación con la supermodelo Leona Roth. La pareja se separó después de casi un año juntos. Desde entonces, Nox ha estado vinculado con diferentes mujeres. En 2020, comenzaron los rumores de que sale con la modelo Iris Keller, que protagonizó el video musical de su exitoso sencillo "Mi Chica". Ni Nox ni Keller ofrecieron una confirmación.

Me levanto de mi asiento y empiezo a caminar. Yefim me mira receloso. —Kon, esto podría no ser nada —sugiere.

—Esto nunca habría sucedido si la hubieras encontrado cuando te lo pedí —exploto, girándome hacia él—. Por eso desapareció. Descubrió que estaba embarazada.

—No lo sabes.

—Tengo un hijo ahí fuera, Yef. Un niño. Y no sabe quién es su padre.

—Su padre está comprometido —me recuerda. Se pone de pie y extiende las manos como si intentara aplacar a un tigre fuera de su jaula—. Kon, hermano… nada bueno puede resultar de encontrarla.

—Ella tiene a mi hijo. Mi maldito *hijo*.

—No estamos seguros de que este niño sea tuyo —insiste Yefim—. Dilo todo lo que quieras, pero no lo sabemos.

—Entonces, supongo que tendré que averiguarlo.

—¡No te vuelvas loco! —ruega—. Kon, estás comprometido.

—Estoy comprometido para firmar un acuerdo de negocios. Nada más y nada menos.

—Eso es semántica, pero da igual. Vale. Llámalo como quieras… eso no cambia el hecho de que igual te casarás este año.

—¿Qué sugieres? —exijo—. ¿Debería olvidar que este niño existe? ¿Ignorarlo?

—Eso es exactamente lo que creo que deberías hacer —dice Yefim—. Traer a un niño a escena solo complicará las cosas.

—Tengo que encontrarla —digo—. Quiero su dirección. En menos de una hora.

—Hermano…

Lo agarro por el cuello y lo atraigo hacia mí. —Escúchame, Yef. Lo dejé pasar la última vez. Te dejé convencerme de que dejarla desaparecer era lo mejor para todos. Pero esto es diferente. Este es mi hijo y no dejaré que desaparezca. Quiero su dirección en una hora, ¿entendido?

Yefim suspira. —Entendido. ¿Puedes soltarme ahora?

Lo alejo de mí. —No vuelvas hasta que tengas respuestas.

Exhala bruscamente como si quisiera decir algo, pero luego lo piensa mejor. —Volveré pronto.

En el momento en que se cierra la puerta, abro mi teléfono y busco su nombre. Paso demasiado tiempo revisando los resultados de las imágenes, mirando las mismas fotos de la campaña del Atelier Sorbonne una y otra vez. Fotos de Iris en lencería y llena de diamantes. Su cuerpo contorsionado en nombre de la alta costura.

Intento recordar a la chica que conocí, la que estaba detrás de la mirada fría y distante dirigida a la lente de la cámara. Tenía dieciocho años cuando nos conocimos, lo que significa que ahora tiene veintiocho. Dejé que ella desapareciera de mi radar después de la única noche que pasamos juntos, a pesar de que nunca dejé de pensar en ella.

Tampoco volví a tener otro polvo como con ella.

Es extraño, porque al fin y al cabo el sexo sigue siendo sexo. Pero después de ella, ya no me dio la misma sensación de euforia. No de la forma en que lo sentí con ella.

Camino hacia la diana al otro lado de la habitación, y saco distraídamente los dardos de la fibra. Retrocedo unos diez pasos y apunto.

El primer intento es el peor fallo que tuve en una década. Pero el sonido de la madera astillándose es satisfactorio a su manera.

Solo quiero golpear algo. Hacer que algo duela. Y, como Jake Nox no está cerca, tendré que conformarme con la diana que cuelga en esta pared desde que era niño.

Miro mi reloj de pulsera y me pregunto por qué Yefim tarda tanto. Entonces, me doy cuenta de que solo pasaron siete minutos. Me obligo a ser paciente.

¿Estoy provocando problemas al seguir con esto? Probablemente.

¿Me importa? Ni por un puto segundo.

Pienso en la linda niña Kuzmin que pronto llevará mi nombre. El mero pensamiento me cabrea. Claro, podría tener amantes… ese tipo de cosas se pasan por alto en los matrimonios Bratva… pero Iris ciertamente no será una de ellas.

Lo sé con absoluta certeza. Puede que no la haya conocido más de un par de horas, pero esas pocas horas me dijeron lo suficiente. Está hecha para algo más que follar de forma turbia e ilícita en habitaciones de motel.

Lanzo otro dardo al tablero. Imagino la cara de Jake Nox en el centro. Esta vez doy en el blanco, con tanta fuerza que el dardo se parte en dos.

La puerta se abre y vuelve a entrar Yefim. Tiene un trozo de papel en la mano, recién salido de la impresora. Me lo pasa con cautela.

—Ten —dice—. No tardé mucho en encontrarla. Vive aquí en Los Ángeles.

—Es hora de hacerle una visita.

—Solo… joder, solo cuídate, Kon —suplica Yefim—. Esto será más complicado de lo que piensas.

No me molesto en decirle que ya lo sé.

Pero valdrá la pena.

IRIS

—Así es, cariño. Dame otra sonrisa —me anima Corey—. Hermosa, Iris, bebé, hermosa. Baja un poco la cabeza. Así es. Perfecto.

Hago lo que dice. La pequeña y desafortunada marioneta de otro fotógrafo más.

Clic. Clic. Clic.

Flash. Flash. Flash.

Quiero vomitar, cerrar los ojos y esperar a que todo pase.

Respira, me digo. *Cálmate*.

Corey por fin se endereza y me muestra sus dientes deslumbrantemente blancos. —Tengo las fotos. Gracias, muñeca. Eres un tesoro.

Le ofrezco una sonrisa tensa y salgo de la sesión hacia mi agente, Liza. Tiene la cabeza enterrada en el teléfono y no levanta la vista hasta que me aclaro la garganta deliberadamente.

—Ah, ahí estás —dice Liza, levanta la vista por fin—. ¿Todo listo?

—Todo listo.

Deja caer el teléfono en el bolsillo de su chaqueta de gran tamaño y se retira los apretados rizos marrones de la cara. —Vale, cariño. Tenemos que hablar.

—Sabes que odio cuando dices eso.

Se dirige al área de bocadillos. Es una sesión pequeña, para un diseñador prometedor con un largo camino por recorrer, por lo que la “mesa de refrigerios” es solo un plato de galletas y algunos sándwiches pequeños, secos como el Sahara. No podría estar menos interesada.

Liza agarra una galleta y le da un gran mordisco. —Joder, me muero de hambre —murmura con la boca llena, mirándome de arriba abajo—. Nunca podría ser modelo.

Liza ya es bastante delgada. Pero Los Ángeles tiene una manera de convencer a la gente de que no es lo suficientemente buena.

—No quieres serlo —le digo—. Solo hago esto para pagar las cuentas.

Las cejas de Liza se juntan. —Sobre eso… has visto tu cheque de pago de esta sesión, ¿no?

—Sí. Quinientos dólares.

—Quinientos putos dólares —dice. Suena enojada—. Eso es una mierda, Iris.

—Es suficiente para pagar mis cuentas el próximo mes.

—¿Te das cuenta de que podrías ganar veinte veces esa cantidad si participaras en la próxima campaña de Sorbonne?

Exhalo con frustración. —Jesús, Liza. Otra vez no.

—Tenemos que hablar de esto, Iris. ¿Qué salió mal entre ustedes? La primera campaña fue tan bien.

—Es demasiado… grande —digo con torpeza. No es la palabra que me gustaría decir, pero sé que cruzarse con un hombre como Sorbonne solo puede traer consecuencias. No puedo darme el lujo de correr ese riesgo.

—¿Y eso qué significa siquiera? —pregunta, perpleja—. El tío mide, como, cinco pies y cinco, y pesa cien libras mojado.

—Grande como *grande* —digo—. Los grandes diseñadores tienen grandes egos, y él es el más grande. Creen que pueden tener lo que quieran. Si me subo a algún set es para trabajar. No para acariciar el exagerado sentido de autoestima de algún viejo idiota.

—Sorbonne no es tan viejo —dice Liza—. Y sí, es bajo, pero tampoco tiene mal aspecto.

—Entonces, ¿se supone que debo sentirme halagada si me coquetea?

Liza suspira. —El problema contigo, Iris, es que tienes demasiados principios para tu propio bien. Esto es Los Ángeles. La mayoría de la gente aquí está dispuesta a vender su alma para lucir diez años más joven. Imagínate lo que están dispuestos a hacer por dinero de verdad.

—Pueden hacer lo que quieran con sus almas —digo con firmeza—. Me quedo con la mía.

Liza se mete el último trozo de galleta en la boca. —Siempre te digo que hagas lo que quieras, cariño. Pero, sinceramente, empiezo a preguntarme si vale la pena mantenerte como cliente.

—Liza, basta. Hay otros diseñadores en el mundo aparte de Atelier Sorbonne. Llama a uno de ellos.

—Tengo una sugerencia mejor —responde—. Llama a Jake.

Me pongo rígida al instante. —Liza…

—Salir con él fue la mejor decisión que tomaste.

—¿Hablas en serio? —pregunto, mirándola boquiabierta—. Él me engañó.

—Una vez —dice con desdén—. Esto es Los Ángeles. Todo el mundo engaña.

—¡Por el amor de Dios, deja de decir que todo está bien solo porque vivimos en esta horrible ciudad! Me engañó una vez. Eso está mal. Y lo perdoné, como una idiota. Luego lo hizo de

nuevo. Engáñame dos veces o lo que sea, pero no tendrá una tercera oportunidad.

—Qué importa —agita la mano con desdén—. Fue fotografiado en un club de striptease. Eso no significa necesariamente que te haya engañado.

—¿Por qué tengo la sensación de que incluso si lo hubieran fotografiado hasta las pelotas con una estrella porno, igual lo excusarías?

—Porque puedes *usarlo*, Iris —espeta—. Es una estrella de rock. Tiene conexiones. Ese vídeo musical te puso en escena.

—Como la presunta novia de Jake Nox —escupo—. Mis cinco minutos de fama nunca tuvieron que ver conmigo en absoluto. Fui una decoración en sus brazos. Sabor de la semana.

Liza pone los ojos en blanco. —¡Vale! ¡Bien! Pero en lugar de *usar* eso, tomaste tu lugar en el circuito nocturno para hablar sobre una puta *organización sin fines de lucro*. Es como si quisieras venirte sin siquiera un gemido.

—¡Su Voz es una organización increíble!

—Lo entiendo, Iris. Te apasiona esta mierda del abuso contra las mujeres…

—Estoy apasionadamente en contra.

—Vale, lo que sea. ¿No quedó eso claro? —Liza se burla retóricamente—. Lo que quiero decir es que deberías haber aprovechado el protagonismo y promocionarte. *A ti*. Tú eres el producto. Esas otras cosas son solo… actividades secundarias.

—Quiero contribuir al bien del mundo, no solo vender bolsos de diseñador, Liza.

—Bueno, cariño, adivina cuál paga las cuentas.

Dejo que mi barbilla caiga sobre mi pecho. Me ganó aquí.

—Tienes un hijo, Iris —presiona con seriedad, sintiendo la victoria—. Piensa en Max.

—Pienso en Max todo el tiempo —susurro con ferocidad—. Quiero mostrarle que aún puedes ganarte la vida sin comprometer tus creencias.

Liza se ríe sardónicamente. —Chica, aterrizaste en la ciudad equivocada para esa mierda. Puede que Jake no haya sido el novio más fiel, pero fue bueno contigo.

—Si ese es tu estándar para ser “bueno”, estás poniendo el listón lo suficientemente bajo como para tropezar con él, Liza.

Ella se encoge de hombros. —Oye, no todas somos supermodelos.

—Yo tampoco.

—¡Excepto que tienes el potencial para serlo! Pero sigues rechazando todos los grandes nombres que se te presentan.

—Si dices Sorbonne una vez más…

Liza gruñe de frustración. —¿A quién le importa si el hombre es un gilipollas? Si puedes sacarle

algo, ¿por qué diablos no hacerlo? Jake, Sorbonne, son lo mismo… ¡úsalos!

—No es así como quiero hacer las cosas. No es así como quiero vivir mi vida.

Sus ojos se estrechan hasta convertirse en duras rendijas. —Sabes, cuando te conocí pensé que serías mi cliente más valiosa. El dinero más fácil que he ganado. Te miré a la cara y pensé: *Esta chica nos llevará a la cima. Todos los diseñadores la querrán. Ella tiene la cara y el cuerpo y esos hermosos ojos.…*

Me preparo para el martillo. El "pero" viene en tres, dos, uno…

—Pero ese orgullo testarudo tuyo, Iris —suspira.

—Puedo hacerte ganar dinero sin tener que comprometerme, Liza.

—Me encantaría saber cómo.

—¿Cuánto ganamos con la campaña Lotus & Athena? Eso fue…

—Fue como hace cuatro años, eso fue —sisea Liza—. Lleva ese caballo a la fábrica de pegamento, cariño… está muerto. Y… a excepción de El Que No Debe Ser Nombrado… ningún otro gran diseñador ha venido a husmear.

Puedo ver su frustración. Lo entiendo, de verdad. Pero no puedo ceder. No a esto.

Mi dignidad es lo único que me queda.

Así que ella puede intentar todo lo que quiera. Puede suplicar, rogar, amenazar y menospreciar. Pero no funcionará. No por ella, per se, sino por *mí*. No dejaré que nadie entre en mi cabeza nunca más.

Sucedió una vez y todavía no he logrado sacarlo de allí.

—Tengo que irme —le digo a Liza—. Tengo que liberar a la niñera.

—¿No tiene el niño edad suficiente para cuidar de sí mismo? —pregunta impaciente. Para ella es una fuente constante de molestia que yo tenga un hijo y un horario complicado que cumplir.

—Tiene nueve años.

—¿Es eso un no…?

Pongo los ojos en blanco. —Te llamaré más tarde, ¿vale?

—A menos que sea para decirme que harás la nueva campaña de Sorbonne, no te molestes —espeta.

Se marcha furiosa, sin despedirse. Ella es así desde el momento en que nos conocimos. Solía usar ese fuego *para* mí. Últimamente, sin embargo, siento el calor apuntando hacia mí.

Respiro profundamente y tomo una galleta.

—Agentes, ¿eh? —dice una voz profunda a mi lado—. Hay un lugar especial en el infierno para esos bastardos. O esas perras. Lo que sea. Sabes a qué me refiero.

Giro a la derecha. Recuerdo su cara de esta mañana. Uno de los modelos masculinos. Es aproximadamente uno o dos centímetros más alto que yo, tiene abdominales aceitados y el tipo de sonrisa que podría hacer desmayar a casi cualquier mujer.

Pero soy inmune. Solo un hombre me ha hecho desmayar, y ningún otro lo ha logrado desde entonces. Este muñeco Ken de cabello oscuro ciertamente no romperá esa racha.

—Claro —digo—. Agentes.

—La mía también es una perra —dice mientras le doy un gran mordisco a mi galleta. Su sonrisa se ilumina—. Soy Gavin. Tú eres Iris, ¿verdad?

—Sí.

—Me gustas, Iris —dice con la confianza de alguien a quien nunca le han dicho que no—. Terminaré con mi sesión como en veinte minutos. ¿Qué tal si vamos a tomar un café después?

Tanta seguridad en sí mismo. Y, aun así, no me hace nada. —Lo siento, Gavin. Tengo que irme.

—Ah, ¿sí? ¿Algún evento importante al que ir?

Tengo que esforzarme mucho para no poner los ojos en blanco. —Nada tan glamoroso. Tengo a un niño de nueve años esperándome en casa.

Parece casi disgustado. Asombrado, como mínimo. —¿Eres… mamá? No pareces madre.

Arrugo la frente. —¿Cómo se supone que debe lucir una mamá?

Gavin no parece captar la indirecta. —Desaliñada, supongo.

No sé por qué dejé que me arrastre a esta conversación. —Te veré por ahí, Gavin.

—¿Puedo tener tu número? —pregunta mientras me alejo. Felicitaciones a él por mantenerse firme. Aunque es más bonito que brillante. No entiende mucho la situación.

—Lo siento. No le doy mi número a extraños.

Acelero el paso en caso de que todavía no haya captado la indirecta.

Como mi coche todavía está en mantenimiento, hoy vine en bicicleta al estudio. Me aseguré de esconderla detrás de los contenedores de basura en la parte trasera del estudio, para que Liza no me viera y me regañara. Ya puedo oírla en mi mente: *¡Las supermodelos no andan en bicicleta! ¿Alguna vez viste a Gigi Hadid en bicicleta? ¿Alguna vez viste a Adriana Lima patinando hacia el trabajo?*

Le ofrezco a la imaginaria Liza el dedo imaginario, tiro mi pierna sobre el asiento y empiezo el viaje de regreso a casa.

Mi hijo me necesita.

IRIS

Me toma cuarenta minutos de pedaleo furioso y casi mortal de llegar a casa. Nadie en Los Ángeles conduce decentemente. Todos envían mensajes de texto sobre citas de Tinder y se maquillan y planifican sus próximos bailes en TikTok, lo juro.

En caso de que no lo notes, una década aquí me ha hecho amargada.

La bicicleta de Max está estacionada enfrente, en el pequeño cuadrado de nuestro césped, que es un término eufemístico para la hierba muerta que dejamos afuera. Empujo la mía en su sitio, junto a la suya.

Justo cuando estoy a punto de abrir la puerta y entrar, mi teléfono empieza a sonar. Inmediatamente gimo, pero, cuando veo aparecer la foto de Carrie, me relajo un poco.

—Hola, Carrie. ¿Qué pasa?

—Hola, chica —dice Carrie, y de inmediato sé que algo anda mal.

—¿Qué ocurre?

Ella suspira y mi estómago se desploma. —Tengo malas noticias —dice.

Excelente. Justo lo que necesitaba. Primero Liza, ahora Carrie. Estoy bastante segura de que las nubes se abrirán en cualquier momento y el mismísimo Dios me dirá que una tubería de agua se rompió en la casa, o que un coyote se escapó con Max mientras jugaba afuera.

—En primer lugar, solo quiero decir que “Su Voz” está muy agradecido por toda tu ayuda durante los últimos dos años. Muy, muy agradecido. En serio, tu tiempo y esfuerzo se aprecian mucho. Y esa entrevista que hiciste… recibimos un montón de donaciones después de que se emitió. Cambiará todo.

Aprieto el teléfono con fuerza y trato de mantener la voz firme. —¿Qué parte de eso son las malas noticias?

—Bueno, te llamo porque tenemos que… separarnos. Esas son las malas noticias.

Me golpea como un camión. Me dejo caer sentada sobre la hierba muerta y picosa. —¿Disculpa? —digo huecamente.

—No puedo explicarlo, Iris. Ojalá pudiera, pero…

—Inténtalo.

Ella suspira. —Escucha… ¿la verdad honesta? No sé. Recibí una llamada de los superiores, diciéndome que te hiciera esta llamada. “Despedirte”, fue lo que dijeron.

—¿Despedirme? Soy voluntaria en una organización sin fines de lucro —remarco. Lágrimas de enojo brotan de mis ojos—. No me pagan.

—Lo sé, pero los chicos y chicas de arriba ya no quieren que tu nombre se asocie con Su Voz. Para mí tampoco tiene ningún sentido.

—No, no lo tiene —digo sin fuerzas—. Carrie, en serio, ¿qué está pasando?

—Créeme, cariño, les pregunté. Muchas veces.

Una sospecha persistente se apodera de mi cabeza, pero parece demasiado malvada, demasiado baja. Incluso para él.

—¿Estás bien? —pregunta Carrie.

—Yo… claro. Tengo que irme, Carrie.

—Si vale de algo, hablé por ti, Iris. Pero aparentemente…

La interrumpo. —¿Puedo hacerte una pregunta que quizá no te guste responder?

—Eh, claro. Dime.

—¿La organización sin fines de lucro recibió una gran donación justo cuando recibiste la orden de dejarme ir?

Vacila. —¿Cómo lo supiste?

—¿Cuánto?

—Realmente no puedo…

—¿Cuánto, Carrie?

Otro suspiro largo y cansado. Odio poner a Carrie en peligro… ella es la definición literal de la palabra “cariño” …pero necesito saber si puedo confiar en mi instinto en este caso.

—Cincuenta mil dólares.

Dejo que mi barbilla caiga sobre mi pecho. —Entonces, supongo que él no les dio muchas opciones.

—Iris, ¿quieres decirme algo? —pregunta.

—No —digo. ¿Por qué debería molestarme? Realmente no tiene sentido. El daño ya está hecho y no cambiarán de opinión—. Gracias, Carrie. Fue un placer trabajar contigo. Espero que sigan haciendo cosas increíbles. Los estaré animando.

Cuelgo y vuelvo a guardar el teléfono en el bolso de cuero marrón que compré con mi primer sueldo. Es más viejo que Max, pero no puedo deshacerme de él. No puedo decidir si eso es

demasiado sentimental o demasiado frugal. No estoy realmente segura de cuál es peor.

Entro a la casa y dejo las llaves en el pequeño plato verde que Max me regaló un Día de la Madre. Lo recogió de un puesto en el mercadillo, me lo entregó y me dijo—: Mira, Mami… como tus ojos.

Entonces me derretí. Me derrito ahora. Estoy bastante segura de que me derretiré cada vez que vea esta cosita tonta por el resto de mi vida.

No es solo un recuerdo de cuando era joven y tierno y tan abierto con su amor porque no conocía otra forma de ser. Es un recordatorio de que yo también solía ser así.

Estoy perdida en mis pensamientos, pasando el dedo por el borde del bol de jade, cuando escucho pasos detrás de mí.

—¿Mamá?

Recuerdo el día exacto en que mi pequeño pasó de llamarme "Mami" a llamarme "Mamá". Por más tonto que parezca, se sintió como un cuchillo en el corazón. Él había conocido a algunos niños de su edad en el parque y, en el camino de regreso a casa, me soltó la mano tan pronto como cruzamos la calle. No me ha llamado Mami desde entonces.

—¡Máximo un millón! Hola, chiqui. Mami llegó a casa.

Él corre hacia mí. Rinna, la niñera, lo sigue. Lleva sus característicos pantalones cortos de jeans y una camiseta de banda de gran tamaño con pliegue francés en la cintura. Como todos los demás en esta maldita ciudad, se esfuerza demasiado para que parezca que no se esfuerza.

—Hola, Rinna —digo—. Disculpa haber llegado un poco tarde.

—No hay problema. El pequeño y yo estábamos ocupados construyendo la vía del tren.

Max se acerca a mí y me rodea la cintura con sus brazos. Una rara muestra de afecto por parte de mi hombrecito repentinamente estoico.

Le doy un beso en la cabeza. Es alto para su edad. La gente supone que tiene trece o catorce años, aunque yo siempre veo a un niño regordete cuando lo miro.

—Dile gracias a Rinna —le ordeno a Max.

—¡Gracias, RiRi! —él chirría. Ella le choca los cinco. Luego, dirige sus grandes ojos hacia los míos—. ¿Puedo terminar mi vía antes de cenar?

—Tienes quince minutos —le digo con voz severa de Mamá.

Salta alegremente en dirección a su habitación. Tiro mi cartera sobre el sofá y me quito las zapatillas, flexionando los dedos de los pies hasta que crujen. —Gracias por venir, Rin. Sé que no te avisé con tiempo, pero este trabajo surgió de la nada.

—Sucede —dice agradablemente mientras busco el dinero que había guardado en el bolsillo de mis jeans—. Escucha, Iris… tengo algo que decirte.

Me congelo. —Ay, Dios… por favor, no me digas que te vas a mudar.

Por la sonrisa de disculpa en su rostro, puedo notar que di en el clavo. —Mis padres están en Montana —explica—. Y mi hermana también. Llevo demasiado tiempo sola. Hice mi mejor intento, pero simplemente no estaba destinado. Ninguno de mis pilotos tuvo éxito y no podré resistirme a decirle al próximo ejecutivo de estudio espeluznante que se lo meta donde no brilla el sol cuando sugiera que tomemos unas copas por la noche para "trabajar un poco más en mis ideas". Han pasado ocho años y finalmente llegué a mi límite.

Suspiro. —Lo siento, Rinna. Debí haber hecho más preguntas sobre cómo iba tu trabajo.

Ella sonríe. —Está bien, Iris. Has estado ocupada. No puedo imaginarme ser madre soltera.

—Yo tampoco podía —lo admito—. Entonces, sucede y tú simplemente… lo haces.

—Bueno, haces que se vea bien.

—¿Lo hago? —pregunto con una risa sin humor—. La mayor parte del tiempo siento que finjo. Sigo esperando que Servicios Infantiles intervenga y me arresten por ser una impostora.

—Ese niño adora el suelo que pisas, Iris —me promete Rinna—. Está feliz, está sano, es dulce. Deberías estar orgullosa de ti misma.

Me sonrojo. —Vaya. Gracias. Eso significa mucho.

No puedes mostrar abiertamente tus sentimientos aquí. Los chacales de esta ciudad, de esta industria, te comerán vivo. Pero eso no significa que no tenga corazón. Y escuchar a Rinna decir esas cosas me provoca lágrimas que ya no sabía que era capaz de derramar.

—Digo en serio cada palabra —jura—. No fue una decisión fácil. Voy a extrañar muchísimo a Max.

—Él también te extrañará. Eras su favorita.

—Solo lo dices.

—No, en serio. Lo digo en serio —le entrego el dinero que le debo por hoy—. Gracias por todo, Rinna. Siempre tendrás un hogar aquí.

—Gracias por tener siempre pizza congelada en el refrigerador. Si alguna vez estás en Montana, te debo una porción.

Riendo entre lágrimas, le abro la puerta. Me da un abrazo rápido, luego se sube a su pequeño Toyota azul chirriando los frenos y se marcha, dejándome en la puerta con una creciente sensación de inquietud.

Son dos cosas que pierdo en un día. La niñera y mi puesto en la organización sin fines de lucro a la que dediqué tanta energía. Ambas duelen, pero de diferentes formas.

Y tengo la sospecha de que Liza me dejará en breve. Las cosas malas siempre vienen de a tres, ¿verdad? Una parte de mí está resentida con ella, pero mi lado más práctico la entiende.

Sin embargo, es un problema para la futura Iris. Por ahora, lo que tengo que hacer es mantener a mi niño pequeño.

Me dirijo a la cocina y tiro unos fideos instantáneos en una cacerola con agua. Lo pongo en la

estufa y luego me dirijo a mi habitación, donde tiro la ropa del día en el cesto y me pongo pantalones cortos de ciclista negros y una camiseta blanca larga. Cuando regreso a la cocina, los fideos están listos para el paquete de sabor.

Una vez que he revuelto el contenido, lo reparto en dos tazones y llamo a Max. Entra corriendo un par de segundos después.

—¿Tienes hambre, chiqui?

—Como un león —dice con un gruñido.

Me río. —¿Dónde oíste eso?

—Samson. Dice que su papá dice eso todo el tiempo.

Me doy vuelta para que no pueda ver mi mueca cuando menciona al padre de su amigo. Pasaron nueve años, pero el tema del padre de Max sigue siendo un territorio delicado. Lo evito como a la peste.

Nos sentamos en los altos taburetes uno frente al otro, con la isla de madera de la cocina entre nosotros. —¿Cómo estuvo la escuela?

—Divertida. Jugamos a los espías durante el recreo.

—Eso suena divertido. ¿Aprendiste algo interesante?

—Hablamos de planetas.

—¿Sí? ¿Tienes uno favorito?

—Marte —dice con confianza—. Porque lleva el nombre de una barra de chocolate.

Me río a carcajadas y Max se une. Vivo para estos momentos. Realmente hace que el esfuerzo valga la pena. Todo lo demás es tan pequeño y sin sentido en comparación con esto.

Una vez que nuestros tazones están vacíos, limpio la encimera mientras Max carga el lavavajillas. Luego me da un abrazo de buenas noches y se dirige a su habitación para descansar.

Eso también es nuevo. Solíamos terminar de cenar y yo lo llevaba a su habitación y lo arropaba. Pero aparentemente, ya es demasiado mayor para ser arropado.

Como todo lo demás, entierro ese dolor en algún lugar fuera de la vista.

—Buenas noches —llamo de nuevo.

La única respuesta es su puerta cerrándose.

Me siento en mi cocina vacía y me doy cuenta de que no tengo a nadie a quien llamar para charlar al azar. Solo yo en mi pequeña y triste burbuja. Mi única amiga es una botella de vino que guardo para una ocasión especial.

Dado que mi depresión inminente parece una ocasión lo suficientemente especial como para justificar abrir la botella, voy a buscarla. Pero, antes de que pueda alcanzarla, suena el timbre.

Miro la hora. Son las ocho y media y no espero a nadie. Camino con cautela de puntillas, me

acerco a la puerta y observo por la mirilla.

Sin embargo, siendo mi vida la mierda que es, todavía tengo la corona de la Navidad pasada bloqueándome la vista. Puede que sea junio, pero aparentemente las navidades nunca terminan en la casa de los Keller.

—¿Quién es? —grito con un gorjeo nervioso. No puedo explicar por qué de repente mi piel se siente fría, por qué juego con las puntas de mi cabello como siempre que algo malo está por suceder. Se siente como si hubiera un tornado en el horizonte.

—Abre la puerta, Iris.

Si mi piel estaba fría antes, ahora se vuelve puro hielo.

No puede ser.

De ninguna manera.

De ninguna puta manera.

Digo “De ninguna manera” en mi cabeza tantas veces, todas en el lapso de unos pocos segundos, que logro convencerme de que es verdad. Escuché mal, la voz del visitante está apagada, tuve un mal día y mi mente me juega una mala pasada, etcétera, etcétera, etcétera. Hay un millón de excusas posibles.

Y luego, antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, giro la manija y abro la puerta. Al menos, solo para demostrar que no es él. Que seguramente ni siquiera mi vida puede ser tan cruel.

Pero cuando veo quién está ahí me doy cuenta de la verdad.

Este mundo es más cruel de lo que jamás creí posible.

KON

—¿Kon?

Su voz es suave. Tentativa. Malditamente casi esperanzadora.

Pero apenas puedo concentrarme en nada más, porque luce como puro pecado.

Está vestida informal con un par de pantalones cortos de licra y una camiseta sin mangas de algodón, pero sus piernas delgadas están a la vista y es obvio que no lleva sostén debajo de su camisa ajustada.

En persona, es todavía más fácil ver cómo cambió. La agudeza en su mandíbula y pómulos. La forma segura en que se mantiene erguida… hombros hacia atrás, barbilla orgullosa.

Definitivamente, ya no tiene dieciocho años.

—Iris —entro a su casa sin esperar una invitación, intentando ignorar cómo solo decir su nombre hace zumbar mis labios entumecidos. Sabe bien esa palabra que no me he permitido decir en diez años.

El lugar es pequeño y, en el momento en que entro, parece encogerse aún más. Miro a mi alrededor con interés casual, pero solo porque me obligo a no mirarla. Aún no. No así.

—Ha pasado un tiempo —digo, volviéndome finalmente hacia ella.

—Diez años —susurra.

Asiento. —Diez años.

—¿Eres real?

—Puedes tocarme y descubrirlo.

Sus ojos se estrechan. —Definitivamente eres tú. En realidad, una década no te ha cambiado tanto. Sigues siendo un gilipollas presumido.

Me río entre dientes. —Me alegro de encontrarte en esta zona del bosque.

—No me habrías encontrado si no buscaras —sugiere. Luego, después de una pequeña pausa, pregunta—: ¿Estabas buscando?

—¿Crees que tengo una razón para hacerlo?

Me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que ella simplemente confiese la verdad sobre nuestro hijo. Pero luego, recuerdo… que la conozco. No importa lo que nadie tenga que decir al respecto, la conozco. No importa el poco tiempo que pasamos juntos, la conozco.

No hay manera de que ella diga la verdad por su propia cuenta.

—¿Por qué hablas con acertijos? —pregunta impaciente—. ¿Y qué haces en mi casa?

—¿Llamas a este lugar casa?

—Estoy segura de que es una choza comparada con cualquier mansión de libertinaje en la que vivas. Pero algunos de nosotros no tenemos el beneficio del dinero de la mafia.

Ladeo la cabeza hacia un lado. —El dinero de la Bratva es diferente.

—¿Sí? ¿Cómo es eso?

—No es robado. Se gana. Con sangre y sudor y lágrimas.

—Ay, ¿tú lloras? —se burla.

—No mis lágrimas —aclaro—. Pero lágrimas, de todos modos.

Pone los ojos en blanco. —Qué línea tan bien ensayada —dice con descaro—. Y una pequeña justificación ordenada.

—Estoy seguro de que a alguien como tú le parece así.

Sus ojos siguen recorriendo la sala de estar como si le preocupara que pudiera notar algo que no debería. Como las zapatillas de tenis del niño tiradas en un rincón de la habitación, o los videojuegos apilados en la estantería, o el modelo de cohete hecho con palitos de helado.

La verdad está escrita en todas partes, tan clara como el día. Debe pensar que soy un tonto por no verlo.

—¿Por qué estás aquí, Kon? —pregunta.

—Estaba en el vecindario.

Cruza los brazos sobre el pecho y me fija con una mirada acerada que no logra ocultar su nerviosismo. —Patrañas. Viste la entrevista, ¿no?

—¿Te arrepientes ahora?

—Quizá si no hubiera sido tan buena para las donaciones. Pero muchas mujeres recibirán la ayuda que necesitan gracias a la conciencia que creó la entrevista.

—Qué mártir eres.

—Esa soy yo —dice con un suspiro. Se muerde el labio y luego levanta los ojos hacia los míos —. Honestamente, no pensé en eso, ¿sabes? Pensé que me habías olvidado.

Alzo las cejas. Es probablemente la cosa más vulnerable que dijo hasta ahora. —¿Es así?

Se encoge de hombros, tratando de aparentar que no le importa nada, aunque ambos podemos ver la tensión que ejerce esta conversación sobre ella. —Bueno, dejaste claro que nuestra noche juntos era algo normal para ti. Olvidable.

—¿Asumiste que hacía eso con otras mujeres todo el tiempo?

—¿No es así?

Doy un paso hacia ella. —Parece que ya tomaste una decisión sobre mí. Entonces, ¿por qué creerías nada de lo que te diga ahora?

Parece insegura por un segundo. —Supongo que no lo haría.

—Pero sabías mi nombre.

Asiente, todavía intentando con todas sus fuerzas no entrar en pánico. Pero no es tonta. Ella sabe hacia dónde va esto. Ella sabe por qué estoy aquí.

—¿Cuál es tu punto?

—No habría hecho falta mucho esfuerzo para localizarme. Si es lo que querías.

—No quería localizarte, si eso es lo que preguntas —dice.

—Merecía la elección, Iris.

Solo cuando ella da un paso atrás me doy cuenta de que me estoy acercando a ella. No estoy tratando de ser amenazante. Pero la distancia entre nosotros ahora parece intolerable. Son diez años pensando en esta mujer. Mirarla no alcanza.

Necesito *más*.

Su mandíbula se pone rígida y sus ojos brillan con anticipación. Se prepara para la pelea que siente que se avecina. Yo también puedo sentirla. Como cuando baja la temperatura antes de una tormenta violenta.

—¿Qué elección?

Aprieto la mandíbula. —La elección de decidir si quería ser parte de su vida o no.

Resopla de inmediato, planta las semillas de la mentira que está a punto de decir. —¿De eso se trata? ¿De verdad crees que es *tu* hijo?

—Lo sé.

—¿Por qué? —exige, toda fuego y furia—. ¿Porque el momento es correcto? Eso es muy presuntuoso de tu parte.

—No. No creo que lo sea.

—Así que asumes que después de salirte con la tuya en tu pequeña y cursi seducción de jacuzzi, yo estaba completamente arruinada para otros hombres. ¿Crees que no dejé que otro chico me toque desde entonces? ¿Que garabatee tu nombre en mi diario y nos imagine con dos o tres hijos, un Golden retriever y una valla blanca? ¿Es así? ¿Dije todo bien?

—Te perdiste de tu vocación como actriz —me río. Me apoyo contra la pared y cruzo los brazos sobre el pecho.

—Vete a la mierda.

Me río de nuevo. Su lucha sería todavía más divertida si no fuera por la erección dolorosamente dura que muere por liberarse de mis pantalones.

—No puedes negar que teníamos química —comento—. Ni siquiera te molestes en mentir sobre eso. Lo veré en tus ojos.

Ella se limita a devolverme la mirada. —¿Crees que la "química" me impediría acostarme con otros hombres? Dime: ¿te impidió a ti follar con otras mujeres?

Lo lanza como una púa, como un puñetazo ganador, pero siento la seriedad detrás de la pregunta. Y, por un momento singular, considero responderle con sinceridad.

Porque la verdad es que pasé una década entera tratando de sacarla de mi sistema. Seguramente había una mujer por ahí que podría hacerme olvidarla.

Pero han pasado diez años y ninguna se ha siquiera acercado.

—Tal vez si te hubieras quedado, podría haberlo hecho —digo en voz baja.

Se pone rígida, como si quisiera protegerse de los sentimientos que esa simple frase despierta en ella. Pero, cuando sale su voz, es tan ahogada y melancólica como la mía. —Quizá debiste haber impedido que me fuera.

Recuerdo el momento exacto. Se detuvo en el umbral de la puerta de mi habitación de hotel. Me miró. Quería quedarse.

Solo esperaba que yo le diera una razón para hacerlo.

En el presente, miro el arco perfecto de sus labios y me pregunto qué haría si reclamara su boca ahora mismo. ¿Me devolvería el beso o me empujaría hacia atrás? ¿Gemiría o gritaría? ¿Huiría o se quedaría?

Creo que sé las respuestas. Pero antes de poder estar seguro, oigo el crujido de una puerta que se abre.

—Joder, joder —murmura en voz baja. Me mira. Puedo ver el miedo en sus ojos. Puedo saborearlo en el aire—. Por favor, solo…

Antes de que pueda terminar la frase, veo una cabeza oscura asomada a la sala de estar. Siento que algo extraño recorre mi cuerpo. —*Alguien acaba de caminar sobre tu tumba* —diría Yefim si estuviera aquí, ese bastardo supersticioso.

Pero no. No es espeluznante ni intrusivo ni antinatural. Es… familiar. Como si algo muy dentro mío reconociera exactamente lo mismo dentro del niño que entrecierra los ojos ante la luz.

—¿Mamá?

Iris se pone delante mío, bloqueando momentáneamente la vista del niño. Me hago a un lado y observo su cabello castaño oscuro. Tiene un tinte castaño rojizo. Sus hombros son anchos para su

edad, y sus manos grandes. Él crecerá, quizá incluso tanto como yo. Miro esta pequeña bellota y veo el roble en el que se convertirá y hace que mi pecho palpite tan dolorosamente que casi caigo de rodillas.

Pero aprieto los dientes y dejo todo eso a un lado. Como siempre me enseñaron a hacer.

—Lo siento, cariño. ¿Te despertamos?

—¿Quién es ese? —pregunta en su lugar. Él mira más allá de ella, hacia mí.

Ella lanza una mirada en mi dirección, agitando la boca como un pez en el suelo mientras lucha por encontrar la manera de responder a lo imposible.

Doy un paso adelante, obligando a Iris a hacerse a un lado y me agacho a su nivel. —Soy Konstantin. Puedes llamarme Kon. Soy un viejo amigo de tu madre.

A medida que los ojos del niño se adaptan a la luz, se abren más. Lo suficientemente grandes como para ver cuán profundamente grises son. Un perfecto espejo mío.

—Hola —dice, un tanto tímido—. Soy Max.

Sonrío y le ofrezco la mano. —Encantado de conocerte, Max.

Nos sacudimos, pero sus ojos siguen mirando mis brazos. —Esos son tatuajes realmente geniales —espeta—. Yo tengo uno también.

Dobla la manga de su pijama de rayas azules para revelar una caricatura de un pirata con un parche en el ojo y un loro en el hombro. Es grande y absurdo y obviamente temporal, aunque nunca lo sabrías por el brillo serio en sus ojos.

—Un pirata, ¿eh?

—Sí, me gustan. Tenía un barco pirata cuando era pequeño.

Asiento. —¿Lo extrañas?

Frunce el ceño, preguntándose si admitir eso podría hacerme pensar peor de él. —A veces.

—Tuve el mismo tipo de situación con este juguete que solía tener. Todavía lo extraño.

—¿En serio? —pregunta, con los ojos muy abiertos.

—En serio.

—Mamá me compró otro, pero…

—Pero no es lo mismo —termino por él.

El asiente. Luego, sus ojos se dirigen a su madre por un breve momento, como si le preocupara haber herido sus sentimientos. —¡Pero igual me gusta el nuevo!

No hay muchos niños de nueve años que se preocupen por herir los sentimientos de sus madres. Hizo un buen trabajo con él. Me enfurece más de lo que me gustaría admitir que lo hizo sin mí.

—Eh, Max, ¿por qué no vuelves a la cama, cariño? —sugiere Iris, tratando de interponerse entre

nosotros sin llegar a tocarme.

Se inclina para hablar con Max, y la tela elástica de los pantalones cortos abraza su perfecto trasero. Tengo que concentrarme en no ponerme duro. Inhalar y exhalar por la nariz, pensar en cualquier cosa menos en la mujer perfecta inclinada frente a mí.

—Quiero quedarme y hablar con tu amigo —protesta—. Quiero ver todos sus tatuajes.

Yo sonrío. —Prometo que algún día te los mostraré todos. Pero no esta noche.

Se desploma hacia adelante, decepcionado, mientras Iris lo agarra del brazo y lo engatusa para que regrese por el estrecho pasillo por donde vino.

Les doy una ventaja de cinco segundos… lo suficiente para reorganizar mi dolorida polla en mis pantalones… y luego los sigo.

Deja abierta la puerta del dormitorio. Me quedo escondido en las sombras detrás del marco de la puerta para poder mirar sin ser visto. Su cama individual está arrinconada en un rincón estrecho. Tiene sábanas de superhéroe, una lámpara de lava y juguetes esparcidos por el suelo.

Iris se arrodilla junto a su cama y le toma la mano. —Duerme, mi dulce muchacho —le dice con una voz suave y cantarina que nunca antes había oído de ella.

—¿Tu amigo estará aquí mañana? —pregunta Max.

—No —dice ella de inmediato—. No lo estará.

—Dijo que me mostraría el resto de sus tatuajes.

—Probablemente solo estaba siendo educado —sugiere.

—¡Pero él lo prometió!

—Cariño, mañana tienes escuela. Ahora es hora de dormir.

—Quiero un tatuaje como los suyos —dice adormilado.

—Cuando tengas dieciocho años, hablaremos —arrastra las palabras, divertida.

—Cuando tenga dieciocho años, no necesitaré tu permiso.

Contengo una risa. El niño tiene fuego. Como si necesitara más pruebas de que es mío.

Sin embargo, Iris no parece tan impresionada como yo. —Escucha atentamente, amiguito: *siempre* necesitarás mi permiso. ¿Sabes por qué?

Max suspira. Claramente han hecho esta rutina varias veces y conoce sus líneas. —Porque soy tu bebé, no importa lo alto que crezca —recita, poniendo los ojos en blanco.

—Exactamente —ella sonríe y luego se inclina y besa su frente—. Buenas noches.

—Buenas noches, Mamá.

Se levanta y vuelvo a la sala de estar antes de que pueda verme mirando. Estoy parado junto a la ventana cuando reaparece, luciendo extremadamente molesta y extremadamente sexy.

—¿Qué te pasa? —exige de inmediato.

Sonrío. —Yna lista larga. ¿Cuánto tiempo tienes?

Se limita a mirarme con ira. —Quiero decir, ¿de dónde sacas hacerle promesas a mi hijo?

—No es solo tu hijo, Iris.

Lucha con su próxima refutación. Una clara señal reveladora. —Escucha, Kon, sé que puede parecerte como…

—Sus ojos, Iris —interrumpo—. ¿Alguna vez has notado sus ojos?

—Por supuesto que he notado sus ojos —espeta—. Soy su madre.

—Mi madre también tenía ojos plateados. Yo también. Viene de familia.

—Él no es tuyo, Kon. Métete eso en tu estúpida cabeza.

Suspiro y me dejo caer en su sofá raído. —Es bueno ver que te va bien, Iris.

Es de doble intención en el mejor de los casos, y francamente grosero en el peor. El efecto no pasa desapercibido por Iris. Se incorpora en toda su altura, me mira con esa sensación de imperiosidad de princesa perdida hace mucho tiempo y sisea: —Tienes un ego increíble. O sea, ¿imaginaste que era una especie de desastre triste y patético después de salir de tu habitación esa noche? ¿Crees que pasé los últimos diez años suspirando por ti? ¿Crees que me limito a beber vino en caja y cobrar cheques de asistencia social y quejarme del que se escapó?

Me tomo mi tiempo para arreglarme los pantalones, desabrochar y volver a abrochar el reloj de pulsera. Sus palabras flotan en el aire, pero, a cada segundo que pasa, son cada vez menos seguras. Su fuego palidece frente al mío. La casa está en silencio a nuestro alrededor.

Luego, cuando es el momento adecuado, me levanto.

Es alta para ser mujer, pero todavía la empequeñezco en todos los sentidos. Me inclino lo suficientemente cerca para oler su perfume y susurro—: ¿Quieres que crea que no es mi hijo? Pruébalo.

—¿De qué diablos estás hablando?

Rápidamente, meto la mano en mi bolsillo, saco mi navaja y extiendo mi mano boca arriba entre nosotros. Iris retrocede y se tapa la boca con una mano para sofocar un grito, pero la ignoro. Abro una delgada línea roja en mi palma.

—Aquí está mi sangre. Pruébala.

Su mandíbula cae y su mano se aleja. —Tú… no puedes estar hablando en serio.

—¿Qué parte de esto parece una broma?

—¡No puedes simplemente… por el amor de Dios, no puedes simplemente irrumpir en mi vida y empezar a exigirme cosas! ¡A mi hijo!

—Puedo cuando una de esas me pertenece —digo.

Sus ojos brillan con furia. —Él no te *pertenece*.

—¿Quién dice que hablaba de Max?

La mandíbula de Iris cae aún más. Está completamente sin palabras ahora. Esos labios de color rosa pálido se abren en shock, estupefactos por el giro del destino que no vio venir.

A decir verdad, yo tampoco.

Suspiro y cierro mi mano cortada. —Tengo derecho a conocer a mi hijo, Iris. Él tiene derecho a conocerme.

Me mira fijamente durante mucho tiempo. Al parecer, las palabras son cosa del pasado.

—¿Consideraste siquiera buscarme cuando supiste que estabas embarazada? —pregunto sin rodeos.

Envuelve los brazos alrededor de su cuerpo como si estuviera tratando de mantenerse entera. Tengo la sensación de que hizo eso muchas veces en los últimos años. Hasta ahora funcionaba… apenas.

—Lo consideré —susurra por fin.

Una admisión. La verdad que ya sabía finalmente sale a la luz.

—¿Y…?

Ella alza sus ojos hacia los míos. —Estaba asustada.

—¿Asustada de qué?

—De la posibilidad de que él sea como tú.

IRIS

—Descubrí que estaba embarazada unas cuatro semanas después de la fiesta —le digo—. No tuve náuseas matutinas. No me sentí hinchada. Pero un día me desperté y me di cuenta de que mi período se había retrasado.

Es curioso… la mayoría de la gente embellece el pasado. Pero mis recuerdos de él no se comparan con la realidad. Lo hice más pequeño en mi mente. Apague el fuego de su mirada y la agudeza de su mandíbula.

Pero ahora que estamos uno frente al otro, es como si lo estuviera mirando en HD.

Quizás por eso estoy haciendo lo que juré que nunca haría: le estoy diciendo la verdad. Él escucha atentamente, pero no puedo ver lo que está pensando.

—Nunca se me atrasa —continúo—. Así que fui a la farmacia más cercana y compré las dos pruebas de embarazo más caras que encontré. Ni siquiera esperé hasta llegar a casa. Me hice las pruebas en el baño justo en ese momento. Positivo y positivo. Las líneas eran tenues, pero estaban ahí. Fui de la farmacia al médico y me lo confirmaron.

No estoy muy segura de por qué le cuento todo. Ni siquiera estoy segura de que quiera saberlo. Pero gran parte de mi embarazo, el nacimiento, mis primeros años como madre soltera, fueron increíblemente aislados. Sin darme cuenta, llevo años esperando compartir esta historia.

No solo con cualquiera.

Con *él*.

—¿Es por eso que decidiste dejar la agencia de modelos? —pregunta Kon.

Levanto las cejas. —¿Cómo supiste que me fui?

—Investigué.

Me muevo en mi lugar, claramente incómoda por eso. ¿Cuánto sabe ya sobre mí? No es que no sepa que tiene conexiones. Y dinero. Mucho dinero. No habría sido tan difícil para él hurgar en mi pasado y desenterrar un montón de esqueletos que preferiría mantener enterrados. No es el tipo de hombre que pide permiso.

—No dejé Mariquitas porque quedé embarazada —le digo—. Aunque estoy bastante segura de que David me habría despedido… de nuevo… en el momento en que lo supo. No le di la

oportunidad.

—¿Te fuiste anticipando eso?

Sacudo la cabeza. —Me fui por Helena.

—¿Helena?

—¿No la recuerdas?

—¿Debería?

Una parte de mí se siente aliviada de que no lo haga. —Ella era la linda rubia de cabello corto. Estaba desesperada por meterse en tus pantalones.

—Hm. Supongo que sin éxito.

—Era una perra, para ir al grano. Me hizo la vida imposible después de esa noche. Supongo que se tomó personalmente tu rechazo.

Él inclina la cabeza hacia un lado. —Me pareces el tipo de mujer que puede defenderse.

—Puedo si es necesario —digo—. Pero, si puedo evitar el drama, si puedo evitar la confrontación, entonces lo haré. No pensé que valiera la pena quedarme en la agencia cuando sabía que ella estaría tratando de lastimarme todo el tiempo.

Miro alrededor de mi desordenada sala de estar y me doy cuenta de lo fuera de lugar que se ve Kon. No se adapta a mi mundo humilde. La idea me deprime más de lo que debería.

—¿Qué hiciste? —pregunta.

—Conseguí trabajos en diferentes lugares —le digo—. Trabajos temporales, sobre todo. Y, como los horarios eran flexibles, decidí intentar obtener un título. En ese momento me pareció una decisión inteligente.

—¿Y ahora?

Vacilo. —Parece… menos inteligente. Nadie toca mi puerta para contratar a un especialista en marketing.

—¿Quién cuidaba a Max mientras estudiabas y trabajabas?

Él todavía está de pie junto a la ventana. Casi nunca cierro las fluidas cortinas azules. Me gusta mirar el patio. Pretender que las cosas son tan simples y despreocupadas como el impecable clima de California las hace parecer.

—Encontré una guardería cerca de la agencia temporal con la que trabajaba. Y tuvo todo un grupo de niñeras a lo largo de los años. Pero trato de programar mi vida en torno a él. Así que, si podía trabajar o estudiar desde casa, lo hacía.

No estoy segura de a dónde conducirán estas preguntas. Temo haber dejado de pensar por completo. Ver a Kon de nuevo después de tanto tiempo… bueno, no estaba preparada. Estoy diciendo cosas que debería mantener enterradas. Uno pensaría que ya aprendí la lección. Pero pensaría mal.

—No era necesario que lo hicieras sola —murmura.

—¿Estás diciendo que habrías estado allí para ayudarme? —resoplo—. Se realista.

Él camina alrededor de mi sofá y se sienta. Lo ocupa casi completo, con las rodillas bien abiertas. Me hundo en un asiento en el sillón contiguo, sobre todo porque mis piernas temblorosas están a punto de fallar si no lo hago.

—No soy el tipo de hombre que huye de sus responsabilidades.

Siento que se me retuercen las entrañas. ¿Es dolor o enojo? Ni siquiera puedo reconocerlo en este momento. ¿Es eso lo que habríamos sido para él? ¿Una responsabilidad que está obligado a cumplir? ¿Una casilla para marcar?

—¿Quieres saber la verdad honesta? —le pregunto.

—Siempre.

—Cuando me di cuenta de que estaba embarazada, te busqué. No fue fácil. Tu nombre no es tan conocido como esperaba. Tuve que ir al tipo de fiesta como la de la noche en que nos conocimos para obtener información.

Él alza las cejas. —¿Y qué encontraste, princesa?

—Lo que escuché… Me asustó.

Sus ojos brillan y su ceño se frunce. —Nunca te mentí sobre quién era.

—No, pero tampoco me dijiste todo.

—Fue una noche, Iris —me recuerda.

Me encojo de hombros. —Da igual. Lo que oí fue inquietante. Negocios turbios, violencia, muertes inexplicables. Todos vinculados a tu nombre. El nombre de tu familia.

—Somos una Bratva, no un monasterio. No actúes tan sorprendida.

—Entonces, ¿todo es verdad?

—La verdad es relativa.

—Sin rodeos —insisto—. ¿Haces cosas turbias? ¿Cosas ilegales? ¿Lastimas a la gente?

Inclina la cabeza y me mira solemnemente. —Sí. Sí. Sí.

Respiro hondo. Honestamente, esperaba que lo niegue. —¿Así es como te ganas el dinero?

—Alguna parte.

—¿Cómo te sales con la tuya? —pregunto asombrada. Es tan descarado, tan abierto. Apuesto a que entraría en la oficina del fiscal general, le diría todo esto a la cara al pobre bastardo, y luego lo desafiaría a hacer algo al respecto.

—Puedes hacer cualquier cosa si eres lo suficientemente inteligente.

—Quieres decir si eres lo suficientemente rico —hay amargura más que suficiente en mi voz para que empiece a vislumbrar el pasado del que hui tantos años.

—Todo tiene un precio, Iris. Todo.

Todos mis temores de hace diez años se confirman. Y, aun así, no puedo sentir alivio.

—Bueno, no quería que mi hijo tuviera que pagar ese precio —digo—. No quería que se involucrara en nada de esto.

—Entonces, ¿tomaste la decisión por mí? —pregunta Kon—. ¿Por él?

Miro hacia la habitación de Max. No he oído nada desde allí abajo, así que supongo que ya estará dormido. Pero todavía estoy irracionalmente nerviosa de que me escuche.

—Estaba sola —digo, con la voz temblorosa—. Tomé la mejor decisión para ambos. Ni siquiera pensé que me querrías a mí… a él… en tu vida.

—Te equivocaste al suponer.

No sé cómo tomarlo. ¿Es una amenaza apenas velada? Lo miro fijo, preguntándome si es capaz de lastimarme. No es que yo sea especial para él.

¿Su hijo? Tal vez.

¿La madre de ese hijo? Definitivamente no.

—Hice lo mejor para mi hijo y para mí —repito, negándome a mostrarle ninguna debilidad—. Y no me disculparé por ello. No te conocía. Ciertamente no podía confiar en ti. Y, después de lo que oí sobre ti y tu familia, no iba a ir a buscarte.

—Quizá convenciste de que querías eso. Pero en el fondo creo que querías algo más.

Arrugo la frente. —¿Qué diablos se supone que significa eso?

—Quiero decir que fuiste a uno de los programas más populares del país y mencionaste a tu hijo —dice—. Tu hijo de nueve años. ¿Por qué harías eso si no quisieras que me enterara?

Yo trago. La verdad es que no lo pensé. No pensé en nada en absoluto. Me hicieron una pregunta y respondí. Nunca pensé que esto derrumbaría toda mi vida.

—Quizá en algún nivel subconsciente, querías que te encontrara —su tono es profundo y sedoso.

—N-no. No, definitivamente no.

—¿No? —presiona—. Porque tú misma no pareces convencida.

Me levanto y lo miro fijamente. No me pierdo la forma en que sus ojos recorren mi cuerpo. Soy consciente de que la ropa que llevo no tiene nada de especial. Pero la forma en que me mira me hace sentir como si estuviera desnuda.

—Me había olvidado por completo de ti —miento.

No se lo cree ni por un segundo. —Es difícil olvidarse del padre de tu hijo.

—Tuvimos una noche en una fiesta al azar —digo—. Fuiste un breve descanso de mi vida. Pero sabía que nunca serías parte de esto.

—Nuevamente te equivocas.

Es tan desconcertantemente arrogante que quiero estrangularlo. Pero hay algo en ello que también es innegablemente atractivo. ¿Cómo sería moverse por el mundo con tanta seguridad? Siento que tanteo todo el tiempo, finjo ser una madre, una modelo, una adulta funcional. Mi vida se mantiene unida con cinta adhesiva y oraciones. Y, últimamente, parece que se desmorona.

—Escucha —digo desesperadamente—, él es un buen chico. Está feliz. Y no quiero alterar su vida incluyéndote en ella.

—¿Quién dijo algo sobre alterar? ¿Qué pasa si puedo hacerla más fácil?

Después del día que tuve, una oferta como esta es una bendición. ¿Alguien que me haga la vida más fácil? *Sí, por favor. Llevaré dos.*

¿Pero cómo puedo poner mi fe en él? Me he pasado la vida diciéndome a mí misma que la única persona en la que realmente puedo confiar soy yo misma. ¿Cómo puedo justificar el incumplimiento de esa regla por un hombre con el que tuve exactamente dos conversaciones?

—¿Cómo puedes hacerla más fácil?

—Para empezar, puedo sacarte de la deuda en la que te ahogas —dice.

Me congelo. —¿Qué dijiste?

—Te lo dije, Iris. Hice mi investigación. Ese título que obtuviste, por impresionante que sea, te tiene enterrada bajo una montaña de deuda estudiantil. Estoy seguro de que es la razón por la que te obligas a vivir en este agujero de mierda —mira a su alrededor con la nariz arrugada como si mi casa lo hubiera ofendido personalmente.

—Hemos vivido aquí durante casi tres años —argumento—. Tiene un patio, una habitación para cada uno y una montaña de buenos recuerdos. Eso es todo lo que se necesita para hacer de cualquier sitio un hogar.

—Entonces, necesitas elevar tus estándares.

Extiendo mis manos. —¿Ves? Vienes y tratas de arruinar todo, de alterar nuestras vidas. Esta es la definición misma de alterar.

—No, no lo es. Te acabo de ofrecer pagar tu deuda para que puedas darle a Max una vida mejor en un vecindario mejor. ¿O estás tratando de decir que, si tuvieras la opción, igual elegirías quedarte aquí?

No puedo decir eso y él lo sabe. Pero aceptar su ayuda sería admitir que no puedo hacerlo sola. Y aunque estoy preocupada por nuestra creciente deuda durante años, no puedo admitirlo.

—Eso pensé —dice Kon triunfalmente. Sus ojos nunca abandonan mi rostro.

—¿Estás tratando de volver a rescatarme? —exijo—. Porque te lo dije una vez antes. Puedo cuidar de mí misma.

—Aún eres terca, ¿ah?

—No me interesa hacer de damisela en apuros. Eso también te lo dije.

—Te estoy ofreciendo una salida. Tú eres la que se auto proyecta.

Señalo la puerta. —Tienes que irte.

No hace ningún movimiento para levantarse de mi sofá. —No hasta que lleguemos a algún tipo de entendimiento.

—No. ¡Lo único que debes entender es que Max es *mi* hijo! —grito—. ¡No me lo quitarás!

Se pone de pie y camina alrededor de la mesa de café. Luego se detiene justo frente a mí. Tengo que estirar el cuello hacia atrás para mirar sus ojos ardientes.

—No tomes una decisión basada en el miedo, Iris —dice con voz áspera.

—El miedo es todo lo que tengo —susurro—. Es todo lo que he tenido.

No es mi intención que salga así. Ni siquiera estoy segura de lo que significa. Pero se siente cierto. He estado corriendo y luchando durante tanto tiempo. No conozco otra cosa.

Kon se limita a mirarme fijamente. No me toca, pero se siente como si lo hiciera. Se siente como si me estuviera desollando solo con sus ojos.

—Eso es lo que estoy tratando de decirte, Iris —dice con suavidad—. Tienes algo más ahora. Me tienes a mí.

Y justo así, me transporto a la noche en que lo conocí. Puedo sentir las mariposas estallar en mi vientre. Puedo sentir la debilidad en mis rodillas. Soñé con este hombre durante diez interminables años y, ahora que está aquí, me aterra no volver a verlo. Otra capa de miedo para añadir al foso cada vez mayor de cosas que flotan alrededor de mi alma.

Porque si una noche con él pudo dejarme débil, frágil y hastiada, ¿qué haré si vuelve a desaparecer?

Me destrozará.

Lo sé con la misma certeza que me permitió tomar la decisión de quedarme con Max. Por eso tengo que detener esto ahora, antes de que atraviese mi armadura y me deje vulnerable.

Tengo que ser fuerte por Max.

Tengo que ser fuerte por mi hijo.

—La única persona en la que puedo confiar soy yo misma —digo con firmeza.

Antes de que pueda responder, oigo el chirrido de unas ruedas fuera de la casa. Frunciendo el ceño, corro hacia la ventana y veo un Ferrari rojo aparcando junto a la acera.

—Joder —murmuro.

Entonces, siento una oportunidad. Me vuelvo hacia Kon.

—Seguí adelante con mi vida, Kon. He construido algo para mí y no quiero perderlo.

Sus ojos están enfocados en la ventana. Cuando habla, su tono es letal. —¿Quién es ese?

—Mi novio —le digo—. Jake Nox.

IRIS

Jake está borracho. Eso es seguro.

Lleva su traje estándar de Estrella de Rock™ como si lo hubiera comprado todo directamente del maniquí: jeans negros rasgados y de corte bajo, con un extraño cinturón de cota de malla, una camisa de seda con estampados llamativos abierta sobre el pecho para mostrar sus tatuajes y joyas apiladas en cada dedo y en ambas muñecas.

Cuando lo conocí por primera vez, pensé que era increíblemente genial. Todo, desde sus botas de combate hasta la desordenada maraña de su cabello sucio, me atrajo.

Ya no veo el atractivo.

Corro hacia la puerta y la abro antes de que Jake pueda siquiera tocar. Parece atónito cuando me ve y se mira la mano como si no funcionara bien. —Eh… hola.

Miro hacia atrás por encima del hombro. La sombra de Kon está a solo unos metros de distancia. Definitivamente podrá escucharnos.

—Hola, cariño —canturreo—. Me alegro de que hayas venido esta noche.

La expresión de asombro de Jake se vuelve más pronunciada. —¿Lo estás?

El único lado positivo es que todavía está fuera de la casa, en las sombras. Espero que Kon no pueda ver lo sorprendido que está Jake. Necesito que se crea esta mierda.

—¡Por supuesto! —lo atraigo hacia mí para darle un abrazo torpe.

Pero luego lo huelo y tengo que reprimir mi frustración. Ha tomado un par de tragos esta noche… todavía puedo oler el sabor del whisky. Sin embargo, ese no es el verdadero problema. El verdadero problema es que tomó esas bebidas y luego empezó a fumar Dios sabe qué en Dios sabe dónde con Dios sabe quién.

Está super drogado.

—¿Condujiste tú mismo? —pregunto, tratando de no parecer demasiado enojada.

—Eh, por supuesto, nena. S… sabes que puedo manejarme yo solo.

Cualquier otra noche, estaría en total desacuerdo con eso. Pero esta noche me limito a ignorarlo

mientras él me pasa el brazo por los hombros.

Lo conduzco hacia la sala de estar, pero él se detiene casi de inmediato. Se enfrenta a Kon. —¿Q-quién diablos eres? —sus ojos luchan por enfocarse, dan vueltas salvajes en sus órbitas.

Es gracioso ver a los dos hombres aquí juntos. Corrección: *sería* gracioso si toda mi vida no estuviera en juego.

Ambos son guapos, ambos tatuados y ambos peligrosos a su modo. Pero toda la personalidad de Kon está orientada a desviar la atención. La obtiene de todos modos, claro, porque no se puede evitar a un hombre tan grande, tan imponente. Pero es como un agujero negro… incluso cuando lo miras, no estás muy seguro de lo que estás viendo.

Pero, ¿Jake? Jake es un puto espectáculo de fuegos artificiales. A sus ojos, si no lo miras las 24 horas del día, los 7 días de la semana, lo estás haciendo mal. Anhela atención. Se regodea en ella. Su ropa es llamativa, su voz es fuerte, su música es fuerte… y nada de eso es accidental.

—Jake, este es Kon. Es… un viejo amigo —digo con torpeza—. Kon, este es Jake. Mi novio.

Me aseguro de enfatizar la última parte. Pero aparentemente soy demasiado obvia, porque Jake se gira para mirarme con un brillo en los ojos. Afortunadamente, no cuestiona mi repentino cambio de opinión.

—Así es, hombre —dice Jake, animándose de inmediato—. Soy su novio.

Los dos hombres se miran fijamente por un momento y no tengo idea de qué voy a hacer si esto termina en una pelea a puñetazos en el suelo. Tampoco tengo idea de a quién apoyaría.

—Jake Nox —agrega cuando Kon no dice nada—. Debes haber oído hablar de mí.

Kon no pestañea. —Afortunadamente, no.

Jake cae en su juego. —¿En serio? ¿Alguna vez has oído hablar de Hell Gun?

—No.

—Solía ser mi banda —murmura posesivamente—. Pero esos cabrones pensaron que podían ahogar mi voz y esperar que me quedara. Se los demostré, ¿no? Tengo dos sencillos en la cima de las listas en este momento.

Tengo que esforzarme mucho para no poner los ojos en blanco. Tengo la sensación de que Kon hace lo mismo.

—Vale —dice con una apatía abrasadora.

Jake mira a Kon con los ojos entrecerrados como si intentara ubicarlo. —¿En serio nunca has oído hablar de mí?

—Ya respondí esa pregunta.

—En realidad, Kon ya se iba —interrumpo.

Kon me mira directamente. Nubes ilegibles cruzan sus ojos. —Sí. Estaré en contacto.

Puede que esté perdida con Kon, pero todavía reconozco una amenaza cuando la escucho. Mis piernas se debilitan, porque, de todos los hombres del mundo, Konstantin podría ser el que tiene más probabilidades de hacerme daño de una manera de la que nunca me recuperaré.

Jake se inclina con pesadez hacia mí. Cada vez que se droga, sus piernas parecen dejar de funcionar. Lo sostengo erguido, puro peso muerto, mientras Kon camina hacia la puerta y sale.

Una vez que se va, cuento hasta cinco y luego empujo a Jake lejos de mí.

—¡J-joder! —tartamudea cuando tropieza hacia atrás. Tiene suerte de aterrizar en el sofá.

Vuelvo a la sala de estar y miro por la ventana hacia la calle oscura que hay más allá. Kon se ha ido sin dejar rastro. Ni rastro de un coche, una moto, nada.

Escalofriante.

—¿Por qué actúas rara? —pregunta Jake. Siento su aliento en mi cuello. Supongo que puede caminar cuando quiere, pero solo si eso sirve para irritarme.

Me alejo de él. —¿Alguna vez has oído hablar del espacio personal, Jake?

—Nadie quiere espacio de mí —se ríe.

—Estás equivocado. Yo sí. Te dije que necesitaba todo el espacio que pudiera conseguir de ti. Creo que dije eso justo antes de romper contigo. De hecho, la primera *y* la segunda vez.

Él frunce el ceño. —Espera… entonces, ¿qué fue eso que acaba de pasar?

—Necesitaba quitármelo de encima —le explico irritada—. Y tú parecías la mejor manera de hacerlo.

Jake parece sospechoso. —Dijiste que era un viejo amigo. ¿Quisiste decir viejo novio?

—Él dijo que éramos viejos amigos —miento, esperando que lo crea, pues está exactamente en su sano juicio en este momento—. Yo no. Y…

—No, él no dijo una mierda —Jake me interrumpe—. *Tú* dijiste que eran viejos amigos —suena mucho más claro de repente.

Me detengo en seco. —¿Lo hice?

—Sí, lo hiciste —me mira de reojo—. ¿Por qué eres tan cautelosa? ¿Quién era ese tío?

—Solo alguien a quien solía conocer.

—¿Te lo follaste?

—¡Ay, Dios mío! —exclamo—. No tendremos esta conversación en absoluto. No tienes derecho a hacerme esa pregunta. Ya no estamos juntos.

—¿Pensé que nos estábamos tomando un tiempo?

—¿Qué te hizo pensar eso?

—¡Nunca te engañé! —se enoja.

—Baja la voz —espeto—. Max está dormido.

Su expresión se suaviza. —Extraño al pequeño bastardo.

Cruzo los brazos sobre el pecho. —Ya no puedes solo venir así. No está bien, Jake.

—Sin embargo, te salvé el trasero esta noche, ¿no? —señala.

—Sí, bueno, me engañaste. Así que digamos que estamos a mano.

—La primera vez fue mi culpa —alza las manos en señal de rendición—. Fui un maldito estúpido. Merecía que me patearas el trasero. ¡Pero la segunda vez no fue lo que pensabas!

—Vi las fotos, Jake.

—Era un club de striptease, Iris —responde rotundamente—. Odio decírtelo, pero hay chicas desnudas allí. Y vale, una me estaba dando un baile erótico. Pero solo porque Ziggy le pagó para que lo hiciera. Fue un regalo de un amigo. ¿Realmente se supone que debo rechazar un regalo de un amigo?

—Ya te lo dije, no tendremos esta conversación —me alejo de él.

Me agarra del brazo y me hace girar. —Ni siquiera quería el baile, nena.

—¿En serio? —pregunto—. Eso es extraño, porque yo diría que parecías muy cómodo.

—Estaba drogado.

—¿Como ahora?

Se las arregla para verse un poco castigado. —Me puse sobrio en el momento en que te vi.

Resoplo. —Si tan solo fuera cierto.

—Vamos, no siempre puedes ser tan recta, Iris. ¿Nunca has cometido un error?

—Tantos que ni siquiera puedo llevar la cuenta.

Él levanta la barbilla con aire de suficiencia. —Entonces deberías tener un poco más de compasión por mí.

—¿Estás hablando en serio? —me burlo. Intenta rodearme con sus brazos, pero los aparto de inmediato—. La próxima vez que intentes tocarme, apuntaré a la entrepierna.

Sus ojos se agrandan por un momento. —Solías pensar que era encantador.

—Eso fue antes de que empezaras a acostarte con otras mujeres.

—Solo hubo una mujer —insiste—. Y una stripper cachonda que me quité de encima. ¿Quieres saber por qué? Por *ti*.

—Realmente romántico, Jake. Estoy tan conmovida. ¿Ya has hecho una película de Hallmark sobre ti?

—¡Deberías sentirte conmovida! ¿Sabes cuántas chicas vienen detrás de mí a diario? Podría tener

a quien quisiera, pero te elijo a ti.

La cuestión es que, por muy insultantes que sean sus palabras, son realmente sinceras. No quiere ser cruel. Realmente es así de despistado.

—Porque te amo, Iris —presiona.

Suspiro. Dijo que me amaba en nuestra tercera cita. Me llevó un par de meses darme cuenta de que él es el tipo de persona que se enamora rápido. Por lo tanto, siempre fue lógico que se desenamorara con la misma rapidez. Pero, considerando que está parado en mi sala de estar, rogándome una segunda oportunidad, mi teoría no parece dar los resultados esperados. O los que esperé.

—Jake, realmente no deberías haber conducido hasta aquí en este estado. Es irresponsable. Realmente podrías lastimar a alguien.

Él frunce el ceño. —¿Qué hay de mí?

Lo miro confundida. —¿Ah?

—¿No estás preocupada por mí? —explica—. Yo también podría lastimarme, ¿sabes?

Mi confusión se convierte en impaciencia incrédula. —Bueno, considerando que tomaste la decisión de conducir en estado de ebriedad, diría que esa parte depende de ti.

Se aleja de mí y se deja caer de nuevo en el sofá. —Estuvimos juntos durante casi dos años, Iris. Es la relación más larga que tuve.

Por primera vez no suena como Jake Nox, la estrella de rock. Suena… normal. Triste.

—Jake…

—Dos años, y ni una sola vez me dijiste que me amabas.

Me siento en la mesa de café para estar frente a él. —Amor es una palabra difícil para mí.

—Alguien te lastimó mucho, ¿eh?

—Todos los hombres que dejé entrar en mi vida me lastimaron mucho —murmuro con una mueca.

—¿Incluido el gigante que estuvo aquí antes?

Me pongo rígida, aunque trato de que él no lo vea. —No. En realidad, no.

Me mira de reojo. —Puedes pensar que soy solo un músico tonto. Pero noto más de lo que crees, Iris.

—¿Qué significa eso?

Él niega con la cabeza. —Nada. La marihuana a veces me hace decir locuras.

Se recuesta en el sofá y sus ojos se cierran. Parece agotado y puedo notar que no se moverá pronto. Esta noche, a pesar de lo irritada que estoy, no tengo el corazón para obligarlo.

—¿Alguien sabe que viniste aquí? —pregunto.

No abre los ojos. —No.

—¿Ni siquiera Andy?

—Joder, no. Esa pequeña mierda está demasiado encima de mí últimamente —un ojo se abre de golpe—. No de una manera sexual.

Reprimo mi risa cansina. —Gracias por aclarar. Me habría tenido despierta toda la noche.

Me ofrece una sonrisa cansada y vuelve a cerrar los ojos.

Me acerco al gabinete en el rincón más alejado de la habitación y tomo una manta. Lo cubro con ella y apago las luces. Luego tomo mi teléfono y me dirijo a mi dormitorio. Me desplomo en mi cama y reviso mi lista de contactos hasta encontrar el nombre de Andy.

—Puto infierno —dice el manager de Jake a modo de saludo cuando atiende, con el acento irlandés fuerte de siempre—. Él está contigo, ¿no?

—Babeando en mi sofá en este momento.

—¿No logró meterse en la cama contigo?

—Estaba demasiado drogado para eso —le digo.

—Maldito idiota. Algún día lo matarán.

—Quizá sea hora de pensar en rehabilitación —sugiero.

—No es un adicto. Solo está tratando de olvidarte.

Alzo las cejas. —Ha estado enamorado antes, Andy. Siempre se recupera rápidamente.

—No lo sé, Iris —dice Andy—. Esta vez, podría ser diferente.

—Si estás tratando de convencerme de que me quede con él, no te molestes.

Él suspira. —Eras una buena influencia para él. Eso es todo lo que digo.

—Ya tengo un hijo. No necesito otro.

Él exhala. —Me parece justo. Le enviaré un coche.

—Puede… —me muerdo el labio—. Puede esperar. Envíalo por la mañana.

Hay una pausa. —¿Segura?

—Sí, estoy segura. De todos modos, no tengo ganas de esperar despierta para mandarlo a empacar. Gracias, Andy.

Cuelgo y miro al techo. Un hombre que dice que me ama, que dice que quiere cuidar de mí y de mi hijo, duerme en mi sofá ahora mismo. Mis pensamientos deberían estar con él.

Pero no lo están.

Están con un hombre que no ha dicho esas palabras ni una vez y que nunca jamás lo hará.

Ahora me tienes a mí, dijo Kon. Escucho esa breve frase en mi cabeza, una y otra vez.

No puedo decidir si tengo más miedo de que esté mintiendo…

O de que esté diciendo la verdad.

KON

Mi teléfono suena de nuevo, pero ni siquiera lo miro. Estoy demasiado concentrado en la escena parcial que puedo espiar a través de las cortinas abiertas de la segunda ventana de Iris.

Nunca habría salido de casa si no hubiera sospechado que Iris solo actuaba para convencerme. Puede que alguna vez haya sido su novio, pero ciertamente ya no lo es. Su lenguaje corporal fue un claro indicio. Había una distancia entre ellos. Un apretón en su mandíbula cada vez que sus dedos rozaban su piel desnuda.

Ella lo usó para sacarme de su casa.

Me volví para observar tan pronto como salí por la puerta principal. Efectivamente, en el momento en que pensó que me había ido, lo apartó de ella.

El resto fue fácil de leer, aunque no pude escuchar sus palabras. Él le fue infiel, ella le dijo que se jodiera, fin de la historia.

Mi teléfono se ilumina otra vez. Yefim. El bastardo es persistente, eso es absolutamente seguro.

Observo cómo Iris toma una manta y la arroja sobre el gilipollas tirado en el sofá. Luego, apaga las luces y desaparece por el pasillo.

Solo entonces levanto el teléfono y llamo a Yefim.

—Jesucristo, ¿por qué no contestabas? —se queja.

—No tengo que responder a eso —respondo—. ¿Por qué me acosaste toda la noche?

—¿En serio lo *olvidaste*? —pregunta, incrédulo.

Está estresado. Eso solo ocurre cuando mi padre se involucra. Pero mi cabeza está tan llena de pensamientos sobre Max e Iris que Yefim y mi viejo son lo último en lo que quiero pensar.

—¿Teníamos planes o algo así?

—¿Que si *teníamos* planes? —el repite—. ¿Que si teníamos *planes*?

—Sigues repitiendo lo que digo y voy a colgar.

—La cena, Kon —gruñe—. La maldita cena.

—¿Desde cuándo hacemos planes para cenar?

—¡Tú y yo no, imbécil! Tú y tu futuro suegro. Tú y tu futura esposa. Dios, ¿eres estúpido?

—¿Eso no es mañana?

—No, *pendejo,* eso no es mañana. Es… *era*… esta noche. A las ocho y media.

Miro la hora. Son casi las diez. —Joder.

—Joder es correcto. Tu padre está en pie de guerra. Todos los demás aparecieron, incluyendo la niña. Tu ausencia fue vista como un insulto.

Aprieto los dientes. —Yo me encargo.

—Será mejor que te encargues rápido. Papá Aminoff lleva media hora en su estudio. Puedo oírlo dando vueltas desde aquí.

Cuelgo y salgo de mi lugar de estacionamiento. Las luces de la casa de Iris siguen apagadas. Una parte de mí se irrita al pensar en ese cabrón viscoso intentando meterse en su cama esta noche.

Aunque estoy bastante seguro de que ella le cortaría la polla si se acercara, la sola idea me pone la piel de gallina. Pero no puedo demorarme más.

Por ahora, conduzco a cien kilómetros por hora hacia la finca que supuestamente heredaré algún día. Viví allí hasta los diecisiete años, momento en el que ya tenía suficiente dinero… y, lo que es más importante, suficiente de mi padre… para mudarme.

Mi coche se precipita hacia las puertas negras con el escudo de la familia Aminoff estampado en el medio. No freno. Los de seguridad saben que no bajaré la velocidad, así que abren las puertas más rápido. Entro con apenas una pulgada de espacio a cada lado de mi auto.

Estaciono enfrente, dejo las llaves en el encendido y entro hacia la guarida de mi padre. No me molesto en tocar. Si quisiera privacidad, cerraría la puerta con llave.

Da la casualidad de que me está esperando. Se da vuelta cuando entro, vestido únicamente con pantalones oscuros y una camiseta blanca. Parece mucho mayor cuando no está bien vestido. Como un actor anciano harto de interpretar el mismo papel durante demasiado tiempo, cuando el vestuario ya no le queda bien y el maquillaje empieza a correrse.

Stepan me mira fijo. No dice nada. Solo se queda ahí, esperando que rompa el silencio.

Hombres inferiores se desmoronarían bajo esa mirada. Pero él no me crio para ser un hombre inferior.

Me crio para ser un puto don.

Así que él puede intentar esa mierda con sus Vors, sus socios comerciales, sus aliados, un valet que raspa su parachoques o un chef que quema su pescado. Que mire y mire a su gusto a todos los débiles del mundo.

Pero no funcionará conmigo.

Puede ver todo eso escrito en mi rostro, porque, después de unos momentos tensos, suspira y

agita una mano arrugada hacia mí. —La cagaste, Konstantin —gruñe.

—Tenía asuntos que atender.

—¿Qué negocio es más importante que este? —dice—. Me avergonzaste esta noche. Avergonzaste a esta familia.

—Tenía otras cosas en mente.

—¿Cómo qué?

Por un momento, considero decírselo. Luego, me doy cuenta de que mi ridículo compromiso forzado con la hija de su amigo hará que no escuchará ni una puta palabra que diga.

Verá a Max como una molestia en el mejor de los casos, y como un lastre en el peor. Puedo oírlo ahora: *¿Por qué reconocer a un hijo bastardo cuando pronto tendrás hijos legítimos que podrán continuar con tu nombre y legado? Es mejor dejar al enano con su madre y concentrarte en tu futura esposa.*

—Nada que te concierna —digo con frialdad.

—Sigo siendo tu don —me recuerda—. Tengo derecho a saber a qué negocio atendías.

—Es personal.

—Si te perdiste esta cena porque estabas ocupado follándote a alguna puta al azar…

—A diferencia de ti, no tengo que pagarle a una mujer para que me folle.

Sus ojos se estrechan peligrosamente. —Ten cuidado, muchacho.

Me acerco. Mi padre solo reconoce una cosa: la fuerza. Todo lo demás es irrelevante.

—Acepté tu matrimonio, Otets. Ese es el gesto. El entusiasmo no es parte del trato.

—Hasta ahora he logrado convencer a Nestor de tu disposición y deseo de casarte con su hija —espeta Stepan—. Pero esta noche le demostró que hay que convencerte.

—Así es.

—¡Pero él no puede saber eso, joder! —ruge Stepán.

Tengo que reprimir una sonrisa. Nunca grita a menos que sienta que está perdiendo el control de una situación. Nunca le gritó tanto a nadie como a mí. Lo tomo como el mayor elogio.

—Haré las paces con el viejo —digo con desdén.

—¿Y qué pasa con su hija? —insiste Stepán—. Ella también estuvo aquí. Vestida de punta en blanco, guapa como una foto, esperando conocer a su futuro marido.

—Lo superará.

—Ya es una mujer —sisea Stepan—. Y una increíblemente lograda, además. Habla cuatro idiomas. Sabe tocar el piano y el violonchelo. Es una nadadora brillante, una arquera talentosa.

—Y estoy seguro de que rescata gatitos de los árboles en su tiempo libre. ¿Se supone que debe impresionarme?

—Será una buena esposa para ti —Stepan aprieta los dientes—. Puedes convertirla en la mujer que quieras. Mantenla feliz y Nestor te entregará su legado en una puta bandeja de plata.

—Como dije, haré las paces.

Stepan resopla. —¿De verdad crees que Nestor te permitirá acercarte a su hija ahora? Está cabreado. Legítimamente.

Me pellizco el puente de la nariz entre el pulgar y el índice. Me empieza a doler la cabeza. Ha sido una noche increíble. —¿Qué es lo que quiere?

—Una reunión. Solo tú y él.

—¿Para determinar qué?

—Tus intenciones hacia su hija. Necesita que lo tranquilicen.

—Los tranquilizantes son para los caballos, no para un don. Le hablaré como a un hombre. Ni más, ni menos.

Sigue otro silencio. Dos almas testarudas mirándose fijamente. Ninguno de los dos quiere parpadear primero.

Pero Stepan ya no tiene la energía para librar este tipo de batallas. A decir verdad, no tiene energía para mucho.

Por fin suspira. —Resultaste más fuerte de lo que jamás pensé —dice—. Solo no me di cuenta de que sería contraproducente para mí.

No lo dignifico con una respuesta. Que el anciano se jubile con gracia. Llegará en cualquier momento… el fin de su reinado y el comienzo del mío. Puede saborearlo en el aire como una tormenta que se avecina.

Stepan se deja caer detrás de su escritorio. Todo su cuerpo parece suspirar de alivio. Puedo ver los pelos grises de su pecho, sobresaliendo del cuello de su camisa.

Hubo un tiempo en que pensaba que era tan ancho como una casa, tan alto como una montaña. Pero ahora parece pequeño. Marchito y frágil. Derrumbado sobre sí mismo.

—¿Has estado tomando tus medicamentos? —pregunto en voz baja.

—No hagas preguntas estúpidas, hijo.

—Aprendí del mejor.

Me ofrece una sonrisa molesta y luego cierra los ojos. —Sé respetuoso con Nestor cuando te reúnas con él, ¿sí? Mantén esa lengua tuya encadenada.

Ladeo la cabeza hacia un lado. —¿Le temes, Padre?

—El miedo mantiene vivo al hombre.

Arrugo la frente. Hay un tono en su voz que no me gusta. —¿Hay algo más que deba saber sobre tu amistad con Nestor, Otets?

Mira hacia abajo por un momento, pero, cuando se recuesta en el sillón, puedo ver que ha regresado. El león antiguo al que todavía le queda algo de filo en los dientes.

—¿No te acabo de decir que no hagas preguntas estúpidas? —espeta.

Más silencio. Desde la esquina, su viejo reloj de pie marca una hora para la medianoche. Los ojos de mi padre se cierran una vez más y no parece interesado en volver a abrirlos. El destello de fuego de hace un segundo se desvanece.

Suspiro y camino en silencio hacia la puerta. Me giro para verlo una vez más antes de irme. Es tan viejo. Solía pensar que era invencible. Ahora sé la verdad: ningún hombre lo es.

—Buenas noches, Otets —susurro en voz baja—. Que duermas bien.

IRIS

Me despierto temprano, justo cuando el sol se prepara para salir. Mis pisos de madera brillan con la luz del amanecer refractada a través de mi ventana. Estoy abrigada, estoy cómoda y estoy bien descansada.

Pero mis problemas me esperan justo al otro lado de la puerta.

Sé que Jake duerme en mi sofá y sé que Max se levantará en una hora. No hay tiempo para esconderse aquí e ignorar lo que hay que hacer.

Así que suspiro, cambio mi pijama por unos jeans mom y un fino chaleco beige. Luego salgo de mi dormitorio y entro en la sala de estar, donde Jake está tumbado en mi pequeño sofá.

Tiene las piernas cruzadas sobre un brazo y la cabeza cuelga de los gruesos cojines. Un hilo de baba se le secó en la comisura de la boca.

—¿Qué vi en él? —murmuro para mis adentros. Necesito café antes de lidiar con esta mierda.

Me dirijo a la cocina para prepararlo. La cafetera fue mi único gran derroche cuando Max y yo nos mudamos a esta casa. Él quería un atrapasueños, que actualmente está colgado fuera de la ventana de la cocina, para que podamos verlo en todo momento.

Yo, en cambio, quería una cafetera. Gasté casi cien dólares en esta y me arrepentí casi de inmediato. Especialmente, después de que la escuela de Max me llamó para informarme que sus zapatillas no estaban a la altura y que tendría que comprarle un par nuevo. Otros cien dólares desaparecieron, puf, como si nunca los hubiera tenido.

Pienso en la visita inesperada de anoche. Mentiría si dijera que una pequeña inyección de efectivo no ayudaría mucho a mi situación actual.

Kon parecía querer ayudar genuinamente. Pero nada en este mundo viene sin un precio. ¿Estoy dispuesta a pagar el suyo?

Hago una mueca, dejo a un lado todos los pensamientos sobre Kon y marco el número de Andy. —Buenos días, Iris —murmura, adormilado—. ¿Ya está despierto?

—¿Tú qué crees?

—Probablemente, todavía babea. Voy en camino a recogerlo ahora.

—Excelente. Gracias.

—¿Te importaría despertarlo por mí? —pregunta Andy—. Será más fácil sacarlo de tu casa si ya está casi lúcido.

Pongo los ojos en blanco. Por supuesto que me deja el trabajo sucio. —Vale. ¿En cuánto tiempo estarás?

—Unos quince minutos.

—¿Quince minutos reales o quince minutos de Los Ángeles?

Él simplemente se ríe y cuelga. Gilipollas. Suspirando con pesadez, vuelvo a la sala de estar para intentar solucionar mi problema con Jake. Es inquietante con la cabeza colgando así. Sinceramente, me sorprende que no haya inhalado su propia baba durante la noche.

—Jake. Jake, levántate.

Nada. Ni siquiera se mueve. Lo intento de nuevo, un poco más fuerte esta vez, pero todavía me encuentro con una feliz ignorancia. Finalmente, recurro a empujarlo para despertarlo.

Resopla como un cerdo y se da vuelta, lo que le quita la manta. Eso, a su vez, revela una erección que asoma contra la cremallera de sus pantalones.

—¡Dios! —retrocedo, disgustada—. ¡Jake, levántate, joder!

—¿Iris? —gruñe, entrecerrando un poco los ojos.

—Levántate.

—Nenaaaa…

Su brazo me rodea. Me agarra el trasero y me tira encima suyo. Rápidamente le doy una bofetada y me tambaleo hacia atrás.

Parpadea de nuevo y se sienta, presiona una mano contra su mejilla dolorida, confundido. Luego, mira a su alrededor como si ni siquiera registrada dónde está. —Yo… ¿dormí aquí?

—En mi sofá —digo—. Sí.

—¿Tuvimos sexo?

—Necesitas ser realista —le digo con el ceño fruncido.

—Sabes que me duele cuando haces eso, ¿verdad?

—¿Hacer qué?

—Ponerme los ojos en blanco.

Tengo que esforzarme mucho para no poner los ojos en blanco por segunda vez. —¿Quieres un café? —pregunto, de pie bajo el umbral de la cocina.

—Demonios, sí.

Lo dejo ahí sentado y me dirijo a la cocina. Cuando sirvo dos tazas, él está apoyado contra el umbral, mirándome con ese brillo hambriento en sus ojos.

—Joder, chica, te ves bien.

Reprimo un suspiro de cansancio, coloco su taza en la isla de madera y la empujo hacia la esquina opuesta. Ni siquiera la mira.

—¿Siempre te despiertas a esta hora intempestiva?

—Sí.

—¿Por qué?

—Tengo un hijo, ¿recuerdas?

Él sonríe soñadoramente. —Ay, no puedo esperar a ver al pequeño Maxie.

—No —digo con firmeza—. Solo se confundirá.

La sonrisa de Jake se hace añicos. —¿Por qué se confundiría?

—Porque ya no estamos juntos.

—Para el amor de… o sea, por Dios, Iris, ¿todavía estamos en eso?

Me subo a uno de los taburetes y tomo un sorbo de mi café negro. El primer sabor me envía una avalancha de convicción. Jugo de grano mágico, en serio.

—Hemos pasado por esto un par de veces. Tú y yo hemos terminado. Eso no cambiará.

—No te engañé.

—No quiero volver a eso —suspiro—. Escucha… dejando de lado los engaños, de todos modos, no habría funcionado entre nosotros.

—¿Quién dice?

—Yo digo. No somos el uno para el otro.

—Eres modelo. Yo soy estrella de rock. Mantequilla de maní y mermelada, nena. ¿Cómo no amarlo?

—Vine a Los Ángeles para ser modelo —corrijo—. Porque tenía que ganarme la vida rápido. Pero no estoy segura de estar en la profesión correcta. O, en todo caso, la ciudad correcta.

—Iris, ahora dices locuras. Mírate, mujer. Eres bella. Perteneces aquí junto con todas las demás personas bellas.

Siento una punzada de lástima. No estoy segura de que Jake conozca otra vida además de asta. Incluso la mera idea de una vida fuera de Los Ángeles parece asustarlo muchísimo.

Respiro profundamente. —No va a suceder.

—¿Cómo puedes desenamorarte de una persona tan rápido? —exige.

Sé que tengo que ser dura con él. *Franco* es el único idioma que habla. —Porque nunca estuve enamorada de ti en primer lugar —digo—. No en realidad.

Se estremece como si lo hubiera golpeado. —No tienes pelos en la lengua, ¿verdad? —murmura.

—No cuando importa.

Él solo me mira fijamente. —¿Hay alguien más?

—¡Jake!

—Bueno, ¿lo hay? —pregunta. Entonces, sus ojos se agrandan—. ¡Ese tío! Ese tío que estuvo aquí anoche. Es él, ¿no?

—No…

—Lo sabía, joder.

—Estás siendo ridículo.

—¿Quién es él, Iris?

—Alguien que conocí hace mucho tiempo.

—Sí, eso es muy específico —arrastra las palabras—. Aclara las cosas de inmediato.

Respiro profundamente. —Rompimos hace meses, Jake. A quién veo ya no es asunto tuyo.

—¿Entonces te lo estás follando?

Sacudo la cabeza y me concentro en mi café.

—Ah, ¿ya no me hablas más? ¿Dándome el trato silencioso, como una verdadera adulta?

—Solo no soy fanática de las conversaciones sin sentido —digo con calma—. Mi vida gira en torno al trabajo y a mi hijo, y eso es todo. No es que te deba explicaciones.

Él frunce el ceño. —Mírate. Solía pensar que eras muy tranquila. Pero, aparentemente, en realidad eres es una mierda *fría*.

Ojalá pudiera decirle qué me hizo ser así. Ojalá pudiera mostrarle las cicatrices, tanto internas como externas, que me moldearon.

Pero no puedo. Y, aunque pudiera, él no lo entendería. Así que solo suspiro. —No sé qué decirte, Jake.

—¡Dime que nos darás otra oportunidad!

—Te di otra oportunidad —le recuerdo—. Y simplemente destrozaste mi corazón en la misma línea. No puedo permitir que eso vuelva a ocurrir.

Él gruñe de frustración, y deja caer la cabeza entre sus palmas abiertas. —Eres la mujer más frustrante que conozco.

—Entonces, ríndete, Jake —le digo en voz baja.

Abre la boca para discutir conmigo, pero suena el timbre. —¿Quién es? —pregunta Jake.

Lo ignoro y abro la puerta. —Andy, gracias a Dios —respiro.

Andy me sonríe y se pasa la mano por la cabeza calva. Siempre me recordó a una versión más baja y delgada de Vin Diesel, aunque con más gordura y menos familia.

—¿El muchacho te ha estado haciendo pasar un mal rato?

—Como siempre. Está en mi cocina.

—Sí. Entonces lidera el camino.

Andy me sigue al interior. En el momento en que Jake ve a su manager, gime como un chico de quince años cuyos padres acaban de avergonzarlo.

—¿Qué diablos está haciendo él aquí? —me pregunta.

—Lo llamé anoche —respondo.

—Es hora de irse, Jakey —dice Andy, mirándolo con severidad.

Jake le devuelve la mirada. —Te das cuenta de que eres mi puto manager, ¿verdad? No mi apoderado.

—En realidad, soy ambas cosas, así que deberías pagarme el doble.

—Bajen la voz —ordeno—. Max todavía duerme, así que, si pueden hacer esto afuera, sería genial.

Jake mira el café que aún no ha tocado. —No he terminado mi café.

—Llévatelo.

—¿Qué pasa con la taza?

—Quédatela.

—Ya escuchaste a la chica —dice Andy, agarra a Jake por los hombros y lo obliga a levantarse del taburete en el que está sentado—. Vámonos. Luces como una mierda calentada. Te das cuenta que hoy tienes prensa, ¿verdad? ¿Y una sesión de fotos?

—Eso es la próxima semana.

—Despierta, drogadicto —gruñe Andy—. Ya es la próxima semana.

Andy lo empuja hacia la puerta de mi casa y lo obliga a salir. Los sigo detrás para poder pasar la cerradura tan pronto como estén afuera.

Pero, antes de que pueda, Jake se da vuelta y me mira directamente. —Para que lo sepas, Iris, no me rendiré.

Solo entonces deja que Andy lo arrastre hacia el auto que lo espera. Veo a uno de los asistentes de Andy subirse al Ferrari de Jake estacionado al azar y alejarse rápidamente. Andy y Jake lo siguen.

Una vez que todos se han ido, cierro la puerta.

Pero no antes de echar un último vistazo rápido calle abajo.

No tengo idea de por qué lo busco. No es como si esperara que hubiera hecho guardia toda la noche. Pero, de alguna manera, no esperaba que Kon simplemente se fuera y dejara a un chico malo, una estrella de rock, en mi casa.

Claro, estoy segura de que, a los ojos de Kon, Jake es lo más alejado de un chico malo. Pero sigue siendo un hombre muy guapo, con una muy mala reputación.

Respiro hondo mientras camino de regreso a la cocina. Estoy a punto de sacar el cereal del refrigerador para el desayuno de Max cuando algo llama mi atención.

Todo el arte de Max, que estaba colgado en el refrigerador, ahora está apilado en orden sobre la encimera. Sin embargo, una cosa sigue colgada. Algo que no estaba antes.

Una tarjeta de negocios.

No hay nada en ella excepto un número de teléfono. Sin nombre, sin dirección, sin explicación. Pero no lo necesito.

Sé que es de él.

Saco la tarjeta del refrigerador con dedos temblorosos y la guardo en mi bolsillo antes de reorganizar apresuradamente el arte donde estaba.

Casi salto cuando mi teléfono empieza a sonar. —Hola, Liza —atiendo—. ¿Qué pasa?

—Te conseguí un trabajo —dice entre bocados de lo que supongo que es un bagel—. Fue una especie de acuerdo de último minuto. ¿Te anotas?

—Seguro. Vale. Soy tu chica.

—Excelente. Estaré allí para recogerte a las ocho y media.

—Eres la mejor, Liza.

—Sí, recuerda eso cuando seas rica y famosa.

Ella cuelga y yo respiro un poco más tranquila sabiendo que tengo otro trabajo preparado. Un sueldo más. Un ladrillo más en el muro entre Max y yo y el amenazante espectro de la pobreza.

Meto la mano en el bolsillo deliberadamente y paso la yema del dedo por el borde de la tarjeta. El número grabado allí es como un Braille que solo dos personas en el mundo pueden leer.

Quiero llamarlo, pero la verdadera razón no tiene nada que ver con el dinero o Max o cualquier otra cosa.

Solo quiero escuchar su voz.

KON

La casa de Nestor Kuzmin es una pesadilla gigante. Llamativa, desagradable, despreciable.

La peor parte es que es exactamente eso a propósito. Un superficial intento de resaltar el propio sentido de engrandecida importancia personal del propietario. Un monumento de sí mismo, para sí mismo, de sí mismo.

—¿Quieres que entre contigo? —pregunta Yefim.

—Espera en el coche.

—¿Como un perro?

Lo miro sin ninguna compasión. Soportó la peor parte de mi ira toda la mañana con su buen humor habitual. Sin embargo, igual no me convenció de tenerle piedad.

—¿Un consejo, viejo amigo? —añade mientras salgo del coche.

Hago una pausa en contra de mis mejores instintos. —Será mejor que sea solo una palabra.

—No estoy seguro de que toda esta actitud de "¿Quién te necesita?" vaya a convencer a Nestor —sugiere Yefim. Se le ocurre algo—. Oye, ¿crees que te trajo hasta aquí para matarte?

Me saca una sonrisa. —Ojalá lo intentara. Haría que esta mierda fuera mucho más fácil.

Yefim frunce el ceño. —¿Qué parte de "matar al aliado de tu familia, que además es el don de la siguiente Bratva más poderosa de la ciudad", califica como "fácil"? Tu papá se enfadaría.

—Algo me dice que lo hará de todos modos.

Yefim suspira. —¿Puedo entrar, por favor? Sabes que tengo claustrofobia en espacios pequeños.

Pongo los ojos en blanco, asiento y Yefim salta del jeep con una risa alegre. Nos dirigimos a la entrada principal de la casa. El camino es de mármol blanco y serpentea a través de un reluciente estanque de koi. Estoy tentado a darle un mazo a todo el complejo entero.

La puerta de entrada es, como era de esperar, enorme. El doble de mi altura y cuatro veces mi ancho. La aldaba es un kraken que gruñe. Con una mueca, apunto con la barbilla y miro a Yefim.

—Hazlo tú. No tocaré ese pedazo de mierda estridente.

Yefim se encoge de hombros y golpea un par de veces con uno de los tentáculos de hierro. La puerta se abre casi de inmediato, para revelar a un anciano ruso con esmoquin y corbata de moño. —Saludos, señores. Don Kuzmin los está esperando.

Si sigo poniendo los ojos en blanco de este modo, se aflojarán en sus órbitas. —Genial. ¿Dónde está?

—Por favor, síganme.

Nos llevan a la casa. Reflexiono sobre lo que está a punto de suceder, aunque Yefim observa la escena con aplomo. Echo un vistazo al interior de la casa. Cuadros dorados, candelabros ornamentados, todo. Dinero malgastado, en mi opinión.

—El don estará con ustedes en un momento —dice el mayordomo—. Por favor, pónganse cómodos —sin esperar respuesta, se aleja con paso rígido por un pasillo cercano, lleno de retratos de antepasados de Kuzmin con miradas frías.

—Nos hace esperar —suspira Yefim—. Estoy bastante seguro de que eso está en la página uno del libro de jugadas —luego mira a su alrededor, molesto—. No hay lugar para sentarse.

—Esa es la página dos.

—Correcto —asiente Yefim—. Juegos mentales. Oye, ¿a dónde se fue el mayordomo? ¿No nos darán al menos algunos bocadillos?

Resoplo. —Quizá debería reemplazarte con un perro de verdad.

—Extrañarías mi ingenio rápido y mi sonrisa encantadora.

Solo suspiro y me apoyo contra la pared de cristal que separa el vestíbulo del patio revestido de césped. La ciudad de Los Ángeles nos llama a lo lejos, como una joya en el desierto.

—Ejem.

Miro a Yefim, que acaba de aclararse la garganta. —¿Qué?

Tiene esa mirada dolorida y contraída en sus ojos, que dice que está a punto de abordar un tema que no tengo ningún interés en discutir. Efectivamente, dice—: Entonces, ¿lo ignorarás?

—¿Ignorar qué?

—No me digas eso. Sabes muy bien qué. Descubrí dónde estabas la noche de la cena.

—Ya que tú me diste la dirección en primer lugar, no puedo decir que esté impresionado.

—¿Bueno? ¿Alguna conclusión destacada de tu pequeña visita improvisada?

Me encojo de hombros. —Él es mío.

—No puede ser. ¿Te dio pruebas?

Resoplo. —Actúas como si ella fuera la que intenta convencerme.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que fui yo quien fue a buscarla —le explico impaciente—. Ella trató de negar que Max es mío.

—Max. Hm. Un nombre muy de héroe adolescente valiente de película de los 80. ¿Cómo te sientes al respecto? —lo miro fijamente con ira y él levanta las palmas de las manos—. Vale, lo siento. Sin importancia. Bueno, probablemente negó que él es tuyo porque no lo es. Tal vez…

—Vi al niño, Yefim.

Se detiene en seco. —¿Oh?

—No necesito una prueba de paternidad para reconocer mis genes cuando los veo. Tiene el mismo aspecto que yo a su edad. Tiene mis ojos.

Yefim hace una mueca y se pasa una mano por el cabello castaño moteado. —Esperaba que estuvieras equivocado.

—¿Porque es más conveniente para esta farsa de alianza a la que me obligan?

—Bueno… sí. Entre otras cosas.

Sacudo la cabeza. —No voy a fingir que no existe.

—En realidad, eso no es lo que me preocupa.

Arrugo la frente. —¿No?

Él encuentra mi mirada. Conozco a Yefim. Por más modesto que parezca, el hombre es perspicaz. Tiene intuición, pero no siempre la deja ver hasta que es necesario.

Al parecer, es necesario ahora.

—Estoy preocupado por *ella*.

Mantengo mi expresión lo más impasible posible. —No es necesario que lo estés.

—Ah, ¿no? —pregunta. Levanta las cejas y se niega a quitarme los ojos de encima—. Olvidas que te conozco, hermano. Te observé en las semanas posteriores a esa fiesta. No sé qué diablos pasó en esa habitación entre ustedes. Aunque sé que fue *algo*. Algo significativo. Pero, ¿sabes qué más es significativo? *Este acuerdo*. Esa mierda fue una especie de conexión perdida imaginada, y sucedió hace una década. No dejes que eso arruine las cosas, Kon.

—No me hago ilusiones sobre mi relación con Iris. Fue una chica a la que me follé en una habitación de hotel una noche. Ahora, ella es…

—La madre de tu hijo —finaliza Yefim—. Eso también es significativo.

—Los Kuzmin no pueden quejarse —digo—. Sucedió hace toda una vida.

—¡Ay, por el amor de Dios, no le cuentes a Nestor lo del niño!

Entrecierro los ojos hacia Yefim. —No me hables como si fuera estúpido. Eres el único que lo sabe, y no tengo intención de cambiar eso pronto.

—Alabado sea. Porque tengo el presentimiento de que se va a armar la…

El sonido de pasos obliga a Yefim a detenerse a mitad de la frase. El severo mayordomo ruso ha vuelto, y su expresión es tan grave como su postura.

—Maestro Aminoff —dice—. El don está listo para recibirte.

—Quédate aquí —le ordeno a Yefim—. No toques nada.

Sigo al mayordomo por otro largo pasillo. Este no tiene retratos, solo cuadro tras cuadro de confusas salpicaduras abstractas de pintura oscura sobre lienzo blanco. Es vagamente inquietante por razones que no puedo explicar del todo. Creo que preferiría a los viejos Kuzmin con muecas del otro salón.

Al final del pasillo, el mayordomo gira a la derecha y se detiene frente a una imponente puerta de hierro. Toca una vez, espera un momento, toca dos veces más y luego abre.

Él pasa y me hace un gesto para que entre. Hay una austeridad en el espacio que le sienta bien al hombre sentado en la silla de cuero negro frente a mí.

—Don Kuzmin —digo respetuosamente. La puerta se cierra detrás de mí, llevándose consigo al mayordomo.

—Konstantin.

—Llámame Kon.

—Siempre has preferido Kon, ¿no? ¿Por qué es eso?

—Más que nada, porque molesta a mi padre.

El hombre sonríe, pero no llega a sus ojos. Es delgado, alto y vibrante, y una vez más me sorprende lo joven que es, lo vivo que está en comparación con Stepan. Recuerdo la celebración de su quincuagésimo cumpleaños el año pasado. Me invitaron, pero renuncié al evento, y en su lugar volé a Rusia.

—Yo solía ser igual con mi propio padre —comenta Nestor—. Hacía cualquier cosa para molestarlo. Toma asiento.

Me hundo en la silla de acero inoxidable que señala. La amplia superficie del escritorio se siente como un océano de hierro entre nosotros.

—Me gustaría ofrecer mis más sinceras disculpas por perderme la cena contigo y tu hija —digo con rigidez—. Me retrasaron algunos negocios y perdí la noción del tiempo.

Se queda en silencio durante un largo rato, y me pregunto si terminé la reunión antes de que empiece. —Debo decir, Kon, que perder la noción del tiempo no es un buen augurio para tu futuro con mi hija.

—Tú, más que nadie, debes apreciar lo exigente que puede ser una Bratva.

—Ah, lo hago. Y soy consciente de que pareceré un hipócrita cuando te diga esto. Pero no permitiré que traten a mi hija como yo he tratado a mis mujeres a lo largo de los años.

Me encojo de hombros. —Es la naturaleza de un don ser un hipócrita. Decimos lo que debemos y hacemos lo que debemos. Esas dos cosas no siempre se alinean.

Nestor sonríe. —Me gustas, Kon. Siempre me has gustado. Cuando tu padre propuso la alianza, me convencieron fácilmente. Eres un hombre fuerte e inteligente. Creo que lo suficientemente inteligente como para ver la sabiduría de esta unión.

—Entiendo que tú y mi padre tienen una visión para el futuro.

No es una respuesta a lo que sutilmente pregunta, pero no parece demasiado consternado hasta el momento. —Mi hija es mi bien más preciado —continúa—. Puedes pensar que me estoy deshaciendo de ella, pero ese no es el caso. Quiero que ella sea feliz. Quiero que la cuiden.

—El acuerdo fue el matrimonio, Nestor. No la felicidad.

Me examina con los ojos entrecerrados durante un largo momento antes de relajarse. —La boda se celebrará dentro de cinco meses —dice con firmeza—. Después de eso, Anika se mudará de mi casa a la tuya. Pero, si alguna vez siente la necesidad de regresar a mi propiedad, te lo diré ahora, con toda la fuerza que puedo reunir: nuestra alianza no sobrevivirá a un matrimonio roto.

—No tengo ninguna intención de…

—¡Intenciones, por favor! —dice Nestor, desdeñoso, con un movimiento de su mano—. Las intenciones no significan una mierda para mí. Puedes tener la intención de no dañar nunca a alguien y terminar haciendo precisamente eso. Quiero asegurarme de que comprendes hasta qué punto le debes a la Bratva Kuzmin.

Me inclino hacia delante de inmediato, con los codos sobre las rodillas. —Repite eso.

—Pasé la década anterior a esta rescatando a tu padre de una mala decisión tras otra. Millones incontables gastados para mantener a flote a tu familia.

Joder. Es todo. Una deuda que cuelga de mi cuello, puesta allí por mi propio puto padre.

No se me escapa la importancia del tiempo. *La década anterior a esta*, dijo… en otras palabras, la década que culminó cuando se cerró el acuerdo de este matrimonio.

Mi padre me utilizó como peón para consolidar sus propias cuentas bancarias.

Nestor no se da cuenta o es indiferente a mi creciente temperamento. —Y he sido generoso —dice—. Le estoy dando a tu familia la mayor joya que tengo para ofrecer: mi propia hija.

—Tienes razón —digo, enmascaro la furia detrás de una falsa gratitud—. Eres generoso.

—Recuerda eso antes de la próxima cena a la que asistiremos juntos —gruñe.

Me pongo de pie y asiento. —Un placer como siempre, Don Kuzmin.

—Kon.

Sonríe satisfecho. Esta reunión salió exactamente como él planeó, estoy seguro.

O eso cree él.

Lo dejo sepultado en la bóveda que él llama oficina y vuelvo sobre mis pasos hasta el vestíbulo. Levanto la vista cuando siento ojos sobre mí. Mientras lo hago, veo una ráfaga de cabello rubio y

una sombra que se aleja.

Mi estómago se retuerce disgustado. ¿Es esta la mujer a la que se supone que debo llamar mi esposa? ¿El tipo de niña tímida que se esconde en las esquinas para espiar y acechar?

Puedo sentirla más allá de la escalera, tratando de no hacer ruido. Aprieto los dientes y cruzo la última distancia hacia el vestíbulo, donde me espera Yefim.

Me mira a la cara y gime. —¿No tiene sentido preguntar cómo te fue?

—Nestor Kuzmin está satisfecho. Por el momento —me giro de pronto para mirarlo—. ¿Sabías que los Aminoff están en deuda con los Kuzmin? Estamos hablando de millones.

—Entonces se lo devolvemos —se encoge de hombros—. Ahora estamos bien para ello.

—Ya no es ese tipo de deuda. Esta deuda solo será perdonada si me caso con la chica.

Yefim suspira. —Hay peores consecuencias.

Me doy vuelta y salgo corriendo de la casa antes de empezar a romper cosas. Yefim corre detrás de mí. Su ansiedad por lo que podría suceder a continuación me resulta ruidosa y discordante, como clavos en una pizarra.

—Sabes, solo pienso en voz alta, pero confrontar a tu padre ahora puede no ser la mejor idea.

—No lo haré.

—Entonces a dónde…

—Tengo otra cita —interrumpo—. Y no me la perderé.

IRIS

Liza frunce el ceño mientras conducimos cada vez más arriba de la colina, hacia Bel Air. —Estoy empezando a pensar que debería haber negociado más —murmura en voz baja.

—¿Estamos conduciendo a una residencia privada? —pregunto.

—Eso parece.

Me vuelvo para mirar a Liza, que mantiene la vista fija en la carretera. —¿No lo sabes con seguridad?

—Te lo dije, este trabajo llegó de último momento. No estaba dispuesta a hacer ninguna pregunta —ella me lanza una mirada cautelosa—. Necesito que te portes lo mejor posible, ¿vale?

—¿Cuándo no lo hago?

Liza pone los ojos en blanco. —Eres la modelo más difícil con la que trabajé. La mayoría de la gente intenta ganar un poco de fama y fortuna antes de empezar a volverse exigente.

—Creo que puedes ganarte la vida y mantener tu integridad. Demándame.

—Jesucristo —gime Liza—. Vas a ser mi muerte.

Pasamos por una finca enorme tras otra antes de llegar a una propiedad cerrada al final de la carretera frente a un imponente arco de vegetación. Liza se detiene frente a la puerta. Un guardia de seguridad sale de la cabina con paredes de vidrio y se acerca arrastrando los pies.

—Hola —dice, después de bajar la ventanilla—. Tenemos una cita.

—¿Nombre?

—Liza Cartwright e Iris Keller.

Él asiente y le hace una señal a alguien que no puedo ver. Luego, las puertas negras se abren como por arte de magia y entramos.

El camino de entrada sube y termina en un círculo adoquinado justo delante de la casa. Estoy un poco desconcertada por lo extrañamente encantadora que es. La casa de cualquier otro rico en Los Ángeles es como una pecera gigante, toda de vidrio, arte moderno y bordes afilados.

Esta es más pequeña y más hogareña. Ladrillo y hiedra como algo del noreste, con lindas

ventanas con contraventanas y pájaros trinando desde la azotea.

—¿Esto es… lindo? —digo con cautela, como si estuviera esperando que alguien revelara que todo es solo un set de película.

—Como dije —advierte—, el mejor comportamiento.

Nos acercamos a la puerta y tocamos el timbre. Se abre para revelar a un hombre bajo, con ojos oscuros y curiosos. No estoy segura de por qué, pero me resulta familiar.

—Hola —dice. Me mira de arriba abajo. Aunque definitivamente no me está viendo de esa forma. Su expresión es más escrutadora que cualquier otra cosa—. Iris Keller, ¿correcto? —ignora a Liza por completo.

—Así es.

—Bienvenida —dice—. Adelante.

Liza y yo lo seguimos al interior. Cuando la puerta se cierra detrás de nosotras, un escalofrío recorre mi piel por razones que no puedo explicar. —Tu casa es hermosa —murmuro.

—Ah, no es mía —objeta el hombre—. Soy más como el… asistente feliz.

Liza le ofrece su sonrisa educada. —¿Dónde está el cliente? —pregunta.

—Bajará en un momento. Ha ordenado que lo esperen en el jardín.

Liza está inusualmente silenciosa mientras recorremos la casa y salimos a un exuberante patio y jardín. Todo es tan verde que me duelen los ojos. Sofás blancos, una hoguera revestida de piedra. Todo con ese brillo etéreo que solo muchísimo dinero puede comprar.

En una mesa cercana hay una bandeja con sándwiches, pastelitos de crema y champán, enfriándose en un cubo de plata. —Pueden servirse —dice generosamente el mayordomo.

—Pues muchas gracias —dice Liza. Toma un sándwich y le da un mordisco sin dudarlo.

El mayordomo le dedica una sonrisa divertida. —Iré e informaré al jefe que han llegado —desaparece dentro de la casa. Me quedo ahí, claramente incómoda. Algo me parece extraño en toda esta situación.

Me acerco sigilosamente a Liza, que ya se ha terminado el sándwich. —Liza, ¿qué es…?

—Joder, estas cosas están buenas —dice con un pequeño suspiro satisfecho—. Tienes que probar uno.

—No, gracias —no le digo que me siento como Blancanieves, con la Reina Malvada tratando de meterme una manzana envenenada en la garganta.

—Vamos, vive un poco. Tú…

—¡Liza!

Ella retrocede. —¿Qué?

—¿Qué diablos está pasando? —exijo—. ¿Qué es este trabajo? ¿Por qué nos tienen aquí en el

jardín mientras ellos se portan raros y esas cosas? ¿Por qué no hay fotógrafos ni cámaras o…?

—Bueno, la persona que llamó dijo que su cliente quería hablar con Iris Keller y que quería concertar una cita.

—¿Eso es todo?

—Sí —dice Liza, alcanzando un pastelito de crema. Ella le da un mordisco y rápidamente convulsiona—. ¡Ay, Dios mío! ¡Orgásmico! ¡Cinco estrellas!

—¡Contrólate, mujer! —digo—. Ni siquiera sabes el nombre de este tipo. ¿Y si es un loco, psicópata, asesino…?

—Te lo aseguro, no lo soy.

Mi cuerpo se enfría.

Conozco esa voz.

Reconocería esa voz en cualquier lugar.

Así que ni siquiera puedo decir que estoy sorprendida cuando me giro y me encuentro mirando a Kon.

Detrás de él está su mano derecha. Al parecer no es un mayordomo, después de todo. Pero eso explica por qué su rostro me resulta vagamente familiar. Lo vi hace diez años, en una noche que nunca podré olvidar. Creo que se llamaba Yefim.

—Ah —dice Liza, su tono cambia instantáneamente. Abandona el último bocado de su pastelito de crema que induce al orgasmo e intenta recomponerse—. Tú debes ser el cliente.

Entrecierro los ojos ante su voz de bebé, pero ella ya no me presta atención.

—Lo siento —continúa—, no sé tu nombre.

—Eso es porque nunca te lo dije. Soy Kon Aminoff.

—Ah. Qué exótico.

Pongo los ojos en blanco. Yefim se da cuenta y reprime una carcajada.

—Sr. Aminoff…

—Por favor, llámame Kon.

—Entonces, Kon —dice Liza con una risita inusual—. Supongo que mi siguiente pregunta es, ¿para qué necesitas una modelo?

—No lo hago —dice—. La necesito *a ella*.

Se ve increíblemente bien. El sol golpea su cabello castaño rojizo y puedo ver todos los diferentes colores que se esconden allí. Caoba oscura y caramelo claro, carmesí sutil y burdeos intenso. Un río de chocolate, cobre y sangre.

—¿Oh? —Liza recupera la sobriedad quizás por primera vez desde que llegamos aquí. Me mira,

pareciendo insegura de qué hacer a continuación.

—Vi su entrevista en la televisión la otra noche y quería hablar con ella con más detalle sobre su trabajo caritativo.

—Bueno, su momento no podría ser más horrible, Sr. Aminoff —le digo, ciñéndome cuidadosamente a su apellido—. Porque recientemente dejé de trabajar con Su Voz. Así que estás apuntando fuera del tiesto. Solo nos iremos…

—¡Iris! —exclama Liza—. Estás siendo grosera.

—¿Yo? —pregunto a la defensiva—. Solo estoy siendo profesional. Ciertamente no quisiera desperdiciar ni un solo segundo del precioso, precioso tiempo del Sr. Aminoff.

Espero una erupción, pero Kon simplemente sonríe, agradable. —Yefim, ¿por qué no le muestras a Liza los alrededores? —sugiere—. Estoy seguro de que le encantaría un paseo.

—No, ella…

—¡Dirige el camino! —Liza se deshace de mis protestas.

Ni siquiera se molesta en preguntar por qué no me incluyen. Simplemente me deja ahí en la terraza con Kon y se marcha con Yefim.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —exijo, volviéndome hacia él una vez que estemos solos.

—Esperaba algo más como “Gracias por contratarme”.

—Esto es… es un engaño. Me atrajiste aquí con falsos pretextos.

—Realmente quería hablar sobre tu organización sin fines de lucro.

—En primer lugar, no es mi organización sin fines de lucro. Y, en segundo lugar, no mentía antes. Realmente ya no soy parte de eso.

Él levanta las cejas. —Te despidieron.

—¿Cómo…? Ay. Sí. Me despidieron.

—¿Por qué?

La idea de decirle la verdad me pone la piel de gallina. Él ya sabe demasiado sobre mi vida. Lo que significa que conoce la mayoría de mis errores. ¿Por qué debería informarle del resto? Déjalo que haga su propio maldito trabajo sucio.

—Ni idea.

—Parece una forma ingrata de tratarte después de conseguirles toda esa publicidad gratis.

—Sí, bueno, nada en la vida es gratis —murmuro—. Lo aprendí de la manera más difícil.

—Tal vez porque te niegas a hacer las cosas de la manera más fácil.

—¿Disculpa?

Él se encoge de hombros. —Te estoy ofreciendo ayuda.

—No necesito tu ayuda.

—Caso probado.

—No me gusta estar en deuda con nadie. Y, como dije, nada en la vida es gratis.

Él pone los ojos en blanco. —Estoy siendo amable al acercarme a ti de esta manera.

—¿Lo que significa?

—Significa que podría ser más contundente. No necesito tu permiso para conocer a mi hijo.

—Claro que sí, joder —espeto con total furia de Mamá Oso, tan furiosa que doy un paso adelante como si buscara pelea. Por supuesto, todo lo que eso hace es ponerme nariz contra pecho con Kon, lo que a su vez me recompensa con un enorme olor a su colonia, lo que a su vez hace que mis muslos se sientan como si estuvieran hechos de mantequilla—. ¡Soy su puta madre!

—Entonces estamos en igual terreno —responde con frialdad—. Porque soy su puto padre.

—Pasé nueve malditos años criándolo solo. Tú no eres nada para él.

—¿Y de quién es la culpa?

—¿Qué se suponía que debía hacer? —exclamo—. ¿Rastrearte y decirte que estaba embarazada? ¿Tirarme a tus pies y suplicar apoyo? Por lo que sabía, tenías esposa e hijos. Tenías una vida completamente diferente en la que no habría habido lugar para m… para… un niño.

—Entonces lo que me dices es que tenías miedo.

—No, gilipollas, estoy…

—Tenías miedo de ser rechazada, así que privaste a Max de la oportunidad de conocer a su padre.

Me mira completamente tranquilo. Me hace sentir lo suficientemente nerviosa por los dos.

—Tuvimos una noche juntos —susurro—. Ni siquiera una noche… unas pocas horas. Fin de la historia.

—¿Y qué hay de esas pocas horas que te asusta tanto, Iris?

Tengo respuestas. Tengo muchas respuestas. Llevo diez años pensando en ellas, cada vez que no puedo conciliar el sueño por la noche.

Pero ahora que finalmente tengo la oportunidad de compartirlas con la única persona en este mundo que podría entenderlas, me quedo sin palabras.

—Yo… solo no quiero confundirlo.

—¿Entonces no pregunta por mí? ¿No ha hecho ninguna pregunta sobre quién es su padre?

Dudo, luego suspiro. —Tiene nueve años. Claro que ha preguntado quién es su padre.

—¿Y? ¿Qué mentira elegiste para él?

Todavía siento culpa, porque fue la primera vez que le mentí descaradamente a mi hijo. En ese entonces, vivíamos en un pequeño monoambiente de mierda en East Hollywood con goteras en el techo. Recuerdo que llovía. También debía hacer frío, porque llevábamos calcetines… el par de calcetines piratas peludos a juego que nos compré como regalo de Navidad… y nos preparé chocolate caliente. Aunque en realidad no recuerdo el frío. Solo recuerdo la lluvia, los calcetines y el bigote de chocolate espumoso sobre el labio superior de Max.

—Le dije que su padre era un luchador —le susurro—. Le dije que fue a la guerra y luchó valientemente para mantenernos a salvo, y que no logró regresar a casa —miro hacia arriba y veo la inquietante oscuridad en sus ojos—. Debe ser fácil regresar a mi vida después de una década y juzgar mis decisiones. Pero lo hice todo sola.

—Esa fue una elección.

—¿Lo fue? —pregunto—. Bueno, todos elegimos, Kon. Tú elegiste bastante solo.

Sigue el silencio. Odio esto… estar en silencio con él, sentir su juicio y su ira como un viento caliente en mi piel.

—Pero que conste —agrego en voz baja—, no estoy orgullosa de mí misma.

Me encuentro con su mirada por un segundo más de lo necesario. Diez años preguntándome si este momento llegaría alguna vez me golpean como un tren fuera de control y, de repente, mantenerme erguida está fuera de discusión.

Así que me dejo caer en el sofá, tomo un pastelito de crema de la bandeja y le doy un mordisco.

Liza tenía razón… son jodidamente deliciosos.

KON

Observo en silencio, con las manos entrelazadas detrás de la espalda, mientras ella termina el pastelito de crema y se lame los dedos.

Es difícil ocultar lo que me hace. Esos labios regordetes frunciéndose alrededor de sus largos dedos. El parpadeo de su lengua. Mis recuerdos de su sabor vibrando en mi boca.

—No tengo por costumbre mentirle a mi hijo, ¿sabes? —dice después de una pausa significativa —. Esa fue la primera y la última vez.

—Creo que tal vez es hora de ser honesta con él.

La comisura de su boca se arruga. —¿Por qué poner su mundo patas arriba? —pregunta—. ¿Por qué cambiar todo su sentido de la realidad por nada?

—Un hombre debe saber de dónde viene —digo sombríamente—. Es la única manera de saber a dónde debe ir.

Se estremece como si acabara de pasar una brisa fría, aunque el día es cálido y soleado. —¿Adónde vas tú, Kon? —murmura.

—Donde me dé la gana.

Iris se muerde las uñas. —La gente dice cosas sobre ti, ¿sabes? Escucho fragmentos. O quiero decir, los escuché. A través de los años.

—¿Hay alguna pregunta ahí?

Levanta sus ojos para encontrarse con los míos. —¿A qué te dedicas?

Suspiro y me hundo en el sofá a unos metros de ella. Lo suficientemente cerca como para oler su perfume, pero demasiado lejos para tocarla. —Trabajo. Y, cuando no trabajo, juego.

—Claro —dice—. Y tu trabajo es peligroso, por lo que entiendo. Así que debo suponer que tu versión del juego probablemente tampoco sea muy saludable.

—Supones mucho.

—¿Lo hago? —pregunta, saca a relucir su tono de lucha. Qué lástima… mi erección apenas se estaba calmando—. Porque, por lo que escuché, Konstantin Aminoff está metido en todo tipo de

asuntos desagradables y violentos.

—A la gente le gusta hablar —suspiro.

Se pone de pie y comienza a caminar. Admiro la forma en que el sol golpea sus delgadas piernas. La forma en que sus muslos bronceados brillan al sol como purpurina. Su cabello negro se balancea sobre sus hombros mientras mira hacia el jardín. Luego gira hacia atrás para verme una vez más.

—Estás acostumbrado a conseguir lo que quieres, ¿no? —pregunta—. No respondas a eso… fue retórico. Bueno, mi hijo no es un bonito accesorio que puedes llevar contigo hasta aburrirte. Es un niño. Un niño hermoso, asombroso, maravilloso y reflexivo. Y se merece más que un fantasma que pase por su vida solo por diversión hasta aburrirse.

—¿Aburrirme?

—Sí, aburrirte —escupe—. O frustrarte, o distraerte, o cualquier otra cosa. ¿Cómo crees que es la paternidad, Kon? ¿Crees que es divertida todo el tiempo? ¿Crees que es emocionante todo el tiempo? Porque tengo noticias para ti: es más amargo y desgarrador que cualquier cosa por la que hayas pasado.

Suelto una carcajada. —Niña, no tienes idea de lo que he pasado.

Sigue con su discurso como si no hubiera hablado. —Son noches de insomnio y vómitos sobre tu camisa favorita. Rabietas a las tres de la mañana y dolores de crecimiento cuando menos te lo esperas. Fiebres de medianoche y preocupación constante. Es poner toda tu vida en suspenso, porque hay otra personita cuya vida importa que la tuya. ¿Entiendes eso, Kon? ¿Eres siquiera capaz de entenderlo?

Su pecho está agitado cuando termina. —Su corazón es mío para mantenerlo a salvo. Y yo simplemente… no puedo permitir que nada ponga en peligro eso. No *dejaré* que nada ponga en peligro eso. Ni siquiera tú. He recorrido ese camino, y sé lo que sucede en las sombras.

Tan pronto como las palabras salen de sus labios, mira a su alrededor alarmada, como si hubiera sido otra persona quien las dijo.

—¿Todavía le envías dinero todos los meses? —pregunto en voz baja.

—¿Qué? ¿A quién?

—Me dijiste que todavía le envías dinero a tu padre todos los meses —le recuerdo—. ¿Todavía lo haces?

Se sonroja. —¿Te dije eso?

—En el mismo aliento en que me dijiste que tu madre se suicidó por su culpa.

Me mira fijamente con horror y se deja caer en el sofá antes de que sus piernas cedan. —¿Te dije todo eso? —sus labios tiemblan.

Puedo notar que repasa esto mentalmente un millón de veces. Puedo ver las cicatrices en su corazón, las líneas grabadas en la alfombra de su dormitorio por caminar noche tras noche y hacerse las mismas preguntas una y otra vez.

¿Mi madre quería morir?

¿Quería irse?

¿Merece ser odiada, culpada, compadecida o amada?

—Eso debe haber sido difícil para ti —ofrezco en voz baja.

Se encoge de hombros, aunque es obvio cuánto le cuesta actuar con tanta indiferencia. —Tenía que seguir adelante.

Me inclino hacia adelante, lo suficientemente cerca ahora para tocarla, aunque no me permito hacerlo. Ahora no. Todavía no.

—Escúchame, Iris: no iré a ninguna parte. No soy tu madre. No soy tu padre.

Se muerde el labio otra vez, con tanta fuerza que me pregunto si va a sangrar. Luego me mira. —No —dice huecamente—. Eres peor.

Espero a que me explique. Necesita este espacio para contar una historia que nunca antes le contó a nadie.

—Sabía que mi padre era un desastre —comienza con un frágil susurro—. Sabía que mi madre sufría. Que era víctima de sus propios pensamientos jodidos, de su propia química cerebral jodida. Supe que ambos eran causas perdidas desde que tuve edad suficiente para saber algo. Pero tú…

Escucho ese tono entrecortado en su voz y sé lo que significa. Cuando pasas tanto tiempo construyendo muros de ladrillo entre tú y las cosas que te lastimaron en el pasado, llegas a confiar en ellos. Y si derribas esos muros, todo tu castillo puede derrumbarse.

A ella le preocupa que, si eso sucede, no habrá nadie cerca para recomponerla.

—¿Qué hay de mí, Iris? —insisto.

—Mírate —dice sin mirarme a los ojos—. No eres un desastre. Tienes el control. Tienes todo. Tienes toda tu vida armada. Significa que, si te alejas, no será por tus demonios personales. Será por nosotros.

Abro la boca para responder. Pero, antes de que pueda, escuchamos pasos que doblan la esquina y una voz.

—¿Todo bien?

Iris mira a su alrededor y ve a Liza acercándose a la cubierta, con Yefim a su lado. Yefim me lanza una expresión de disculpa, que me dice que ya no podía retener a la agente.

—Sí. Nos vamos —dice Iris, agarrando a Liza por el brazo.

—¿Qué pasa con…? —la agente me mira por encima del hombro. Pero, cuando no recibe ninguna explicación, se deja llevar.

Iris desaparece por la puerta. Dejarla ir es como arrancarme el corazón del puto pecho.

Pero esta no es la última vez que la veré. Esto aún no termina.

Ni por asomo.

—¿Qué diablos pasó? —pregunta Yefim cuando se han ido.

—Lo que esperaba que sucediera —digo—. ¿Por qué no distrajiste más a la agente?

Vuelvo a sentarme y Yefim se sienta en el sofá frente a mí. —Porque esa mujer era un dolor de cabeza. Supuso que la distraía. No pude convencerla de dar otra vuelta por el jardín.

—¿Se te acabó el encanto?

—No dudes de mí, Kon. Todavía no se inventó una granada en la que no caería si me lo pidieras.

Hago una mueca y me dejo caer en el sofá. —Me parece bien.

—Es un bombón —dice Yefim mientras se desploma a mi lado—. Tiene sentido ahora.

Levanto una ceja. —Nunca estuve interesado en ella porque fuera hermosa.

—¿No?

—No. Ella es hermosa, sí. Pero también era… es… feroz, independiente, enojada, destrozada, esperanzada, angustiada… Joder, no puedo explicarlo.

—Destrozada, ¿eh? —dice Yefim—. Interesante.

—No analices.

—¿Por qué no? Estoy aburrido.

Pongo los ojos en blanco. —Necesitas un pasatiempo. Y una novia.

—¿Para qué? —pregunta Yefim—. ¿Para poder tener citas dobles una vez que te cases?

Justo así, los últimos vestigios de mi reverencia por Iris desaparecen, y se reemplazan por una fría y dura realidad. —No me he olvidado de Anika, si a eso te refieres.

—Esa es la cuestión: me temo que la olvidarás. Si la mantienes cerca. Tú…

—¿Yo qué, Yefim? —gruño peligrosamente.

—Tú eres el don-en-espera, Kon —dice con un suspiro resignado—. Lo que dices y haces importa. Y a quién embarazas definitivamente importa. ¿De verdad crees que a Nestor le gustará tener otro heredero potencial rondando por ahí?

—No planeaba pedirle permiso.

—Quizás deberías hacerlo —dice Yefim—. Parece que una deuda de millones de dólares le da una ventaja aquí, te guste o no.

Aprieto los dientes y me levanto. Yefim hace lo mismo. Su preocupación es obvia. Por eso es un Vor tan bueno, pero también por eso es un tremendo dolor en mi trasero.

Últimamente, es mucho de lo último.

—Cabrear a Nestor Kuzmin no es buena idea, Kon —remata—. Si se entera de Max…

—No lo hará.

—¿En serio? —pregunta Yefim—. ¿Qué te hace estar tan seguro? Estás jugando con fuego, Kon. Tarde o temprano, alguien se quemará.

—Puedo manejarlo.

—No estaba hablando de ti, hermano —dice con tristeza.

Hago una mueca de nuevo. El día era tan brillante, tan lleno de puro potencial hace apenas unos minutos. Ahora el sol se siente como un dedo en mi ojo.

—Solo digo que hay muchas maneras de que esta mierda se vuelva complicada.

—Y, si es así —le respondo—, me lo arreglarás como siempre lo haces.

Parece exhausto ante el mero pensamiento. —Necesito un aumento.

Le doy un puñetazo amistoso en el brazo. —De ninguna manera. Hablando de eso, tengo un trabajo para ti.

—Si es ilegal, acepto.

Me río entre dientes. —No es ilegal. No precisamente. Pero es peligroso.

Él arquea una ceja. —Considérame intrigado.

—Necesito que me recopiles información.

—¿Sobre?

—Mi padre —digo.

El rostro de Yefim cae de inmediato. —Ay, vamos, carajo.

Palmeo su espalda. —No seas cobarde. Necesito saber el alcance total de su deuda. Cuáles fueron las transacciones, qué tratos hizo. Necesito ver los números en los libros de contabilidad.

—Ves los libros de contabilidad todo el maldito tiempo.

—Claramente, me están dando archivos inventados. Documentos que me dicen solo la mitad del panorama. No quiere que sepa sobre la deuda. Probablemente esté cagado de miedo de que deje atrás el matrimonio.

—Algo que no harás… ¿verdad? —pregunta Yefim con cautela.

—Ya veremos.

—Dios, Kon…

—Quizá no estaba siendo claro —gruño—. No fue una pregunta. Fue una orden.

Yefim se pone rígido de inmediato. Odia que le griten, pero conoce la jerarquía. Él sabe cómo deben ser las cosas. Asiente bruscamente, como un soldado. —Entendido.

—Ahora, hazlo.

—¿A dónde vas?

—A tener una conversación franca con mi padre.

IRIS

—¿Qué diablos fue eso? —me sisea Liza en el momento en que estamos en su pequeño y estrecho coche.

—¿Puedes simplemente conducir?

—No hasta que respondas mis preguntas.

—Entonces, ¿puedo conducir *yo*?

—¡Iris!

Me muerdo la lengua y espero hasta que se ponga el cinturón de seguridad, las gafas de sol y encienda el motor, enfadada. Todo el tiempo, mi pierna derecha sigue saltando hacia arriba y hacia abajo sin mi control o permiso.

—¿Puedes por favor sacarnos de aquí? —por fin ruego.

Ella me lanza una mirada curiosa y finalmente gira el coche y conduce cuesta abajo, hacia las puertas correderas negras.

—Mantén tus bragas puestas, ya casi salimos —murmura Liza.

En el momento en que las puertas se cierran detrás nuestro, respiro hondo. Es completamente superficial, como si un par de puertas endebles pudieran impedir que Kon consiga lo que quiere, pero me siento mejor. Paso las manos por mi cabello e intento procesarlo.

—Vale, ahora que estamos fuera, ¿puedes decirme de qué carajo fue eso?

Sacudo la cabeza. —Realmente preferiría no hacerlo.

—¿Te gustaría que llamara al cliente y le preguntara? —pregunta Liza.

La miro fijamente. —No lo harías.

—Soy una agente, cariño —dice secamente—. Soy capaz de cualquier cosa.

—Él no era un cliente real, Liza —digo—. En realidad, no preguntó sobre Su Voz. Le dije que no podía ayudarlo y se puso… difícil.

Sé que estoy tergiversando mucho la verdad, pero realmente no quiero tener esta conversación

con Liza. Demasiado por divulgar. Demasiados años de historia para profundizar.

Ella me ofrece una sonrisa dulce. —Mira quien habla.

—¿Qué se supone que significa eso? —arrugo la nariz.

—Que eres la única modelo que contraté más difícil que los clientes que la contratan.

—Eso es mentira.

—Que no lo es. Quizás, en el peor de los casos, una pequeña exageración inocente.

—No existe la exageración "inocente". O es verdad o no lo es. En este caso, no lo es.

—¿Ves? —me apunta con una uña bien cuidada—. Esto es lo que quiero decir. Eres demasiado blanco y negro, Iris. Todo es claro y simple para ti.

—¿Por qué es eso algo malo?

—Porque el mundo no es blanco y negro. Cuanto más intentes hacerlo de esa manera, más decepcionada te sentirás.

Arrugo la frente. —¿Es así como me ves? ¿Solo una solterona amargada con expectativas imposibles?

—O sea, solo trabajamos juntas profesionalmente, pero, hasta donde sé, no pareces tener muchos amigos.

—No tengo tiempo para amigos. Tengo un hijo que criar.

—Y, si lo crías bien, un día crecerá y se irá —dice brevemente—. ¿Y entonces qué te quedará? ¿Una casa vacía, una carrera mediocre y sin amigos? ¿Quién quiere eso?

—Quizás yo lo quiera.

Me ofrece una mirada incrédula por encima de sus gafas de sol. —Sé que tienes todo ese asunto de "Miss Independiente", Iris. Pero no puedes convencerme de que realmente quieres eso. Nadie… por muy autosuficiente que sean… *nadie* quiere estar solo.

Reprimo un suspiro. Ella tiene razón; lo sé. Simplemente no quiero admitirlo.

—De todos modos —continúa—, desde donde estaba, parecías tú la cabreada. Él estaba tranquilo y fresco como un glaciar.

Arrugo la nariz con molestia. —Él siempre lo está.

—¿Siempre lo está? —pregunta Liza—. *Sabía* que ustedes dos tenían historia.

Me maldigo internamente por ser tan descuidada. —No es… lo que piensas.

—Como el infierno que no lo es. Tienes…

—No, no, de ninguna manera. Basta —miento directamente—. ¿Puedes dejarme en Wilshire y Westwood? Puedo caminar hasta la escuela de Max desde allí. Necesito quemar algo de energía.

Liza deja escapar un suspiro de sufrimiento. —Claro, cariño.

—Gracias.

Espero que el silencio dure, pero, claro, diez segundos después, Liza lo rompe. —En serio, ¿cuál es el problema entre tú y el Príncipe Azul?

—¿Sabes qué? Puedes dejarme aquí a un lado de la carretera. Caminaré el resto del camino.

Liza me ignora, pone los ojos en blanco y sigue conduciendo. —Si aún no te has acostado con él, lo has pensado. ¿Es por eso que te estás poniendo tan a la defensiva?

—No.

—*"No", dijo a la defensiva* —se ríe Liza—. Vaya, nunca pensé que vería ese día.

—¿Qué día?

—El día que realmente sintieras algo por otro ser humano. Un hombre, nada menos. ¡Un hombre atractivo!

Cruzo los brazos sobre mi pecho. —He sentido cosas por otros hombres antes.

—Nombra uno.

—Jake.

Ella comienza a reírse a carcajadas, hasta que se le llenan los ojos de lágrimas y yo empiezo a dudar de su capacidad para mantener el coche en línea recta por la carretera. —Ay, ay Dios… —jadea entre más risitas—. Ay, Dios mío…

—¿No fuiste tú quien me dijo que volviera a estar con él? —frunzo el ceño.

—Para tu carrera, sí. No por tus verdaderas inclinaciones románticas.

—Eso es despreciable.

—Así es el mundo.

—No mi mundo.

Liza suspira y puedo notar que está a la vez divertida y frustrada conmigo. —¿Sabes qué, Iris? Bromeo, pero te admiro. De todas las personas que conocí en esta ciudad, eres la única que se niega a poner precio a su dignidad. Pero te está costando más de lo que crees. Te niegas a aprovechar la oportunidad cuando está ahí para aprovecharla. Sin juego de palabras.

—No cuando eso significa sacrificar un pedazo de mi alma.

—Mientras sea solo un pedazo… ¿por qué no?

Sacudo la cabeza y reflexiono en silencio durante algunos semáforos. —Sentía algo por Jake —digo finalmente—. No solo lo usaba.

—No dije eso en absoluto. Solo creo que te convenciste de que lo amabas —explica Liza—. Como dije, nadie quiere estar solo.

Se detiene en el estacionamiento de una tienda de comestibles para dejarme salir, pero no abre las puertas de inmediato. En cambio, se gira en su asiento para mirarme con una preocupación, casi maternal.

—¿Cuánto sabes sobre este tío Aminoff? —pregunta—. ¿Información real?

—Casi nada, si soy honesta.

—¿Quieres que investigue un poco por ti?

Me conmueve que incluso se ofrezca. Quizás sea la única razón por la que asiento. —Vale.

Ella me guiña un ojo. —Estoy en esto como arroz blanco.

Me río con cansancio. —Gracias, Liza. Y gracias por el viaje —salgo del coche y la despido. Luego, empiezo a caminar en dirección a la escuela de Max.

Ahora mismo solo quiero abrazar a mi hijo.



LLEGO a la escuela con unos veinte minutos de sobra hasta la salida, así que busco un lugar con sombra debajo de un árbol afuera de las puertas de la escuela y me siento en el césped para encontrar mi Zen por un rato.

Poco a poco, otras mamás empiezan a llegar a recoger a sus hijos. Digo mamás, pero la mayoría de las mujeres son en realidad niñeras importadas del extranjero por poco dinero. Supongo que así es la vida en Hollywood. Nada que no se pueda subcontratar a bajo precio.

También hay algunos papás. Aprendí desde el principio a mantenerme alejada de ellos.

Un tío no tan sutil mira dos veces cuando me ve sentada junto a la pared. Me da una sonrisa demasiado amplia y un pequeño y alegre gesto coqueto al estilo Joey de Friends que me hace querer hacerme un ovillo y desaparecer.

No le devuelvo la sonrisa. Solo miro hacia otro lado y pretendo estar interesada en mis cutículas.

A medida que se acerca la hora de recogerlos, más padres aparecen a mí alrededor para esperar a sus hijos. Fragmentos de conversación pasan flotando por mis oídos.

—…A Caleb le está yendo bien… Las matemáticas pueden ser complicadas a veces, pero le encantan sus citas de estudio con Connor…

—¿…Qué tal este domingo para el brunch? Podemos caminar por el mercado de agricultores. Los niños siempre disfrutan eso…

—…Se acerca la fiesta de cumpleaños de Teagan. Está muy emocionada de invitar a sus amigos. Vamos a hacer un tema de carnaval…

Vidas plenas… eso es lo que escucho. Amigos y familiares y fiestas y regalos. Vidas que no son solitarias ni desesperadas, vidas que no están empapadas de miedo.

En otras palabras, vidas que no se parecen en nada a la mía.

Pienso en lo que dijo Kon cuando le dije que lo hice todo por mi cuenta. *Esa fue una elección*. Al principio me cabreó, para ser honesta. Cuando trabajas tan duro para construir un hogar feliz para tu hijo, es fácil resentirse con cualquiera que diga que hay un modo más fácil de hacer las cosas.

Pero es difícil ver a los niños venir corriendo para abrazar a sus padres… a *ambos* padres, en plural… y no preguntarse si nos lo hice todo más difícil a Max y a mí.

Podría haber dicho que sí. Podría haber tomado su mano. Podría haberme quedado.

Pero no lo hice.

Si eso me cuesta algo, entonces vale, pagaré el precio. Pero mi hijo no debería tener que hacerlo. Y no debería tomar esa decisión por él.

Suenan las campanas y una avalancha de niños irrumpe en las puertas de la escuela, con profesores ladrando a todos lados para dirigir el tráfico en la dirección correcta.

Max aparece hacia el final del diluvio. Me alivia ver que no está solo. Baja las escaleras con su amigo, un lindo niño con un peinado afro llamado Samson.

Max y Samson se despiden al pie de las escaleras, chocan los puños como si fueran diez años mayores de lo que realmente son y se separan. Samson corre hacia una mujer alta con el tejido blanco de cabello más maravilloso que vi en mucho tiempo y Max corre hacia mí.

—¡Hola, Mamá!

—Hola, chiqui —lo abrazo—. ¿Cómo estuvo la escuela?

—Genial. Hicimos algunos experimentos científicos.

—Qué bien. Quiero saberlo todo. ¿Espaguetis para cenar?

—¡Sí! —dice—. ¿Con pan de ajo?

—Obvio —me río, revuelvo su cabello. Tomo su mano y emprendemos el camino a casa.

—¿Mamá? —pregunta Max.

—¿Sí, cariño?

—¿Kon vendrá a cenar?

Gimo por dentro. Al parecer, los niños pequeños siempre saben qué costras arrancar. —No lo creo, cariño.

—Bueno, ¿cuándo volverá?

—No lo sé, cariño —respondo—. Él no lo dijo.

—Él era realmente genial.

—¿Eso crees?

—Sí. Sus tatuajes eran realmente geniales. Quiero uno.

—Tienes uno, ¿no?

Él se burla. —Este es falso. Es para niños pequeños.

—Odio decírtelo, amiguito, pero tú eres un niño pequeño.

Suelta mi mano, flexiona los bíceps como un culturista y ruge—: ¡No, ahora soy un hombre!

Tengo que reprimir mi risa. —Un hombre, ¿eh?

—Sí. A lo grande.

—Supongo que eso significa que te mudarás pronto —digo con tristeza.

Él niega con la cabeza. —No, he decidido que siempre viviré contigo.

—¿Sí? —pregunto alegremente.

—Sí —dice—. O sea, tengo que hacerlo. ¿A quién más tienes?

La sonrisa se seca de inmediato en mi rostro. ¿Estoy tan mal para darle a mi hijo de nueve años la carga de preocuparse por mí?

—Max, cariño, te lo agradezco, pero tengo gente.

—¿Como quién?

—Como… personas.

Él sonríe. —Vale, Mamá.

Ay, Dios, ahora el niño de nueve años me sigue la corriente. El fondo se siente especialmente duro hoy.

—Oye, ¿qué opinas de invitar a Samson algún día? —reflexiono—. Una cita para jugar, ¿sabes?

—Los padres de Sam no confían en las niñeras. Su papá dice que no son confiables.

Hago una mueca. —Bueno, yo estaré allí —digo.

—Pero, ¿cómo? Siempre estás trabajando.

No lo dice con ningún resentimiento y, de alguna manera, eso lo hace peor. —Te digo algo: elige un día y despejaré mi agenda para ustedes. ¿Qué tal eso?

Max parece interesado. —Vale. Sí. Genial. —Se muerde el labio por un segundo… un gesto tan parecido al mío que me deja sin aliento… luego me mira y agrega—: ¿Quizás Kon también venga?

Arrugo la frente. —¿Por qué querrías eso?

—Porque Kon es la persona más genial que conozco. Sam realmente quiere conocerlo. Así que, ¿puedes llamarlo?

Pienso en la tarjeta de negocios que todavía reposa expectantemente en mi bolso. Diez dígitos simples. Unos cuantos movimientos de pulgar y podría escuchar su voz. Podría cambiar el curso de nuestras vidas, de *todas* nuestras vidas.

—No, cariño —le miento a mi hijo—. No puedo.

KON

Abro la puerta de una patada. Los dos hombres en la habitación de Stepan se dirigen hacia mí y sus manos se dirigen automáticamente a sus pistoleras. La expresión de mi padre se agría tan pronto como me ve.

—Val, Romer —señalo con la cabeza a los dos Vors experimentados que han estado al servicio de mi padre durante casi dos décadas. Son deferentes y respetuosos, como debe ser, pero siempre los consideré sus hombres, no los míos—. Necesito hablar con mi padre. Salgan.

—Yo los despido, Konstantin —dice Stepan, enojado—. No tú.

Avanzo y me planto en medio de su pequeño triángulo. —Este no es el día, viejo.

Los ojos de mi padre se agrandan. —Val, Romer —gruñe—. Déjennos.

Los hombres me miran de reojo cuando se van, pero saben que no deben hacer preguntas.

Cuando la puerta se cierra y estamos solos, me dejo caer en el asiento de mi padre y pongo los pies sobre su escritorio. Es más que un desafío… es un insulto.

Espero lo que sé que viene: furia, saliva, vitriolo.

Pero, en lugar de eso, él palidece.

—Ya lo sabes —susurra.

Asiento. —¿Por qué tuve que enterarme de esto por parte de Nestor?

—No pensé que él…

—Patrañas, joder —gruño—. Fuiste un cobarde. Debiste habérmelo dicho tú mismo.

Stepan no discute. Cruza las manos al frente como un colegial enviado a la oficina del director.

—¿Cuánta deuda? —presiono—. Nestor estaba tímido.

—Las cuentas…

—Fueron reforzadas para mi beneficio —interrumpo—. Y fui lo suficientemente tonto como para confiar en tu palabra. ¿Cuánto tiempo lleva sucediendo eso? Lo pensaría mucho antes de mentir.

Está en silencio durante mucho tiempo. —Todavía soy don, Konstantin —dice al fin.

—Ya no. No lo eres.

—¿Disculpa?

Asiento mientras retiro mis pies de su escritorio y me inclino hacia adelante para poder fijarlo con todo el poder de mi mirada.

—Ya terminaste —gruño—. Ahora soy yo el don de la Bratva Aminoff. Esta tarde reunirás a tus hombres y harás el anuncio. Te jubilarás temprano. Pasarás la corona. De inmediato.

Sacude la cabeza, consternado. Como si eso fuera a cambiar una puta cosa. —¿Crees que eso te sacará de esta boda? —pregunta—. Una alianza matrimonial con los Kuzmin…

—Ya no es tu problema —termino.

Me mira con recelo. La ambición todavía arde en él, pero su cuerpo está demasiado débil para sostener el fuego por mucho más tiempo. Debe ser un infierno ser el espíritu de un joven guerrero atrapado en el cuerpo de un anciano moribundo.

—Esto no cambiará nada —dice Stepan en voz baja.

—Como dije, ya no es tu problema.

—¿Qué explicación daré? —pregunta.

—Eres viejo y estás enfermo. No tienes el impulso ni la voluntad para seguir manejando la Bratva con la misma capacidad que antes. Quieres retirarte y disfrutar de un poco de paz y tranquilidad. Quizá empieces a jugar al golf. Me importa una mierda.

Stepan hace una mueca. —Nestor se dará cuenta. Me conoce.

—Entonces, sabrá que te obligué —digo—. Y me respetará más por eso. ¿De verdad crees que querría que su hija se casara con un hombre débil?

—¿Como el tipo que estás tratando de hacerme parecer?

Me río en su cara. —¿Preocupado por tu reputación, Otets?

No dice nada, pero es una confirmación tan buena como cualquier otra. Además, aún no termino. —¿Y qué pasará cuando todo el mundo descubra que has enterrado a esta Bratva en deudas imprudentes? Entonces, ¿qué?

—¿Cómo se enterarán? —pregunta Stepan—. La deuda debía perdonarse inmediatamente en el momento en que te casaras con Anika. Nadie se habría enterado. Borrón y cuenta nueva.

Él sabe tan bien como yo que era un plan tonto. Pero se convenció a sí mismo de lo contrario. Sin embargo, ahora que se hizo humo, se ve obligado a mirar las llamas y darse cuenta del alcance de lo que hizo.

—Me ofreciste como un cordero sacrificado para salvar tu propio orgullo —digo con voz áspera —. Pero no seré utilizado así. No ahora. Ni jamás.

—Fui atrevido…

—Fuiste estúpido —lo interrumpo con desdén—. Fuiste ciego.

La respiración resuena en su pecho hundido. —Ser don no te hará infalible, Konstantin —murmura—. Es posible que aún lo aprendas algún día, en tu detrimento.

—Sé de lo que soy capaz.

—Yo también pensé eso alguna vez. Es solo el orgullo de la juventud.

—Reúne a los hombres —le digo mientras me pongo de pie—. Haz el anuncio. También puedes llamar a Nestor y decírselo.

Mi padre me mira con cautela. Sabe que hablo en serio, pero todavía está tratando de encontrar una salida. —¿Y si me niego?

—Entonces, haré lo que sea necesario, viejo. Tú me enseñaste eso.

Respira hondo y sus hombros se aflojan por la derrota. —Muy bien. Me encargaré.

—Bien —me doy vuelta y lo dejo. Ya rompí su espíritu lo suficiente por un día.

Pero, cuando me acerco a la puerta, escucho su voz. Suena destrozado, cojo. Un caballo al que ya no le queda vida en las patas.

—¿Konstantin?

Me doy vuelta lentamente, con los puños apretados a los costados. —Esta es la última vez que te lo diré, Otets: mi nombre es Kon.

Él traga saliva y asiente. —Kon —dice, quizá por primera vez en su vida. Se siente como una victoria mayor que el paso de corona—. Tienes que estar aquí si voy a hacer el anuncio.

—No, no tengo que —digo—. Ahora soy el don. Estaré donde carajo quiera.

—Los hombres necesitarán…

—Los hombres necesitan un don que mantenga viva a la Bratva, incluso si eso significa sacrificar sus propias necesidades para hacerlo —gruño—. Así que, mientras haces el anuncio, estaré en la finca de los Kuzmin, haciendo las paces con mi futura esposa.

Entonces la conversación realmente llega a su fin. Me doy vuelta y me alejo. Si dice algo más mientras avanzo, no lo escucho. Tampoco me importa.

Ya no es su turno de hablar.

Es el mío.

~

NO TARDO MUCHO en llegar a la finca de los Kuzmin. Cuando lo hago, me hace pasar el mismo mayordomo ruso austero que nos había mostrado a Yefim y a mí la última vez que estuvimos

aquí.

Su expresión está llena de preocupación mientras volvemos sobre nuestros pasos hacia la puerta de hierro de Nestor.

Esta noche, hay dos guardias armados apostados afuera. Ninguno de ellos mira en mi dirección mientras agarran las puertas y las abren.

La oficina es tan sombría como la recuerdo. Blanco hueso y negro medianoche por todas partes. Fría también. Fría como una tumba.

Pero no hay señales de la niña.

El telón está abierto hoy, solo un poquito. Me acerco a las ventanas y compruebo la vista. Da al lado oeste del jardín. Veo una piscina, una cancha de tenis, kilómetros de setos ornamentados. El sol de California arde en el lejano horizonte.

Mientras le doy una segunda mirada a la habitación, oigo que la puerta se abre de nuevo. Me giro justo a tiempo para verla pasar.

Se esforzó para este encuentro. Su cabello rubio ha sido peinado en ondas sutiles. Su rostro es un plano suave de base, cortado con barras oscuras de delineador de ojos. Lleva un vestido blanco con un escote pronunciado. El vestido se ciñe a la cintura con un fajín negro.

Hombres inferiores van a la guerra por mujeres como esta.

Y sin embargo no siento… nada. Ni siquiera el más mínimo atisbo de atracción. Ni siquiera la más mínima punzada de deseo.

—Hola —ronronea—. Me dijeron que vendrías.

—Anika —digo fríamente—. Te ves diferente a la última vez que nos vimos.

—La última vez que me viste tenía doce años.

Sonrío con cortesía. Responde con un recatado sonrojo, luego se hunde con gracia en el sofá de respaldo alto, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Te debo una disculpa —le digo con rigidez. Palabras que nunca he dicho antes y que no tengo intención de volver a decir nunca más—. Me perdí nuestra cena. No debí haber hecho eso.

—Eres un hombre ocupado —se encoge de hombros—. Además, me gusta pensar que fue a mi padre a quien dejaste plantado, no a mí.

Ofrezco algo entre una mueca y una sonrisa. Ella simplemente se ríe, suave y musical. Pero es un sonido tan pulido que no puedo creerlo. Su postura, su habla… todo dice que piensa en cada movimiento que hace su cuerpo antes de realizarlo. No hay ninguna “persona” ahí dentro… solo un hermoso exterior, con un núcleo hueco.

—Sabes, recuerdo haberte visto la primera vez —confiesa—. Parecías sacado de una película.

Levanto las cejas y ella se sonroja nuevamente. —¿Puedo darte algo de beber? —pregunta rápidamente para disimular la incomodidad.

—Whisky.

Anika asiente y se pone de pie. Una vez más, está ejecutado a la perfección. Me pregunto qué hace cuando nadie la mira. Cómo se quiebra, cómo habla. Si tiene sus propios pensamientos, o si no es más que una decoración invaluable para cualquier habitación en la que se encuentre.

Se desliza hasta el bar en la esquina de la oficina, sirve whisky en un vaso y regresa.

—Gracias —le digo mientras me entrega el vaso—. ¿Nada para ti?

—A Papá no le gustaría eso.

—Nuestro pequeño secreto, entonces.

Le ofrezco el whisky. Su mano se desvía un poco del regazo, pero vuelve a caer en su sitio.

—¿Tienes miedo de lo que dirá Papi? —pregunto.

—Yo… simplemente no quiero molestarlo —admite con timidez—. Igual que no quiero molestarte a ti.

—No tienes que hacer nada que no quieras hacer —le digo. Sostengo su mirada con fuerza—. Nada. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Parece sorprendida cuando comprende la verdad de lo que realmente estoy diciendo. Sus ojos están muy abiertos y azules. En otra vida, podría haberlos encontrado fascinantes. En esta vida, lo único que puedo pensar es en otro par de iris verde esmeralda, tan dentados y puros como un bosque intacto.

—Este siempre iba a ser mi destino —susurra, tanto para sí misma como para mí—. Lo acepté hace mucho tiempo.

—No es necesario. Eso es lo que estoy tratando de decirte.

—Pero sí lo es —dice, un poco sin aliento, como si tuviera miedo de darme una impresión equivocada. Se sonroja de vergüenza y me mira a través de sus pestañas—. Quiero decir, cuando Papá me contó sobre el… el acuerdo… me sentí feliz.

Ella se vuelve rosa brillante. —Supongo que nunca soñé con tener un marido… como tú.

La niña apenas puede mirarme sin delatarse. Está enamorada. Desde hace diez años sueña con este día.

Pero su sueño no tiene relación con la realidad. Quiere algo que no puedo darle. Algo que no le daré.

—Cualquiera que sea la versión idealizada de mí que tengas en tu cabeza, te decepcionarás, Anika.

—No lo creo.

—Entonces, eres más ingenua de lo que pareces.

Ella se estremece, pero por lo demás se queda quieta. Luce como si aceptaría palabras duras y

bofetadas duras sin ni una sola pizca de represalia. Me enferma ver a alguien tan intimidado por su mundo desde el momento en que nació. Ha sido destrozada y moldeada y destrozada y moldeada de nuevo. Ella nunca tuvo una jodida oportunidad.

Y ahora veo algo más: yo tampoco la tuve.

IRIS

—Jake…

—Por favor, Iris —suplica. Su voz entra y sale, crepitante—. Necesito verte. Necesito hablar contigo.

—Jake, estoy ocupada.

—No, no lo estás. Lo comprobé con Liza. Dijo que no tienes nada reservado hoy y que Max está en la escuela. Así que no hay ninguna razón por la que no puedas reunirte conmigo.

—Llamaste a… ¿sabes qué? No importa. Simplemente no quiero.

Él suspira. —Es cierto lo que dicen: cuanto más bonita es la mujer, más cruel.

—Ya basta de melodramas, ¿vale? Solo no quiero hablar contigo. No es el fin del mundo.

—Tenemos que hablar, Iris. Para pasar página.

Cierro los ojos y respiro hondo. Ya me duelen las sienes y apenas llevamos dos minutos hablando por teléfono. Debí haberlo sabido antes de responder a su llamada. Pasé la página que necesitaba cuando cerré la puerta en su cara. Al parecer, él no estuvo de acuerdo.

Pero si darle eso lo saca de mi vida, vale. Es un precio que estoy dispuesta a pagar.

—Bueno. Vale.

—¿Bueno? O sea, ¿sí?

—Sí, podemos hablar.

—¡Excelente! —dice de inmediato—. Estoy en el Black X Studio. Le diré a seguridad que vienes.

—Quieres que vaya a…

—Te enviaré un coche.

—No, Jake, espera…

—Insisto. Mi chico estará allí en quince. Me tengo que ir. Nos vemos pronto.

Cuelgo, dejando que el teléfono caiga ruidosamente sobre la mesa y mi cabeza caiga entre mis manos. Puedo ver el leve rastro de un marcador morado en los zócalos de un rincón polvoriento, detrás del sofá. Un día llegué a casa y encontré a Max, de seis años, coloreando por todas las paredes, con la última de un tren interminable de niñeras malas anteriores a Rinna durmiendo sin darse cuenta en el sillón.

Hice de Mamá Buena… le mostré lo que hizo y le expliqué por qué estaba mal, le pedí que me ayudara a limpiarlo, le dije que no estaba enojada con él, solo que tomara mejores decisiones la próxima vez. Envié a la niñera a empacar y acosté a mi hijo en la cama.

Luego volví y me senté en el suelo en medio de la sala y me hice una promesa. Prometí que algún día ganaría suficiente dinero para comprarme una casa propia. En esa casa, tendría una habitación especial solo para que Max pintara en las paredes a su gusto.

Tres años después y no estamos más cerca de que eso suceda.

Dejando de lado ese pensamiento deprimente, me pongo unos pantalones de cintura alta y un top corto blanco. Me hago una trenza rápida y desordenada y me la coloco sobre el hombro. Cuando estoy lista, se oye el bocinazo de un coche al frente.

El conductor me ofrece una sonrisa educada mientras me acerco y me siento en el asiento trasero. Tan pronto como estoy abrochada, despegamos.

El Black X Studio es una colección heterogénea de almacenes que no coinciden, decorados con recuerdos de la vieja escuela, sofás que huelen a marihuana y suficientes parásitos y fanáticas como para abastecer a un ejército. El conductor me deja fuera del Almacén Cinco. Una de las asistentes de Jake, una pequeña rubia alegre llamada Hannah, me ve entrar y gira hacia mí.

—Hola, nena —dice mientras me da un abrazo que realmente no quiero—. ¡Tanto tiempo!

—Lo sé. Bastante.

—Me alegro mucho que Jake y tú estén juntos de nuevo.

Arrugo la frente. —No lo estamos.

—Ah —ella luce incómoda de inmediato—. Solo asumí que… bueno, porque estás aquí…

—No lo estamos —digo con firmeza—. Definitivamente no.

—Vale —ella se inquieta en su lugar.

—¿Está él por aquí? —pregunto.

—Aquí —dice, agradecida por el cambio de tema—. Te llevaré con él.

—Gracias.

Me acompaña hasta su mesa en silencio, pero, cuando llegamos, la habitación está vacía. —Em… no sé a dónde fue —luce confundida—. Juro que lo vi retirarse aquí hace unos minutos.

Es muy típico de Jake arrastrarme hasta aquí solo para dejarme plantada al último minuto. Supongo que los narcisistas harán lo que los narcisistas hacen. Es cierto, incluso si no rima.

—Espera aquí —dice—. Iré a cazarlo.

—Solo tengo diez minutos —digo—. Luego me iré de aquí.

Lo único que quiero es enterrarme bajo las sábanas y no salir durante un mes. Sin embargo, la vida no parece querer dejarme hacer eso.

Hannah sale rápidamente de la habitación. Me giro y estudio la pared llena de cientos y cientos de guitarras eléctricas autografiadas. Llegan hasta el techo, fila tras fila, un tapiz reluciente de rojo y negro.

—Vaya. Hola, preciosa.

Se me eriza la piel en el momento en que escucho esa voz. Me vuelvo y me encuentro cara a cara con la penúltima persona del planeta con la que quiero hablar.

Atelier Sorbonne.

Su nombre es tan falso como el resto. Labios fruncidos falsos, pómulos esculpidos falsos, cabello falso, bronceado falso y voz falsa y rezumante. Tiene brazaletes de oro en cada muñeca y una camisa con estampado floral con demasiados botones desabrochados, metida en unos impecables jeans blancos.

—Atelier —digo, alejándome de él—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Atelier simplemente me incita con esa dulce y enfermiza sonrisa suya. —Te ves deliciosa —dice, mirándome de arriba abajo.

—Disculpa —digo, tratando de alejarme.

—Ay, no, no lo harás —se para justo frente a mí—. Esta vez no puedes correr y esconderte.

—¿Qué quieres de mí? —exijo. Estoy enojada y asustada, y todos los sentidos en alerta máxima.

—Sabes exactamente lo que quiero de ti, cariño. Fue una petición sencilla.

—Bueno, mi respuesta no cambió.

—Hay tantas cosas que podría hacer por ti, amor —dice. Extiende la mano para acariciar mi mejilla con sus nudillos, pero me estremezco ante su toque—. Ayúdame a ayudarte.

—No estoy a la venta.

—Al final del día, todo el mundo está a la venta.

Entrecierro los ojos hacia él. —Has vivido en esta ciudad demasiado tiempo, Atelier. Has olvidado cuándo rendirte.

Él vuelve a sonreír. Tiene una cualidad viscosa que no puedo identificar. Algo en él que parece derretirse en los bordes y negarse a ser reprimido fuera de la vista de donde pertenece.

—¿Cuánto donaste a “Su Voz” para que me echaran? —pregunto de repente.

Sonríe. —Como dije, todos y todo está a la venta. No tan caro. Medio millón y fuiste mía.

Trago fuerte. Para ser honesta, no me molesté con la organización por su decisión. Medio millón podría ayudar a muchas mujeres necesitadas. Si tenían que lastimar a una mujer necesitada para poder hacerlo, que así fuera.

—Sé lo apasionado que siempre fuiste por los derechos de las mujeres —arrastro las palabras—. Como mi derecho a chuparte la polla, por ejemplo. Parecías muy interesado en asegurarte de que se cumpliera.

Su sonrisa flaquea por un momento antes de recuperar el control. —Te ofrecí algo y lo rechazaste.

—Y entonces, trataste de chantajearme. Qué noble de tu parte, Atelier.

Él se encoge de hombros. —Fui lo suficientemente amable como para dejarte migajas para que pudieras alimentar a tu pequeño mocoso. Pero ese es el buen samaritano que hay en mí.

—Estás loco —escupo antes de girarme y tratar de poner la mayor distancia posible entre nosotros.

Pero él simplemente me sigue, se mueve a mi lado, despreocupado y sin consecuencias, como siempre. —Solo dame una oportunidad, hermosa —persuade—. Una vez que te haya follado la vida, te preguntarás por qué estuviste peleando conmigo todo este tiempo.

—Déjame en paz, Atelier —le advierto.

Él sonríe, pero puedo ver el giro de la ira en sus rasgos. —Haz lo que quieras. Pero te lo digo ahora, la próxima vez no seré tan amable.

Se da vuelta y se aleja flotando, pero no puedo sentir alivio. Solo disgusto.

Camino hacia la puerta justo cuando Hannah aparece en el umbral. —Ah, la encontré —grita por encima del hombro—. ¡Aquí está!

—No te molestes —escupo—. Me voy.

Al menos, ese era el plan. Entonces, Jake entra en picado. Se apresura a agarrarme ambas manos, sin siquiera notar la expresión de asco en mi cara.

—Oye, hermosa —canta—. Gracias por venir.

—¿Por qué está aquí Sorbonne? —exijo.

Se detiene en seco y frunce el ceño como si no supiera de qué hablo. —¿Quién? Ah, Atty. Él está diseñando la sesión, nena.

Aparto mis manos de las suyas. —Lo olvidaste, ¿no?

—Olvidé… ¿olvidé qué? —mira por encima del hombro a Hannah, que está parada allí, observando este intercambio como si estuviera viendo TMZ.

—Hannah, ¿podrías darnos un momento? —digo con dulzura.

—Ah —dice ella—. Ah, sí. Claro.

Ella se aleja y cierra la puerta detrás de ella. Jake se vuelve hacia mí e intenta tomar mi mano nuevamente. —Bebé, no quiero que te enojes…

Me alejo de él una vez más. —No me digas bebé. Y no me toques.

—¡Intenta tener una conversación contigo! —grita como si yo estuviera siendo irrazonable—. Dame diez minutos en el vestuario. Hablaremos de todo esto y luego, si nos queda algo de tiempo…

—¡Dios! —escupo mientras le aparto las manos—. ¿Qué acabo de decir?

—No entiendo por qué estás tan molesta —dice. Suena genuinamente confundido—. ¡Digo, toda esta reconciliación fue idea de Atty! Estábamos hablando y le dije que te extrañaba y que la cagué mucho contigo y él fue totalmente genial. O sea, el más genial. Me dijo que te llamara y tratara de traerte aquí para arreglar las cosas y volver a nuestra vida juntos.

Sacudo la cabeza. Soy una idiota. Soy tan idiota, y cada vez que creo que llego al final de mi cuerda de estupideces, descubro que quedan algunos metros más por recorrer.

Los suficientes como para ahorcarme.

—…Él tenía razón —sigue diciendo Jake—. Él *tiene* razón. Vale la pena luchar por ti, Iris.

Respiro profundamente para calmar los latidos de mi corazón. —Jake, me voy. Por favor, no me llames más.

—¡Iris!

Él sale corriendo detrás de mí y me llama, pero no me detengo. Ni siquiera me doy vuelta. Ya terminé de perder el tiempo con hombres a los que les importo una mierda. Ya terminé de gastar energía en los hombres que ni siquiera se molestan en recordar mi dolor si llega en un momento inconveniente para ellos.

Salgo corriendo del estudio y veo Sorbonne al otro lado del aparcamiento. Está parado afuera, charlando con una de las modelos, que lo mira con ojos de Bambi, si Bambi fuera una trabajadora sexual. La tripulación gorjea a su alrededor, ignorando la forma en que sus manos revolotean donde no deberían, la forma en que sus ojos vagan donde se supone que no deben.

Él levanta la vista y me ve observando. No tengo que estar cerca suyo para entenderlo: yo ya terminé con él, sí…

Pero algo dice que él no terminó conmigo.

KON

Estás jugando con fuego.

Las palabras de Yefim siguen pasando por mi mente en los momentos más inoportunos. Como ahora, mientras estoy estacionado afuera de la escuela de Max, esperando la oportunidad de volver a ver a mi hijo.

Es la vigilancia más absurda de toda mi vida. Yefim me envió un mensaje de texto con los detalles que pedí y, cuando vi el nombre y la ubicación, conduje directamente hasta aquí. Ahora estoy acampado afuera de una escuela primaria como un puto pervertido.

Tengo otras cien tareas por completar. Una Bratva por dirigir, armas y drogas por mover, enemigos por aniquilar.

Pero Max es la prioridad en este momento.

La Bratva puede esperar.

Yefim me llama mientras salgo del auto y camino alrededor del perímetro de la escuela. Ignoro la vibración de mi teléfono y sigo caminando hasta llegar a una valla alta en la parte trasera.

Parece el recreo. Niños jugando en el jardín, colgando de los trepadores y lanzando pelotas. Es un paisaje caótico de gritos y risas y gritos intermitentes de regaños de profesores.

Finalmente, encuentro a Max entre la multitud. Es alto para su edad, pero se mantiene alejado de los grandes grupos de otros chicos. Están solo él y otro niño, comiendo sándwiches tranquilamente en un rincón sombreado, lejos del resto de la locura.

Todavía es extraño verlo. Como captar mi propio reflejo desde un ángulo que nunca antes había notado. Es yo, pero no yo. Es Iris, pero no Iris. Es los dos, mezclados, derretidos y colocados en un nuevo molde.

Noto que Max se sienta erguido de repente. Vio algo que no le gusta. Su amigo frunce el ceño y mira a su alrededor, desconcertado. Le pide una explicación a Max, pero Max ya se ha ido, corriendo hacia el centro del patio de recreo.

Es entonces cuando me doy cuenta de que hay un niño caminando por el arenero buscando algo, mientras un grupo de niños mayores se ríe y se burla.

Son claramente los niños mayores. Max es varios años más joven, pero es casi tan alto como el

cabecilla de los matones cuando se acerca a él.

Me acerco un poco más, con la respiración contenida en mi pecho.

—Déjalo en paz —dice Max con autoridad.

—No te metas en esto, pequeña mierda —sisea el cabecilla.

Max no busca un maestro a su alrededor. Mantiene contacto visual con el matón y da otro paso orgulloso hacia adelante.

—Lo digo en serio —dice Max.

No parece enojado. Solo decidido. La expresión de un hombre que no tolera la injusticia.

—Ah, ¿hablas en serio? —el niño mayor se burla—. ¿Por qué no metes la cabeza en el inodoro antes de que yo lo haga por ti?

—No te tengo miedo.

—Bueno, deberías.

El amigo de Max aparece al fondo. No lo suficientemente valiente para unirse, ni lo suficientemente asustado para huir. Los puños de Max son bolitas apretadas a sus costados. Pero no tiemblan… ni siquiera un poquito.

Si ver a mi hijo relajado era extraño, verlo en la guerra es aún más extraño. Reconozco ese brillo en sus ojos, ese orgullo en su postura.

Es exactamente igual al mío.

Pero ¿este sentimiento en mi pecho? No lo reconozco en absoluto. Es tenso e implacable, ardiente y feroz, sediento de sangre. Quiero saltar esta valla y destrozar miembro a miembro a este arrogante hijo de puta por atreverse a amenazar a mi hijo.

Pero la única manera de aprender a pelear tus propias batallas es peleándolas. Así que sigo donde estoy, aunque me mate hacerlo.

Los rasgos del cabecilla se surcan de incertidumbre. Esta no es la situación que anticipó. Este pequeño y desgarbado cabrón está acostumbrado a recibir miedo.

En ausencia del miedo de los demás, todo lo que le queda es el suyo propio.

—Yo…

—¿Qué pasa? —presiona Max—. No es tan divertido con alguien de tu tamaño, ¿verdad?

Los dos se enfrentan por unos intensos momentos más. Entonces, el cabecilla se encoge de hombros. —Hombre, esto es aburrido ahora —les dice a sus idiotas compinches—. Vámonos.

El amigo de Max corre hacia él tan pronto como se van. El alivio colorea sus rasgos.

—¿En qué estabas pensando, Max? ¡Craig le dio un puñetazo a Tommy Henderson en la cara la semana pasada! ¡Él también podría haberte hecho eso a ti!

Max solo se encoge de hombros. No hay ningún aire presuntuoso en él, en absoluto. Solo va hacia el arenero y entra con el otro niño para ayudar a encontrar el objeto perdido.

Resulta que son un par de gafas. Max las encuentra, les quita el polvo y se las devuelve con una sonrisa suave. En ese momento, suena la campana y todos los niños se filtran hacia la escuela.

Giro y vuelvo a mi coche. Ese calor opresivo en mi pecho no cambia. En todo caso, se intensifica.

Cuando vuelvo al asiento del conductor, enciendo el motor, pero no arranco como planeé. Mantengo mi lugar de estacionamiento y miro la fachada de la escuela.

Por alguna razón, no me atrevo a irme.

Sigo volviendo a ese momento en la habitación del Hotel Carnegie. Ese momento en el que el tiempo se detuvo cuando Iris se giró para verme desde el umbral de mi puerta.

El momento del que dependía todo. El momento en el que nos encontramos en una encrucijada. Dos caminos frente a nosotros.

Y yo elegí mal.

Debí haber impedido que se fuera. Es lo que quería hacer. Demonios, probablemente es lo que habría hecho si no fuera por la amenaza de mi inminente matrimonio. Un día que, irónicamente, ya está sobre mí.

Paso dos horas más sentado en mi coche, reflexionando sobre los misterios de la vida. Cuando Yefim vuelve a llamar, presiono ignorar y pongo mi teléfono en silencio. Luego, me deslizo en mi asiento y observo cómo los padres comienzan a reunirse en la entrada. Intento ignorar cómo cada mujer alta con cabello negro hace que mi corazón se acelere, hasta que inevitablemente se da vuelta y revela que no es Iris, solo otra mamá, otra cualquiera.

Después del tercer comienzo en falso, gruño y abro la guantera para sacar un archivo de allí. Ya lo vi una docena de veces, pero quiero volver a verlo ahora.

Es un extracto bancario. El nombre impreso en la parte superior es “Iris Keller”. La mayor parte es mundana… gas, electricidad, teléfonos móviles, alquiler. Los cheques de pago llegan de manera intermitente. Las cosas están apretadas, eso es seguro.

Lo que más me intriga es la transferencia recurrente. Cada mes envía exactamente la misma cantidad a una cuenta en el medio oeste del país. No es una cantidad enorme, casi suficiente para pasarla por alto, pero aun así es dinero que le vendría bien. A ella. A mi hijo.

Algo llama mi atención más allá de la ventana. Tan pronto como veo quién es, mi polla salta a media asta.

Lleva un vestido. De lino gris con tirantes finos y un dobladillo que se mueve unos centímetros por encima de las rodillas. Zapatillas blancas, sin joyas, el mismo bolso que vi tirado en el sofá de su casa.

No parece correcto verla así, en un lugar tan ordinario y banal. Es demasiado vibrante para estar aquí, incluso cuando es exactamente lo contrario de lo que intenta ser. Simplemente no puede

evitarlo… ella brilla.

Hay un momento en el que creo que me ve, pero luego dobla la esquina de la entrada de la escuela y se sienta debajo de un árbol, con la espalda contra una pared de ladrillos. Es una rutina practicada. Ella hizo esto antes. Muchas veces.

Noto que algunos de los otros padres la miran furtivamente. Contemplo distraídamente retorcerle la garganta a un padre que no deja de mirar boquiabierto.

Iris no se da cuenta de nada de eso. Simplemente juguetea con su teléfono hasta que suena la campana, y los niños son entregados a sus ya cansados padres.

Max baja saltando las escaleras, todavía al lado de su amigo del patio de recreo. Se despiden y luego Max corre hacia Iris, que le da un medio abrazo afectuoso. Ella mantiene su brazo alrededor de sus hombros mientras comienzan a alejarse de la escuela.

Pasan junto a mí. Abro la ventana polarizada para poder captar un fragmento de la conversación.

—…La escuela estuvo bien —dice Max—. Hoy aprendimos sobre los nativos americanos en estudios sociales. ¿Sabías que solían cazar búfalos? ¿Puedo intentar eso?

—Sigue devorando Cheez-Its como lo estás haciendo y pronto te convertirás en un búfalo, amiguito.

Él se ríe y la empuja juguetonamente. Bajo la ventanilla el resto del camino.

Max me ve primero. Todo su rostro se ilumina al instante. —¡Oye! —exclama—. Kon.

Iris se detiene y el color desaparece de sus mejillas. Parece muy enojada, pero hace tiempo que ya no me importa.

—Hola, niño —digo casualmente.

—¿Q-qué estás haciendo aquí? —tartamudea Iris.

—Estaba en la vecindad. Por casualidad nos cruzamos. ¿Necesitan que los lleve a casa?

—¡No! —dice, al mismo tiempo que Max dice—: ¡Sí, por favor!

Abro las cerraduras. —Excelente. Entren.

—Max —dice Iris, con voz cautelosa—. No podemos imponernos.

—Mi tarde está abierta de par en par. No hay nada que puedan imponer —como para recordarme la mentira, mi teléfono se enciende una vez más en el portavasos. Yefim de nuevo. Y de nuevo lo ignoro.

Iris me mira con ira por encima de la cabeza de Max. —Vale.

Max salta atrás, por lo que Iris se ve obligada a sentarse en el asiento del pasajero. Se abrocha el cinturón de seguridad con fuerza, como si luchara por mantener la calma.

Miro por el espejo a Max. —¿Tuviste un buen día?

Se encoge de hombros. —Lo mismo de siempre —se inclina hacia adelante desde el asiento

trasero—. Kon, ¿puedes mostrarme tus tatuajes otra vez cuando lleguemos a casa?

Iris intercede de inmediato. —Cariño, estoy segura de que Kon tiene lugares donde estar. Nos dejará, y luego…

—Me encantaría.

Cierra la boca con fuerza, pero escucho el crujido de sus dientes que rechinan frustrados.

Max parece ajeno a la tensión en la parte delantera del coche. Mira fijamente mis brazos. Llevo una camiseta que cubre la mitad superior, pero un tatuaje asoma por la manga.

—¿Qué es eso? ¿Un monstruo marino?

—Una hidra.

—¿Qué es una hidra?

—Es una serpiente de agua mítica —le explico—. Con un montón de cabezas. Como en la historia de Hércules. Me lo hice cuando tenía dieciséis años.

Se vuelve hacia Iris al instante, con los ojos brillantes, pero, antes de que pueda abrir la boca, ella habla. —No te vas a hacer un tatuaje a los dieciséis años.

—¡Pero él lo hizo!

—Él no es mi hijo —espeta—. Tú lo eres.

Max suspira decepcionado antes de volver a prestarme atención. —¿Tus padres se enojaron contigo por hacerte un tatuaje?

La verdad es que al único padre presente para preocuparse no le importó un carajo.

—No —respondo con frialdad—. A mi papá no le importaba.

—Suena genial.

—Ciertamente es algo.

Max agarra el brazo de su madre. —Mamá, ¿Kon puede quedarse a almorzar con nosotros?

—Estoy segura de que tiene mejores lugares donde estar, cariño.

—¿Tienes mejores lugares donde estar, Kon? —pregunta Max.

Miro mi teléfono, y sé que tengo al menos diez llamadas perdidas allí. —No.

—¡Estupendo! —chirría Max.

Nos detenemos en su casa. Pero, mientras lo hacemos, frunzo el ceño.

Hay un hombre flacucho delante, tocando la puerta con impaciencia.

—Joder —gime Iris.

—¡Mamá!

—¿Quién es ese? —pregunto.

La expresión de Iris se cae. —Mi arrendador.

IRIS

Mi corazón se siente como si hubiera caído directamente a mi estómago.

Que Morley esté aquí son malas noticias. Nunca aparece en persona. Si necesita algo, envía un correo electrónico y viceversa. No hace falta decir que su momento para venir a cambiar las cosas no podría ser peor.

Durante todo el camino hasta aquí, estuve ideando maneras de hacer entrar a Max antes de decirle a Kon que nos dejara en paz. Pero Kon es el menor de mis problemas ahora. Salgo del auto tan pronto como Kon reduce la velocidad lo suficiente, y corro hacia la puerta.

—Morley, ¿qué estás haciendo aquí?

—Te ves bien, Iris —ronronea.

Me estremezco. Llamarlo "no muy atractivo" podría ser la subestimación del año. Es bajo y grasiento, con el cabello demasiado largo y la ropa demasiado ajustada.

—Y al parecer este hombrecito ha crecido un metro —se ríe Morley. Le ofrece a Max un choque de manos, que él devuelve de mala gana. Incluso mi hijo se siente desanimado por las vibraciones viscosas del hombre.

Luego, los ojos de Morley se dirigen a Kon, que emerge lentamente del vehículo, una enorme extremidad a la vez.

—Morley —repito bruscamente, llamando su atención—. ¿Por qué estás aquí?

—Hay algo que necesito decirte. Es, eh… un poco sensible.

Cierro los ojos y exhalo para recuperar el control sobre mí misma. No tengo idea de qué diablos está hablando, pero no me gusta. Ni un poquito.

—¿Por qué no entran ustedes dos? —le sugiero a Kon y Max con los dientes apretados—. Estaré justo detrás de ustedes.

Max se encoge de hombros y entra a la casa. Kon se desplaza lentamente detrás suyo, escrutándonos a ambos mientras entra.

Le cierro la puerta y me vuelvo hacia mi arrendador. —Entonces, ¿qué pasa?

—Ese es un tío muy grande —murmura mientras mira hacia donde acaba de ir Kon—. ¿Quién es?

Sacudo la cabeza. —Nadie.

—Ese hombre es muchas cosas, pero una cosa que no es, es nadie. ¿Actor? ¿Productor? ¿Doble de acción?

—Ninguno —digo—. Morley, por el amor de Dios, ¿qué está pasando?

Él suspira. —Escucha, chica, tengo que ser sincero contigo. Se acabó el tiempo. Tendrás que buscar otro sitio para vivir.

Me quedo boquiabierta. —Bromeas.

—Estás mes a mes, nena. Debiste haber sabido que esto era una posibilidad.

Ya estoy nerviosa porque Kon apareció, así que esta noticia cae como una tonelada de ladrillos. —Yo… tú… ¡te demandaré! —digo, odiándome por decirlo tan pronto como las palabras salen de mi boca.

Morley se queda quieto con un suspiro de cansancio. Sabe que derrochar en un abogado para una demanda especulativa es lo último que haré.

—No me hagas pasar por el malo aquí, muñeca.

—No te estoy haciendo pasar por nada. Eres el malo.

—Escucha, cariño…

Eso es lo que me hace estallar. En una vida de “cariños” y “muñecas” y “bebés”, en casi tres décadas de “dulce culo” y “buenas tetas” y “¿cuánto por una mamada?” de hombres asquerosos que no tocaría ni con un palo de tres metros, finalmente tuve suficiente.

Es un mundo de hombres. Nada de lo que diga o haga cambiará eso.

Pero, Dios mío, empezaré a golpear con la rodilla los huevos de todos los gilipollas que insisten en perpetuar esa tontería de los silbidos y acosamientos.

—No te atrevas a llamarme cariño, joder —siseo, con puro veneno en mi voz.

Se estremece por un momento. Victoria menor, pero la aceptaré. Luego vuelve a exhalar como si yo fuera la que no es razonable aquí. —Tienes que tener cuidado con quién cabreas, cariñ… Iris. Esa es una advertencia amistosa.

Me detengo en seco. Ese sonido acelerado en mis oídos vuelve con fuerza, acompañado por el latido grave de mi corazón.

Sé muy bien a quién cabreé. Simplemente no pensé que sería tan cruel. O malvado.

Ciertamente, no pensé que actuaría tan rápido.

—Sorbonne te llamó.

—Un tío con un nombre estúpido que todavía no puedo pronunciar, sí.

Mis ojos se cierran. —¿Qué te dijo?

—Que quería alquilar esta casa y me pagaría el doble de lo que me pagas tú. Son solo negocios, bebé.

Sacudo la cabeza. —Entonces te tomaron por tonto. Atelier Sorbonne puede pagar diez veces la cantidad que yo te pago sin pestañear.

—Ay, maldita sea —Morley chasquea los dedos—. Sabía que debí haber negociado más.

Quiero gritar. Pero tengo un hijo en esa casa que no puede saber cuán metida en la mierda estoy. Él ya se preocupa demasiado por mí.

—Morley, por favor —susurro—. Soy una inquilina modelo. Siempre pago a tiempo.

Morley suspira. —Escucha, Iris, si pudiera, lo haría. Pero tengo las manos atadas. Este tío conoce gente, y lo último que necesito es a un gilipollas de la oficina de la ciudad pisándome la nuca. Mis impuestos no están exactamente "en línea", ¿entiendes lo que digo?

Me paso una mano frustrada por el cabello. —¿Cuánto tiempo?

—¿Eh?

—¿Cuánto falta para que nos eches a mí y a mi hijo de nueve años a la calle?

—Puedo darte hasta el final de la semana.

Tengo que extender una mano para sostenerme en la puerta. Si no, estoy a punto de plantarme de cara en lo que muy pronto ya no serán mis escalones de entrada.

—Si te sirve de ayuda, tengo un amigo que tiene un complejo de condominios cerca de Crenshaw. Tiene un par de unidades vacías en este momento.

—¿Crenshaw? Me llevará al menos una hora llevar a Max a la escuela por las mañanas y por las tardes.

—Te devolveré el depósito de seguridad que me pagaste cuando te mudaste. El monto total. Yo invito —extiende la mano para tocar mi brazo, pero lo aparto de una bofetada.

—Sal de mi propiedad, Morley —le digo con voz áspera—. Durante al menos cinco días, sigue siendo mía.

Irrumpo en mi casa y le doy un portazo en la cara. Ahogado desde el otro lado, escucho que dice —: Ay, venga, no seas así.

Me doy vuelta y me apoyo contra la puerta. Contengo las lágrimas. Siempre dicen que las cosas malas vienen de a tres y, efectivamente, tengo a Kon, Sorbonne y Morley compitiendo entre sí para ver quién puede hacer de mi vida un infierno más rápido.

Entonces, recuerdo que no estoy sola aquí, y que esta pequeña puerta endeble no mantendrá mis problemas fuera. No cuando uno de esos problemas ya está en la casa.

Me recompongo y camino hacia la cocina. En el fregadero hay dos platos vacíos con pequeñas manchas de mantequilla de maní y migas de pan. A través de la ventana, puedo ver a Max y Kon

lanzando una pelota de fútbol americano de un lado a otro. Sus bocas se mueven y Max se ríe, aunque no puedo oír nada.

Así que me quedo ahí y los observo. Es desconcertante cómo Max se ve tan *bien* a su lado. Las mismas peculiaridades en sus sonrisas torcidas, los mismos pechos altos y orgullosos.

Quizá Kon tenía razón.

Quizá lastimé a mi hijo al mantenerlos separados.

Como si fuera consciente de que lo observan, Kon se vuelve hacia mí. Nuestros ojos se cruzan y, por un segundo, parece que sabe exactamente en qué estoy pensando.

Con las mejillas ardiendo, me alejo de la ventana para ocuparme de fregar los platos y dejarlos secar en el escurridor. Saco una cucharada de mantequilla de maní para mí cuando me doy cuenta de que no comí en todo el día. Luego me dejo caer en un asiento junto al mostrador, cierro los ojos y lamo la cuchara. Dejo que la mantequilla de maní me calme mientras dure.

Ya casi terminé con mi momento de nirvana inspirado en la mantequilla de maní cuando se abre la puerta y Max entra corriendo a la cocina. Lo sigue Kon.

—Oye, Mamá, le mostraré a Kon mi habitación, ¿vale?

—Creo que Kon tiene que irse pronto, chiqui.

—No, dijo que estaba libre todo el día. ¿Verdad, Kon?

Kon nunca me quita los ojos de encima. —Así es.

Me siento tan derrotada ahora mismo que ni siquiera me importa que se quede. Me encojo de hombros y asiento. —Vale.

—Y le pedí a Kon que se quedara a cenar. ¿Está bien, Mamá?

Miro su carita ansiosa y no tengo valor para pensar en una excusa. En cinco días, se dará cuenta de lo endebles que son realmente los cimientos de nuestra vida. Así que, si puedo darle un poco de estabilidad antes de eso, solo una pequeña dosis de felicidad, se la debo.

Incluso hacerlo si me destroza.

—Claro, ¿por qué no?

—¡Genial! Gracias, Mamá.

Sale corriendo hacia su habitación. Kon permanece inmóvil un rato más, mirándome.

—Toma una foto. Durará más —espeto, plenamente consciente mientras lo digo de que quizá sea la frase menos original de la historia.

—Ya estás grabada en mi memoria, *kiska* —murmura—. No es necesaria una foto.

Luego se da vuelta y camina por el pasillo, como si cada palabra que sale de sus labios no fuera la cosa más devastadora que escuché en mi vida.

Me moría de hambre hace dos segundos, pero ahora ya no tengo apetito. Tiro la cuchara de

mantequilla de maní a medio comer al fregadero, luego dejo caer la cabeza entre las manos e intento respirar.

Me lleva más tiempo del que debería ponerme en funcionamiento. *Eres una mamá*, me recuerdo a mí misma con dureza. *Eres una modelo exitosa… bueno, algo exitosa. Trabajas… bueno, solías trabajar… con una organización benéfica que ayuda a tantas mujeres necesitadas. No eres un fracaso… bueno, no uno grande. Y por lo menos no estás de vuelta en casa.*

Ese último pensamiento es el único que realmente penetra en mi fiesta de autocompasión.

Suspiro y me pongo de pie. Me deslizo por el pasillo y me detengo frente a la puerta de la habitación de Max. Puedo oírlos ahí dentro, hablando de piratas y trenes. Juro que también puedo olerlos. El dulce y sudoroso aroma de niño pequeño de Max. La colonia de Kon, oscura y mentolada.

—Esta es una gran colección —retumba Kon—. ¿Cuántos tienes?

—Cuatro trenes —se jacta Max—. Y un juego de trenes que Mamá me compró la Navidad pasada. Realmente no podíamos costearlos, pero ella no quería que me sintiera triste por no tener una familia con la que pasar las navidades.

Me tapo la boca con la mano para que ninguno de los dos me escuche llorar. Cuando la primera lágrima se desliza en silencio por mi mejilla, dejo de escuchar a escondidas y me retiro a mi dormitorio.

Me cambio de ropa y me pongo mis mallas negras favoritas y una camiseta sin mangas. Las lágrimas siguen corriendo por mucho que intente detenerlas.

Pasa una hora. Quizás dos. Escucho el suave murmullo de Max y Kon hablando en su habitación. Cuando abro un ojo, veo que ya son casi las seis. Aunque pueda ser una madre fallida, necesito alimentar a mi hijo.

Y aparentemente también a su padre.

Me arrastro hacia la cocina y empiezo a calentar un poco de salsa para pasta. Incluso en un buen día, soy una cocinera mediocre. Pero, cuando no tengo la cabeza en eso, soy un desastre. Mi atención se sigue desplazando por la ventana hacia el árbol larguirucho de nuestro patio trasero. Hay un pájaro posado en el árbol, y siento que me deslizo en una fantasía en la que me salen alas y me alejo volando de toda esta mierda que me ahoga. Es lindo, sinceramente. Un pequeño sueño feliz. ¿Cómo podría alguno de mis problemas seguirme hasta el cielo? Imposible. Mientras dure, seré libre.

Entonces, por supuesto, la alarma de humo empieza a sonar y me doy cuenta de que la cocina huele a desayuno de perro. Corro hacia la estufa para ver qué está pasando.

La marinara burbujea con violencia y humea. Eructa trozos intermitentes. Uno me atrapa la parte posterior de la muñeca y me quema tanto que siseo de dolor. Dejo caer la cuchara de madera en la salsa, que suelta más trozos que también caen sobre mi piel desnuda y se queman. Enjuague y repita.

—¿Necesitas ayuda?

Jadeo y me doy vuelta para encontrar a Kon parado en la puerta de la cocina. Luce tranquilo como siempre, ilegible como siempre, imperturbable como siempre.

—Yo… tengo todo bajo control.

—No huele así. Déjame ver tu mano.

—Estoy bien.

—No era una pregunta, Iris.

Aprieto los dientes. —Te dije que estoy bien.

Kon pone los ojos en blanco, ya cansado de mi actitud. Sinceramente, yo también. —Vale. Que así sea. Si no me dejas cuidarte, entonces ve a cuidarte de ti misma y déjame encargarme de esto —señala el desastre a base de tomate detrás de mí.

—Tú… yo… ¿Qué?

—Tienes un niño creciendo ahí dentro. Necesita una comida de verdad. Comida real —apaga el fuego, luego se da vuelta y comienza a hurgar en el refrigerador. Saca ajo, hinojo, tomates, mantequilla y lo arroja todo sobre la encimera con una mano experta.

Me quedo ahí todo el tiempo en estado de shock. Ver a Kon moverse con destreza por mi cocina es como ver a un perro caminar sobre sus patas traseras. Me doy cuenta de que mi mandíbula literalmente se ha caído cuando él se ríe, se acerca y la cierra suavemente para mí.

—Así cazarás moscas —aconseja con una sutil sonrisa.

—¿Sabes cocinar? —digo, todavía estupefacta.

—Intento.

—Parece que haces mucho más que intentar —respondo mientras él corta hábilmente el hinojo y lo arroja a la olla con un movimiento suave—. ¿Quién te enseñó?

—Nadie. Me dejaban mucho solo cuando era niño. Me gustaba probar cosas nuevas. Esta era uno de ellas.

—No puedo notar si estás bromeando o no.

Él sonríe y siento que mi corazón hace ese pequeño y extraño movimiento que no experimenté en… bueno, una década.

Recuerdo que me quedé asombrada por sus antebrazos en aquel entonces, cuando no hacía nada más que sostener vasos de whisky en una estúpida fiesta en las colinas. Ahora, ver esos mismos antebrazos cortando, trozando, removiendo y sinceramente *cocinando*…

Algunas cosas deberían requerir más que una licencia para de portación.

Exhalo lentamente, intentando descubrir cómo controlar mi ardiente deseo por él. Decido que la única manera de frenar algo de este exceso de energía es poner la mayor distancia posible entre nosotros.

—Iré a ver a Max —anuncio.

—Él está bien —dice Kon—. No tienes que huir.

Pongo los puños en mis caderas. —No estoy huyendo.

—Ajá —dice—. Claro que no.

Es mi turno de poner los ojos en blanco. Me quedo quieta mientras él ralla parmesano y pecorino en la salsa. Luego, agrega una cucharada de crema espesa para que todo pase del rojo carmesí a un delicioso bronce picante.

—¿Cómo está tu muñeca? —pregunta sin levantar la vista.

Me olvidé por completo de mi piel quemada. Miro hacia abajo y veo la piel roja y arrugada. —Se curará —murmuro.

Suspira, apoya la cuchara en el borde de la olla y va a buscar en el congelador. Cuando se da vuelta, veo que tiene un trío de cubitos de hielo en el puño.

—Ven aquí —dice.

—Estoy bien aquí, gracias.

—Una vez más, no era una pregunta.

Cuando sigo sin moverme, exhala irritado, da un paso adelante y coge mi muñeca. Su rostro se frunce mientras presiona el hielo donde me quemó la salsa. Al principio siseo, pero, un momento después, el frescor se extiende por las zonas quemadas y el siseo se convierte en un suspiro satisfecho.

Nos quedamos así. Agarra mi muñeca con sus enormes manos hasta que el hielo comienza a derretirse. Un fino riachuelo de gotas se desliza entre los dedos de Kon y baja al suelo.

Es… sexy, de un modo extraño. Pero, más que eso, es reconfortante. Siento que una parte de mí que ha estado atada durante mucho, mucho tiempo comienza a relajarse. Solo un poquito.

—¿Mejor? —retumba en voz baja después de que pasaron uno o dos minutos. El único sonido es la salsa que burbujea felizmente detrás nuestro.

—Sí —asiento—. Gracias.

Él asiente brevemente, arroja los restos del hielo al fregadero y vuelve a su tarea.

Lo miro un rato más. —Realmente sabes cocinar —murmuro.

—Quizás quieras contener el aplauso hasta haberlo probado.

Aunque no tengo que esperar por eso. El olor a ajo en aceite de oliva roza lo orgásmico. Como si ya no estuviera lo suficientemente excitada por la presencia de Kon en mi casa.

Todavía luce absurdamente mal aquí, entre mis cosas.

Y también… absurdamente bien.

Max corre hacia la cocina. —¡Vaya! ¿Qué huele tan bien?

—Pasta —le digo—. Ve y lávate para la cena. Estamos a punto de sentarnos.

No se mueve del umbral. —¿Tú hiciste una cena que huele así?

Kon resopla de risa.

—Bueno, no —admito tímidamente—. Kon cocinó.

—Ah, claro. Eso lo explica. Kon puede hacer todo.

Agarro un trapo y se lo tiro a Max. —Sal de aquí, mocoso descarado.

Con una pequeña risita, salta al baño del pasillo que compartimos para lavarse. Evito la mirada de Kon y decido poner la mesa para la cena.

Pero puedo sentir sus ojos sobre mí todo el tiempo.

—¿Oíste eso? —bromea suavemente—. Puedo hacer todo.

—Si ser un gran dolor de cabeza es “todo”, entonces sí, diría que puedes.

Él simplemente se ríe de nuevo. —Llevará un tiempo quitar las manchas de salsa de tomate de la alfombra —me informa—. Quizá deberías tirarla cuando te mudes.

Mi cara se congela. Trago el nudo en mi garganta. —Escuchaste a Morley.

—Sí, lo escuché.

—Se suponía que debías estar con Max. ¿Cómo lograste escuchar a escondidas?

—Soy bastante bueno en multitareas cuando me lo propongo, princesa.

Giro y me ocupo agarrando cosas para poner la mesa así no ve las lágrimas de enojo que tachonan mis ojos.

—Encontraré otro lugar —resoplo, tratando de sonar muy casual—. No es gran cosa.

—No te creo.

Cuadro mi mandíbula y me giro para mirarlo intencionadamente. Solo Kon puede redirigir toda mi ira hacia él con unas pocas palabras simples.

—De hecho, esto no es de tu incumbencia —espeto—. El hecho de que hayas manipulado tu entrada a mi casa de alguna manera no te da derecho a involucrarte en mi vida.

—No es tu vida la que me preocupa —gruñe—. Es la de mi hijo.

KON

Maldita sea, ella es una gata infernal.

—Cuidé de Max durante nueve putos años —espeta Iris. Baja la voz y mira hacia la apertura de la cocina para asegurarse de que no ha regresado todavía—. Míralo. Es un niño increíble. Y es gracias a *mí*. Lo crie bien. Sola. *Yo* nos mantuve a flote durante tanto tiempo y seguiré haciendo exactamente eso. Así que no necesitas preocuparte por él. Él no te necesita. Ninguno de los dos.

Sacudo la cabeza. —¿Por qué insistes en hacerte las cosas más difíciles?

—No lo hago. Simplemente me gusta cuando las cosas son simples.

—Entonces, ¿que te echen de tu casa es "simple"?

Se encoge de hombros. —Max y yo siempre fuimos nómadas. Nunca vivimos en un lugar por más de un par de años.

—¿Le has preguntado a él cómo se siente al respecto?

Ella me mira entrecerrando los ojos. —Él es un niño resiliente.

—No respondiste mi pregunta.

Camina alrededor de la isla y se planta justo frente a mí. Sus ojos brillan como si se preparara para la batalla. No requeriría mucho esfuerzo de mi parte levantarla a la isla, abrirle las piernas y follarle esa pelea.

Antes de que pueda cumplir mi deseo cavernícola, Max regresa a la cocina chasqueando los labios. —Tengo tanta hambre.

—Perfecto momento, hombrecito —digo. Me vuelvo abruptamente hacia la estufa y dejo a Iris parada allí, tratando de controlar sus emociones.

Sirvo un poco de pasta en tres platos, y luego se los entrego a Iris y Max. —Vaya —suspira Max, mirando el plato—. Esto es como algo que encontrarías en un restaurante elegante.

Toma un tenedor y se mete un poco de pasta en la boca. Está caliente, pero no parece importarle. —Esto es tan delicioso. Pruébalo, Mamá.

Ella asiente con rigidez. —Estoy por hacerlo.

De mala gana, ensarta un poco de pasta en su tenedor y prueba un poco. Veo la guerra en su rostro mientras intenta contener lo mucho que la disfruta.

Sonrío. Esa lucha es más satisfactoria que mil mansos gracias. —Buen provecho —digo.

—Ahora puedo fingir que estamos en un restaurante —anuncia Max con una carcajada—. No vamos a uno desde hace tiempo.

Iris traga con esfuerzo. —No. Fuimos a Agassi hace poco, ¿recuerdas?

—¡Eso fue el año pasado! —argumenta. Luego se recupera y se sonroja como si hubiera hablado fuera de turno—. Pero está bien, Mamá. Entiendo. Siempre estás ocupada —él me mira—. Tengo una niñera. Sin embargo, Rinna ya no está aquí.

—¿Rinna? —pregunto.

—Mi niñera —dice Max—. Pero se fue de Los Ángeles, así que ahora no tengo una. ¡Oye! Quizás tú puedas ser mi niñera.

—¡Max! —dice Iris, resistiéndose a Max—. Eso es completamente inapropiado.

—¿Qué? —pregunta. Parece genuinamente confundido—. Kon dijo que no tiene trabajo.

—Estoy segura de que tiene un trabajo, Max.

—No, me dijo que incursiona en un poquito de esto y un poquito de aquello.

Ella me lanza una mirada que solo me hace reír. —Bueno —dice con cuidado—, igual no creo que tenga tiempo para algo así.

Me encojo de hombros. —Ay, no lo sé. Puedo mover algunas cosas.

—¿Ves, Mamá? Kon puede…

—Max —espeta. Se vuelve hacia él y le da una mirada severa—. Suficiente. Come tu cena.

El niño vuelve a su plato, pero está claramente decepcionado y ella lo sabe.

Después de unos minutos de incómodo silencio, ella me mira. —Esto realmente es delicioso. Gracias.

Asiento y no digo nada.

—¿Puedes mostrarme cómo cocinar esto? —chirría Max—. O, mejor aún, ¿podrías enseñarle a Mamá?

Iris finge indignación. —¿Estás diciendo que no soy buena cocinera, pequeño mocoso?

Él sonríe. —No, tú haces el mejor cereal. Siempre pones la cantidad justa de leche.

Habla muy en serio, pero no puedo evitar reírme. Iris hace una mueca por un segundo, antes de estallar también en una risa suave.

Max se une último, aunque estoy bastante seguro de que no tiene idea de qué se ríe. Y mientras lo hace siento que la tensión se desvanece de a poco. Estamos encontrando nuestro ritmo. Los

bordes duros entre nosotros se lijan hasta volverse algo suave, algo blando, algo real.

Iris comienza a hacerle preguntas a Max sobre la escuela y él le cuenta sobre su día. Más que nada me siento y escucho, interviniendo solo cuando uno de ellos mira en mi dirección. Pero prefiero observar en silencio. Es una ventana a un mundo del que nunca imaginé que sería parte.

Más concretamente, es un mundo que nunca *quise* imaginarme.

Pero, ahora que estoy aquí, parece encajar perfectamente.

—Hoy se me rompieron las zapatillas durante la clase de gimnasia —le informa a Iris mientras terminamos la cena y llevamos los platos a la cocina—. Sin embargo, creo que puedo cerrarlas con cinta adhesiva y seguir usándolas.

—No es necesario —dice Iris—. Te compraré un par nuevo.

Él frunce el ceño. —Son caros, Mamá.

Ella agita una mano con desdén. —No importa —dice—. Necesitas zapatos sin agujeros.

Pero no me pierdo el modo en que su mandíbula vibra por la tensión. Apenas se mantiene.

—Oye, Max —digo—. ¿Qué tal si le damos un descanso a tu mamá, y tú y yo preparamos un postre?

—¿En serio? —Se vuelve hacia Iris—. ¿Podemos, Mamá?

Ella le lanza una mirada severa de Mamá. —Vale. Pero tienes una hora antes de acostarte, y ni un minuto más, ¿entendido?

—¡Entendido!

Suspira, me lanza una última mirada inescrutable, y luego se desliza hacia la sala con una taza de té. Max y yo la miramos irse.

—Vale —digo cuando ella se va—. Esto es lo que haremos…

Durante los siguientes minutos, Max y yo preparamos una mousse de chocolate. Él es paciente y atento, aunque, al tener nueve años, me acribilla con un sinfín de preguntas.

Normalmente, ese sería el tipo de cosas que me irritarían muchísimo. Ahora soy el don. Nadie me hace una pregunta tras otra. Pero estoy encontrando paciencia en lugares que nunca supe que existían. En la sencillez de mostrarle a mi hijo cómo cocinar, cómo revolver, cómo subir y bajar una llama.

Cuando derrama algo en el suelo, palidece de inmediato y me mira con lágrimas de preocupación brotando de sus ojos. No porque le grite, y tengo la sensación de que tampoco es porque Iris le gritaría por esto.

Es por la culpa que carga. Sabe que su vida se mantiene unida con cinta adhesiva y oraciones. Sabe que su madre trabaja duro y se preocupa bastante por ambos, y él hace todo lo que puede para soportar parte del peso por ella.

—Lo… lo… lo siento —gime con la voz rota.

Me arrodillo y pongo mi mano sobre su hombro. —Mírame, Max.

Solloza y mantiene la barbilla apoyada en el pecho.

—Max, mírame.

Finalmente, alza su mirada hacia la mía. Le tiembla el labio inferior y sus ojos brillan con lágrimas no derramadas.

—¿Qué hacemos cuando nos equivocamos? —le pregunto en voz baja.

Se encoge de hombros como si no confiara en sí mismo para hablar sin sollozar.

—Lo limpiamos y seguimos adelante —digo con firmeza—. La vida es un desastre tras otro y no hay nada que tú, yo o cualquier otra persona en este planeta pueda hacer para cambiar eso. Así que, cuando ocurren problemas, como siempre sucederá, solo hay una cosa que hacer: limpiarlos. Y seguir adelante. Dime eso.

Traga y murmura una serie de palabras indistinguibles.

—Así no —corrijo—. Barbilla arriba. Pecho orgulloso. Dilo como un hombre.

Traga de nuevo y se endereza. —Lo limpiamos y seguimos adelante.

Le sonrío. —Buen chico. Ahora, ven… déjame ayudarte.

Hacemos un trabajo rápido con el desorden. Cuando Max me mira de nuevo, veo un nuevo fuego en sus ojos. Un orgullo que ya existía antes, pero que solo necesitaba un poco de estímulo.

No le dejo ver que me tiemblan las manos por razones que no puedo explicar.

—Gracias por invitarme a cenar, amiguito —digo cuando casi terminamos.

Max sonríe. —Me gusta tenerte cerca. Jake era amable, pero… —Se calla. Luce nervioso incluso al decir el nombre del hombre.

—¿Pero?

—O sea, en realidad era realmente genial —aclara Max apresuradamente, lo que solo me hace querer golpear más a ese cabrón—. Pero él era… disperso.

—¿Disperso?

—Simplemente aparecía de la nada —continúa Max—. Y al principio a Mamá no le importaba, pero luego empezó a enojarse. Creo que se preocupaba por mí.

Vaya. El niño es realmente inteligente.

—¿Por qué crees eso?

Se encoge de hombros. —No sé. Aunque estaba feliz de tener a Jake cerca. Al menos, al principio.

—¿Por qué fue eso?

—Bueno, por un tiempo, Mamá parecía menos… sola.

Lo miro de reojo. —Quizá a veces se sienta sola —digo—. Pero tiene suerte de tenerte.

Se sonroja de placer y trata de concentrarse en la limpieza para ocultarlo. Dejo que la conversación se desvanezca por un momento mientras servimos la mousse en tazas y enjuagamos el equipo de cocina.

Cuando todo está listo y guardado, me mira. —¿De verdad eres un viejo amigo de Mamá? —pregunta con cuidado.

Siento esa conexión que palpita entre nosotros. Ese sentimiento esquivo e intangible de saber cuándo una persona te pertenece de una manera que existe más allá de las palabras.

Me pregunto si él siente lo mismo.

—Algo como eso.

—Sin embargo, hay más en la historia, ¿no?

No le mentiré al niño. Merece la verdad y respeto por hacer las preguntas correctas. —Sí.

—¿Me lo dirás algún día?

Sonrío. —Lo prometo.

Es suficiente para él. Toma dos de los vasos de mousse, yo tomo el tercero y vamos a la sala de estar.

—¡Mira, Mamá! Hicimos postre.

Se levanta del sofá y se vuelve hacia nosotros con una sonrisa cansada. Casi la miro dos veces cuando veo que se puso un vestido lencero blanco con pequeños lazos en los hombros. Flota a su alrededor, etéreo y romántico. Su cabello hace lo mismo, negro y sedoso.

Todos comen su postre en relativo silencio. Max lo interrumpe de vez en cuando con algún comentario extraño, una broma, un murmullo satisfecho. Pero Iris se limita a sentarse con los pies en el sofá, comer su mousse y lanzar pequeñas miradas curiosas en mi dirección cuando cree que no presto atención.

Puedo sentir que la tensión entre nosotros crece cuanto más nos quedamos pegados a las esquinas del sofá. Quizá Max también lo siente, porque prácticamente inhala su postre.

—Ya terminé —anuncia—. Y estoy cansado. Así que me voy a la cama.

Iris frunce el ceño. —¿Te vas a acostar voluntariamente?

Asiente gravemente como un hombre diez veces mayor que él y se vuelve hacia mí. —Pero tú deberías sentirte libre de quedarte, Kon.

Luego se va. Pequeño bastardo descarado. Iris parece pensar lo mismo, porque mira con la mandíbula abierta fijamente la espalda de su hijo que se aleja.

—Supongo que me aprueba —arrastro las palabras cuando la puerta de su habitación se cierra.

—Entonces tuvo una impresión equivocada —dice, firme. Deja el vaso sobre la mesa como si esperara que el fuerte tintineo aclarara su opinión sobre mí—. No hay nada que aprobar.

—Claro —digo con una sonrisa interior—. Absolutamente nada.

IRIS

Está jugando conmigo.

Es un encantador de serpientes y yo soy la serpiente. No importa cuánto lo intente, parece que no puedo alejarme de su mirada hipnótica y de la media sonrisa torcida que juega en su rostro.

—Kon…

No sé por qué digo su nombre. Una vez que se me escapa, me siento obligada a terminar el pensamiento. Excepto que cada pensamiento en mi cabeza ha sido borrado de alguna manera.

Todas las reservas que me dieron vueltas en la cabeza durante la mayor parte del día se borraron en las últimas horas. Nos preparó la cena. Postre elaborado desde cero. Pasó tiempo con Max en su habitación como si lo estuviera haciendo desde que nació el niño.

Tienen una conexión; no hay duda de eso. Max siempre ha sido un niño educado, y se trata de algo más que solo la forma en que lo crie. Es simplemente bueno por naturaleza. Está en sus huesos, su esencia.

Se llevaba bien con Jake, pero fue él quien hizo el intento. Más de una vez, Jake se aburrió y simplemente se levantó y se fue en medio de uno de los juegos de Max. Fui yo quien tuvo que secar las lágrimas y asegurarle a mi hijo que sí, que a Jake realmente le agradaba, solo que a veces estaba ocupado y distraído.

Con Kon, el amor llega real y natural.

Me hace feliz.

Me da miedo.

Y también me hace sentir aún más esta conexión entre Kon y yo. El problema es que necesito que se detenga. Lo antes posible. O, si no, haré algo realmente estúpido.

—Yo… olvidé… necesito ver algo en mi habitación —murmuro, levantándome del sofá.

Kon arquea una ceja. —¿Qué clase de algo?

—Em… solo algo.

Es la peor excusa de la historia, pero realmente necesito cinco minutos para aclararme. No puedo

hacerlo en su presencia. No con sus hermosos ojos de diamantes taladrando los míos, viendo cosas en mí que me niego a ver en mí misma.

Corro por el pasillo. Acabo de pasar por la habitación de Max cuando se abre la puerta y asoma la cabeza.

—Pensé que te ibas a la cama, chiqui —le digo. Trato de parecer normal. Como sea que eso parezca.

—Estaba a punto de hacerlo —dice—. ¿Kon todavía está aquí?

—Ajá.

Frunce el ceño. —Mamá, deberías estar ahí afuera hablando con él.

Casi lanzo una risa enloquecida. ¿Cuándo se convirtió mi dulce bebé en este incipiente gurú de relaciones? ¿Este hombrecito que cree saber qué es lo mejor para el corazón de su madre?

Mejor pregunta: ¿cómo es que tiene tanta razón?

—Cariño —digo, miro hacia la sala de estar, donde está sentado Kon. Le hago un gesto para que regrese a su habitación, y luego lo sigo adentro y cierro la puerta detrás de mí.

—Escucha, Max, no estoy segura de lo que crees que pasa aquí, pero Kon y yo no estamos juntos ni nada por el estilo.

—Bueno, entonces… quizá deberías.

Respiro profundamente. —Max, eso no va a suceder.

—¿Por qué? —exige—. Le gustas. Y obviamente te gusta.

Es difícil tomarlo en serio con sus pantalones cortos de pijama de Spiderman y ese pecho desnudo de niño pequeño que muestra tanto orgullo.

Debe notar que contengo una risita, porque su ceño se intensifica. —Te das cuenta de que lo miras fijamente cuando él no mira, ¿verdad? Y cada vez que él ríe o sonríe, tú también sonríes, ¡pero es como si ni siquiera lo supieras!

La risa muere en mis labios. Estaba tan ocupada observando a Kon que no tuve en cuenta otro par de ojos que sobre mí todo el tiempo.

Lo máximo que puedo hacer es negar, negar y luego negar un poco más. De alguna manera, no veo que eso vaya bien.

—Nos conocimos una vez, hace mucho tiempo. Tuvimos… un momento —admito. Me estremezco por el modo en que todo esto sale a la luz—. Pero luego todo terminó y nunca más nos volvimos a ver.

—Hasta ahora.

—Claro, hasta ahora. Pero cariño, escucha, ese hombre ahí fuera es un barco que pasa…

—¿Él es un qué?

Paso una mano por mi cara. —Max, cariño, hay muchas cosas que no entiendes.

Su nariz se arruga. —A los adultos les encanta decirle eso a los niños. La mayoría de las veces no es cierto.

—En este caso sí lo es.

—Lo dudo —dice, resentido. Se aleja de mí, se mete en la cama y se tapa con las mantas.

Me sorprende lo alto que se ha vuelto, lo perspicaz e independiente que es. Quizás le debo el respeto de la verdad. Pero, una vez que sepa quién es Kon realmente, perderé todo el control.

No estoy segura de estar lista para el siguiente paso.

Me levanto. Suspiro con tristeza por todos los pequeños fragmentos de la vida de mi hijo que nunca recuperaré. Las noches arropándolo con las mantas. Horas de dormir y de bañarse riéndonos a carcajadas.

Voy a apagar las luces e irme, pero justo cuando mi dedo toca el interruptor, Max se mueve en la cama para mirarme.

—Sé que te sientes sola, Mami —susurra, con la voz medio ahogada por el sueño—. Y a veces… yo también.

El corazón tiembla en mi caja torácica. Hay un gran sentimiento dando vueltas dentro de mí y no tengo idea de cómo procesarlo en este momento.

Así que, en cambio, hago mismo de siempre.

Lo entierro.

—No es tu trabajo preocuparte por mí, Max. Tú eres el niño. Yo soy la mamá.

Él se encoge de hombros. —No me molesta preocuparme por ti.

Sonrío y me siento al borde de su cama. Para mi sorpresa, se acurruca contra mi regazo. Se me ocurre un pensamiento: ¿cuándo fue la última vez que lo cargué? Fue hace años, y me rompe un poco el corazón no poder recordar el momento exacto.

Porque hubo un solo punto en el que cargaba a Max, luego lo solté, y esa fue la última vez que lo levanté.

Reprimo las lágrimas que amenazan con derramarse una vez más esta noche, y me aparto para poder ver su rostro.

—No quiero que te sientas solo —le digo—. Arreglaremos eso, ¿vale?

Él asiente. —¿Qué hay de ti, Mamá?

—¿Cómo puedo sentirme sola cuando te tengo a ti? —beso la parte superior de su cabeza—. Buenas noches, Máximo un millón. Te amo.

—Buenas noches, Mamá —el frágil y tierno *Mami* de hace un momento ya no está. Suena como un niño pequeño otra vez, no como un bebé. *Mamá*. Tan brusco y serio.

Pero luego ese rostro se suaviza cuando el sueño se apodera de él, y durante al menos una noche más, puedo fingir que el tiempo no pasa tan rápido que ni siquiera pueda recuperar el aliento ante la tormenta.

Salgo y cierro la puerta, sintiéndome un poco descentrada. Esperaba unos momentos a solas para recuperarme. En cambio, dejé que mi hijo me destrozara. Vuelvo sigilosamente a la sala de estar, sintiéndome más perdida que nunca.

Kon está sentado en el mismo lugar en el borde del sofá, pero los platos de postre ya no están. Se da cuenta de que estoy mirando. —Los lavé —explica.

—Ah. Eh, gracias.

Ojalá no lo hubiera hecho. Necesito algo que hacer con mis manos, para mantener mi mente ocupada. Pero la casa está limpia, la cocina ordenada y no hay nada obvio que hacer. Así que me siento en el extremo opuesto del sofá y trato de no parecer tan incómoda.

—¿Está durmiendo?

—Lo estará pronto.

—Es un buen chico, Iris.

Miro hacia arriba y encuentro su mirada. —Sí… Más o menos lo es, ¿no?

Kon asiente. —Debes estar orgullosa.

—Él es la única cosa buena que hice en mi vida.

—Todavía hay tiempo para otra cosa buena.

Miro hacia abajo y juego con mis uñas durante un minuto silencioso e incómodo. —No estabas simplemente conduciendo, ¿verdad? —pregunto sin levantar los ojos—. Estabas esperando afuera de la escuela de Max.

—Sí.

Bueno, al menos no es un mentiroso.

—¿Cuál era el objetivo?

—Este era el objetivo —dice—. Quería conocer a mi hijo.

Más silencio. Más incomodidad. Más mordiscos en mis uñas.

—¿Cuánto tiempo tienes antes de tener que mudarte? —pregunta Kon en voz baja.

—No mucho —admito—. Fin de la semana.

—Tengo espacio.

Levanto mi mirada para ver la suya. —Absolutamente no. No podemos mudarnos contigo.

—¿Por qué no?

—Porque no es necesario. Encontraré otro lugar donde quedarme.

—Estás en Los Ángeles, Iris —señala—. Hay diez solicitantes para cada anuncio nuevo en el primer minuto en que se publica. No encontrarás nada al final de esta semana, y cualquier cosa que puedas conseguir te costará muy caro. Pero quedarse conmigo sería gratis.

—Está lejos de la escuela de Max.

—Si vas caminando, claro. Pero tendría un coche disponible para tu uso personal cuando lo necesites, incluso para dejarlo y recogerlo en la escuela.

Tartamudeo tontamente sobre mis propias dudas. —No. No. No…

—¿Por qué no? —se pone de pie, cerniéndose sobre mí como algo sacado de un sueño o de una pesadilla, no puedo decidir cuál—. Como dije, no puedes guardar este secreto para siempre. Tampoco deberías hacerlo. Yo soy su padre. Él tiene derecho a saberlo.

—¿Por qué siento que me están secuestrando toda mi vida? —respondo mientras me levanto de un salto—. En cuestión de días, perdí mi casa y mi autonomía. Ahora también estás intentando llevarte a mi hijo.

—*Nuestro* hijo —ladra—. Aún tienes tu libertad, Iris. No estoy tratando de controlarte.

—¿No es así como funciona la Bratva?

—No soy tu don —gruñe—. Soy el padre de tu hijo.

Me retiro alrededor de la mesa de café para que haya algún objeto tangible entre nosotros. No es que eso lo detuviera si decidiera venir tras mí. Rompería esta basura barata como si fueran cerillas.

—¿Hay siquiera una diferencia? —susurro.

—Estás siendo terca —dice Kon con desdén—. Y orgullosa.

—¡El orgullo es todo lo que me queda!

Parece que está a punto de sonreír, pero afortunadamente se controla. —Max merece más que esto. Merece una casa bonita y una escuela mejor…

—¡Estoy haciendo lo mejor que puedo, maldita sea! ¡No tienes idea de cómo es!

Sus ojos brillan peligrosamente. —Esto no es una crítica.

—¿No? —presiono—. Porque, si estoy siguiendo bien esta conversación, me acabas de decir que vivo en un agujero de mierda y que puse a Max en una escuela igualmente de mierda.

Kon sacude la cabeza, consternado. —¿Por qué insistes en hacer todo esto sola?

—Porque soy la única persona en la que puedo confiar.

—Ya no.

—Ah, ¿se supone que debo confiar en *ti*? —exclamo—. Se realista. ¡Ni siquiera te conozco!

Se detiene en seco y me mira fijamente. Su expresión es ilegible. Sus ojos están entrecerrados. Oscuros. Salvajes.

¿Cómo me hace sentir así? ¿Como si diera tumbos sobre un terreno inestable y él fuera el único que puede estabilizarme?

—No te conozco —repito en voz más baja—. Puede que hayamos tenido un bebé juntos, pero somos extraños. No te conozco. No sé nada de ti.

Él camina alrededor de la mesa de café y yo pierdo mi pequeña y lamentable protección. No era más que un escudo de papel, y me doy cuenta de lo insustancial que era en realidad cuando Kon se detiene a centímetros de mí. Su olor llega a mi nariz. Su tamaño llena mi visión de lado a lado.

—Eso es mentira —murmura—. Puedes fingir todo lo que quieras. Puedes levantar tus muros y justificar tus sentimientos. Pero no puedes engañarme, Iris. Tú me conoces. Me *conoces*.

Sacudo la cabeza y me hundo obstinadamente en el barco de mi negación. —No sé nada. No soy especial para ti. Seamos realistas… yo era solo otro nombre en tu lista. Una conquista de la que alardeaste ante tus amigos y luego olvidaste rápidamente.

Me mira con frialdad, todavía inescrutable. Empiezo a sentirme frustrada por lo mucho que mantiene oculto.

—¿Qué hubieras querido que hiciera? —pregunta en voz baja—. Ese día que nos conocimos. ¿Qué querías de mí?

—Yo… no voy a responder esa pregunta.

—¿Por qué? —pregunta—. ¿No quieres delatarte?

Entrecierro los ojos hacia él. —¿Sabes qué? Creo que deberías irte ahora.

—Claro, puedo irme —ofrece—. No te hará sentir mejor.

—¿Cómo lo sabrías? —chasqueo.

—Porque te conozco, Iris. Quizás no quieras admitirlo, pero eso no lo hace menos cierto.

Él extiende la mano y, aunque creo que va a agarrarme del brazo y sacudirme como a un muñeco de trapo como lo hizo David cuando nos conocimos, no hace nada por el estilo. En cambio, entrelaza sus dedos tiernamente con los míos.

—No dejes que tu orgullo se interponga en lo que es bueno para ese niño. Se merece la oportunidad de conocerme. Y yo merezco la oportunidad de conocerlo.

Sacudo la cabeza, incapaz de articular correctamente mi sensación de miedo. Pero debe poder verlo, olerlo, saborearlo en mí, porque aprieta mi mano lo suficiente para tranquilizarme.

—No lo perderás —añade Kon.

De hecho, siento el escalofrío recorriendo mi columna. Una vértebra a la vez.

—¿Cómo puedes estar seguro? —digo.

—Porque él te ama. Y nunca te abandonará. Pero si no eres honesta conmigo ahora, le estás dando una razón para hacerlo.

Hago una mueca como si me hubiera abofeteado. Su mano libre sube debajo de mi barbilla. También es suave, más suave de lo que pensé que podría ser. Lo empuja hacia arriba hasta que, de mala gana, encuentro sus ojos.

Es vergonzoso y humillante lo rápido que me derrito. Si me besa ahora, no me resistiré. No pelearé con él.

Necesito este beso como si lo hubiera necesitado toda mi vida.

Sus labios se abren.

Se inclina hacia adelante.

Y luego…

Suena su teléfono.

Parece tan molesto como yo cuando saca su teléfono y mira la pantalla. —Joder —sisea.

—¿Qué pasa?

—Negocios —dice brevemente—. Me tengo que ir.

Me mira, sostiene mi mirada por un momento, pero no me ofrece más explicaciones. —Piensa en lo que dije —instruye—. Estaré en contacto.

Luego se marcha.

Y yo me quedo, preguntándome si estoy repitiendo viejos errores otra vez.

KON

Me siento en el coche y miro la silueta de Iris detrás de las cortinas. No se me escapa la ironía de estar marcando el número de otra mujer mientras lo hago. Su vestido fluye detrás de ella, adoptando los contornos de su cuerpo cuando gira rápidamente. Está paseando. Me pregunto si sabe que estoy mirando.

—¿Hola? —contesta una voz en el teléfono.

—Anika —digo—. ¿Llamaste?

—¿Te pillo en un mal momento? —dice con esa voz risueña de colegiala suya.

—Podrías decirlo —sale más duro de lo que pretendía.

—Ah, yo… lo siento.

—¿Qué necesitas?

—Yo solo… quería invitarte a cenar.

Iris apaga las luces de la sala y desaparece. Me lleva un minuto procesar lo que acaba de decir Anika.

—¿Cenar?

—Sí, cenar. Quiero llegar a… conocerte. Digo, mejor.

Cierro los ojos y exhalo. —¿Dónde quieres que nos encontremos?

—Ah, em, ¿qué tal en Chávez? —pregunta—. ¿A menos que prefieras ir a otro lugar…?

—No —digo, tratando de recomponerme. Mi enojo con Anika es injustificado. Ella es un peón en este matrimonio ridículo, tanto como yo—. Chávez está bien. Te enviaré un coche.

Inmediatamente, su tono se ilumina. —Qué amable. Muchas gracias, Kon. Te veo pronto.

Cuelgo y marco el número de Yefim. Contesta de inmediato. —¿Dónde carajo has estado todo el día?

—Afuera.

—Ah, ¿te refieres con Iris y Max?

—Necesito que vayas a recoger a Anika.

—¿Vas a presentarle a tu futura esposa a tu futura amante?

Mi silencio es exactamente tan violento como pretendo que sea.

—Dios —murmura Yefim después de que pasa un momento—. Solo estaba bromeando.

—Se supone que los chistes son graciosos —gruño—. No llamé para bromas tontas. Solo recoge a Anika o delega a alguien más para que lo haga. Nos reuniremos para cenar en Chávez.

—Ah, he querido probar ese lugar. Tendrás que contarme cómo es. Escuché que los tacos de barbacoa son buenísimos.

Respondo a eso colgándole. Luego empiezo a conducir hacia el restaurante. Me obligo a mantener la vista en la carretera hasta que doblo la esquina para no mirar la casa de Iris por el espejo retrovisor mientras desaparece.

Llego a las nueve y cinco. Le tiro las llaves al valet y me dirijo al restaurante.

Tiene esa vibra boho chic que a la gente le encanta creer que los hace parecer librepensadores. Muchas luces de linterna y paredes de plantas vivas. Letreros de neón que dicen el tipo de mierda que las chicas de quince años pondrían como título de Instagram.

La anfitriona me mira con una brillante sonrisa plasmada en su rostro demasiado maquillado. —Buenas noches, señor. ¿Cómo puedo ayudarlo?

—Me reuniré con alguien esta noche. La Srta. Anika Kuzmin.

Ella revisa la tableta que descansa sobre el mostrador. —Sí, tengo la reserva aquí mismo. La Srta. Kuzmin aún no ha llegado, pero estaré encantada de acompañarlo a su mesa.

—Después de ti.

Me lleva al restaurante principal. Las sillas son de lino blanco acolchado, las mesas de mimbre de bambú pálido. Detrás de donde me sienta, brilla un acuario empotrado en la pared.

—Aquí tiene, señor.

Me dejo caer en un asiento y hago mi rutina normal: cuento las personas en la habitación, identifico las salidas, anoto las ventanas y las distancias. Es rutinario, automático. Me lo inculcaron desde que era niño.

Siempre preparado.

Siempre en guardia.

Pero es difícil concentrarme en ese tipo de mierda cuando mi mente todavía da vueltas con pensamientos sobre Iris. Lo cerca que estaban sus labios de los míos, lo dulce que olía, la incertidumbre y la esperanza derritiéndose, reformándose y derritiéndose juntas, una y otra vez.

Ella quería lo que estaba por venir, igual que yo.

Ella sabía que era una mala idea, al igual que yo.

Pasan diez minutos antes de que aparezca Anika. La noto entrar al restaurante a través del tabique de celosía de filigrana que separa el restaurante principal del vestíbulo.

Está vestida de punta en blanco, con un minivestido rojo ceñido y sin tirantes. Tacones negros altos. Joyas de diamantes relucientes. El cabello rubio cae sobre sus hombros en ondas estilizadas, y su maquillaje tiene vibraciones oscuras de dominatriz en contraste directo con sus delicados rasgos.

Se está esforzando muchísimo.

Se ve bien, sí, pero grita esfuerzo. *Mírame. Mira lo hermosa que soy. Mira cuánto crecí.*

No puedo encontrar la fuerza para dejar que mi mirada se detenga.

Me levanto mientras ella se acerca. Cuando se inclina, le doy un pequeño y reacio beso en la mejilla.

—Es un placer verte, Kon —dice en un susurro ronco, demasiado practicado para ser real.

—Igualmente —gruño.

Nos sentamos. La camarera aparece casi al instante, así que por el momento estoy a salvo de una charla trivial. Pido una botella de vino para compartir. La camarera nos ofrece menús, pero los rechazo con la mano.

—Pediré los ñoquis con ragú de cordero.

—Por supuesto, señor. ¿Y para usted, señora?

—La ensalada de mariscos tiene buena pinta —dice Anika. Me mira a través de sus pestañas—. Pero también los tacos de barbacoa… Em, ¿con qué mariscos viene esa ensalada?

—Langostino tigre, sepia y atún.

—¿Y el aderezo?

—Un aderezo de salsa blanca.

—¿Tiene huevos?

Jesucristo.

—Sí, señora, está hecho a base de alioli.

—¿Podrías dejar el aderezo a un lado? —pregunta.

—Por supuesto, señora. ¿Eso es todo?

—¿Cómo se preparan los langostinos?

La ignoro antes de arrancarme los ojos. Se necesitan otras diez rondas de preguntas y respuestas, pero finalmente Anika toma una decisión y la camarera se marcha.

Cuando se va, Anika me mira con las pestañas aleteando. —Te ves tan guapo —susurra.

Sería un gilipollas si no le devolviera el cumplido de alguna manera, así que lo hago, aunque las palabras saben a mentira cuando salen de mis labios. —Y tú te ves muy bonita.

Se sonroja como si fuera lo más dulce que le hayan dicho jamás. —Gracias.

Un sumiller trae el vino y nos sirve una copa a cada uno. Le doy un sorbo, con los pensamientos en otra parte, mientras Anika se sienta allí, luciendo incómoda, bonita e inútil.

—Bueno, lamento la invitación de último momento —dice nerviosamente—. Simplemente tuve que armarme de coraje.

—¿Tu padre sabe sobre esto?

Ella se eriza. —No le pido permiso para todo.

—¿Es así? —pregunto. Me gusta un poco más por eso.

Ella asiente. —Tengo un tatuaje en la cadera. Me lo hice la misma semana en que me prohibió jamás tener uno —toma un sorbo de vino y mira alrededor del restaurante—. ¿Qué te parece el lugar?

—No podría importarme menos.

Las mejillas de Anika se enrojecen mientras toma otro sorbo para ocultarlo. Para ser justo con ella, no le estoy dando mucho con qué trabajar. Para ser justo conmigo, nunca pedí nada de esta mierda para empezar.

—Quería conocerte un poco antes de casarnos —espeta abruptamente.

—Ya dijiste eso.

—Cierto. Es solo que… Papá me está presionando… a los dos… a fijar una fecha.

—Eso se siente como apresurar las cosas.

Ella frunce el ceño. —Teniendo en cuenta que llevamos comprometidos aproximadamente una década, yo no lo diría así.

—No es un compromiso —gruño antes de poder detenerme. La copa de vino se siente repentinamente frágil en mis manos.

—Ah. ¿Entonces qué es? —dice tentativamente.

—Un… acuerdo.

Se muerde el labio inferior. Una acción que siempre me ha parecido extremadamente sexy. Iris hace exactamente lo mismo cuando piensa, y eso nunca deja de ponerme la polla dura.

Pero en Anika no me genera nada.

—¿Un acuerdo? —dice—. Haces que parezca un trato de negocios.

—¿No lo es?

Sus ojos se agrandan. Me encuentro cada vez menos paciente. —Bueno, quiero decir, sí, en el

sentido de que nuestros padres lo arreglaron para nosotros. Pero…

—¿Pero?

Ella tropieza con sus palabras y no termina su pensamiento. Elijo ese momento para comprobar la hora en mi reloj. Su rostro cae, y es casi suficiente para exprimir una punzada de simpatía de mi corazón ennegrecido.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Anika?

—Por supuesto.

—¿Qué quieres hacer con tu vida?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ¿cuáles son tus metas, tus sueños? ¿Cuál es tu visión de un futuro perfecto?

Sopesa la pregunta por un momento. —Solo quiero que mi padre… y tú… estén orgullosos. Quiero ser la mejor esposa Bratva. Quiero criar a tus hijos y asegurarme de…

—No —la interrumpo—. Sácame de la ecuación. Imagina que no sabes que existo. Digamos que este acuerdo fue solo un mal sueño. ¿Qué querrías entonces para tu vida?

—Ah —reflexiona. La respeto por considerar la pregunta de verdad, incluso si llega diez años tarde—. Yo… honestamente no sé. Siempre supe cómo sería mi vida, así que nunca tuve que imaginarla. Supongo que lo que quiero es… lo que siempre esperé es… matrimonio e hijos.

—¿Con quién? —pregunto.

—¿Si tú no estuvieras en escena?

Asiento. —Sí.

—Bueno, supongo que habría conocido a alguien y me habría enamorado, y…

—¿Por qué renunciar a eso? —pregunto, inclinándome hacia delante para plantar los codos sobre la mesa.

Ella se detiene en seco con una expresión perpleja en su rostro. —No entiendo.

—Estás renunciando a muchísimo para satisfacer la visión de tu padre sobre tu futuro, en lugar de la tuya propia.

Se recuesta en su silla, con el ceño fruncido, la mente contorsionándose de una manera que nunca pensó que tendría que hacer.

—Kon, ¿no quieres casarte?

—No soy del tipo que se casa —le digo directamente—. Nunca lo fui. Todo esto fue idea de mi padre. No mía.

Su labio inferior realmente tiembla, pero logra levantarlo rápidamente. —Ah. Ya veo.

—No es personal, Anika.

—No, claro que no. Yo lo sé.

No le creo ni por un segundo. Si no estuviéramos sentados en un restaurante lleno de gente, estoy bastante seguro de que a estas alturas ya estaría sollozando histéricamente.

Pero, al igual que yo, ella ha sido entrenada. Así como yo cuento las salidas, ella cuenta el número de ojos que nos miran. Sabe lo que significa ver y ser vista, ser un trofeo, un ícono, una muñeca cuyos hilos son jalados por hombres poderosos en las sombras.

Es casi suficiente para hacerme sentir un poco de simpatía por ella.

—Solo estoy siendo honesto contigo.

Ella asiente. —Y lo aprecio.

—Nuestros padres no pensaron en lo que queríamos cuando hicieron este pequeño trato. Pero ahora soy el don, y quiero asegurarme de que no te obliguen a llevar una vida que realmente no deseas.

Le estoy dando lo suficiente como para permitirle salir de esta broma de compromiso… de *acuerdo*… con su orgullo intacto. Pero puedo notar en sus labios apretados que no aceptará.

—A mi… no me obligan a hacer nada, Kon —dice en voz baja—. Esto es lo que quiero.

—Esto no es… Joder, esto no es *normal* —gruño mientras la frustración se apodera de mí.

—Pero no somos normales, Kon —responde—. ¿Verdad? Somos Bratva.

Mi cabeza late con fuerza por una migraña inminente. En mi opinión, no hay nada remotamente Bratva en esta niña dócil y asustada, aparte de su apellido. Cuando se trata de las cosas que importan… valor, agallas, coraje, independencia… Iris es quien tiene todas esas cualidades a raudales.

Ser Bratva no se trata de la sangre en tus venas, o del nombre en tu licencia.

Ser Bratva se trata de quién eres más allá de todo eso. Se trata del tinte de tu alma.

—Anika, quiero que me hagas un favor.

—Lo que sea, Kon.

—Tómate un tiempo —le digo—. Piensa en lo que quieres. Piensa en lo que *realmente* quieres. No lo que se espera que quieras, y ciertamente no lo que te dicen que quieras.

Al principio, parece alarmada, y luego me dedica una sonrisa suave, casi tierna. —Gracias, Kon —murmura—. Nunca esperé que fueras el tipo de hombre que consideraría tanto mis sentimientos.

No estoy seguro de que mi plan esté funcionando como esperaba. Se supone que debe estar considerando otras opciones aparte de mí, no caer más profundamente encaprichada conmigo.

Maldita sea.

La comida llega un minuto después. Observo sin hambre cómo Anika mueve su ensalada. Es la

mejor comida de la ciudad, la mejor comida que se puede comprar con dinero. Pero come con delicadeza, en pequeños bocados delicados que me hacen preguntarme si puede saborear algo.

Y lo único que puedo pensar es en una diablesa de ojos verdes, lamiendo mantequilla de maní de una cuchara, como si fuera su última comida en la tierra.

IRIS

—¿Señorita?

Miro hacia arriba y me doy cuenta de que el cajero me está mirando directamente. Es un tipo larguirucho con el cabello puntiagudo, teñido de rojo intenso y cubierto de demasiado gel.

—¿Ah?

—Señorita, usted es la siguiente.

—Ah, disculpa —murmuro mientras me acerco y coloco mi canasta en el mostrador—. Lo siento, me quedé distraída por un segundo.

—¿Qué estabas pensando? —pregunta con una sonrisa lasciva que conozco muy bien. Una de la que tampoco quiero formar parte en este momento.

—Nada interesante.

Él registra el contenido de mi canasta. Barras de granola, vaselina, pasta de dientes, tiritas.

—¿Eres modelo o una actriz o algo así?

—Es Los Ángeles. ¿No son todos actrices o modelos o algo así?

No sonríe ante mi chiste tonto. Simplemente me mira con una expresión entrecerrada mientras intenta ubicar dónde me vio antes. Luego sus ojos se agrandan… y mi corazón se hunde.

¿Por qué entre todos los días tiene que ser *hoy*?

—Maldita sea… ¡No puede ser!

—Lo siento, odio ser grosera —digo tan cortésmente como puedo—, pero tengo un lugar donde estar.

Él ignora mis protestas por completo. —¡Lo sabía! —dice de nuevo—. Eres la chica del vídeo musical de Jake Nox. *Mi Chica*.

Me sonrojo y sacudo la cabeza, sabiendo incluso mientras lo digo que nunca se tragará esta mentira. —No, no lo soy. Simplemente me parezco a ella.

Sacude la cabeza y me pone un dedo gordo en la cara. —Vi ese video la semana pasada.

Definitivamente eres tú.

—Sí, vale, soy yo. ¿Podrías atenderme mis compras, por favor?

—¿Quieres salir conmigo algún día, bebé?

Pongo los ojos en blanco. Los hombres nunca paran. Estoy al borde de una fusión a nivel nuclear mientras la vida me arrastra en mil direcciones diferentes a la vez, pero este niño que se cree un Backstreet Boy pelirrojo cree que lanzarme frases cursis para ligar me hará desmayarme.

No. No en ningún día, pero no hoy en particular.

—Atiende mis malditas compras, gilipollas —espeto.

Su rostro cae. Él mira hacia abajo, refunfuñando en voz baja mientras pasa mis cosas por el escáner y las mete en la bolsa de plástico.

—Treinta y siete con veinte —gruñe.

Reviso mi cambio y me doy cuenta de que me queda un poco menos de diez dólares en mi billetera una vez que haya pagado todo. Joder.

—Oye, entonces… ¿qué dices?

Miro hacia arriba. —¿Qué?

—¿Puedo tener tu número?

—¿Puedes solo darme mi cambio, por favor?

Me da mi cambio de mala gana. Lo recojo junto con mi bolso y salgo corriendo de la tienda.

—¡Sabes, no tienes que ser tan perra! —me grita el cajero.

Otro día, no pestañearía. Que me llamen perra no es algo por lo que pierda el tiempo sintiéndome mal, especialmente porque normalmente lo olvido cuando salgo afuera.

Pero algo acerca de hoy me hace cambiar por completo. Tal vez sea el calor, tal vez sean mis finanzas en ruinas, tal vez sea el hecho de que no he visto ni oído nada de Kon en más de veinticuatro horas y eso se siente como toda una vida.

Respiro profundamente. *Tranquilízate, chica.*

Luego, camino hasta el cajero automático más cercano que puedo encontrar y retiro cien dólares. Cuando lo hago, reviso mi saldo bancario y veo que solo me quedan mil dólares.

—Ay, Dios —respiro antes de que la pantalla vuelva a la página de inicio.

Empiezo a caminar hacia la oficina de Liza. Habría tomado un taxi, pero eso me costará al menos otros diez dólares, y decido que la caminata de veinticinco minutos vale la pena.

Sin embargo, cuando llego, estoy sudando, huelo mal y lamento amargamente mi decisión de caminar. La asistente de Liza está sentada en la recepción de acero inoxidable. Sobre su hombro está la puerta de la oficina de Liza. Es vidrio esmerilado como de un detective de los años 50. Siluetas se mueven detrás de él.

—Hola, Iris —dice Brianna, mirándome con sus ojos aburridos y su expresión igualmente aburrida—. Liza estará contigo en un momento.

—Vale, gracias.

La puerta se abre casi de inmediato y Liza asoma la cabeza. —Ah, Iris, estás aquí. Pasa.

Entro a la oficina y cierro la puerta detrás de mí. La oficina de Liza es uno de los sitios más deprimentes en los que estuve. No tendría espacio para tumbarme en el suelo si quisiera, y la única luz entra por una ventana encajada justo en la esquina donde la pared se encuentra con el techo.

—Siéntate —Liza señala la desvencijada silla plegable de metal frente a su escritorio.

—¿Tienes un trabajo para mí? —pregunto esperanzada.

—De eso es de lo que quería hablarte.

Ya sé que esto no será bueno. —¿Vale?

—Recibí otra llamada.

Levanto una ceja. —¿De…?

—Creo que sabes de quién, Iris.

—Sorbonne —mi corazón cae en picado—. Liza…

—Antes de decir que no, escucha. No te quedan opciones, Iris. Si le dices que no a Sorbonne a estas alturas, le dices adiós a tu carrera. Él tiene ese poder y no tiene miedo de usarlo.

Es difícil de hacer, pero lo hago de todos modos. —Sigue siendo un no, Liza.

—¡Dios mío! —alza las manos—. Pensé que por una vez en tu vida serías razonable…

—Lo lamento…

Ella levanta una uña cuidada y me quedo en silencio. —Vale, bien. Es tu tumba, aunque a mí también me estás matando, solo para que conste. Aquí está nuestra última opción.

—¿Pensé que habías dicho que no tenía más opciones?

—Silencio. Escucha. No interrumpas hasta que termine —junta los dedos y suspira—. Jake te quiere para otro de sus vídeos musicales. *Campo de Batalla* se llama. Está pensando que será como un tipo de secuela de *Mi Chica*. Así que tiene sentido que quiera ponerte en el segundo…

—Absolutamente no.

Ella aprieta la mandíbula. —Realmente vas a decir que no a esto.

—Mil veces.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repito con incredulidad—. Él es mi exnovio, Liza. Me engañó… dos veces. Y

todavía alberga una especie de esperanza delirante de que podamos volver a estar juntos.

—¡Entonces vuelve con él! —grita—. No tienes que acostarte con él si no quieres. Solo sé amable con las cámaras. Haz las paces. A los tabloides les encanta esa mierda.

—Liza…

—Necesitamos que tu nombre vuelva a salir a la luz, Iris. Y ahora mismo se está hundiendo en el pozo negro donde mueren las estrellas.

Pero ya estoy negando con la cabeza. —Lo siento, no. No estoy dispuesta a volver a trabajar con Jake.

En lugar de gritarme, Liza simplemente se sienta allí, con ambos codos sobre la mesa y los dedos entrelazados.

—Tienes valor, cariño —dice—. Admiro eso de ti tanto como lo odio.

—Gracias.

—No me agradezcas todavía —dice—. No te gustará lo que diga a continuación. Creo que llegamos al final del camino, tú y yo.

Lo esperaba desde hace algún tiempo, pero aun así es una decepción. Un golpe más encima de demasiados para contarlos.

Exhalo silenciosamente. —Vale.

—Lo siento —dice Liza. Hay que reconocer que parece que lo dice en serio—. Pero no puedo contratar a una modelo sin interés en modelar. Tienes la apariencia, cariño. Fuiste tocada por los ángeles. Pero se necesita más que una cara bonita para triunfar en este negocio. Tienes que quererlo de verdad.

Asiento con tristeza. —Lo sé. Lo sé.

—Caerás parada.

Me encojo de hombros con indiferencia. —Siempre lo hago.

Ella suspira y luego se levanta, indicándome que es hora de irme. Me levanto y le ofrezco mi mano. —Fue agradable trabajar contigo, Liza.

—Podrías haber sido algo grandioso, cariño.

—Aún hay tiempo.

Estoy a mitad de camino cuando ella me llama. —¿Iris?

—¿Sí?

—Ese tío a cuya casa fuimos, Konstantin, algo así…

—¿Qué hay de él?

—Revisé un poco —dice—. No estoy segura de que quieras involucrarte con este tío. Está

metido en algunas cosas bastante turbias. La palabra “mafia” aparece bastante.

Si Kon estuviera aquí, la corregiría. *Mafia no. Bratva*. Estoy casi a punto de hacerlo yo misma antes de cerrar mis labios.

—Entendido.

—¿Cuáles eran los nombres otra vez…? Ay, mi memoria se ha vuelto mierda con la edad, lo juro… Ah, así es. Konstantin Aminoff. Y está muy involucrado con otra familia. Los Kuzman o Kuzmin. Fuertes lazos con tu niño.

—Él no es mío —digo rápidamente.

Y definitivamente tampoco es un niño.

Liza me ofrece una sonrisa de complicidad. —Escúchame, cariño. Algunos hombres son tan bellos que parece que vale la pena dejarlos beber tu sangre. Hasta podría sentirse bien cuando lo hagan. Pero después estás ahí, tirada, agotada y sin vida. Créeme.

Hago una mueca y me estremezco. —Gracias por la imagen.

—Me gusta pintar un cuadro. Demándame —Liza camina y me abre la puerta—. Buena suerte, Iris. La necesitarás.

Le doy un último saludo y salgo de la oficina de Liza Cartwright por última vez. No soy una persona demasiado sentimental, pero siento una pequeña punzada de tristeza cuando dejo atrás otro pedazo de mis cimientos.

Tengo una hora antes de tener que recoger a Max de la escuela, así que camino lentamente y como una barra de granola en el camino.

No solo tengo que encontrarnos un nuevo piso para ayer, también tengo que encontrar un trabajo, empacar nuestras cosas y comprarle a Max un nuevo par de zapatillas y, y, y… La lista sigue. El problema es que ahora solo puedo costear una de esas cosas.

Termino sentada afuera de la escuela de Max con cuarenta y tres minutos libres, revisando listados de pisos en mi teléfono mientras espero. Veo estudios infestados de ratas, habitaciones compartidas con viejos espeluznantes, mazmorras en sótanos y “seis meses de alquiler por adelantado” y “se requiere prueba de ingresos”.

No, no y no.

En otras palabras, Max y yo estamos a un pelo de quedarnos sin hogar.

Todavía tengo el número de Kon doblado y guardado en mi bolso. Arde allí como si literalmente estuviera en llamas. Simplemente no sé si llegué al nivel adecuado de desesperación para usarlo.

Suspiro. Dejo caer mi teléfono en mi regazo y dejo que mis ojos vaguen. La pared junto a las puertas principales de la escuela está cubierta de grafitis y carteles. Uno me llama la atención.

Max me entregó una copia idéntica hace unas semanas, anunciando la Feria de Ciencias de la Escuela Primaria. Arrugo la frente. No he oído nada más al respecto desde que me dijo por primera vez que estaba por llegar.

Eso es extraño. Por lo general, es bueno manteniéndome informada. Pero últimamente siento que se contiene. Quizás eso es lo que hace que una persona envejezca… guardar secretos, ocultar cicatrices.

Dios sabe que me hizo crecer mucho antes de tener que hacerlo.

Escucho el sonido de pasos y miro hacia arriba para ver un increíble tejido de cabello blanco, y un vestido bohemio tan colorido como un arcoíris.

—Hola —digo, sin pensarlo. Podría estar tan desesperada por una conexión humana.

La mujer se detiene en seco, como si estuviera sorprendida de que le haya hablado. —Hola —dice, con incertidumbre al principio. Luego, sonríe—. Eres la mamá de Max, ¿no?

Asiento con la cabeza. —¿Y tú eres la mamá de Sam?

—Así es. Parece que somos las madrugadoras —ella se mueve debajo del árbol a mi lado—. Soy Lynette.

—Iris.

—Encantada de conocerte, Iris. Sammy habla mucho sobre Max.

—¡Igual! Estaba pensando que quizá podríamos organizar una cita para jugar juntos o algo así. ¿Llevarlos al acuario o al museo de ciencias?

—Es una gran idea —dice Lynette alegremente—. Déjame darte mi número.

Intercambiamos números y me maravilla lo fluida que va toda esta interacción. Pero, una vez que guardo su número, siento que mi incomodidad social comienza a aparecer.

—Pensarás que soy una completa idiota por esto —dice, un poco ansiosa—, pero vi el video de *Mi Chica*.

—Ah —digo, sin estar segura de cómo responder a eso—. Vale.

—Estuviste increíble. Reina total de la pantalla.

—El director fue bueno —murmuro—. Em, ¿puedo hacerte una pregunta rara?

Lynette sonríe con picardía. —Ese es mi tipo favorito.

—¿Crees que es por eso que la gente, como… se aleja de mí cuando estoy aquí? —pregunto.

Ella levanta las cejas. —No, no creo que sea por eso.

—Ah. Entiendo.

Lynette duda, y luego agrega—: Si soy completamente honesta…

—Por favor.

—Bueno, hasta ahora, simplemente no parecías tan accesible.

Duele, pero es el aguijón de algo verdadero. No hago contacto visual, no saludo, no digo hola ni

cómo estás. Me siento aquí sola, esperando que nadie intente iniciar una conversación, porque, si lo hacen, temo que verán lo destrozada que estoy en realidad.

—Gracias por saludarme hoy —dice mientras me escudriña con sus encantadores ojos verdes.

—Lamento no haberlo hecho antes.

Ella rechaza la disculpa. —Mejor tarde que nunca. Y, de todos modos, sabía que eras genial. Tenía un buen presentimiento acerca de ti.

—¿Por el vídeo musical?

—No —parece sorprendida de que siquiera lo sugiera—. Por Max. Sam siempre me dice que es un campeón para todos los demás.

Arrugo la frente. —¿Qué quieres decir?

—Bueno, si ve que alguien está siendo intimidado o molestado, Max siempre es el primero en enfrentarse a los agresores. Incluso si son unos años mayores —ella debe ver mi expresión en blanco, porque pregunta—: ¿No lo sabías?

—Él, eh… supongo que no me lo dijo.

Lynette sonríe, tan cálida y amigable que quiero acurrucarme en sus brazos y llorar como un bebé. —Probablemente es tan modesto como su mami.

Sacudo la cabeza. —Él es mejor que yo. En todos los sentidos.

—Siempre pensamos eso de nuestros hijos. Tengo una hija de trece años. Es igual que yo, excepto que es mejor, más brillante y más divertida —ella apoya una mano en mi hombro—. Max es un buen chico, Iris. Se necesita mucho para que un niño de nueve años se defienda a sí mismo, y mucho más para defender a alguien más.

—Es valiente —digo—. Como su padre.

Las palabras salen de mi boca sin intención. Hasta a mí me sorprenden. Lynette me ofrece una sonrisa curiosa. —Realmente no escuché mucho sobre el padre de Max. Supuse que eras madre soltera.

—Ah, bueno… lo soy —le aseguro—. Es… es una larga historia.

Deja que su mano permanezca en mi hombro un poco más. —Bueno, me encantaría escucharla algún día. Si alguna vez tienes ganas de contar historias.

Sonrío agradecida. ¿Cuándo fue la última vez que hice un amigo? ¿Uno verdadero?

No desde…

Aparto el pensamiento. ¿Por qué insistir en el pasado cuando nunca volveré a él? En lo que necesito concentrarme es en nuestro futuro. El mío y el de mi hijo. Un futuro que todavía tengo que descubrir.

El teléfono de Lynette empieza a sonar. Lo saca y mira la pantalla. —Es mi esposo. Disculpa un momento.

Ella responde la llamada y se hace a un lado. Saco mi teléfono y luego saco el papel blanco con el número de Kon.

No estoy segura de si esto es lo correcto o no. Pero ya no tengo opciones y, en este momento, siento casi como si ni siquiera tuviera elección. Esto siempre fue inevitable y él lo sabía, y por eso puso ese número allí en primer lugar.

No responde de inmediato. Nunca me di cuenta de lo interminablemente largo y solitario que puede sonar un tono de marcado.

Entonces…

—¿Hola?

—Kon —murmuro como una oración.

—Iris —dice. No suena sorprendido de oír de mí.

Mis ojos se desvían hacia arriba y se posan en el folleto de la feria de ciencias colgado en el tablón de anuncios. —Se acerca la feria de ciencias de Max. Él va a participar y… me preguntaba si estarías interesado en… ir.

Hay un momento de silencio al otro lado de la línea.

—Sería un honor para mí.

Me muerdo la lengua para moderar mi reacción. —Vale, excelente. Te enviaré un mensaje de texto con los detalles.

No tiene sentido que quiera saltar arriba y abajo como una colegiala a la que acaba de invitar a salir la persona que le gusta desde hace mucho tiempo. Pero así es exactamente cómo me siento.

Como una idiota.

Una idiota estúpida y feliz.

KON

Aquí hay una pregunta que nunca pensé que haría: ¿cómo carajo se viste un hombre como yo para asistir a una feria de ciencias en una escuela primaria?

Me vestí lo más neutral que pude. Pero, considerando las miradas que recibo cuando entro al estacionamiento de la escuela, empiezo a pensar que no importa. Estas personas iban a quedarse boquiabiertas de todos modos.

En un rincón oscuro, un grupo de padres fuman cigarrillos con una clara vibra de "esconderse de las esposas". Fragmentos de su conversación pasan flotando mientras me dirijo a la entrada.

—…Sophia también está aquí… la mamá de Chad. Siempre aprecio su estilo.

—¿Cuál es ella?

—La de las tetas enormes y las faldas cortas.

—Ay, joder, sí…

Llamar a la conversación "vergonzosa" es un insulto a la vergüenza. Pero, antes de que pueda desconectarme de ellos, capto algo que me hace reducir la velocidad.

—…La modelo también está aquí. Estaba parada enfrente cuando Tanya y yo entramos. Le haría cosas horribles a esa chica.

—Iris Keller, claro que sí. Joder, esa mujer es un pedazo de trasero sexy.

Me doy la vuelta muy rápido y me dirijo directamente hacia el patético grupo de imbéciles. Son cuatro. Todos vestidos con diferentes versiones de lo mismo. Camisas a cuadros, pantalones caqui lisos, zapatillas deportivas que la gente dejó de usar hace cinco años.

Son un grupo de hombres aburridos y descontentos, que se juntan con idiotas como ellos para intentar recuperar la libertad de su juventud.

—Tengo que ser honesto: a veces, cuando Margie y yo follamos, me imagino a la tía Keller. Ella ni siquiera…

Agarro al desafortunado idiota a mitad de la frase y lo golpeo contra la pared de ladrillos en esta parte de atrás. Deja escapar un grito ahogado y deja caer el cigarrillo que tiene en la mano.

—¿Qué carajo, hombre? —grita uno de sus amigos idiotas—. ¿Quién eres?

—Hablaré despacio para que todos ustedes, idiotas, puedan entender —enuncio—. Nunca más volverán a mencionar su nombre. No volverán a mirarla nunca más.

—Y… q… ¿quién?

Tiembla debajo de mis manos, sus pies cuelgan a medio metro del suelo. Memorizo su rostro… cabello castaño rojizo y un espacio entre los dientes… porque, si alguna vez lo veo cerca de ella, lo mataré.

—Iris Keller —gruño—. Si vuelvo a escuchar su nombre en tus repulsivos labios, atravesaré esta pared con tu cabeza. ¿Está claro?

Vuelvo mi mirada hacia los otros tres idiotas, que ahora me miran con horror estupefacto. —Eso aplica para los tres. Asientan si entienden.

Los tres mueven la cabeza como caniches adiestrados. Me vuelvo hacia el cobarde en mis manos. —¿Y tú, gilipollas?

Él también asiente, pero es considerablemente más entusiasta teniendo en cuenta lo cerca que está de la muerte. Lo sostengo allí por unos segundos más, y luego lo suelto de una vez.

Cae al suelo formando un torpe montón. Nadie avanza para ayudarlo.

—Los veré adentro, caballeros.

Luego me alejo, dejándolos mirándome como los idiotas mudos que son. Me llega un mensaje de texto de Iris justo cuando me acerco a la entrada de la escuela.

IRIS: *Oye, estoy parada enfrente. ¿Estás cerca?*

KON: *Estaré allí en un segundo.*

Ella levanta la vista cuando recibe el mensaje de texto y sonríe. Eso es un cambio… en realidad parece feliz de verme. Puede que sea la primera vez que nos encontramos cara a cara y ella no se está sorprendida, nerviosa o simplemente cabreada.

También luce increíble.

Lleva un vestido azul con hombros descubiertos hasta los tobillos, con un patrón de pájaros abstractos cosidos sobre la tela flotante. Su cabello es un entramado de intrincadas trenzas. Atado, reprimido, rogando ser liberado.

—Hola —me llama mientras subo las escaleras hacia ella.

—¿Llegué tarde?

—Justo a tiempo, en realidad. Simplemente me gusta llegar temprano.

No respondo. Estoy demasiado ocupado notando la forma en que todos nos miran. Iris parece notar lo mismo, porque sus hombros se tensan y hace un gesto hacia la entrada.

—La feria está instalada en el patio de atrás —dice.

—Lidera el camino.

Es un lugar extraño para mí. Tablones de anuncios repletos de carteles dibujados a mano sobre las celebridades favoritas de los niños, sobre las capas de la atmósfera, sobre cómo contar hasta cien en español. Lemas inspiradores salpicados de pintura brillante en las paredes de bloques de hormigón. *¡La Práctica Hace La Perfección! ¡Si Puedes Soñarlo, Puedes Hacerlo! ¡Vamos Tigres!*

Es tan extrañamente saludable. Las personas que caminan por estos pasillos, tanto profesores como estudiantes, no comparten el mismo tipo de preocupaciones que yo. La muerte es una ocurrencia tardía para ellos. Consume cada segundo de vigilia para mí. Enfrentarla, retarla, desafiarla.

—¿Él sabe que vengo? —pregunto.

—Bueno, no. No se lo mencioné —admite Iris.

—¿Por qué no?

Se detiene a mi lado y me mira. —Supongo que no quería que se decepcionara si no aparecías.

Frunciendo el ceño, me vuelvo hacia ella. —¿Pensaste que eso era probable?

Suspira y se pone a morderse el labio inferior, como de costumbre. Eso no tomó mucho tiempo. —He lidiado con una buena cantidad de decepciones. Supongo que simplemente estaba basándome en una experiencia personal.

Gruño sin palabras. Los demonios de su pasado no tienen nada que ver conmigo. Pero me recuerdo a mí mismo que debo respirar, concentrarme en lo que importa.

—Bueno, estoy aquí —hago una mueca—. Así que muéstrame la ciencia.

Ella se ríe nerviosamente, luego continuamos caminando por las puertas traseras y salimos al campo más allá.

Alrededor del césped hay mesas largas en forma de U, cada una adornada con cartulinas, trípticos y volcanes caseros. Los niños corren en todas direcciones, riendo y gritando. Pero, cada vez que alguien se acerca lo suficiente para verme, se congela.

Iris también ve eso. —¿Siempre es así dondequiera que vayas? —pregunta.

—¿A qué te refieres?

—¿A que la gente te mire fijamente?

Me encojo de hombros. —No me doy cuenta.

—Claro —se burla—. “No te das cuenta” de que eres un pie más alto que una persona normal. “No te das cuenta” de que eres estúpidamente guapo. “No te das cuenta” de que intentaste vestirte para mezclarte con la gente común e igual pareces haber salido de la portada de *GQ*. Apuesto a que todo eso simplemente te pasa por alto.

Arqueo una ceja juguetonamente. —Estúpidamente guapo, ¿eh?

Ella pone los ojos en blanco. —Por favor, como si no lo supieras.

—Oh, lo sé. Simplemente no estaba seguro de que tú lo supieras.

—Puedo ser consciente de ello y que aun así no me afecte —dice—. El cielo es azul, la hierba es verde, Kon es guapo. No significa nada.

Me río entre dientes mientras el sonido de la retroalimentación estática se propaga por el campo. En la plataforma elevada, más allá de las mesas, una profesora toca un micrófono hasta que suena su voz.

—Buenos días, damas y caballeros, mamás y papás —dice—. Bienvenidos a la Feria de Ciencias anual de la Primaria Riverton. Tenemos tantos proyectos increíbles en exhibición hoy, así que siéntanse libre de caminar y disfrutar del arduo trabajo y la creatividad de sus hijos.

Siguen algunos aplausos corteses. Iris me mira y luego mira hacia el círculo de mesas. —El proyecto de Max debería estar en algún lugar junto con el del resto de los alumnos de cuarto grado.

Ella abre el camino entre la multitud de familias. A medida que avanzamos entre ellos, más niños se detienen a mis pies y me miran boquiabiertos. Algunos padres regañan a sus hijos por cómo comportarse en público. Otros simplemente se quedan boquiabiertos junto con ellos.

—Destacas un poco —dice Iris con una sonrisa divertida—. Tal vez debería alejarme y dejarte ser el centro de atención.

—¿Por qué?

—No me gusta ser el centro de atención.

Pongo los ojos en blanco. —¿Por qué no estoy sorprendido? Solo tú puedes ser una contradicción tan completa.

—¿Te refieres a mi elección de profesión?

—La mayoría de las modelos no son precisamente tímidas ante las cámaras.

—Sí, bueno, si soy sincera, hace mucho tiempo que no soy una modelo de verdad. Lo único que hice en los últimos cinco años que realmente me apasiona es mi trabajo con Su Voz. Y todos sabemos cómo termina esa historia. O, mejor dicho, terminó.

Suena triste, sí, pero también amarga. Y, de una manera extraña, endurecida. Admiro eso de Iris… no se deja regodear.

Otro rasgo que me parece muy Bratva.

—¡Ahí está! —Iris señala una mesa larga y estrecha. Max está parado justo detrás suyo, con las manos cruzadas detrás de la espalda, jugando con lo que parece un auto.

—Lo hizo él mismo —dice Iris—. Creo que se supone que funciona con un globo. ¿O tal vez impulsado por una trampa para ratones? No estoy segura de por cuál terminó decidiéndose.

Max levanta la vista y nos ve a Iris y a mí. Se congela por un segundo, y luego su rostro estalla en una sonrisa alegre.

—¡Kon! —llama, corre alrededor de su mesa hacia nosotros. Se lanza hacia mí y me envuelve alrededor de la cintura en un abrazo.

—Hola, niño —le digo mientras me suelta y da un paso atrás. Me arrodillo para despeinarle el cabello y saludarlo con un puñito—. ¿Cómo estás?

—¡Viniste!

—Sí, tu mamá me invitó. Espero que no te importe.

—¿Quieres ver mi proyecto?

—Por supuesto. Es la razón por la que estoy aquí. Eso y los bocadillos gratis.

Riéndose, Max se apresura a rodear su mesa y comienza, sin aliento, a explicarnos su proyecto científico.

Nos hace una demostración, e Iris y yo lo aplaudimos como si acabara de ganar un premio Nobel. Otras personas miran con curiosidad y él se pone rojo como un tomate, pero puedo ver lo mucho que significa para él. Puede que sea mi hijo y puede que vea mucho de mí en él, pero sigue siendo un niño. El amor que le mostramos es importante.

Hay para él un camino diferente al que yo me vi obligado a recorrer. Tengo la intención de asegurarme de que permanezca abierto.

Otro niño viene corriendo hacia él. Max se vuelve hacia nosotros, emocionado.

—¡Mamá, Kon, este es Samson! Él es mi mejor amigo.

—Samson, es un placer conocerte finalmente —canta Iris—. ¿Está tu mamá aquí?

—Sí, mi mamá y mi papá están aquí —dice Sam, aunque sus ojos siguen mirándome con asombro—. Ahí vienen ahora.

Iris saluda a la pareja que camina hacia nosotros siguiendo a su hijo. La mujer lleva los pantalones más coloridos que vi en mi vida, un tapiz de arcoíris combinado con una sobria blusa blanca. El hombre viste bermudas y un polo rosa pálido.

—¡Iris! —dice la mujer con un gesto agradable—. ¿Cómo estás, cariño? ¿Y quién es *este* hombre guapo?

Se ríe tan alegremente que hasta Iris se relaja. Su marido se ríe. —¿Qué tal si presentamos al hombre guapo que está a tu lado? —bromea con un codazo en las costillas de su esposa.

La mujer pone los ojos en blanco, pero el afecto entre ellos es casi tangible. —Este es mi patrón, León —dice con fingida molestia—. Y yo soy Lynette —añade para mi beneficio.

—Kon. Un placer conocerlos a ambos.

—Kon —repite Lynette, su sonrisa se hace un poco más amplia mientras su mirada revolotea entre Iris y yo—. Es un placer conocerte. Honestamente, siento que, si los miro a ustedes dos el tiempo suficiente, podría quedarme ciega.

León se ríe. —Es demasiado, ¿no? Algunas personas tienen toda la suerte.

—Puedes decir eso de nuevo, cariño.

Iris se ríe con torpeza. —Ustedes dos son demasiado. ¿Ya has visto los otros proyectos?

—No, aun no. Vamos a hacer las rondas ahora. Pagar nuestras deudas y pretender que amamos a todos los niños por igual —le guiña un ojo y toca a Iris en el codo—. Los alcanzaremos más tarde, tortolitos.

Deambulan cogidos de la mano, charlan alegremente. Los jueces vienen a interrogar a los chicos sobre su trabajo, así que le ofrezco mi codo a Iris. Ella me mira con curiosidad por un momento y lo toma. El peso de sus dedos en mi antebrazo es ligero como una pluma, pero se siente como si pesara toneladas. Diez puntos de calor quemando agujeros a través de mi manga.

—Me gustaría hacerte una pregunta —retumbo.

Ella frunce el ceño. —Em… vale. ¿Debería preocuparme?

—¿Tienes amigos?

Se pone rígida de inmediato de la cabeza a los pies. Esa reacción por sí sola ya es respuesta suficiente. Parece darse cuenta de que su expresión la ha delatado, porque suspira derrotada.

—Estuve ocupada. Entre intentar encontrar trabajo y criar a Max, ha sido difícil tener algo de vida social.

—¿Jake? —pregunto con una ceja levantada.

—Me vio en este club. Liza había insistido en llevarme a establecer “contactos”. Él se acercó, comenzó a coquetear y, cuando me negué a darle mi número, le pidió a su agente que consiguiera la información de contacto de Liza. Me contrató para el vídeo musical, y supongo que una cosa llevó a la otra.

—Ya veo —no puedo ocultar mi expresión de disgusto.

—Puede ser encantador cuando quiere —insiste.

—No pareces el tipo de mujer que se enamoraría de algo tan superficial como el encanto.

Sus hombros se hunden hacia adelante. —Quizá me sentía sola. Quizá quería sentir… algo —luego me mira de nuevo por el rabillo del ojo—. No estás… ¿estás… celoso?

—Difícilmente —me burlo—. Fue una farsa bellamente interpretada, pero una farsa, al fin y al cabo.

Ella frunce el ceño. —¿Así que ni siquiera te engañé un poquito?

—Reconozco una mentira cuando la veo.

Iris exhala lentamente. —Realmente me sentía sola. Aun lo siento, si soy honesta. Sé que eso es lo que piensas de todos modos, así que mejor podría decirte la verdad. Pero en retrospectiva, era más bien autoconservación. Sabía que no arriesgaba nada con él. Sabía que no tenía ninguna posibilidad de salir lastimada de verdad. Sí me engañó…

—Así que tenía razón en mi suposición inicial.

—¿Esa era…?

—Que es un jodido tonto.

Ella sonríe para sus adentros, una de esas expresiones beatíficas suyas que hacen que parezca que viene de un plano de existencia diferente. —Debería haberme dolido, pero acepté sus explicaciones, lo justifiqué y le di otra oportunidad.

—Y llegaste a arrepentirte.

—Una vez un engañador, siempre un engañador, sin importar lo que se diga a sí mismo.

—Sin embargo, todavía quiere que vuelvas.

Agita una mano como si no le importara. —Sí, bueno, los hombres solo quieren lo que no pueden tener —la implicación en su voz es mordaz y obvia.

—No me parezco en nada a ese cabrón débil —gruño—. Es un borracho sin talento y un adicto lamentable.

—¿Y tú qué eres, Kon? —susurra, deteniéndose frente a mí.

—Yo soy el don.

—¿Y qué significa eso exactamente?

—Significa que estoy a cargo —digo con cuidado—. Significa que yo tomo las decisiones.

—¿Debería estar preocupada?

—¿Sobre qué?

—Sobre tu posible participación en la vida de Max. Puede que no sepa mucho sobre… sobre lo que haces. Pero sé lo suficiente para saber que es peligroso.

—Nunca dejaré que le pase nada a Max —le digo con firmeza. Me aseguro de mantener contacto visual para que sepa lo serio que hablo en este momento—. Nunca dejaré que nada lo toque. Está bajo mi protección ahora, Iris. Tú también.

Ella lo asimila y asiente lentamente. Es una elección extraña de lugar para esta conversación tan esperada. Pero es fácil ignorar a los curiosos cuando miro a Iris. Todo lo demás parece desvanecerse hasta que solo queda ella.

—Él querrá saber por qué te invité —dice en voz baja.

—¿Qué le dirás?

Mira alrededor de la feria, pero sus ojos no se centran en nada en particular. Está en conflicto, eso lo puedo ver. Dividida entre el deseo de mantener a Max a salvo en la pequeña burbuja que creó para ellos y el deseo de dejarme entrar en ella.

—Si le miento ahora, se dará cuenta.

—Entonces, no mientas.

—Algunas mentiras son más fáciles que la verdad.

Pienso en todo lo que no le conté. Pienso en todo lo que luché por lograr y en todo lo que está por venir.

Pero de alguna manera, nada de eso importa aquí.

Lo único que importa ahora es mi hijo y su madre.

IRIS

Recibo tantas sonrisas mientras camino hacia el puesto de refrescos que empiezo a sentirme espeluznante. ¿Por qué las otras mamás de pronto están tan interesadas en hacer contacto visual? Me pongo en fila y trato de no mirar a nadie a los ojos.

Hasta que siento un golpe en mi hombro. Me giro y veo a Lynette parada justo detrás de mí. —Hola, cariño.

—¡Lynette! Lo siento, no te vi.

Ella rechaza mis disculpas. —¿Pasando un buen rato?

—Realmente bueno —digo—. Hace calor, pero bueno.

—Dímelo a mí —dice Lynette, abanicándose la cara con la mano—. Mi hombre se está poniendo de mal humor, así que vine a buscarle algo frío y azucarado. Juro que a veces tengo dos niños que criar. No estoy segura de cuál de los dos es más complicado.

Sonrío. —Ya veo, calmarlos con dulces. Buena idea.

—No es mi primer intento. ¿Dónde está tu hombre?

Le doy una pequeña mirada doble, probablemente demasiado obvia. —Ah, eh, Max todavía está en su mesa.

Lynette me dedica una sonrisa cómplice. —No, chica, estoy hablando de tu *otro* hombre. El alto y guapo, que parece que puede levantar pesas contigo hasta decir basta.

—Ah, em, bueno, en realidad, no es…

La mujer parada justo frente a mí se da vuelta y se inserta sin problemas en la conversación. —Eres la madre de Max Keller —dice—. Iris, ¿verdad?

—Así es.

—Mi hija, Louisa, está en su clase.

—Ah, qué lindo —digo con torpeza. No podría distinguir a Louisa entre dos personas. Estoy bastante segura de que Max nunca la mencionó.

—Es agradable ver venir al padre de Max —dice sin rodeos—. Asumíamos que eras madre

soltera.

Lynette le lanza a la mujer una mirada molesta. —Ay, vamos, Marie, ya sabes lo que dicen sobre lo que sucede cuando asumes —su voz es tan jovial como siempre, pero con un trasfondo de reproche.

Me quedo ahí, sin tener ni idea de cómo manejar esta situación. Por un lado, admitir ante estas mujeres que Kon es en realidad el padre de Max se siente como una traición para Max. ¿No debería saberlo él antes que los demás?

Pero negarlo también resulta extraño, porque sería una mentira descarada. Me conformo con mantener la boca cerrada.

Por suerte, Lynette toma las riendas de la conversación. —¿Cómo le fue a Louisa con su proyecto de ciencias este año?

Marie ni siquiera finge morder el anzuelo antes de volver al único tema que parece interesarle. —Bueno, no puedes culpar a todos por ser curiosos —ofrece una sonrisa poco sincera—. El hombre es atractivo, por decir lo menos. Eres una mujer afortunada, Iris.

—Yo… no es…

—Deja de avergonzar a la chica —Lynette interviene, esta vez con más dureza.

—Estoy segura de que puede hablar por sí misma, Lynette —resopla Marie.

Sonrío plácidamente y miro a la mamá que está como voluntaria en la mesa de refrigerios. —¿Me das cuatro granizados de naranja, por favor? —me vuelvo hacia Lynette—. Yo pago.

—Ay, no tienes que…

—Por favor —digo.

Debe captar la nota de desesperación en mi voz… la necesidad de hacer algo por mi cuenta, por el amor de Dios, en lugar de confiar en Kon para que me proteja y en Liza para que me contraten y en Max para consolarme y en Lynette para rescatarme de conversaciones entrometidas… porque se encoge de hombros y dice—: No le diré que no a una mamá de azúcar. ¡Ja! Sin juego de palabras. Pero esa es buena.

Marie se retuerce con el viento detrás nuestro. La dejo allí con un gesto de despedida mientras entrego el dinero en efectivo y tomo nuestros granizados. —Nos vemos —le digo—. Fue un placer conocerte.

—Sangre fría, chica —susurra Lynette, con una risita contagiosa y juvenil—. Me encanta.

—¿Crees que entendió el mensaje? —pregunto, sintiéndome un poco alegre yo misma.

—Ay, entendió el mensaje —me asegura Lynette—. Pero eso no le impedirá seguir presionando. Es una chismosa notoria.

—De alguna manera, no me sorprende.

Lynette sonríe. —Sin embargo, nunca respondiste a mi pregunta. ¿Dónde está?

Esta vez, no me hago la tonta. —Kon está con Max, en su mesa. Les dije que volvería con bebidas. ¿No debería anunciarse pronto el ganador?

—Supongo que otros diez minutos como máximo —dice Lynette—. No dejes que los otros padres arruinen tu salida familiar, cariño. Solo diviértete.

Respiro hondo. —No somos una familia, Lynette —me oigo decir. Me da vergüenza tan pronto como las palabras salen de mis labios, pero ya no hay forma de retractarse.

Supongo que estoy harta de mentir. De mentirme a mí misma, a mis amigos, a Kon, a mi hijo. La verdad puede curar, pero Dios, sí que duele en el proceso.

Alza una ceja. —No me tienes que explicar tu situación, Iris. Realmente no es asunto mío. En realidad, no es asunto de nadie.

—¿Qué posibilidades crees que hay de que los niños de la clase de Max pregunten por Kon el lunes por la mañana?

Lynette me lanza la mirada exacta que esperaba. Una mirada que dice que sería ingenuo pensar que nadie interrogará a Max sobre el hombre gigante con la camisa blanca fantasma en el momento en que vean la oportunidad de entrometerse.

—O sea, es un poco tu culpa —bromea Lynette—. ¿Tenías que encontrar al espécimen más perfecto de belleza varonil y traerlo aquí para restregárnoslo en la cara?

Ambas nos reímos, aunque en realidad no es una broma, más bien una evaluación más o menos objetiva. La única parte que no es cierta es que “lo traje aquí”. Solo tienes que pasar dos segundos con Kon para saber que nadie “lo lleva” a ninguna parte… él va a donde quiera.

—¿Lynette? —aventuro.

—¿Sí?

—¿Puedo hacerte una especie de… pregunta rara?

—Como te dije una vez, ese es mi tipo favorito. Dime.

—¿Cuál fue tu suposición inicial cuando conociste a Kon? ¿Qué pensaste que era?

Ella parece divertida por la pregunta. —Bueno, supuse que era el padre de Max o tu novio. Algo me dice que posiblemente podría ser… ¿ambas?

Le dedico una mirada asombrada y ella sonríe como una maniática.

—Entonces, ¿tengo razón? —dice. Me mira boquiabierta, como si apenas creyera su propia teoría—. Maldita sea, me encanta cuando tengo razón.

—Bueno, algo así. Es… en realidad, es mucho más complicado que eso. Realmente no puedo hacerle justicia a la historia en este momento.

Ella asiente con fervor. —Lo entiendo totalmente. Como también dije, puedes compartir la historia conmigo cuando estés lista para hacerlo. Y si eso es nunca, entonces también está bien.

Le toco torpemente el codo. Solo un breve puente de contacto humano que no sabía que

necesitaba. —Gracias. Realmente lo aprecio.

—Solo para que conste —añade—, como observadora casual, independiente y ajena a la situación… ustedes dos tienen una química increíble. Y no es solo porque lucen geniales juntos. Hay un chispazo en la forma en que te mira. Y sí que hay uno en la forma en que tú lo miras a él.

Me estremezco por lo obvia que soy. Lynette se da cuenta y se ríe. —No se llega a la avanzada edad de cuarenta y cuatro años sin descubrir algunas cosas.

Le doy un empujón juguetón en el hombro. —No tienes más de veinticinco años, Lynette.

Ella vuelve a reír, tan musical como siempre. —Tengo cada día de cuarenta y cuatro años, te lo puedo prometer, cariño. Sin embargo, el crédito es para mi mamá. Ella me heredó la piel perfecta —se pone seria y suspira—. Sabes, León y yo fuimos novios en la secundaria.

—Ay, eso es tan lindo —digo con una sonrisa.

—No siempre fue así. Estuvimos juntos dos años, y luego cumplimos dieciocho y rompimos. Parecía algo maduro, porque habíamos elegido universidades en ambos lados del país. Nos mantuvimos en contacto durante el primer año y luego lo perdimos un poco durante el segundo. Conocí a alguien. Él también. La vida siguió adelante.

—Ah —murmuro—. ¿Cómo terminaron juntos?

—Ambos terminamos en Los Ángeles por trabajo —dice—. Nos volvimos a encontrar en la fiesta de un amigo en común. Esto fue, Dios mío, diez años después de que rompimos.

—¿Y volvieron a hacer clic instantáneamente?

—De nuevo, no es tan lindo. Él tenía novia y yo no quería interponerme. No soy una quita maridos. Intercambiamos números, estrictamente como amigos, pero nunca mandé mensajes ni llamé. Él tampoco. Luego, seis meses después, me llamó de la nada. Acababa de romper con su novia. Bebimos esa noche. Y luego una cosa llevó a la otra, y boom, un bebé entró en escena.

Yo sonrío. —Kismet.

Se encoge de hombros. —Kismet, destino, quizá simplemente un viejo descuido. Solo creo que tomamos una serie de decisiones. Yo elegí a León y él me eligió a mí. Elegimos comprometernos el uno con el otro y tener el bebé. Fue la mejor decisión que tomamos.

—Esa es una hermosa historia. Sabes, en realidad es gracioso… conocí a Kon por primera vez hace unos diez años.

—¿No me digas? Y Max tiene nueve años, así que…

—Sí.

Pone su mano sobre mi hombro. —Lo resolverás, querida. El tiempo pone las cosas en perspectiva.

—O las empeora.

Lynette me ofrece una sonrisa tranquilizadora. —Creo que eso depende de ti.

—¡Mamá!

Me giro hacia Max, que me hace señas entusiasmado.

—Adelante —dice Lynette—. Nos pondremos al día pronto —sin embargo, antes de irme, me da un rápido abrazo. Huele a lavanda y canela, y su vestido es sedoso bajo mis manos.

—Gracias, Lynette —le susurro al oído.

Ella me suelta, me guiña un ojo y luego se acerca a su marido. Voy con Max y Kon y les entrego los granizados. Max comienza a sorber el suyo de inmediato, pero Kon lo sostiene con los brazos extendidos como si fuera a morderlo.

Pongo los ojos en blanco. —Dámelo, eres un bebé. Supongo que tus abdominales no te permitirán consumir esta basura.

Eso parece divertirlo. —¿Has estado viendo mis abdominales?

Escondo mi sonrojo y me giro hacia Max, ignorando deliberadamente a Kon. —Creo que anunciarán al ganador pronto.

—Será Isaiah —dice Max de inmediato—. Es muy inteligente —no parece en lo más mínimo decepcionado. Solo orgulloso de otro de sus amigos. Mi corazón se derrite de nuevo.

Es un buen chico, dijo Kon. *Se merece lo mejor.*

—Nunca sabes.

—No, vimos el proyecto del niño —se ríe Kon—. Definitivamente será Isaiah. Estoy bastante seguro de que construyó una máquina del tiempo.

Tienen razón. Unos minutos más tarde, Isaiah Adebo es coronado ganador de la Feria de Ciencias y todos le brindan un generoso aplauso. El coche de Max recibe una Mención de Honor.

—Lo hiciste bien, chico —Kon se vuelve hacia Max—. ¿Qué tal si salimos a una cena de celebración?

—¿En serio? —dice Max. Se vuelve hacia mí—. ¿Podemos, Mamá? ¿Por favor?

Me obligo a no mirar a Kon. *Haz esto porque quieres. Porque se siente bien. No huyas de ello solo porque creas que eso es lo que se supone que debes hacer. Puede que el miedo quiera tomar el volante, pero es un conductor de mierda.*

Por una vez, la voz en mi cabeza tiene algún consejo decente para ofrecer.

Asiento una vez. —Vale. Cena.

Max sale corriendo para despedirse de Samson. Kon y yo quedamos parados uno frente al otro. —Gracias por invitarme hoy —retumba.

—¿No te aburriste? —bromeo.

—Ni por un solo segundo.

Cuando Max vuelve corriendo hacia nosotros, salimos de la escuela y nos dirigimos al

estacionamiento donde está el coche de Kon. Mientras bajamos, noto a dos hombres al pie de las escaleras. Los noto solo porque ven a Kon y retroceden como si no quisieran ser vistos.

Kon resopla de risa. Me giro hacia él con curiosidad. —¿Qué fue eso?

—Nada —se encoge de hombros, indiferente—. Los papás de esta escuela son un poco asustadizos.

—Parece que te tienen miedo —señala Max.

—La mayoría de la gente lo hace —responde Kon.

Max sonríe. —¡Ojalá fuera tan aterrador como tú!

—Un día te enseñaré todos mis trucos. Sin embargo, te diré una cosa, te daré un adelanto ahora mismo. Todo lo que tienes que hacer es…

Dejo que los dos caminen delante de mí y charlen de un lado a otro, solo para poder verlos juntos. Es increíble lo bien que se llevan. Como viejos amigos que no se vieron en décadas, pero que vuelven a encajar en sus roles sin ningún esfuerzo.

Kismet.

—¡Vaya! —grita Max de repente—. ¿Ese es tu coche?

—Ese es.

Max corre hacia el increíble convertible. Es un plateado elegante, que capta la luz y la devuelve diez veces más. Solo parece malvado, ágil, hambriento. Un gato de la jungla listo.

Max salta a la parte trasera del convertible, mientras Kon abre la puerta del lado del pasajero. —¿Iris? —dice cuando me inquieto en el lugar.

Lo miro y me doy cuenta de que está abriendo la puerta para mí. —¡Ay! Disculpa. Gracias. —entro corriendo y tomo asiento.

Bajamos la capota y despegamos. Se siente bien tener el viento en el cabello mientras conducimos por las calles de Los Ángeles. Un pedacito de libertad que no experimentaba hace bastante tiempo.

Max está atrás, mira el cielo con una enorme sonrisa en su rostro. Cada vez que miro a Kon, él me mira con esa mirada extraña en sus ojos que no puedo descifrar del todo.

No nos pregunta dónde queremos comer. En lugar de eso, nos lleva directamente a uno de los restaurantes más exclusivos de la ciudad, L’Acqua.

Arrugo la frente. —Kon, no estoy segura de que lo sepas, pero este restaurante tiene una lista de espera de seis meses.

—No para mí —dice en un tono casual mientras estaciona justo afuera de las grandiosas puertas de madera del restaurante.

Mientras el valet sube con entusiasmo al convertible de Kon, el maître d’, un hombre corpulento con traje completo y sonrisa ansiosa, nos lleva al restaurante.

—Bienvenido de nuevo, Sr. Aminoff. Siempre es un placer tenerlo cenando con nosotros.

—Edgar, hoy traje a dos invitados muy especiales.

—Entonces tendrán la mejor mesa de la casa —promete, guiándonos al interior.

El lugar es asombroso. Cada pared, cada suelo, cada techo es un acuario revestido de cristal. Un tiburón de verdad nada bajo mis pies y casi grito.

Me giro hacia Max para ver su reacción. Él simplemente se queda allí, boquiabierto, mientras un banco de mantarrayas retoza a nuestro lado.

—Mamá —suspira, mirándome—. No puedo creer que estemos aquí —tomo su mano al mismo tiempo que él toma la mía.

Cuando finalmente vuelvo a mirar hacia abajo, noto que Kon nos mira divertido. Pero también hay un toque de ternura en sus ojos.

—¿Nos sentamos? —invita.

Kon y yo nos sentamos en la mesa a la que nos lleva Edgar, pero Max sigue caminando, siguiendo a los peces.

—Max —lo llamo—. Ven…

—Déjalo en paz —interrumpe Kon—. Podemos pedir por él.

—Eso podría ser difícil. Supongo que aquí no sirven alitas de pollo.

Kon se ríe. —Edgar, pediré para todos. Vamos a querer el medallón de langosta, el plato de mariscos y las vieiras al ajillo con risotto de vino blanco y caviar.

—Perfecto, señor. ¿Algo de beber?

—Una botella de Dom Perignon, la misma que tomé la última vez. Y un poco de zumo de uva espumoso para el joven.

Edgar le hace una profunda reverencia a Kon y se dirige a hacer nuestro pedido, que estoy bastante segura que ni siquiera está en la descripción de su trabajo.

Mientras tanto, me entierro en mi silla con las mejillas en llamas. —Kon —murmuro—, esto costará una fortuna.

—Afortunadamente, eso es exactamente lo que tengo.

Cuando abrieron este lugar, vi un artículo en una revista mientras esperaba que comenzara un rodaje. Sabía que a Max le encantarían los peces, y fue justo en la época en que hice el vídeo musical de *Mi Chica* con Jake, así que tenía un poco de dinero. Llamé para reservar, pero me dijeron que tendrían que ponerme en lista de espera. Siete meses después, volvieron a llamarme para decirme que podíamos venir a almorzar a precio fijo a las 10:30 a.m. al día siguiente por trescientos veinticinco dólares por persona. No hace falta decir que nunca lo logramos.

Miro a mi hijo ahora. Su cara está pegada al cristal, cara a cara con un pequeño y curioso pez payaso.

—Nunca lo había visto más feliz —murmuro.

—Entonces, estamos en el lugar correcto.

Él sonríe y siento que mi corazón palpita peligrosamente. Sus ojos son intensamente plateados. Puedo ver en ellos el choque contradictorio entre el hielo y el fuego.

—Puedo darles la vida que se merecen, Iris —añade suavemente—. Todo lo que tienes que hacer es decir que sí.

KON

Quiere decir que sí; solo está luchando contra ello. Porque, aparentemente, es difícil deshacerse de toda una vida de independencia solo porque se lo pedí amablemente.

Podría presionarla. Es frágil, vulnerable y, aunque cree que es una serpiente de fuego, es una vela para mi infierno.

Pero no lo hago. Llámalo misericordia o llámalo tontería, no estoy seguro. Solo le doy espacio para respirar.

—¿Ya encontraste un lugar para vivir? —pregunto, evitando la pregunta más difícil por ahora.

Ella duda y sus ojos se dirigen a Max, que traza líneas contra el cristal mientras una raya lo observa con interés. Ambos están en un feliz trance.

—No —suspira—. Todavía no.

—Se te está acabando el tiempo.

—Lo sé, gracias —dice bruscamente, pero no me mira a los ojos.

—¿Entonces esto es orgullo? —pregunto.

Se muerde el labio inferior. Es como la señal para alguien que ha sido hipnotizado. Tan pronto como lo hace, recuerdo todo sobre nuestra noche juntos. Recuerdo cómo se sentía su piel contra la mía, fresca y aterciopelada. Recuerdo la forma en que gimió cuando me empujé dentro suyo. Recuerdo su sabor salado cuando probé su sabor de mis dedos.

—El orgullo es lo que me trajo aquí en primer lugar —dice—. Podría ser famosa. Podría estar en vallas publicitarias y pasarelas. Pero elegí no hacerlo. Porque mi orgullo me importó más que el dinero. Mientras lograra mantener a Max cómodo y saludable, no importaba que no fuéramos ricos. Siempre y cuando sobreviviéramos.

—¿Y ahora qué?

Ella niega con la cabeza. —No sé. Por primera vez, realmente no lo sé.

—Yo sí.

Ella me mira a través de sus pestañas. Cuando Anika hizo eso, lo encontré molesto e insípido.

Pero en Iris… joder. Puedo sentir la sangre correr hacia mi polla tan rápido que me distrae dolorosamente.

—¿De qué tienes miedo, Iris?

—Todo.

Lo dice tan gravemente, tan seriamente que me quedo mirándola un momento. Nunca tuve miedo, ni un solo día en mi vida. No porque no haya estado en situaciones que pudieran requerirlo, sino porque lo sacaron de mí mucho antes de saber que el miedo era una opción.

¿Pero ella? El miedo ha impulsado cada paso que da. Me pregunto si sabe siquiera cómo sería la vida si estuviera libre de él.

—A veces, hay que dar un salto de fe —digo.

Se ríe con amargura. —La última vez que hice eso, quedé embarazada.

Ambos miramos a Max al mismo tiempo. —¿Y cómo te resultó eso?

Frunce el ceño, concentrada. Lo asimila por un momento. —Bastante asombroso, en realidad.

Me vuelvo hacia ella. El calor entre nosotros se siente como si estuviera aumentando rápidamente. Diez años… ¿Cómo pasé diez años sin tener a esta mujer a mi lado?

—¿Kon?

—¿Sí?

—¿Qué has estado haciendo en la última década?

Le ofrezco una mirada escéptica. —Esa es una larga historia.

Se encoge de hombros. —Tenemos tiempo. Creo que Max podría pasar todo el fin de semana aquí y no aburrirse.

—Me parece bien —me recuesto en mi asiento y cruzo las manos—. Ayudé a mi padre a dirigir la Bratva. Confió en mí cada vez más a lo largo de los años. Ya no tiene la resistencia.

—¿Él está enfermo?

—Cáncer de páncreas.

Iris hace una mueca como si sintiera su dolor como propio. ¿Cómo es ser tan vulnerable, tan abierto? Mi mundo es un castillo cerrado. Siempre ha sido así. Siempre lo será.

—Eso debe ser difícil.

—¿Para quién?

Ella me mira en estado de shock. —Estás bromeando, ¿verdad?

Me limito a sonreírle cuando el camarero se acerca con el champán. Una vez que sirve y se aleja, recojo mi vaso e Iris hace lo mismo.

—Por nuevos comienzos —digo, levantando mi copa.

—¿Es eso lo que es esto?

—Solo hay una forma de averiguarlo.

El tintineo de nuestras copas se siente como pasar una página.

Iris toma un sorbo y se recuesta en su asiento con un suspiro de satisfacción. Sus ojos recorren el techo lleno de peces encima de nosotros. —Se siente como si hubiera entrado en una especie de dimensión alternativa donde todo es posible.

—¿Eso es el champán hablando?

—Podría ser —admite—. Me emborracho fácilmente.

—No me digas eso. Podría usarlo en tu contra —digo mientras lleno su copa de champán.

Ella se ríe un poco y me pregunto cuándo escuché esa risa por última vez, si es que alguna vez la escuché. Es suave, tímida y musical, y me dan ganas de interpretar al bufón de la corte solo para poder escucharla una y otra vez.

—Has hecho un gran trabajo con él, ¿sabes?

Sus ojos se suavizan al instante. —Él es el único trabajo que sabía que no podía arruinar.

—Bueno, misión cumplida.

Su sonrisa flaquea un poco. —A veces, sin embargo, me preocupa estar metiendo la pata. Vivimos una vida tan aislada. No soy la persona más amigable. Tiendo a quedarme en mi burbuja y dejar fuera a todos los demás.

—No me había dado cuenta —digo sarcásticamente.

Ella me mira juguetonamente. —Es solo que, según mi experiencia, la gente solo te lastima o traiciona. No quería volver a darle ese poder a nadie más.

—¿Volver a? —repito.

Ella se sonroja y aparta la mirada de mí. —No es importante.

—Tienes demonios en tu pasado, Iris —le digo—. ¿Adivina qué? Todo el mundo los tiene.

Ella asiente, vacilante. —Lo sé. No me considero especial. Y tampoco me considero una víctima. Cometí tantos errores como cualquiera. Quizás más.

—¿Es por eso que dejaste tu ciudad natal?

Se tensa. El mismo estremecimiento instintivo que sienten los soldados que vuelven de la guerra cuando escuchan un ruido que les recuerda los horrores que vieron.

—Me fui de casa porque… porque ya no me sentía como en casa —susurra. Apenas puedo oírla a través del sonido del agua goteando y el bullicio de las conversaciones de los otros comensales —. Se sentía como una prisión que yo misma creé —luego, se detiene y se corrige—. ¿Sabes qué? No. No hice esa prisión yo sola. Tuve ayuda.

Me quedo callado. Necesita espacio para desarrollarse. Incluso si no acepta nada más de mí, aceptará eso.

—Mi madre… Ella era una mujer hermosa y etérea. Un sueño en forma humana.

—Así que de ahí lo obtienes.

Casi sonríe. Tan cerca. —Pero la depresión la tenía mal. En mi opinión era clínica, pero ¿qué sé yo? Ella nunca fue a un terapeuta. Decía que no podía costeárselo.

—¿Y tu padre?

—Era un apostador compulsivo y un borracho ocasional. No era horrible con mi madre, pero tampoco era bueno con ella. Por lo que puedo recordar de sus últimos años juntos, él siempre salía con sus amigos y ella siempre estaba encerrada en su habitación.

—Su suicidio debe haber sido duro para ti.

Abre la boca, pero la cierra de repente, como si tuviera miedo de hablar.

—Iris —le digo con suavidad—, puedes decirme cualquier cosa.

Ella niega con la cabeza. —No quiero que me juzgues.

Inclino la cabeza y la miro. No tengo que decir las palabras en voz alta para que ella las entienda: aquí no hay juicio. Solo está el espacio justo que necesita. Un trago de agua después de una década sola en el desierto.

Ella respira profundamente y me mira a los ojos. Todo lo que ve allí parece calmarla en cierta medida, porque empieza a hablar.

—Al principio fue un shock. Una vez que pasó el shock, estuve increíblemente triste durante mucho tiempo. Y luego, una vez que la tristeza comenzó a desvanecerse, sentí… alivio —dice la palabra tan suavemente que casi me la pierdo—. Dios, eso es algo horrible que decir. Nunca lo admití en voz alta antes y, sinceramente, no sé por qué lo acabo de…

—Entiendo.

Sus ojos se agrandan. —¿Sí?

—A veces pienso que mi vida sería más sencilla si mi padre hubiera muerto hace una década.

—¿Amas a tu padre?

Levanto las cejas. —“Amor” no es una palabra que usemos en mi familia.

—En la mía tampoco. Pero igual, sé que amaba a mi madre.

Juego con mi cuchillo. —Es diferente para mí. Era mi padre, pero también era mi don, mi maestro. Mi crítico más duro y mi mentor no deseado. Es difícil separar esos roles.

—¿Es así como sería para Max?

—No. No pretendo ser otra cosa que el padre de Max.

Ella asiente, como si esa simple promesa fuera suficiente para ella. —Max nunca conoció a mi papá —admite—. Lo llamé cuando estaba embarazada para avisarle. Me dijo que, si el padre estaba fuera de escena, simplemente debería abortar.

La ira me desgarra, pero la controlo. Esto no se trata de mí. —¿Qué le dijiste a eso?

—Colgué y no hablé con él durante dos años.

—¿Nunca lo consideraste?

Puedo verla caer de nuevo en su pasado, tratando de hojear recuerdos con tanta distancia entre el presente y el pasado. —Desde el momento en que supe que estaba embarazada, supe que me lo quedaría —murmura—. Supongo que saber que él existía… me hizo sentir menos sola.

—¿Cómo te las arreglaste en aquel entonces?

—Trabajé como camarera en este elegante restaurante en WeHo. Las propinas eran buenas, así que ahorré mucho ese primer año. Suficiente para pagar el alquiler y tomarme un mes libre cuando naciera Max. Seguí trabajando allí hasta que cumplió tres años. Hice un par de trabajos paralelos como modelo y con eso me gané un poco de dinero, así que tomé un par de clases nocturnas durante ese tiempo y obtuve suficientes créditos para poder ir a la universidad.

—Eso es impresionante.

—Fue una estupidez —corrige con dureza—. Nunca debí haber intentado obtener un título. Fue una pérdida de tiempo y dinero. Pero, en ese momento, creo que pensé que era lo más inteligente. Como si me demostrara algo a mí misma no siendo solo otra madre soltera sin educación que busca trabajo. Quería que la gente me mirara y viera algo más que una cara bonita. Quería que supieran que también era inteligente. Resulta que a la gente realmente no le importa de ninguna manera.

—Pensé que el hijo de puta de Nox había impulsado tu carrera.

—No me sentía bien aceptándole oportunidades. Me sentía como… bueno, una prostituta. Como si me recompensaran por los servicios prestados. En cualquier caso, el vídeo musical me dio suficiente dinero en efectivo para reducir mi deuda, pero todavía tengo varios miles de dólares que pagar y, como vivo al día, no pude con mis pagos mensuales.

—Necesitas ayuda.

Ella se ríe sin humor. —Puedes decir eso de nuevo.

Luego, parece darse cuenta de cómo se puede malinterpretar esta conversación, porque alza la cabeza y me mira, nerviosa. —Yo… no quise decir… no estoy pidiendo tu ayuda.

—Claro. Ya lo dijiste. Tu orgullo.

Frunce el ceño. —Simplemente no quiero estar… en deuda con nadie.

Antes de que podamos desempacar eso, Max viene corriendo hacia la mesa. —Kon —suspira—, ¡este lugar es increíble!

—Me alegro que te guste. Siéntate y bebe algo.

Max hace precisamente eso, pero sus ojos recorren distraídamente la habitación. —Mamá, ¿viste las mantarrayas de allí?

—No, me las perdí.

—¡¿Qué?! ¡Vamos! —dice. Agarra su mano y la arrastra fuera de su asiento—. Te mostraré.

Ella le sonríe con cansancio y lo sigue sin resistirse. Los veo alejarse juntos, de la mano.

Me siento casi voyerista mientras los veo admirar los peces. Pero ya no me conformo con mirar desde lejos. Dejé que gran parte de mi vida sea dictada por la Bratva.

El punto de ser don es que ahora yo puedo establecer las reglas.

Saco mi teléfono para asegurarme de que el mundo no se esté derritiendo. En la parte superior de mis notificaciones hay una avalancha de mensajes de texto de Yefim.

YEFIM: *¿haciendo novillos otra vez? Porque ahora q eres el don, no es tan lindo.*

YEFIM: *ha pasado una hora desde q te envié un mensaje de texto y todavía no hay respuesta. me estás haciendo sentir como una novia celosa.*

YEFIM: *en serio, estás empezando a preocuparme. no puedes solo abandonar la faz del planeta por un par de grandes ojos verdes.*

YEFIM: *aunque no juzgo… ella realmente es sexy.*

YEFIM: *¿Kon?*

Su último mensaje de texto fue hace cuarenta minutos. Si ese cabrón no fuera tan jodidamente patético, me molestaría.

Le respondo el mensaje. ***Estaré mañana. Hasta entonces, el don está fuera de servicio.***

Él dispara algo antes de que pueda guardar mi teléfono. ***Te llegó una entrega.***

KON: *¿?*

YEFIM: *no la abrí. no soy idiota. pero la tarjeta estaba abierta así q eché un vistazo. es de Nestor. un regalo de felicitaciones.*

KON: *Así que él sabe que ya soy don. Me pregunto si eso hará la diferencia.*

YEFIM: *si piensas q puedes salir de este compromiso ahora, te engañas.*

KON: *Una de mis mejores cualidades.*

Guardo mi teléfono justo cuando Iris y Max regresan a la mesa. —¿Hiciste algunos nuevos amigos? —pregunto.

Iris sonríe. —Conocimos a un pez globo muy extrovertido. Pero no pudimos hacer que se hinchara.

—No fuiste lo suficientemente amenazante, Mamá.

—¿Bromeas? —respondo—. Tu mamá es súper amenazante. Tiemblo en mis botas cada vez que la veo.

—¡No puede ser! Apuesto a que no le tienes miedo a nadie —Max niega con la cabeza—. Ojalá yo fuera así —añade, mirándome con torpeza—. Pero… me asusto mucho.

—Es normal, cariño —dice Iris. Pasa la mano por su cabello—. Tener miedo no es nada de qué avergonzarse.

—¿De qué tienes miedo? —le pregunto a Max.

—Arañas, tornados, arenas movedizas y alturas —usa los dedos para enumerar, solemne.

Asiento, tan serio como él. —Todas esas son cosas razonables a las que temer, Max. Como dijo tu madre, no hay nada de qué avergonzarse. Eres el niño más valiente que conozco.

Él sonríe. Noto cómo todo el rostro de Iris se suaviza cada vez que ve a Max sonreír o reír. Él realmente es todo su mundo.

Unos minutos más tarde, llega el camarero con nuestra cena. Max e Iris exclaman con admiración por cada cosa que prueban. Todo el tiempo, solo los miro.

—Este es el mejor día —dice Max mientras mastica un enorme trozo de langosta—. ¿Verdad, Mamá?

Iris me mira cuando responde. —Sí —dice en voz baja—. Así es.

Y lo único que puedo pensar es: *Al diablo con las reglas*… incluidas las mías. Que se jodan Nestor Kuzmin y sus exigencias. Que se jodan Stepan Aminoff y su deuda. Que se jodan Anika Kuzmin y sus ojos lastimeros y suspirantes.

Antes de que termine la noche, besaré a la mujer sentada frente a mí.

Haré lo que quiera de ahora en adelante.

IRIS

—Max, directo a la cama, cariño —le digo mientras cruzamos la puerta—. Mañana tienes práctica de baloncesto.

Max asiente mientras se gira hacia la puerta, donde Kon está parado en el umbral. —Gracias por hoy, Kon. Fue increíble.

—Me alegro de que te hayas divertido.

—Sabes que no tienes que irte, ¿verdad? —dice. Me mira de reojo como si no me diera cuenta —. Yo tengo que irme a la cama, pero tú puedes quedarte y hacerle compañía a Mamá.

—¡Max! —digo, luchando contra el sonrojo en mis mejillas—. Cama. Ahora mismo.

Corre a su habitación, dejándome inquieta y con un rojo en la cara que no desaparece.

—Disculpa —murmuro—. No sé qué le pasa. No hace eso con todos. Solo… le gustas.

Kon sonríe, tan devastador como siempre. —¿Y a ti?

De repente mi lengua se siente tres veces más grande de lo normal. —No es necesario que me gustes —digo sin convicción—. Tú eres su padre.

—Magistralmente evadido.

—No estoy…

—¿Puedo tomar un vaso de agua?

Asiento y suspiro. —Pasa.

Entramos a la cocina y le sirvo un vaso de agua, sintiendo un cosquilleo de electricidad que baila sobre mi piel. Me tomo más tiempo del necesario para darme la vuelta y entregarle el vaso.

Lo toma sin decir nada y bebe rápido. Veo cómo sube y baja su nuez de Adán y me maravilla lo extrañamente sexy que es. En realidad, nunca le presté atención a eso en ningún otro hombre. Pero algo en Kon es tan viril, tan *vivo,* de un modo que no sabía que fuera posible.

Yo vivo mi vida como si estuviera a la deriva en un sueño recordado a medias. Kon vive la suya como si pintara cada segundo con sus propias manos.

—Estás mirando.

Parpadeo rápido y miro hacia abajo.

—¿Qué estabas pensando?

Sacudo la cabeza. —Nada.

Toma otro sorbo de agua y luego deja el vaso. —Avísame si necesitas algo.

Es más una orden que una pregunta. Puedo sentir el inminente adiós entre nosotros, y las palabras salen de mi boca antes de poder detenerlas. —¿Te vas?

Su expresión no cambia. —No tengo que hacerlo.

Miro hacia la puerta y sacudo la cabeza. —¿Quieres un poco de vino? Creo que tengo una botella de tinto en el armario encima del refrigerador. Sin embargo, no puedo garantizar que no te dé una resaca terrible. Es bastante barato.

—No necesito vino —dice—. Sentémonos.

Me abre camino hacia la sala de estar sin esperar respuesta. Se deja caer en un extremo del sofá con un suspiro satisfecho y me mira. Se pregunta si me uniré a él y dónde. Cada centímetro entre nosotros dice algo. Un poco más cerca, un poco más lejos… todo es comunicación.

Elijo sentarme lo suficientemente cerca para que pueda tocarme si así lo quisiera.

Mira a su alrededor y se da cuenta de que tengo un par de cajas en la esquina de la sala de estar. Una caja está marcada como “Esenciales”. El segundo trozo de cinta dice “Max”.

Siento un tirón cuando la miro, porque sé lo que hay dentro. Me levanto en silencio y me desplazo hacia allí.

Las tapas aún no están selladas, así que aparto las solapas y saco la tela doblada de arriba. Es una manta. Azul descolorido, con un pequeño elefante gris tejido en una esquina. Me giro lentamente y se lo ofrezco a Kon.

Al principio frunce el ceño. Luego se acerca para tomarlo. Es increíble ver esas manos poderosas y violentas moviéndose con tanta ternura. Sostiene la manta como si fuera a desmoronarse si es un poquito brusco con ella. Sus ojos son igual de gentiles.

—Lo traje a casa del hospital en esta manta —explico en un murmullo suave, aunque mi voz suena discordantemente fuerte para mis propios oídos. El calor en mis mejillas persiste, bastante obstinado.

No responde. Solo mira la manta de bebé como si viera una película en la superficie. Cuando sus ojos por fin se mueven hacia los míos, puedo notar que, a su manera, lo conmueve.

—Solía llorar cuando no la tenía por la noche. Pero, cuando llegó el día en que me dijo que ya no la necesitaba, fui yo la que lloró.

Kon la coloca con reverencia sobre la mesa de café, aunque sus ojos vuelven a ella de vez en cuando. —Gracias por compartirlo conmigo.

—No me quedo con todo —digo—. Tuve que elegir qué llevar conmigo cada vez que nos mudamos. Pero algunas cosas persisten pase lo que pase. Probablemente me enterrarán con ellas.

—Necesitas un hogar adecuado, Iris —dice—. Uno en el que te puedas instalar sin preocuparte por tener que irte tan pronto como te sientas cómoda. Un lugar en el que puedas coleccionar cada pequeño detalle sentimental que quieras porque sabes que tienes espacio. Donde no tengas que tomar decisiones.

Me estremezco. —Kon…

—¿Por qué no quieres aceptar ayuda cuando te la ofrecen?

—Porque siempre viene con un truco —dejo escapar—. Y no quiero estar en deuda con nadie.

—Yo no soy nadie —dice en voz baja—. Soy solo yo mismo.

—¿Qué hay de tu vida?

—¿Qué pasa con eso?

—Tú… eres un hombre soltero. ¿Qué pasa si conoces a alguien un día? ¿Qué pasa si quieres casarte? ¿Estará contenta tu futura esposa con el hecho de que tu hijo y su madre vivan contigo? Y antes de que digas lo que sé que dirás, no es una posibilidad hipotética… es una posibilidad muy real. Un día tendrás pareja. Y, ¿quién sabe? Quizás yo también tenga una pareja.

Se pone rígido al instante. Eso debería hacer sonar las alarmas en mi cabeza, ¿verdad? Los hombres posesivos son hombres peligrosos. Los hombres celosos son hombres violentos. Dios sabe que he conocido más de lo que me corresponde de ambos.

Pero él usa ese peligro de una manera que hace que mi estómago haga piruetas.

—Tienes que pensar en esto —agrego con suavidad.

Se inclina hacia adelante. —Lo pensé, Iris —me gruñe—. Ya terminé de pensar. Deberías probarlo alguna vez.

—Ojalá pudiera, pero no puedo apagar mi cerebro.

—Inténtalo.

—No. Porque cometeré un error si lo hago.

—Eso es una evasión.

—No, no lo es —espeto, a la defensiva—. Tengo miedo.

—No, estás siendo cobarde.

Respondo como si me hubiera abofeteado. —Me llamaron muchas cosas a lo largo de los años, pero nunca eso.

—Hay una primera vez para todo.

—Jódete —escupo—. No me conoces.

—Creo que te conozco mejor que tú misma —dice mientras se despliega en toda su altura y da un paso adelante para tragarse todo mi campo de visión—. Y creo que alejas las cosas antes de que puedan alejarte a ti.

Abro la boca para replicar, luego la cierro. A veces en la vida la gente te dice la verdad con delicadeza. Un bocado difícil de tragar a la vez.

Y otras veces, te lo meten en la garganta, y es amargo y te ahogas y los odias y harías cualquier cosa para que sea rápido… y luego se derrite y te recorre y te das cuenta de lo mucho que lo necesitaste todo este tiempo.

Algunas verdades son simplemente necesarias así. No hace que duelan menos.

—¿Algo que decir, Iris?

—Tienes que irte.

—Dicho como una verdadera cobarde.

—Vete. Fuera.

Da un paso al frente, justo en mi espacio. —¿De verdad quieres que me vaya, Iris? —pregunta —. Porque, si lo quieres, lo haré. Dilo y dilo en serio y me iré.

Trago, tratando de tragarme mi miedo, tratando de luchar contra mi propia sensación de duda e inseguridad. Pero es demasiado para lidiar con todo a la vez. Y, cuando sus labios se acercan cada vez más a los míos, la voluntad de resistirlo sale volando por la ventana. Junto con todos los pensamientos dando vueltas en mi cabeza.

Así que, cuando me besa, los pedazos rotos de mi vida encajan en su lugar. El mundo parece pasar del blanco y negro a color puro e impactante. Sus labios presionan los míos, pero no son exigentes ni intensos.

Es lo más suave que sentí jamás.

Mis manos tiemblan hacia arriba y aterrizan en sus brazos. Quiero memorizar su tacto, su sabor, su peso y su calidez. Porque no puedo tener esto, sé que no puedo, solo terminará mal… pero, Dios mío, necesitaré estos recuerdos para sobrevivir cuando los días vuelvan a oscurecerse.

Este momento es un punto de luz cegadora en medio de una vida llena de sombras.

Así que lo aceptaré.

Lo aceptaré.

Lo aceptaré.

Muerde mi labio inferior y jadeo ante su beso, sorprendida por el repentino estallido de dolor que se entremezcla con el placer. Desliza su lengua por la piel que acaba de morder, calmando lo que duele, reparando lo que pica.

—Kon…

Su mano cubre mi rostro, obligándome a mirarlo a los ojos. Luego se aleja y extraño su toque

como extraño el aire para respirar.

—Buenas noches, Iris —se vuelve hacia la puerta.

—¡Espera!

Ni siquiera lo pienso. Solo actúo por instinto. Por primera vez en mucho tiempo, hago lo que quiere mi cuerpo. Y me olvido de las consecuencias.

—Quédate conmigo —le susurro—. Por favor.

Extiende su mano hacia mí y deslizo mis dedos entre los suyos. Todo lo que necesito es un suave tirón y vuelvo a caer en sus brazos. Sus labios encuentran los míos y un escalofrío recorre mi nuca. Lleva mi mano con suavidad hacia su pecho y la deja allí mientras hace un lento trabajo para desvestirme. Lo hace como un hombre para quien el tiempo no significa nada. Tiene todo lo que podría desear.

Pero, cuanto más tarda, más impaciente me pongo. Él me mira a los ojos, se da cuenta y sonríe. —Todo lo bueno le llega a quienes esperan —se burla sin piedad.

Luego, desabrocha el último botón de mi vestido, que cae al suelo alrededor de mis pies.

El hecho de que él esté allí completamente vestido mientras yo estoy tan desnuda como el día en que nací me parece completamente injusto. Pero, antes de que pueda alcanzarlo, me agarra y me empuja hacia el sofá. Se arrodilla frente a mí y me separa las piernas.

Mi coño palpita de anticipación cuando su rostro desaparece entre mis muslos. Luego, siento su lengua contra mi raja y jadeo, mis pezones se endurecen como rocas cuando comienza a explorar mi cuerpo.

Siento que hiervo de nuevas sensaciones y me hace retroceder diez años. De regreso a la última vez que me permití perder el control. Es como si no hubiera pasado ni un segundo.

Paso mis dedos por su cabello castaño oscuro. Es suave y está lleno de colores otoñales. Veo bosques enteros de hojas de color ámbar dorado cuando cierro los ojos y arqueo la espalda, luchando por ahogar mis gemidos desesperados.

Siento su lengua deslizarse dentro de mí, moviéndose y lamiendo, resbalando y chupando, hasta que pierdo todo sentido de lo que está haciendo. Basta con que sea él quien lo hace.

Cuando el orgasmo finalmente me invade, cada músculo de mi cuerpo se tensa. Me muerdo el labio inferior para evitar que se me escape el llanto.

Incluso cuando me corre la sangre, no lo suelto.

Incluso cuando llena mi cuerpo con el calor exacto que extrañé durante los últimos diez años, no lo suelto.

Solo empiezo a volver a mis sentidos cuando lo veo de pie junto a mí. Observo débilmente cómo se quita la camisa y la arroja a un lado. Pero, cuando va por sus pantalones, no puedo detenerme… me siento con avidez y lo alcanzo.

Para mi sorpresa, me deja. Kon me observa desabrocharlo y bajarle la cremallera con un hambre

en sus ojos igual a la mía. Le bajo los pantalones y los boxers. Ya salivo al pensar en él.

Su polla casi me golpea en la cara. Está completamente erecto y siento que mi coño palpita con más fuerza al verlo. La fatiga en mis huesos parece desaparecer casi de inmediato.

Al instante, abro la boca y lo llevo profundamente dentro de mi garganta. Tenía la intención de tomarme mi tiempo. Tenía la intención de ir tan lento como él. Uno pensaría que, después de esperar diez años, podría esperar un poquito más.

Pensarían mal.

Él gime mientras lamo de arriba a abajo su longitud. El sonido me pone los pelos de punta. Si pudiera sacarle otro gemido, sería feliz. Es suficiente vivir mi vida solo con ese sonido.

—Joder —gruñe.

Esto es lo que quería, ¿verdad? Quería saber que él me desea tanto como yo lo deseo a él. Quería saber que puedo hacerle a él lo que él puede hacerme a mí.

Entonces, ¿por qué siento que se me cae el corazón?

La respuesta es obvia: porque ese segundo gemido, el que estaba esperando… me hace darme cuenta de que no importa cuántos suspiros de placer le saque.

Nunca será suficiente.

Me alejo, aspirando aire con desesperación. Kon se hace cargo. Pone una rodilla en el sofá entre mis piernas y frota su polla a lo largo de mi raja. Me provoca o me prepara, no sé cuál.

Paso mis dedos desde su pecho hasta sus abdominales. Una capa brillante de sudor se adhiere a sus músculos. Quiero lamerlo hasta dejarlo seco.

Cuando mi mano aterriza en su pectoral derecho tatuado, se empuja dentro mío tan fuerte que me levanto de un salto y reprimo un grito tan fuerte como para derribar el techo.

Me empuja hacia abajo y comienza a bombear dentro de mí. Duro, rápido, todo lo que he soñado desde que salí por la puerta de esa habitación de hotel.

No lleva mucho tiempo. Ocho bombeos, quizá diez, y siento que mi cuerpo se eleva de nuevo, listo para un segundo orgasmo. Mantengo mis ojos en su rostro, la tensión en su mandíbula, la intensidad de su mirada, y dejo que me consuma.

Dejo que *él* me consuma.

Justo cuando atraviesa mi cuerpo, baja la boca y se lleva mi pezón derecho a la boca. Chupa con fuerza, enviando el orgasmo a nuevas espirales.

—Ay, Dios, Kon… Kon…

Mis dedos se clavan en su espalda. Soy consciente de que estoy dejando marcas incluso cuando hundo mis uñas en su piel tensa, pero no puedo evitarlo. Ya es bastante difícil evitar gritar. Si no me aferro a él así, me desmoronaré por completo.

Él gruñe bajo y siento su semen brotar dentro de mí. Cuando ya no queda nada, su rostro cae en

el hueco de mi cuello y se queda allí por un momento.

Noto que algo parpadea en la mesa de café. Cuando miro por encima del hombro, veo que es el teléfono de Kon.

—El mundo exterior llama —susurro.

—Que se joda el mundo exterior —dice con dureza.

Sus ojos se quedan en los míos y luego se aleja de mí. Se sienta, agarra un pañuelito y limpia el desastre que gotea por la parte interna de mis muslos.

No sé por qué, pero ese solo gesto me da ganas de llorar.

—Gracias —digo. Estoy orgullosa de que mi voz no tiemble.

Se pone los bóxers y los pantalones y, cuando se levanta, me doy cuenta de que le dejé marcas de garras en la espalda. —Ay, Dios —jadeo, poniéndome de pie.

—¿Qué? —pregunta, volviéndose hacia mí.

—Tú estás… yo… he dejado una marca…

Él ríe. —Bien. La quiero.

KON

Este es un dolor que no me importa soportar. Cada vez que siento la familiar punzada, los caminos que abrió en mi espalda se reavivan y recuerdo la forma en que su rostro se torcía de placer.

—¿Kon? Hermano, ¿estás ahí?

Me dirijo a Yefim. —¿Qué?

—Has estado distraído todo el día. ¿Estás preocupado por este acuerdo?

—Por supuesto —miento sin problemas.

Cuanto menos sepa Yefim, mejor. Se preocupa en su mejor día. No hay necesidad de darle más combustible.

—¿Lo has hablado con tu padre?

—¿Por qué debería? —exijo—. Ya no está a cargo.

—Aunque igual *está*, ¿sabes?

Le lanzo a Yefim una mirada fulminante. Tiene la previsión de romper el contacto visual y dejar el tema.

Nos siguen dos jeeps llenos de mis hombres. El viaje hasta el hangar de avión privado dura casi dos horas, pero valdrá la pena. No tendré que hacer el viaje cada vez una vez que tengamos un contrato vigente.

De todos modos, no es que crea en los contratos en el inframundo. Es un escudo de papel. Pero una protección de papel es mejor que ninguna.

—¿Recuérdame de nuevo cómo hicimos este contacto? —pregunta.

—Conozco gente.

—Sabes que tienes un círculo establecido de aliados, ¿verdad? —me recuerda Yefim.

—Son los aliados de mi padre, no míos. Los amigos de mi padre, no míos. Los errores de mi padre. No míos.

—Muy intimidante —arrastra las palabras—. De todos modos, quizá sería prudente organizar una reunión con la vieja guardia. Para volver a presentarte como el nuevo don. Un pequeño baile de debutantes, ¿sabes?

—Sería un gesto hueco. Y este trabajo tendría que hacerse de todos modos. Necesito mi propio círculo de aliados. Hombres que me respondan y me sean leales.

—Pero no se trata de eso —infiere Yefim con astucia—. Estás planeando algo. Conozco ese pequeño brillo diabólico en tus ojos. De hecho, estoy bastante seguro de que tengo una cicatriz retorcida y un tatuaje feo de la última vez que lo vi.

No se equivoca, pero no se lo explicaré. Especialmente cuando sé que tendrá serias reservas al respecto.

—Eres un hombre inteligente —le digo—. Lo descubrirás tarde o temprano.

Yefim suspira. —¿Debería preocuparme, Kon?

—No por mí. Nunca por mí.

Deja la línea de interrogatorio y se queda quieto hasta que llegamos al hangar privado, gracias al maldito Señor. Nos dejan pasar a través de enormes puertas de acero y nos ordenan que estacionemos junto con los otros dos jeeps que me siguen al interior.

Traje conmigo un total de veinte hombres, incluido Yefim. Mi contacto y yo acordamos de antemano el número del séquito. Llegamos demasiado lejos para arruinar las cosas ahora, aunque todo todavía pende de un único y precario hilo.

Siguiendo el procedimiento, dejamos nuestras armas en la caseta de vigilancia delantera. Puedo ver el avión privado al ralentí en la boca del hangar mientras nos acercamos.

—Déjame hablar a mí —le digo a Yefim con la comisura de mi boca.

Yefim resopla. —Para empezar, no sabría qué decir. Ni siquiera sé qué diablos está pasando.

Sonrío ante su evidente molestia, pero no me disculpo por ello. No estaba interesado en que me disuadieran de una oportunidad lucrativa como esta. Y, si me ayuda a salir de otra situación en la que no quiero estar… más razón para hacerlo.

Los hombres que están parados en la pista fuera del avión están todos vestidos elegantemente con trajes oscuros. —Parecen rusos —señala Yefim con el ceño fruncido.

—Vaya —respondo—. Dado que son rusos, tiene sentido.

Un hombre de aspecto joven se adelanta al grupo. Hago un recuento rápido mientras me acerco a encontrarme con él. Veintiuno de ellos en total, como nosotros. Hasta ahora, todo bien.

—Konstantin —dice con una fácil sensación de familiaridad—. Qué maravilloso que finalmente nos encontremos.

—Khariton —digo—. Es un placer conocerte también —nos damos la mano.

Khariton se aclara la garganta. —Estoy aquí para hablar por mi primo, Tikhon Kusnetsov.

Los ojos de Yefim se agrandan un poco más al escuchar el nombre del famoso narcotraficante, pero su lenguaje corporal permanece impasible.

—Por favor, acepte sus disculpas por no estar aquí en persona, así como una muestra de su amistad —Khariton chasquea los dedos y dos de sus hombres se acercan con un pequeño cofre que llevan entre ellos, aunque luchan y gruñen como si fuera extrañamente pesado.

Lo colocan frente a mí y abren la tapa para revelar un lujoso forro rojo. En el medio hay un intrincado jarrón pintado con caballos al galope.

—Esta pieza tiene dos siglos. Ha estado en la dinastía Qadir durante generaciones.

—Aprecio el gesto —digo—. Pero igual quiero leer el contrato.

Khariton me da una risa apreciativa. —Sabía que me gustarías, Konstantin. Un hombre de negocios, de principio a fin —luego vuelve a chasquear los dedos y un hombre de traje ajustado detrás suyo saca una carpeta.

Lo tomo y lo escaneo. La firma de Kusnetsov aparece con aires de importancia en toda la mitad inferior de la última página.

—Mis hombres ya han descargado sus mercancías. Todo te espera en el hangar. Lo único que te queda por hacer es firmar —me dice Khariton intencionadamente.

—Todo parece estar en orden —digo, una vez que estoy satisfecho con que el contrato se haya redactado como lo estipulé—. Gorvic, Oleg, Hans.

Cada hombre al que llamo se acerca con un gran maletín negro y lo deja frente a Khariton y sus hombres.

—¿Te importa si yo…?

—Me ofendería si no lo hicieras.

Saluda una vez más. Tres hombres se separan de la fila y se arrodillan frente a cada maletín. Moviéndose en sincronía como robots, abren las cajas exactamente al mismo tiempo para revelar el cargamento de dinero en efectivo bellamente ubicado bajo el sol de la tarde.

—Maravilloso, Konstantin —dice Khariton con una sonrisa lasciva—. Ahora solo queda una cosa por hacer.

Miro a Yefim, pero él me devuelve la mirada sin comprender. —Necesito un bolígrafo, Yefim —digo con los dientes apretados.

Parpadea una vez, luego saca un bolígrafo y me lo entrega. Nunca duda, ni siquiera ahora, pero puedo ver la incertidumbre en cada movimiento. Conoce a estos hombres, si no por su apariencia, por su reputación. Él sabe lo que han hecho, de lo que son capaces.

Y joder, sí que no le gusta.

Tomo el bolígrafo y garabateo mi firma en la página principal. Una vez que termino, firmo el duplicado. Le entrego uno a Yefim y el otro a Khariton.

—Maravilloso —dice Khariton—. Simplemente maravilloso. Creo que será el comienzo de una

hermosa amistad.

—Me gustaría que así fuera.

—Estaré en contacto, Don Konstantin —dice Khariton, inclinándose respetuosamente.

Asiento una vez más y la delegación rusa regresa hacia el avión privado. Espero hasta que todos hayan subido antes de darme vuelta y regresar a nuestros vehículos en espera.

Nunca le des la espalda a hombres peligrosos. Esa es una lección de mi padre que no olvido.

Yefim permanece en silencio todo el tiempo. Mientras mis hombres recuperan sus armas, él mira el hangar y observa las cajas que transportan a la parte trasera de los jeeps que esperan.

—¿Qué hay en los contenedores? —pregunta.

Le dedico una mirada. —Algo que nos hará ganar un montón de puto dinero.

—¿Qué tiene de mala nuestra tarifa habitual? Las armas pagaron las facturas durante mucho tiempo, Kon.

—No me interesa la "tarifa habitual". Quiero hacerme un nombre. Uno que no tenga nada que ver con el de mi padre.

—Patrañas —escupe Yefim rotundamente.

—¿Disculpa?

—Nunca te importó "hacerte un nombre" —se burla—. Te importa una mierda lo que la gente piense de ti. Así que ahórrame las patrañas. Sin charlas sobre legado, sin mentiras sobre la reputación. ¿De qué se trata realmente esto, Kon?

—Pensé que tú eras el inteligente.

Él asiente mientras todo comienza a encajar. —Intentas establecer conexiones separadas de Nestor Kuzmin.

—Bingo. ¿Sabes qué hay en esas cajas?

—Supongo que no es una puta Cajita Feliz —se queja.

—Mil cuatrocientos kilos de heroína de alquitrán negro. ¿Cuánto crees que ganaremos con eso?

Yefim pone los ojos en blanco. —No jugaré a este juego —dice.

—Cincuenta millones, como mínimo —digo—. Y ese es solo el primer envío. Unos cuantos acuerdos más, algunos envíos más y ¿esa deuda que acumuló mi padre? Puf, se va así.

—Dios —respira Yefim—. ¿Todo esto… por ella?

Aprieto la mandíbula con fuerza. —Nunca estuve de acuerdo con este acuerdo.

—Eso no es cierto. Estuviste de acuerdo hace años. Iris es la que puso un freno a las cosas.

Reprimo mi deseo de reaccionar con exageración, de arder y enfurecerme y recordarle cuál es el

orden jerárquico. Pero no sirve para nada. Es mi amigo más cercano y tengo que recordarlo.

—Lo que pasó es lo que pasó. Ahora soy don. Bailo a mi propio ritmo.

Yefim pasa una mano frustrada por su cabello. A este ritmo, al final de los años se quedará calvo. —Quizá puedas saldar la deuda con los Kuzmin. Pero una ruptura de compromiso será un insulto difícil de aceptar para Nestor. Especialmente si lo que escucho sobre el enamoramiento de la chica por ti es exacto.

—¿Se supone que debo encarcelarme en un matrimonio miserable solo para evitar herir sus sentimientos? A la mierda con eso. Lo superará.

—Es una princesa Bratva —sisea Yefim—. No "superará" nada. Se vengará.

—Me gustaría verla intentarlo.

—Jesucristo —maldice Yefim en voz baja—. Hermano, lo digo con la mejor intención: creo que no estás viendo las cosas con claridad. Anika Kuzmin fue criada para ser tu esposa. Será una buena.

—Ella no es lo que quiero.

—¿Iris lo es?

Dudo por un momento. —Yo… necesito espacio para resolverlo.

Puede que sea la primera vez que flaqueo delante de él. Sus ojos se agrandan como los de una caricatura. —Esto entre tú e Iris… es más serio de lo que pensé, ¿no?

No respondo. En lugar de eso, ladro algunas órdenes a mis hombres. Los envíos se transferirán a un almacén especial antes de su distribución. Entonces, el dinero empezará a fluir.

Una vez que termino mis instrucciones, regreso al vehículo. Yefim me sigue en silencio. Nos subimos juntos al jeep y arrancamos el motor. No dice una palabra mientras salimos. Se limita a mirar por la ventana como si hubiera respuestas escritas en algún lugar en el horizonte.

Después de un rato sin más sonido que el ruido del motor del jeep, se vuelve hacia mí. —¿Ella lo sabe?

—¿Saber qué?

—No te hagas el estúpido, Kon. No te conviene. ¿Iris sabe sobre Anika?

—No hay nada que saber.

—De alguna manera, no creo que esté de acuerdo —arrastra las palabras.

Pongo los ojos en blanco. —No es un verdadero compromiso —espeto—. Fue una decisión comercial imprudente de dos ancianos.

—Intenta convencerla a ella… no, intenta convencer *a cualquiera* de eso.

—No tengo que convencer a nadie de nada, *sobrat*.

—Claro, porque ahora eres el don —escupe Yefim con saña—. Tanto es así que no necesitas mi

consejo ahora.

—No te hagas la víctima, Yefim. No te conviene —respondo, arrojándole sus propias palabras a la cara—. No pedí esta mierda y decidí que no la toleraré más. Es el final de eso. No quiero un felpudo. Quiero una pareja. Quiero una mujer que no tenga miedo de responder o devolver el golpe. Anika Kuzmin nunca será eso para mí.

Él solo suspira. —Por si sirve de algo… aparentemente ya no es mucho… creo que estás cometiendo un error.

—Tienes razón —murmuro—. Eso no vale nada.

IRIS

—¿Mamá?

—¿Sí, cariño? —pregunto mientras unto un poco de hummus sobre una tostada.

Max se sienta frente a mí en la isla de madera. Tiene su propia rebanada de pan tostado con hummus cubierta con almendras tostadas. Este es el tipo de comidas que siempre comimos. Cosas que no involucran muchas piezas móviles ni ingredientes costosos.

Cocina de mentira. Así lo llamaba Max cuando era más pequeño. Yo siempre lo llamé simplemente supervivencia.

—¿Veremos a Kon otra vez?

Lo miro, tratando de ser casual. —Creo que sí, sí.

Me mira a los ojos y siento una punzada de algo. Probablemente, mis instintos solo intentan advertirme sobre lo que se avecina.

—¿Eso es porque es mi papá?

La tostada que tengo en la mano cae sobre la encimera, provocando que el hummus salpique por todas partes. Lo ignoro por completo y miro boquiabierta a mi hijo.

—¿Qué?

Max se limita a mirarme con timidez. —Bueno, ¿lo es?

—¡Max!

—No estás diciendo que no lo es.

Lo miro fijamente durante cinco segundos más, tratando de entender las puras habilidades perceptivas de un ser humano que yo, en teoría, di a luz. Debería haber sabido que era demasiado inteligente para ignorar por completo la verdad.

Trago fuerte. —¿Alguna vez lo creíste? Las cosas que te dije sobre tu papá.

—Al principio —admite—. Luego, a medida que crecí, lo descubrí.

—Nunca me dijiste nada.

—Parecía que te entristecía hablar de ello —me dice Max con total naturalidad—. No quería que estuvieras triste.

Beso la parte superior de su cabeza y respiro hondo. —Sabes que te amo, ¿no?

—Lo sé, Mamá. Yo también te amo.

—Lamento no haber sido honesta contigo.

—Tenías tus razones.

Sacudo la cabeza hacia él. —Me sorprendes todos los días, Maximillian.

Arruga la nariz con disgusto. —Es Max —insiste. No puedo evitar reírme al recordar que a Kon tampoco le gusta el uso de su nombre completo.

—¿Estás bien, cariño? —pregunto.

Él asiente. Puedo verlo soltar un suspiro mientras lo hace. Un aliento que lleva contenido mucho, mucho tiempo. —Gracias por admitirlo —murmura.

Asiento en respuesta, triste de un modo que no puedo explicar. —Te mereces la verdad, Max. Mereces todo el amor del mundo. Solo quiero mantenerte a salvo.

Sacude la cabeza mientras mira fijamente a media distancia. —Solo seguía pensando que me resultaba familiar. Y creo que a veces se parece a mí —él parpadea para alejar el aturdimiento y me mira—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Me acerco y acaricio el dorso de su mano. —Siempre hemos sido tú y yo, Max. Toda tu vida hemos sido nosotros dos. Y eso me ha encantado.

—Pero ahora podemos ser nosotros tres —protesta en voz baja.

Como si fuera así de simple. Como si algo fuera jamás tan simple.

—Cariño, sabes que Kon y yo no estamos juntos, ¿verdad?

Pero, incluso mientras lo digo, me siento culpable. Anteayer cruzamos una línea. Dejamos que nuestros deseos se apoderen de nosotros.

Se siente extraño que solo tengamos esas dos experiencias físicas que nos unen, considerando que tenemos un hijo. Un par de momentos solitarios, unidos como un puente desvencijado sobre un abismo enorme.

Quiero más. De un modo profundo y doloroso que palpita a cada latido del corazón, quiero más. Pero acostarse con Kon causará problemas. No soy el tipo de mujer que puede tener sexo con un hombre sin definir nada. Las citas casuales nunca han sido lo mío. El sexo casual, menos.

Solo no sé cómo entregar mi corazón en partes. Para mí es todo o nada. Siempre lo fue.

—Pero… pero… ¿por qué no? —pide.

Lo que quiero decir es que *es una larga historia. Te lo diré cuando seas mayor.*

Pero le dije que se merece la verdad, y lo dije en serio. Es valiente, amable, cariñoso y merece la

verdad, al menos. De todos modos, es todo lo que puedo darle ahora.

Entonces, tomo su mano y me siento a su lado. —¿Recuerdas que te dije que vine a Los Ángeles cuando era muy joven?

Él asiente con incertidumbre. —Sí.

—Yo tenía dieciocho años. Vine aquí y empecé a buscar trabajo. Conseguí algunos trabajos ocasionales aquí y allá, y luego encontré un agente que dijo que me ayudaría a comenzar mi carrera como modelo. Estábamos en un evento… algo así como una fiesta… y ahí fue donde conocí a Kon por primera vez.

—Ah. ¿Y luego me tuviste?

Dudo, molesta por tener que hacerlo sola, aunque siempre esperé hacerlo. —Sí, pero Kon no sabía que iba a tenerte. Solo se enteró de ti recientemente. Por eso vino a buscarnos.

Max sonríe. —Entonces, él quiere conocerme.

—Bastante.

Parece intensamente aliviado y siento que la culpa se retuerce en mis entrañas. Culpa que tiene que ver tanto con Kon como con Max.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—¿Podemos verlo hoy?

Respiro para enfriar mi corazón acelerado. —Si eso es lo que quieres, cariño, entonces sí.

Sonríe tan salvajemente que mi corazón vuelve a latir en estampida. —Genial —luego, salta del taburete y se dirige a su habitación.

Entierro la cara entre mis manos durante varios segundos, intentando respirar a través de la repentina ansiedad que mantiene mi cuerpo como rehén.

Ya se sabe la verdad. Y no hay vuelta atrás.

Si Kon decide que no quiere tener nada que ver conmigo y con Max ahora, dolerá aún más. Quizá es por eso que me tiembla el pulgar cuando saco mi teléfono y la tarjeta de presentación y marco su número.

—¿Iris? —dice tan pronto como responde—. ¿Qué pasa?

—Hola, Kon —digo tentativamente—. No pasa nada. ¿Estás… ocupado ahora mismo?

—Siempre estoy ocupado —mi estómago comienza a hundirse antes de que agregue—: Pero puedo hacer tiempo.

Cierro los ojos y los froto con la palma de la mano. Estoy temblorosa y dolorida de la cabeza a los pies, como si ardiera de fiebre, aunque mi frente está fría al tacto.

—Max lo sabe —espeto.

Kon guarda silencio por un momento. Solo su respiración, lenta y constante, dentro y fuera. —¿Le dijiste?

—Preguntó.

—El niño es inteligente.

—Mucho más inteligente que el crédito que le di —suspiro—. En cualquier caso, una vez que me preguntó sin rodeos, no quise mentir. Así que… él lo sabe. Pidió verte hoy.

—Enviaré un coche.

Levanto las cejas y agarro el teléfono un poco más fuerte. —¿Ahora?

—Ahora —confirma—. Nos vemos pronto.

Cuelga y me quedo allí sintiéndome… extraña, supongo que es la única palabra para describirlo. La vida que pasé una década construyendo para Max y para mí se está despegando como piel muerta. Me viene a la mente una frase, aunque no podría decir dónde la escuché ni por todo el té en China.

Lo que la oruga llama el fin del mundo, el maestro lo llama mariposa.

Tiemblo involuntariamente.

Mientras lo hago, llevo los dedos a mis labios y rozo el punto sensible de mi labio inferior. El lugar exacto donde Kon me mordió. No duele exactamente. Es más bien como un latido indoloro. Un recordatorio. Una pequeña nota que dejó en mi cuerpo que dice: *ya soy parte de ti.*

Cuando le dije que le dejé marcas en la espalda, se rio y dijo: *Bien*. Como si las cicatrices fueran exactamente los recuerdos que esperaba.

No tenía sentido para mí en ese momento. Ahora lo entiendo.

Casi doy un salto cuando mi teléfono empieza a sonar de nuevo. Cuando veo quién llama, hago una mueca. Pero solo puedo huir del mundo durante un tiempo. Tarde o temprano, mis demonios exigirán una respuesta.

—Hola, Morley.

—Iris, ¿por qué diablos no respondes mis llamadas? ¿Sabes qué? Lo que sea, no me importa. Te necesito fuera el fin de semana.

—¡Me diste cinco putos días! —chasqueo—. Me mudaré, pero necesitaré algo de tiempo para encontrar un nuevo lugar.

—Estoy recibiendo presión, Iris.

Aprieto los dientes con furia, pero una parte de mí sabe que Morley no es rival para Sorbonne. No puedo exactamente culpar al hombre por intentar sobrevivir. Es una cucaracha… lo único que sabe hacer es sobrevivir.

—Yo también —le digo—. La presión interna de saber que pronto te quedarás sin hogar y que tienes un hijo que mantener.

—Dos días más —dice—. Ni un segundo más.

—Morley…

—Dos días más —cuelga, furioso.

—Cobarde —le gruño al teléfono.

Todavía respiro con dificultad cuando oigo que un coche se detiene delante de la casa. —Joder —maldigo en voz baja. Entro en mi habitación y rápidamente me pongo unos pantalones blancos de cintura alta y un top negro. Mantengo mi cabello suelto sobre mis hombros y me aplico un ligero toque de lápiz labial nude.

—¡Max! —llamo mientras me dirijo hacia la puerta principal, con mi cartera colgada de un hombro.

—Estoy listo —dice Max, saliendo de su habitación con su mochila a cuestas.

Salimos de la casa de la mano hacia el Wrangler negro que nos espera afuera. Reconozco inmediatamente al hombre sentado al volante. Es bajo, pero hay una presencia en él que contradice su tamaño.

—Iris —saluda.

—Yefim, ¿no?

—Me recuerdas. Me halagas —dirige su atención a Max—. Encantado de conocerte, hombrecito.

Max le estrecha la mano y mira con asombro el enorme Wrangler. —Es un coche grande.

—¿Quieres conducirlo?

—¡No! —dejo escapar al mismo tiempo que Max grita—: ¡Sí!

Yefim me mira con una sonrisa tímida y culpable. —Solo bromeaba. Lo siento, amigo. Primero hay que poder alcanzar los pedales. ¿Pero quizá tu mamá te dejará sentarte al frente…?

Me pellizco el puente de la nariz. La sensación de fiebre y escalofríos de antes vuelve con fuerza.

—¿Por favor, Mamá? —suplica Max—. ¿Por favor?

—Vale —concedo—. Solo esta vez.

Sonríe de oreja a oreja y golpea el aire con emoción. —Ay, hombre, Samson estará muy celoso.

Tengo que reprimir una sonrisa mientras subo al asiento trasero del Wrangler. Yefim se asegura de que ambos tengamos el cinturón puesto… probablemente más para mi beneficio que cualquier otra cosa… y luego comienza a conducir.

—Es un placer conocerte, Max —dice mientras navegamos por la autopista—. He oído mucho sobre ti por parte de Kon.

—Él es mi papá, ¿sabes? —deja escapar Max.

Puedo ver que los ojos de Yefim revolotean hacia mí en el espejo retrovisor. —Sí —dice con

cuidado—, lo sabía.

—Ah. Yo me enteré hace poco —dice Max—. ¿Eres el conductor de Kon?

Yefim se ríe. —Supongo que me llamarías la mano derecha de Kon. Hago lo que me pide. Grandes trabajos, pequeños trabajos, trabajos importantes. Tú, por supuesto, eres lo último.

—¿Dónde está Kon ahora? —pregunto, ligeramente curiosa.

—Ocupándose de negocios —dice Yefim vagamente—. Pero estoy seguro de que habrá terminado cuando lleguemos a la hacienda.

—¿Hacienda? —pregunta Max.

—Ah, claro, no has estado allí antes. Créeme, te volará tu pequeña cabecita.

Max frunce el ceño. —Mi cabeza no es pequeña.



LLEGAMOS a la hacienda de Kon unos veinte minutos más tarde. Max literalmente vibra en el borde de su asiento, saludando con impaciencia a las puertas que se abren lentamente.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¿Puedes ver esto?

—Puedo verlo, cariño. Bastante genial, ¿eh?

—Este lugar es como un castillo —anuncia—. Solo que sin el foso y el puente levadizo.

—Pero ambas son muy buenas sugerencias —dice Yefim—. Aunque no le des ninguna idea a tu papá.

Estaciona frente a la casa y se acerca para ayudar a Max a bajar del asiento delantero. Tan pronto como sus pies tocan la grava, corre hasta la fachada de la casa y estira el cuello hacia arriba.

—Esto. Es. Tan. Genial —respira.

Solo ha sabido la verdad sobre Kon durante una hora, más o menos, y ya puedo ver el impacto que esa información tiene en Max. Parece un poco más alto y se mueve un poco más rápido. Y la sonrisa nunca abandona su rostro.

—Mamá, ¿puedo ir a explorar?

Miro a Yefim y siento que somos intrusos que no pertenecen. —Por supuesto —lo anima Yefim —. Ve a buscarnos algún tesoro enterrado —me mira y susurra—: Hay seguridad por todas partes. Estará bien.

Max sale corriendo, riendo como un maníaco todo el camino. Me quedo dando vueltas en el lugar, sin saber qué hacer conmigo misma o con las emociones innombrables que corren por mis venas.

—¿Estás bien? —pregunta Yefim en voz baja.

Asiento, tratando de alejar los miedos que aletean dentro de mí como murciélagos. —Estoy bien. ¿Dónde está Kon?

—Manejando algunos…

—¿Negocios de la Bratva?

Él duda. —Sí, negocios de la Bratva.

—¿Debería estar preocupada?

Sé inmediatamente que entiende exactamente lo que le pregunto. Para su eterno crédito, no se molesta en mentir… simplemente responde con honestidad, en un tono bajo y lleno de toda la ansiedad que hasta ahora mantenía encerrada para mi beneficio.

—Sí —suspira—. Deberías.

KON

Cuando regreso a casa, ella está parada junto a las puertas francesas, con los brazos cruzados casualmente sobre el pecho. Su piel brilla con el sol que entra a través del cristal, pero su cabello repele la luz por completo.

Su rostro es sombrío. Contemplativo. Todo esto a pesar de que mira a Max, que corre por el jardín como si fuera su primer viaje a Disneylandia.

Ella no me nota hasta que estoy parado justo a su lado. Cuando lo hace, jadea y salta alrededor de un metro en el aire.

—¡Dios! —exclama, agarrando su corazón—. No me asustes así.

—¿En qué estabas pensando?

Se muerde el labio inferior y noto que está hinchado desde que la mordí la otra noche. Solo notarlo hace que mi polla se anime de inmediato. Si Max no estuviera corriendo por el jardín en este momento, podría hacer algo al respecto.

—Estaba pensando que… no sé qué estoy haciendo aquí —dice. Suena como una mujer que busca tranquilidad.

—Estás aquí porque nuestro hijo descubrió que soy su padre —le recuerdo.

Se sobresalta un poco cuando digo “nuestro hijo”. Es la primera vez que uso esas palabras y se siente… bien. Surreal, pero correcto.

—Se dio cuenta de que la historia que le conté sobre su “padre” era mentira.

—Te dije que era inteligente.

—No necesitabas decirme nada —responde ella—. Soy su madre. Sé lo inteligente que es.

—Claramente no, o no te sorprendería tanto estar aquí ahora mismo.

Ella aprieta los dientes y me mira fijamente. —Hoy no es el día para ser gilipollas, Kon.

—No era consciente de que estaba siendo uno.

—Tal vez sea algo natural.

Tengo que esforzarme mucho para reprimir mi sonrisa. Su voz está irritada con ira mal dirigida y resentimiento sin rumbo. Está haciendo un trabajo muy pobre para mantener el control.

No estoy seguro de si es porque Max descubrió quién soy, o si es porque pasaron más de veinticuatro horas desde que me la follé sin sentido y no intercambiamos un mensaje de texto ni una llamada hasta que ella me contactó hoy.

—Escucha —suspira—, Max vino aquí porque quería verte. Deberías hablar con él.

—Lo haré. Pero te hablo a ti primero.

Extiendo la mano y toco su brazo. Ella retrocede como si yo hubiera tratado de golpearla. Sus hermosos ojos verdes encuentran los míos y veo el deseo eléctrico en ellos. Atravesado por un miedo ardiente.

—No lo hagas —susurra—. Por favor, solo… no lo hagas. La otra noche fue un error. Debimos… nunca debimos haber cruzado esa línea.

—¿De quién era esa línea? No era mía.

Se aleja de mí rápidamente, como si tuviera miedo de que intente tocarla de nuevo. Podría seguirla, sujetarla a una pared y hacerla escuchar. Podría respirar las palabras directamente en esa linda boquita para que ella no tuviera más remedio que tragárselas.

Pero hoy tengo un motivo oculto. Especialmente, ahora que Max sabe quién soy realmente.

—Siempre hay una línea —insiste—. Y tenemos que establecer algunas más.

Pongo los ojos en blanco y empiezo a alejarme de ella.

Puedo sentir su ira seguirme como una sombra. —¿A dónde diablos vas? —exige.

—A hablar con mi hijo, como sugeriste.

Salgo al césped y Max me ve. —¡Kon! —él grita. Corre directamente hacia mí y le ofrezco mi puño, que golpea con entusiasmo.

Luego me arrodillo frente a él para que estemos al nivel de los ojos. —Entonces… oí que conoces el gran secreto.

Max parece cohibido por un momento. —Tú eres mi papá —luego, levanta sus ojos hacia los míos y sonríe—. Lo adiviné, ¿sabes?

Le devuelvo la sonrisa. —¿Tienes alguna pregunta para mí?

Max levanta las cejas. —*Muchas*.

—Vale. Entonces, sentémonos allí y podremos hablar.

Tomo su mano y buscamos asientos en el patio. Iris permanece cerca, lo suficientemente como para escuchar a escondidas. Su rostro refleja una preocupación que ni siquiera puede encontrar las palabras para expresar. Va y viene entre morderse el labio y las uñas.

—Ya puedes empezar, Max —digo una vez que nos instalamos en el sofá.

Se sienta en el borde del asiento. Es casi lo suficientemente alto como para que sus pies toquen el suelo. —¿Dónde conociste a mi mamá?

Casi la miro, preguntándome qué le habrá dicho, preguntándome cuánto se supone que debo decirle. Pero si el niño fue lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de parte de la verdad, entonces tiene edad suficiente para el resto.

—En una fiesta —le digo—. De hecho, ella le estaba gritando a su agente.

Puedo sentir la tensión nerviosa de Iris que me alcanza desde donde está parada, pero la ignoro deliberadamente.

—¡Mamá! —dice Max sorprendido, mirándola—. ¿Le estabas gritando a alguien?

—Por una muy buena razón —dice con amargura—. Estaba siendo un idiota y yo lo critiqué.

—¿Y así fue como se conocieron? —pregunta Max. Suena confundido.

—No, el agente se estaba poniendo muy ruidoso y desagradable y yo intervine para ayudar a tu madre.

—Aunque no necesitaba ayuda —añade Iris.

Pongo los ojos en blanco. —Ella necesitaba mi ayuda; solo no le gusta admitirlo. De todos modos, nos volvimos a conectar más tarde esa noche y… tuvimos una conversación.

—Y eso fue todo —espeta Iris.

—¿Qué fue todo? —pregunta Max.

—Tomamos caminos separados —Iris se sonroja.

—¿Pero quedaste embarazada de mí? —la nariz de Max está arrugada por la confusión.

Sus mejillas están completamente rojas ahora. —Bueno, sí. Yo… fue un mal juicio de mi parte, cariño. Era muy joven y… No fue un error, no lo diré porque te tengo a ti, pero fue… demasiado pronto.

—Sé sobre el sexo, Mamá —dice Max con arrogancia.

—Ay, Dios mío —murmura Iris, cubriéndose la cara con las manos.

Max se vuelve hacia mí, esperando que le informe. —Tu madre y yo… No estábamos destinados a estar juntos en ese momento —le digo—. Pero esa noche significó algo.

Para mi sorpresa, esa respuesta parece satisfacerlo. —¿Alguna vez intentaste encontrarla? —pregunta.

Asiento, la mirada de Iris todavía quema un agujero en un costado de mi cara. —Lo hice.

Por el rabillo del ojo, veo que se queda boquiabierta.

—Traté de encontrarla —continúo—, pero todo lo que tenía era su nombre. Y es un mundo grande, amiguito. Así que la búsqueda resultó vacía. Hasta que la vi en la tele, no hace mucho. Después de eso, todo sucedió bastante rápido.

Max inclina la cabeza hacia un lado como un cachorro abandonado. —Cuando supiste de mí… ¿estuviste feliz?

Sonrío y pongo mi mano en su hombro. —Nunca he estado más feliz, Max.

Se sonroja, igual que su madre. Luego, traga y se arma de valor, como su padre. Siento como si mi pecho se inflara desde dentro, una nube caliente de una docena de emociones diferentes que aligera el peso bajo mis pies.

Mi hijo es un puto milagro.

—¿Alguna pregunta más? —pregunto con voz ronca.

—Probablemente, pero no se me ocurre ninguna en este momento.

—Bueno, cuando las tengas, estaré aquí.

Se pone de pie de un salto. —¿Puedo ir a ver el resto del jardín?

—Es todo tuyo.

Max salta del patio y comienza a correr por el césped. Iris y yo lo miramos irse y, durante un largo rato, ninguno de los dos dice nada.

—¿Es verdad? —pregunta Iris de repente, rompiendo el silencio.

—¿Qué parte?

—Que me buscaste.

—¿Por qué mentiría sobre eso?

—No sé. Para hacerlo sentir amado. Para hacerme sentir que te importaba.

Me levanto y la miro. —Le dije eso a Max porque es la verdad. Llamé al anfitrión de la fiesta, al equipo de catering, a la agencia en la que trabajabas. Eras un fantasma.

Sus ojos se agrandan cuando se da cuenta de que estoy diciendo la verdad. —Yo… dejé la agencia unas semanas después de la fiesta.

—¿Por qué?

—Hace mucho tiempo que no pienso en ese período de mi vida —suspira y deja sus ojos caer al suelo—. Estaba aterrorizada, ¿sabes? ¿Embarazada y sola? No sabía si tendría la fuerza para seguir adelante.

La miro con incredulidad. —¿No lo sabes ahora?

—¿Saber qué? —pregunta.

—Que tienes la fuerza para hacer cualquier cosa.

Sigue un silencio atónito.

Me agacho y tomo sus manos entre las mías. —Tuviste que hacer todo sola durante nueve años,

Iris. Probablemente mucho antes de eso. Pero ya no tienes que hacerlo. Aceptar ayuda no te hace débil.

Suspira y sigue mordiéndose ese labio. Emerge una pequeña gota de sangre rubí. La aparto con el pulgar.

—¿Tienes un lugar a dónde ir? —presiono.

No quiere admitirlo, pero no tiene otra opción. —No.

—Entonces, creo que sabes lo que tienes que hacer.

Ella asiente lentamente y baja los ojos, decepcionada. —No será para siempre.

—No importará si lo es.

—Sí importará —argumenta—. No quiero perturbar tu vida. O la mía, en todo caso —cierra los ojos por un momento y exhala lentamente—. Pero, Kon —dice, abriendo los ojos de nuevo—, tenemos que establecer algunos límites reales. No más… no más tú y yo. No puedo ser casual.

Le levanto la barbilla hasta que se ve obligada a mirarme a los ojos. —Nunca ha sido casual para mí, Iris —digo con voz áspera—. No desde el primer momento.

Iris solloza suavemente y cierra los ojos con fuerza. —Vale, ya es suficiente —sisea, aunque no hay fuerza en ello—. Deja de mirarme así.

—¿Cómo?

—Como… como lo hiciste hace diez años.

—¿Sería eso tan malo? —susurro—. ¿Regresar a ese entonces?

Asiente. Un fino y cristalino río de lágrimas corre por sus mejillas. —Sí. Sí, lo sería, Kon. Ya no somos esas personas. Yo tengo a Max y muchos problemas de confianza. Y tú tienes… bueno, tienes *esto*.

Ella hace un gesto hacia la casa como si solo estuviera hablando de mis posesiones mundanas, pero tengo la sensación de que también está incluyendo a la Bratva en el gesto.

—No encajamos —continúa en voz baja—. Nunca lo hicimos. Incluso hace diez años, lo único que hacíamos era fingir. Tomar un descanso de la realidad. Si no fuera por Max, nunca nos hubiéramos vuelto a cruzar.

No discuto con ella. Y, cuando ella se aleja, la dejo. Porque no tengo un argumento en contra… simplemente sé que está equivocada.

Y, en el fondo, creo que ella también lo sabe.

IRIS

La mayor parte de la vida de una madre es monótona. No es queja ni pesimismo, es simplemente un hecho. Lavamos ropa, cocinamos y transportamos a nuestros hijos hacia y desde la escuela. Cuando eres madre soltera, es el doble de difícil y diez veces más solitario.

Pero hay momentos que hacen que valga la pena, y te aferras a ellos como joyas preciosas escondidas en un cajón al que solo tú puedes acceder. Nadie puede quitártelos, y realmente no puedes compartirlos con otra alma, incluso si quisieras hacerlo. Son *tuyos*. Más que eso, son *tú*.

El primer paso, la primera palabra y la primera risa despreocupada… claro que recuerdas a tu hijo haciendo todas esas cosas.

Pero son los intermedios los que más aprecio. La forma en que Max saca la lengua cuando trabaja duro en un libro para colorear. El olor de su pelo cuando lo llevo a casa, profundamente dormido en mis brazos.

Este es otro como esos. Está parado en el umbral de su nueva habitación en la casa de Kon. Su mandíbula está abierta. Un mechón de cabello oscuro cae sobre su frente. Se gira hacia mí con los ojos brillantes y estalla en la sonrisa más grande que vi en él en mucho, mucho tiempo.

Guardo ese momento en mi cajón secreto junto con el resto.

—¡Mamá, esta habitación es increíble! —anuncia.

Me río, lo sigo al dormitorio y lo miro boquiabierta junto con él. Es del mismo tamaño que toda la casa en la que vivíamos. Una cama de tamaño queen, un escritorio de aspecto adulto, espacio suficiente para hacer una voltereta si quisiera. Las cajas con su nombre impreso en el lateral fueron desembaladas por el personal de la casa y desechadas cuidadosamente. Todas sus cosas están colgadas en el armario o dobladas en el cajón. Una pequeña fotografía nuestra de su primer día en el jardín de infantes está en su marco de macarrones en la mesita de noche.

—Se siente surreal, ¿no? —pregunto riendo.

Él frunce el ceño con concentración. —Surreal es cuando las cosas son reales, pero no se sienten reales, ¿verdad?

Le doy un toque en la nariz. —Bingo, mi pequeño Einstein.

Entonces, de la nada, un espectro de tristeza se apodera de mí. Ese es el problema de esos

pequeños y preciosos momentos… están enmarcados por la tristeza. Tristeza antes y tristeza después, porque sabes que no pueden durar. Tú, como el adulto en la sala, sabes que el mundo tiene una forma cruel de oxidar la felicidad en los bordes, ya sea por el paso del tiempo o porque la suerte se marchita.

Por eso, cuando veo a mi hijo sonreír, mi corazón canta. Pero siempre falla en los segundos siguientes, sabiendo que esa pequeña sonrisa perfecta no puede durar para siempre.

—Ven aquí, cariño. Siéntate conmigo un segundo —me hundo en el borde de su cama y toco el lugar a mi lado. Se acerca obedientemente y se sienta a mi lado.

—Escucha, Max… necesito que sepas que no viviremos aquí para siempre.

Su rostro cae de inmediato. —¿Por qué no? ¡Esta casa es enorme!

—Lo sé, lo sé. Es solo que… bueno, esta es la casa de Kon. No la nuestra.

Su frente se arruga por la confusión. —Pero Kon es mi papá.

—Lo es, y será tu padre, vivamos con él o no —concuerdo.

Max mira alrededor de su habitación y puedo notar que ya anticipa el dolor de dejarla algún día. Veo ese dolor en sus ojos y lo siento junto con él.

Luego, vuelve a mirarme. —¿Pero no se van a casar ahora? —pregunta con timidez.

Abro la boca para responder, pero no sale ningún sonido, porque ¿qué puedo decir siquiera ante eso? No estoy segura de si percibe mi vacilación o simplemente no le importa continuar esta conversación, pero Max se encoge de hombros, salta de la cama y se escabulle hacia el armario.

—Tengo que prepararme para la escuela —dice mientras se va.

—Sin embargo, estoy bastante segura de que esta siempre será tu habitación —le digo.

Meto los pies debajo de mí y presiono mi cara contra las palmas de mis manos. —Ay, Dios… —suspiro. Pensé que tenía el control de la conversación, y luego, *puf*, me la arrebatan en un abrir y cerrar de ojos.

Nunca he sido alguien que sueñe con el matrimonio. ¿Vestidos blancos, arreglos florales y “sí, quiero” forzados? No para mí.

Así que, ¿por qué en el momento en que Max mencionó que Kon y yo nos casaríamos, *lo vi*? Vi el anillo de Kon en mi dedo y sentí su mano en la mía. Escuché su voz prometiendo cosas que el verdadero Kon nunca jamás prometería.

Es otra fantasía que no necesito y que no puedo costearme.

Así que la dejo pasar.

Max regresa a la habitación, vestido y con su mochila colgada del hombro de una sola tira como lo hacen, aparentemente, los “niños geniales”.

—Después de ti —digo con una risa falsa y forzada. No quiero que sepa que estoy al borde de las lágrimas. Últimamente ve demasiado de mi fragilidad. Se supone que yo soy la mamá; se supone

que yo soy la fuerte.

Sí *seré* eso.

Bajamos las escaleras y encontramos un sedán negro esperándonos en el camino de entrada. El conductor hace una reverencia cuando nos acercamos y mantiene abiertas las puertas, luego nos dirigimos rápidamente hacia la escuela.

Cuando llegamos a la Primaria Riverton, lo beso en la cabeza… a pesar de sus movimientos y protestas… y le entrego la lonchera que me dio el chef esta mañana.

—Toma buenas decisiones —le digo con severidad, tal como lo he hecho todos los días desde que tengo uso de razón—. Te amo.

—¡También te amo, Mamá! —saluda. Pero ya se ha ido, desaparece por el pasillo con un renovado ánimo en su paso.

Suspirando, vuelvo al coche y dirijo al conductor a mi siguiente parada.

Morley está parado en el patio cuando llegamos.

—¿Iris? —pregunta, mirándome sorprendido y luego al coche, al coche y luego a mí.

—Morley —lo saludo con un gesto frío.

Sinceramente, vale la pena toda la angustia que sentí esta mañana solo por la expresión de asombro en su rostro. Espero que le informe a Sorbonne. No necesita conocer los detalles de lo que pasa. Solo el dolor de saber que fracasó será suficiente para mí, incluso si no consigo verlo.

Porque sé con certeza que Sorbonne no podrá intimidar a Kon. No de la forma en que ha intimidado a todos los demás durante los últimos años.

Kon lo aplastará como a una cucaracha si lo intenta.

—¿Encontraste un lugar donde quedarte? —gruñe.

—¿Te importa?

Frunce el ceño. —Oye, vamos, no soy un monstruo.

—Sí, tengo un lugar —digo, mirando hacia el auto que espera—. Y viene con algunas ventajas adicionales.

Me dirijo al conductor y él baja la ventanilla. —Roscoe, voy a organizar lo último que tengo. Te llamaré cuando esté lista para cargar.

—Entendido, señora —dice. Mira a Morley por encima del borde de sus gafas de sol y sube la ventanilla sin apartar la mirada.

Parece que Morley está a punto de cagarse. Lástima… no le pasaría a un tío más amable.

Sonrío agradablemente. —Estaré adentro —le digo—. Tendrás las llaves pronto.

—Tómate tu tiempo —espeta, sonrojado de una forma extraña. La reacción me confunde un poco—. Voy a caminar hasta la tienda de la esquina. Se me acabaron los cigarrillos.

Él se aleja. Lo miro fijamente por un momento, preguntándome por qué actúa tan raro. Luego, encogiéndome de hombros, me dirijo hacia la casa y abro la puerta.

Pero, cuando lo hago, apenas la reconozco.

Sobre todo, porque todo el lugar está lleno de rosas.

Flores rosas, rojas y blancas llenan cada superficie disponible. Mostrador, gabinete, piso… todo lleno de color.

—¿Qué demonios? —suspiro mientras me muevo hacia adentro y miro a mi alrededor.

¿Es posible que Kon haya hecho esto? Es el primer pensamiento que me viene a la cabeza, pero lo descarto casi de inmediato. Él nunca lo haría.

En realidad, huele más a…

—Jake —jadeo cuando doblo la esquina y lo veo parado allí, con una única rosa roja de tallo largo en la mano—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—¿Adivina qué?

Arrugo la frente. —No tengo tiempo para esto, Jake.

—Tenías razón, Iris. Tenías razón en todo. Fui a rehabilitación.

Eso realmente alivia mi molestia en este momento. —¿Tú qué?

—Me gradué y todo.

Frunzo el ceño y siento que mi emoción disminuye inmediatamente. —Nos vimos hace como un mes —le recuerdo.

—Lo sé. Poco después de que me arrancaras el corazón y escupieras sobre las cenizas, me metí en una juerga enorme. Andy organizó esta intervención para mí. Me obligó a hacer un balance de mi vida.

Suena como si leyera un guion prescrito. Incluso si me inclinara a creerle o perdonarlo… ninguna de los cuales ocupa un lugar destacado en mi lista… me asustaría un poco lo poco sincero que parece todo esto. Se me eriza la piel.

—Así que ingresé en un centro de rehabilitación aquí en las colinas y pasé un mes allí, reevaluando mi vida. Y eso me llevó a la única conclusión que sabía que era cierta. El único camino hacia un final feliz.

—Jake…

—Eres tú, Iris. Siempre has sido tú.

Respiro profundamente y mis ojos se vuelven hacia la ventana. Puedo ver el sedán negro, pero no puedo ver la silueta de Roscoe a través del cristal polarizado.

Mientras estoy distraída, Jake logra caminar hacia mí y tomar mis manos. Me giro hacia él con un grito ahogado. Tiene un nuevo tatuaje cerca de su cuello. Dice **AMOR**, en mayúsculas

grandes. Aparte de que le escriban mi nombre, es la siguiente peor opción.

Él sonríe cuando me ve mirando. —Sabía que lo notarías. Te das cuenta de todo.

—Incluyendo el hecho de que te llevará mucho más de un mes arreglar lo que está roto en ti, Jake.

Él niega con la cabeza. —Hace un mes que no toco nada —me dice—. Limpio como una patena, lo juro.

—Bueno, eso es genial…

—Y todo es gracias a ti.

—Jake, no puedo atribuirme el mérito por eso.

—Pero deberías. Después de que rompiste conmigo, me di cuenta de lo mucho que significabas para mí. Cuánto te amo.

Prácticamente golpea el aire con exuberancia de ojos brillantes y me encuentro dando un paso atrás. Debo admitir que esta es la primera vez en mucho tiempo que no apesta a alcohol o humo. De lo contrario, juraría que está drogado en este momento.

—Escucha Jake, estoy… sorprendida por todo esto —le digo con suavidad—. Y las rosas realmente son preciosas… Pero te das cuenta de que me estoy mudando de aquí, ¿verdad? Tengo que entregarle las llaves a Morley hoy.

—Ya hablé con él —dice Jake—. ¿Cómo crees que entré aquí en primer lugar?

—No sería la primera vez que irrumpes en algún lugar.

—Entonces estaba hecho un desastre —señala—. Estoy sobrio ahora.

—Y, nuevamente, estoy muy emocionada por eso, pero…

—No te preocupes por las rosas —me interrumpe—. Haré que te las manden a donde sea que te mudes. ¿Dónde está eso exactamente?

—No importa —digo—. No puedo llevarme las rosas.

—Por supuesto que puedes.

—Jake —le digo con firmeza—, no me estás escuchando. Aprecio lo que intentas hacer aquí, pero… esto no cambia nada. No volveremos a estar juntos.

Su rostro cae. —Pero ahora estoy sobrio.

—No importa. He seguido adelante.

—¿Hay otro tío?

—No, eso no es lo que quise decir. No se trata de otro tío; se trata de dónde estoy en mi vida. Y he superado esta relación.

Su boca se abre. Siento la culpa revolviéndose en mi estómago. Pero no me dejaré llevar por esta

decisión. El error nunca fue romper con Jake… sino involucrarme con él para empezar.

—¿Realmente no me vas a dar una segunda oportunidad?

—Te di una segunda oportunidad, ¿recuerdas? —le recuerdo—. Tomaste esa oportunidad y se la arrojaste al trasero desnudo de una stripper.

Se pone tenso. —Eso no es justo, Iris.

—La piedra angular de la rehabilitación es la honestidad, ¿verdad, Jake?

Él asiente.

—Entonces, dime honestamente: ¿te acostaste o no con otra persona mientras estábamos juntos?

Él frunce los labios. Es obvio que está tratando de descubrir la mejor manera de hacerlo. Finalmente, se decide por la verdad. —No significó nada, Iris —murmura—. Estaba tan loco por el alcohol y las drogas. Apenas sabía lo que hacía.

Yo suspiro. —Ni siquiera estoy enojada, Jake. Siempre lo supe, en el fondo.

—Esta vez todo será diferente —jura—. Estoy sobrio ahora.

—Has estado sobrio durante un mes —señalo—. Todo el tiempo has estado en un lugar controlado, monitoreado y atendido. Necesitas vivir una vida sobria en el mundo real. De gira. En fiestas. Con otras personas.

—¿No crees que puedo hacerlo?

—Creo que eres capaz de cualquier cosa —digo con firmeza—. Pero también creo que requerirá mucho más trabajo. Y ya tengo suficiente en mi plato sin tener que cuidar de ti también.

—Iris…

Él me alcanza, pero yo retrocedo y lo dejo en la sala de estar. Voy a mi dormitorio y levanto la última de las cajas. Las llevo hasta la puerta, donde Jake sigue de pie en la misma posición en la que lo dejé.

—Me voy, Jake —le digo con suavidad—. Hasta…

Antes de que pueda terminar mi frase, se lanza hacia adelante, me agarra del brazo y me arrastra hacia él, con ojos serios y desesperados. —Este no puede ser el final. Iris, fuiste lo mejor que me pasó en la vida.

—No éramos el uno para el otro, Jake. Nunca lo fuimos. Yo…

Otra frase que queda sin terminar. Esta vez, estrella sus labios contra los míos. Me giro en su agarre y su boca abierta se desliza por mi mejilla. La caja se me cae de la mano y golpea el suelo con un ruido sordo.

—¡Basta! —grito.

—Sé que todavía sientes algo por mí —insiste, con su aliento pegajoso y caliente en mi cara—. Quiero que te des cuenta…

Intenta besarme de nuevo y, justo cuando intento apartar mi rostro del suyo, la puerta se abre de golpe y aparece un hombre enorme, hermoso y aterrador parado en el umbral, mirando fijamente a Jake.

El tiempo se detiene por un momento.

Entonces, todo sucede muy rápido.

Kon cruza la habitación con una sola zancada. Agarra a Jake por el cuello de su camisa y lo arroja al otro lado de la habitación, justo hacia su exhibición de rosas. El vidrio se rompe y los pétalos estallan, lloviendo a nuestro alrededor como fuego.

—¡Dios, Kon! —grito—. ¡Basta!

Jake se pone de pie y levanta los puños. —¿Qué carajo te pasa? —jadea.

—Estoy aquí por Iris —gruñe Kon.

Jake le da un golpe torpe. Pero Kon se agacha sin siquiera una pizca de esfuerzo, se enrosca hacia atrás y descarga un rápido puñetazo en el estómago de Jake.

Jake se desploma de inmediato, gimiendo. Pero Kon no terminó. Agarrando nuevamente su camisa, lo arroja contra la pared. La cabeza de Jake golpea contra el panel de yeso con tanta fuerza que lo rompe. El sonido es repugnante.

—¡Kon! —grito de nuevo—. ¡Suéltalo!

—Soltaré a este pequeño cabrón cuando lo entienda —gruñe Kon. Él mira a Jake—. La dejarás en paz o responderás ante mí. ¿Entiendes, chico bonito?

Jake solo murmura de manera ininteligible. Sus ojos están aturdidos y desenfocados. Kon parece listo para más violencia para aclarar su punto, pero, antes de que pueda hacer algo más, salgo de mi hechizo de congelamiento y me aferro a su brazo.

Gira su rostro lentamente para mirarme. Sus ojos son carbones ardiendo en sus órbitas.

—Por favor —susurro—. Él entendió. Solo vámonos. Por favor, Kon. Por mí.

Su mandíbula se aprieta. Es obvio cómo cada célula de su cuerpo le dice que termine esto. *Corta el cabo suelto. Elimina el problema.*

Pero, al final, suelta a Jake y da un paso atrás. Jake cae al suelo en un charco de lástima gimiente.

Una parte de mí quiere ayudarlo.

Una parte de mí no quiere volver a verlo nunca más.

Divido la diferencia y me arrodillo junto a él. —Vuelve a tu vida, Jake —le digo tan suavemente como puedo—. Tú y yo nunca estuvimos destinados a estar juntos.

Luego, tomo la última caja que me queda y salgo por la puerta, sin esperar a ver si Kon me sigue o no.

Morley avanza arrastrando los pies por el sendero, con un cigarrillo encendido en la boca. Sus

ojos se agrandan cuando ve a Kon detrás de mí.

—La llave está en la puerta, Morley —le digo, entregándole mi caja a Roscoe que espera.

Roscoe lo carga y mete en el maletero del sedán. Estoy caminando para entrar, pero, antes de que pueda, él acelera el motor y sale por la carretera.

—¿Qué demonios…? —pregunto, confundida.

Kon me mira fríamente. —Él va a dejar tus cosas. Tú vendrás conmigo.

KON

Está nerviosa. Eso es obvio.

Y cabreada. Eso también es obvio.

—Entra —le digo.

Me sorprende cuando ella realmente escucha, aunque cierra la puerta del coche con más fuerza de lo necesario. No dice una palabra durante dos minutos completos, y luego se vuelve contra mí.

—¿Qué demonios fue eso? —hierve.

—Ese cabrón tenía que ser puesto en su lugar —digo sin disculparme.

—¡Yo misma lo estaba haciendo!

—Estuviste a segundos de ser mutilada.

—¿Cómo supiste que él estaba allí?

Le doy una mirada de *venga, Iris*, y ella gime de frustración.

—Roscoe no es realmente mi conductor personal, ¿verdad? —adivina—. Es un espía que plantaste con el pretexto de ser chófer.

—Él puede ser ambas cosas.

—No tienes derecho a seguir mis movimientos —argumenta—. No eres mi dueño, Kon. Solo porque acepté tu ayuda por el momento no significa que tengas derecho a controlar mi vida.

Tiene razón. Desafortunadamente para ella, me importa una mierda. Tiene todo el derecho a estar enojada, pero no está en mi naturaleza ver la perspectiva de otra persona. Ni la de ella.

En este momento, yo también estoy cabreado… y posesivo. Lo único que sé, lo único que me importa, es que ese baboso pedazo de mierda puso sus manos sobre mi mujer.

Tiene suerte de poder respirar todavía.

—Estaba tratando de ayudarte.

—Patrañas —responde—. No se trataba de ayudarme. Se trataba de *tu* ego, de *tu* sentido de

derecho. Se trataba de que te enojaste porque otro hombre está interesado en mí.

—Si estás tratando de decir algo, simplemente dilo.

—¡Estoy diciendo que estás celoso! —dice sin rodeos.

Pongo los ojos en blanco. —No dignificaré eso con una respuesta.

—Es eso, ¿no? —sus ojos se agrandan y lanza una risa enojada en mi dirección—. ¿Es eso lo que te molesta tanto? ¿No te gusta que odie aceptar tu ayuda? ¿Estás enojado porque no te persigo como cualquier otra mujer en tu vida?

—Hay un sofá en camino al vertedero ahora mismo que dice que me perseguiste bastante.

Su mandíbula se aprieta hasta formar un duro cuadrado. —Pensé que había dejado claro que lo que pasó entre nosotros la otra noche fue un error.

—Lo dijiste —le digo—. De hecho, una y otra vez.

—¡Ay, vete a la mierda! —grita—. Eres una persona desagradable, egoísta, que se cree con derechos, posesivo…

—No te detengas ahí —me burlo—. Sácalo todo.

—…¡Gilipollas! —termina con furia.

—Por qué estás realmente enojada ahora mismo, ¿eh? —exijo—. Ese cabrón que no acepta un no por respuesta está fuera de tu vida. ¿No es eso lo que querías?

—¡Lo que quería era poder manejarlo yo misma!

—¿No es lo que has estado tratando de hacer durante los últimos meses? —respondo—. Porque has hecho todo eso y todavía parece que él no capta el mensaje.

—Entonces es lento…

—Entre otras cosas.

Mete la cara en el bolso y suelta un grito ahogado. Cuando vuelve a mirarme, el cabello flota suelto alrededor de su cara como un velo oscuro. Incluso ahora, con su furia en pleno apogeo, quiero ponérselo detrás de la oreja y saborear la suave curva de su garganta. Besar la ira de sus labios.

—¿Por qué me lo pones tan difícil? —grazna.

—Lo acabo de hacer más fácil. Tú eres la que se está volviendo loca sin ningún motivo.

—Sin ningún motivo —repite, incrédula—. *¡¿Sin ningún motivo?!*

—¿Es esto lo que sucede cada vez que alguien intenta ayudarte? —pregunto—. Porque empiezo a entender por qué estás sola.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Exactamente eso. Estás sola, Iris.

—Elegí estarlo —responde—. Jake fue mi intento de…

—No me refiero solo a tu vida amorosa. Me refiero al hecho de que estás aislada. No tienes amigos ni familiares ni…

—No te molestes en terminar la frase —sisea venenosamente—. Para el coche y déjame salir.

—No.

Puedo sentirla mirando un agujero en el costado de mi mejilla. Es curioso cómo alguien con un rostro tan angelical puede canalizar el infierno.

—Lo digo en serio, Kon. Déjame salir. Ahora mismo, joder.

Cuando la ignoro, se desabrocha el cinturón. Puse el seguro para niños, pero luego ella intenta agarrar el volante. —Jesucristo —gruño, desviándome hacia el costado de la carretera.

Ella no se disculpa ni duda cuando aprieto el freno y nos detenemos. Simplemente se gira hacia la puerta, la abre manualmente y salta del coche.

—Tienes que estar bromeando —murmuro mientras se aleja de mí, escribiendo con furia en su teléfono.

Arranco el coche de nuevo y conduzco junto a ella. Por un segundo, ella no me mira.

—Hay un largo camino de regreso a la casa, Iris.

—No me importa. Estoy caminando.

—Estás siendo irritantemente terca.

—Mira quien habla.

—Es lo que se espera de mí. De ti, no tanto.

—¿Por qué? —exige, deteniéndose en el lugar y lanzándome una mirada furiosa—. ¿Porque eres un hombre? No, espera, déjame adivinar… es porque eres “el don” —hace comillas exageradas alrededor del título—. ¿Es esto lo que te hace ser don? ¿Te convierte en un gilipollas furioso y creído? Porque eso *no* es lo que quiero para mi hijo. Lo he criado para que sea amable y compasivo. Lo he criado para que sea un ser humano decente. No necesito que entres y arruines todo mi arduo trabajo. No quiero que termine como *tú*.

Me quedo en un violento silencio por un momento.

Toda mi vida me enseñaron a romper, mutilar y matar cosas que no me agradan. Pero esto no se puede romper. No puede mutilarse. No se puede matar.

—Por lo menos, si termina como yo —digo en voz baja—, llegará a alguna parte en la vida. No se verá desalojado de un bungalow de mierda mientras su ex pervertido lo pisotea.

—Preferiría que no tuviera nada antes de que sea un monstruo sin alma como tú —se endereza y se peina el cabello hacia atrás. Luego mira detrás de mí. Miro por el espejo retrovisor y veo un taxi amarillo que se detiene.

—El momento perfecto —dice remilgadamente—. Mi transporte está aquí. Te diría que no me siguieras, pero no quisiera dejar a tus espías sin trabajo.

Sin esperar respuesta, se acerca al taxi, entra y el vehículo acelera.

—Maldita sea —respiro en el silencio. ¿Es esto lo que se siente al finalmente haber encontrado un par? Porque nunca antes tuve esta sensación. La sensación de que ninguna cantidad de agua apagará el fuego que hay dentro de mí.

Me siento y reflexiono durante mucho tiempo. Pero las respuestas a esta mierda no se encontrarán al costado del camino. Así que, con un suspiro, empiezo a conducir.

Que por supuesto, es cuando mi padre me llama. —¿Sí? —pregunto cuando respondo.

—¿Dónde estás?

—Fuera.

—Necesito hablar contigo.

—Hoy no es un buen día.

—Ahora, Konstan… eh, Kon. Es urgente.

Arrugo la frente. Algo en su voz no suena bien.

—Estaré allí en quince minutos.

~

LAS PUERTAS ya están abiertas y esperándome. Cuando entro a la casa, una de las criadas me informa que me espera afuera en el patio.

—¿Qué estás haciendo aquí afuera? —pregunto—. Odias este lugar —tomo nota de la botella de whisky media vacía y del cenicero repleto de los restos de dos cigarros ahumados hasta quedar reducidos a nada. Un tercero arde entre sus dedos marchitos.

—¿Cigarro?

—No, gracias.

—¿Bebida?

—¿Me llamaste para beber y fumar? —pregunto—. Si es así, tendré que posponer. Tengo un día muy ocupado por delante.

—El deber llama, ¿eh?

—¿Qué otra cosa?

—Pensé que tenía algo que ver con los nuevos huéspedes en tu casa —comenta Stepan—. ¿Se puede llamarlos huéspedes, considerando que ahora viven allí?

Suspiro, haciendo girar el whisky en el vaso. —¿Quién te lo dijo?

—Tengo mis fuentes.

—Debí haberte puesto en un puto asilo de ancianos.

Él se ríe, imperturbable. —Me habría enterado de todos modos —cuando su risa se desvanece, me mira con una mirada sombría—. ¿Es verdad?

Supongo que no tiene sentido mentir ahora. —Sí. Es verdad.

—¿Qué edad tiene el niño?

—Casi diez. Su nombre es Max.

—No suena muy Bratva. ¿Lleva al menos tu apellido?

Paso una mano exasperada por mi cabello. —¿Es eso realmente lo que quieres preguntarme, Otets?

No responde. Simplemente tira el cigarro al cenicero y luego se recuesta de nuevo en su asiento. —¿Estás seguro de que es tuyo?

—Escúpelo, viejo —gruño peligrosamente—. Me gustaría terminar con esto lo más rápido posible.

—Sabes lo que diré. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que esto es real? Ella podría estar buscando exactamente esto, hijo mío. Un lugar cómodo para quedarse, dinero, protección… ¿Por qué más te habría localizado después de nueve años?

—Fui yp quien la encontró.

El rostro de mi padre se contrae disgustado. —Ah. Fuiste a buscar problemas. Y los conseguiste.

—Esto no es un “problema”, Otets —le digo—. El “problema” fue endeudar a toda la Bratva. El “problema” fue poner en peligro todo por lo que habíamos trabajado. ¿Esto? Esto es simplemente hacer lo que tú debiste haber hecho hace mucho tiempo… cuidar de mi sangre.

Se pone tenso, y sé que en este momento está luchando contra una ira justificada. Un hombre como él nunca puede dejar de lado su orgullo, por muy peligroso que sea aferrarse a él.

—Solo intento hacer lo correcto por mi hijo —termino con una mueca.

Stepan asiente lentamente. —Esto creará problemas.

Me encojo de hombros. —Estoy preparado.

—¿Anika lo sabe?

Sacudo la cabeza.

—¿Nestor?

—No.

Stepan asiente. —Bien. Mantengámoslo así.

Arrugo la frente. —¿Cómo planeas hacer eso?

—Para empezar, cómprale a la mujer y a su hijo una casa en otro lugar. Lo suficientemente lejos como para que Anika y su padre nunca se enteren.

—No estoy tratando de mantenerlos en secreto.

Stepan me mira con desconcierto y asombro. —Konstantin, ¿tienes alguna idea de lo que estás haciendo?

—Tú eres mi padre —admito—. Pero ya no eres mi don. Te daría el respeto que te mereces, pero lo quemaste hace mucho tiempo.

—Cuidado, muchacho —me gruñe—. Puedes llamarte don, pero has usado el manto por muy poco tiempo.

Sonrío levemente. —Solías asustarme, ¿sabes? —le digo—. Cuando yo era un niño pequeño y tú eras un hombre adulto, ese miedo me mantenía en mi lugar. Ahora, sin embargo… los tiempos han cambiado. Corregiré tus errores. Arreglaré lo que rompiste. Y tú te mantendrás fuera de mi camino.

No dice nada durante mucho tiempo. Ese frágil pecho suyo sube y baja, sube y baja. La punta de su cigarro arde como un tren iluminando un túnel oscuro.

—¿Sabes qué? —digo—. Creo que tomaré esa bebida, después de todo. Pero para llevar.

Tomo la botella de whisky de la mesa y me la llevo a los labios mientras me alejo.

Detrás de mí, escucho a mi padre, que murmura—: Quizá me equivoqué. Quizá te subestimé, hijo mío.

No me molesto en mirar atrás. —Está bien —digo por encima del hombro—. Algunos hombres aprenden lento.

IRIS

—Señora, ¿a dónde le gustaría ir? —pregunta el taxista.

Qué pregunta.

No creo que pregunte en términos existenciales, pero de todos modos me desconcierta. ¿A dónde me gustaría ir?

A un pasado en el que nunca entré en esa habitación de hotel hace diez años.

O a un pasado en el que nunca me fui de ahí.

Joder si sé cuál es la respuesta correcta. Joder si sé nada de nada.

Kon tenía razón al menos en una cosa: no tengo familiares ni amigos a los que recurrir. Quemé esos puentes o hui de ellos hace mucho tiempo. Así que ¿qué tengo ahora?

A ver: tengo mucho orgullo. Pero el orgullo no te pone un techo sobre la cabeza, ni te pone comida en el estómago. Sí que no pone dólares en tu billetera.

Reviso mi bolso. Dieciséis dólares en efectivo, una tarjeta de crédito que se acerca peligrosamente al límite y unos cuantos caramelos derretidos. Podría sacar unos cientos de dólares de mi tarjeta de débito, pero se supone que es dinero de emergencia.

—Cuando esté lista, señorita —el taxista arrastra las palabras—. Sin embargo, el medidor está corriendo.

Miro al conductor, quizá por primera vez desde que me subí a su coche. Es un hombre grande y corpulento, con una manga tatuada y una cresta desaliñada.

—Lo siento —murmuro—. Cualquier lugar que venda café.

Él gruñe y no me pregunta nada más. Cinco minutos más tarde, se detiene frente a un pequeño café llamado “Lilo’s”. En realidad, nunca lo había visto antes, pero es lindo.

—El mejor café de la ciudad —me informa—. Los bollos también son buenos. Soy fanático del de arándano —él me guiña un ojo… no de un modo espeluznante, sino paternal, como un viejo amable. La forma en que tu tío le guiña un ojo al perro antes de darle un trozo de comida robada de la mesa de Acción de Gracias.

Le devuelvo la sonrisa tan cálidamente como puedo. Una recomendación de bollos no debería dejarme a punto de derrumbarme, pero lo hace. Estoy tan cerca del límite que incluso las pequeñas amabilidades de extraños me empujan al borde. *Cálmate, psicópata*, me regaño.

—Gracias —le digo.

Él baja la cabeza, le pago y salgo del coche. Me quedan nueve dólares. Lilo's tiene asientos al aire libre. Bonitas sillas blancas bajo grandes sombrillas violetas.

Pero hoy quiero el frescor y la calma del interior. Entro. Las sillas son azules y las mesas, verde claro. Las paredes están adornadas con plantas en cientos de estantes en miniatura. Cactus, hiedra y una hilera de corazones fluyen al ras del suelo.

Pido un café con leche y un bollo de arándanos, y los llevo a una mesa en un rincón con vista a través de la ventana.

Suena el timbre de la puerta. Alzo la vista y veo entrar a otro cliente. Es un hombre alto y bien vestido con una chaqueta de cuero marrón. Sus ojos recorren la habitación con una eficiencia practicada, como si buscara puntos débiles estructurales o algo así.

Pide una taza de café y se sienta en la última mesa vacía, ocupando la silla que ve hacia mí. Evito deliberadamente sus ojos. Ya ha sido un día increíble y no quiero hablar con nadie más. Estoy pendiendo de un hilo, así como está.

Saco mi teléfono y empiezo a navegar por Internet, recorriendo anuncios de trabajo en busca de nuevas vacantes. Es un infierno repulsivo de pasantías no remuneradas y servidumbre por contrato de nivel inicial. Los trabajos soportables pagan una mierda, y los trabajos que pagan bien son insoportables.

Cuando Internet resulta decepcionante, empiezo a revisar mi lista de contactos. Me lleva casi diez minutos, pero finalmente encuentro el número que buscaba inconscientemente.

Yann Collins.

Era el extravagante, generoso y muy de Alabama gerente de Snowdrop, el restaurante de lujo en el que trabajé durante años cuando Max todavía era un bebé. No tengo motivos para creer que todavía estaría trabajando allí, pero lo llamo de todos modos. Suena durante tanto tiempo que estoy a punto de colgar cuando finalmente atiende.

—¿Hola, Yann? —tartamudeo.

—El mismo. ¿Quién es?

—Em, no sé si te acuerdas de mí… Iris.

—¿Iris? —él repite—. Iris… ¿Keller?

—Sí, esa soy yo.

—No puede ser —dice con un repique de su familiar risa aguda—. Chica, ¿dónde diablos has estado? En realidad, tacha eso, sé exactamente dónde estabas: del brazo de esa deliciosa estrella de rock.

Me estremezco. —Ya no tanto.

—Así que, ¿*sí* te engañó? Señor, lo sabía. Los tabloides están llenos de mierda, pero algunas cosas suenan a verdad, ¿sabes? Debe haber sido duro.

—Estuvo bien, en realidad —suspiro—. O, al menos, ahora está bien.

Él se ríe. —Sí, lo creo.

Algo en la forma en que lo dice me hace detenerme. —¿Qué quieres decir?

—Ah, solo que siempre fuiste tan… fuerte. Tan intransigente. Simplemente sabías lo que querías y te negabas a conformarte con menos. Con todos. Es una ciudad llena de gente dispuesta a hacer todo lo posible por la mínima posibilidad de un favor. Pero tú no.

Arrugo la frente. —¿Así es como me veías?

—¡No es algo malo! —promete—. Solo no tenías tiempo para tonterías. Tenías bocas que alimentar y todo eso.

Había olvidado lo amable que podía ser Yann, a su modo brusco y risueño. —Bueno, gracias. Lo necesitaba. Pero estuve mal en no mantener el contacto. Sé que dije que lo haría.

—La vida se vuelve ocupada. No tienes que decirme eso dos veces.

Yo sonrío. —Siempre fuiste muy amable conmigo.

—A mi modo de ver, cielo, el mundo está lleno de maldad. No es necesario agregarle más. De todos modos, no quiero hablar mucho. ¿A qué debo el placer de tu llamada?

Suspiro y me muerdo el labio inferior. Aquí viene la parte de mierda. —Bueno, me preguntaba si todavía trabajabas en Snowdrop.

—Ay, Dios, cielo, Snowdrop cerró hace un par de años.

—¿En serio?

—La dirección cambió de manos y la calidad bajó. Me despidieron, junto con la mayoría del personal. Ahora creo que es un salón de uñas, o algo trágico como eso.

—Dios, lo siento mucho, Yann. ¿Dónde estás ahora?

—Sigo viviendo en el mismo condominio en el centro. La única diferencia es que mi pareja vive aquí conmigo.

—¿Kevin?

—¡Ay! Joder, no. Terminé con Kevin aproximadamente un año después de que nos dejaste. No, este es Patton. Llevamos casi tres años juntos.

—¿Estás feliz?

—Frenéticamente.

Sonrío. Al menos alguien lo está. —Me alegra escucharlo.

—Ahora trabajo en este fabuloso club de drag —dice—. Soy la anfitriona.

—Suena como un ajuste perfecto.

Escucho su voz cambiar a algo un poco más tierno. —Algo me dice que todavía tienes que encontrar tu ajuste perfecto, Iris.

—No necesito un ajuste perfecto —sacudo la cabeza—. Solo necesito cuidar de mi hijo.

—¿Cómo está el niño Maxie?

—Él ya es un hombre —digo con una punzada de arrepentimiento—. Prácticamente ya mayor. Un metro y medio de altura y empieza a hacerme preguntas sobre cómo conducir un coche. Me aterroriza lo maduro que es.

Yann se ríe agradecido. —La manzana no cae lejos del árbol.

—Dios, espero que no sea como yo —me quejo—. Cometí muchos más errores de los que creí.

—Estabas haciendo lo mismo que el resto de nosotros, cielo: lo mejor que podías.

Parpadeo para contener las lágrimas. Primero un bollo de arándanos, ahora un cliché digno de pegatina que me hace llorar. Tomo un sorbo de mi café con leche y trato de recomponerme.

—Odio que haya sido necesario esto para que te llamara —digo—. Lo siento.

—No lo sientas. Necesitas un trabajo, soy tu chico. Mantendré mis oídos abiertos. No te alejes demasiado de tu teléfono, ¿vale?

—Eres el mejor, Yann.

—No lo olvides.

Prácticamente puedo verlo guiñándome un ojo antes de que la línea se corte. No estoy segura de haber enfatizado cuán urgentemente necesito este trabajo, pero no puedo darme el lujo de ser insistente cuando necesito un favor de alguien a quien no vi ni le hablé en varios años.

Le doy un mordisco al bollo. Es mantecoso, suave y dulce. Suspiro para mis adentros, sintiéndome culpable por disfrutar de la comida aquí… por disfrutar cualquier cosa, en realidad… cuando no sé cómo seguiremos adelante Max y yo.

—Ay —gimo, dejando caer mi cara entre mis manos.

Miro fijamente el remolino rojo y negro detrás de mis párpados cerrados durante un rato. Luego escucho el ruido de una silla al otro lado de la mesa frente a mí, y levanto la vista para ver al chico guapo que había entrado antes sentándose en mi mesa.

—Hola —dice, mostrándome una sonrisa de megavatios por la que la mayoría de las chicas se desmayarían.

Pero hace tiempo que quedó establecido que solo hay un hombre en el mundo que puede hacerme desmayar. Desafortunadamente, es exactamente el mismo hombre que me hizo considerar saltar de un auto en movimiento no hace mucho.

—¿Puedo ayudarte?

—Soy Craig. Espero que no te importe, pero no pude evitar escuchar tu conversación.

—En realidad, sí me importa un poco —me enfurezco.

Eso no parece disuadirlo en lo más mínimo. —¿Eres Iris Keller?

Yo suspiro. —Culpable.

—Es difícil imaginar que una mujer consumada como tú necesite trabajo.

—Bueno, es una jungla ahí fuera —me limpio la grasa mantecosa de los dedos con una servilleta —. Escucha, pareces agradable, pero realmente no estoy de humor para tener una conversación en este momento. Yo solo…

—Quizás tenga un trabajo para ti.

Me detengo en seco y levanto las cejas. —¿Tú… lo tienes?

Saca una tarjeta de presentación del bolsillo de su chaqueta y me la pasa. —Soy copropietario de un club en el Strip —explica.

Es plata y metal. El nombre "CRAIG HANSON" está grabado sobre una escritura arremolinada que dice *LA CHALEUR*.

—Significa "El Calor" —ofrece—. Y necesitamos una anfitriona. Serías perfecta.

—¿Cuánto pagan?

—Directo a negocios, por lo que veo.

Me sonrojo. —Realmente no tengo tiempo para nada más.

Se ríe agradablemente. —Entiendo. La paga es de tres mil dólares por noche —dice—. Además de propinas. Y créeme: los hombres que frecuentan nuestro club dan buenas propinas.

Trago saliva y trato de que no se me salgan los ojos de las órbitas al pensar en tanto dinero. Podría trabajar solo una semana y tener lo suficiente para sacarnos a Max y a mí de esta ciudad para siempre.

Me lanza otra sonrisa. —El número está en la parte de atrás. Llama cuando estés lista. Espero tener noticias tuyas, Iris.

—Seguro. Eh, gracias, Craig.

—Ah, ¿puedo pagar tu café? —pide.

—Ya pagué, pero gracias.

—Vale. ¿Qué tal si pago por algo más, entonces? —sugiere.

Mi instinto es decir que no de inmediato. Luego, miro los bollos gordos detrás del cristal del mostrador. A Max realmente le encantarían. —Un par de bollos serían increíbles, de hecho.

Él sonríe. —Mi tipo de mujer.

Vuelvo a casa con cuatro bollos y una sonrisa en la cara. Mi estado de ánimo mejora a lo largo del día cuando no veo a Kon ni una sola vez.

Entro al jardín para sentarme y esperar a que Roscoe recoja a Max de la escuela. Mientras espero, miro la tarjeta de Craig, la giro entre mis dedos mientras se calienta con el sol. Hago una inmersión profunda en Internet y no encuentro ningún resultado. Incluso le volví a enviar un mensaje de texto a Yann para preguntarle si había oído hablar de La Chaleur, pero dijo que no.

Pero tres mil dólares por noche…

—¿Dónde está Max?

Salto un metro de mi asiento cuando Kon sale al patio desde Dios sabe dónde. —¡No otra vez! —chasqueo—. Tienes que dejar de hacer eso. Ni siquiera sabía que estabas aquí.

—Quería estar aquí cuando Max llegara a casa de la escuela.

Suspiro y me dejo caer hacia adelante. —Debería regresar pronto.

Mira los bollos que coloqué en un plato debajo de una campana de plástico transparente. —¿Qué es eso? —pregunta.

—Productos horneados —digo—. ¿Se suponía que debía pedir permiso antes?

—Los pasteles no —sisea—. La tarjeta.

Me vuelvo hacia la mesa y me doy cuenta de que de alguna manera se me cayó la tarjeta de Craig justo encima de la campana cuando Kon me asustó. Eso es lo que estaba mirando. Intento agarrarlo, pero él llega antes que yo.

—Kon, devuélveme eso. Es mío.

—¿Tuyo? —repite—. Yo diría que parece que esta tarjeta pertenece a Craig Hanson.

Me detengo en seco. —Lo dices como si lo conocieras.

—Sí, lo conozco. Es un gilipollas —arroja la tarjeta por encima de un seto cercano.

—¡Kon! —grito—. No tenías ningún derecho a hacer eso.

—No puedes decirme qué derechos tengo o no tengo —gruñe. Da un paso adelante, hasta que estamos cara a cara—. ¿Sabes qué tipo de club dirige, Iris? ¿Pensaste siquiera en preguntar?

—¿A quién le importa? Yo sería la anfitriona.

—Como si eso fuera tan inocente —dice sarcásticamente—. Es el tipo de club al que van los hombres ricos cuando no quieren que una mujer les diga que no. Es el tipo de club donde la clientela te invita a una sala privada sin cámaras ni testigos, y haces lo que te piden o te lastiman.

Tres mil por noche. Tiene más sentido ahora. —Ay, Dios…

Kon me aprieta contra un pilar cubierto de enredaderas. —Cuando te digo algo, es por una buena razón. Quizás ahora empieces a escuchar.

—No puedo escucharte —susurro, dejando que mis ojos se cierren—. No puedo confiar en ti. No puedo depender de ti.

Toca mi barbilla hasta que levanto la cara y lo miro. —Si no has creído nada de lo que te he dicho hasta ahora, está bien. Esa es tu elección. Pero cree esto: tú y Max ahora son mi familia. Y yo no abandono a mi familia.

No quiero aferrarme a esas palabras, pero puedo sentir que ya está sucediendo.

Esperanza.

Deseo.

Necesidad.

Y tanto miedo que casi ahoga todo lo demás.

KON

Estoy mirando a Iris y Max a través de la ventana cuando llega la llamada de seguridad.

—¿Qué? —espeto con impaciencia.

—Señor, hay una mujer aquí para verlo. La Srta. Anika Kuzmin.

—Puto Cristo —murmuro.

—¿Disculpe, señor?

—Nada. Mantenla en la puerta principal. Estaré allí en un minuto.

—Sí, señor.

Echo un último vistazo por la ventana. Max está haciendo que Iris gire en círculos hasta que cae sobre la suave hierba y ambos se ríen histéricamente.

Frunciendo el ceño, me doy vuelta y me dirijo al frente de la casa.

Anika está esperando en la entrada. El esfuerzo que puso en su apariencia es obvio: rizos cuidadosamente despeinados que caen en cascada sobre sus hombros desnudos, un vestido ceñido de color nude que presiona sus senos hacia arriba.

—Kon —ronronea cuando me ve.

Dos de sus guardaespaldas se quedan junto a la fuente del camino de entrada. No me gusta esta mierda. Ni un poquito. Anika sigue mi línea de visión y suspira. —Papi no me deja ir a ningún lado sin ellos. Espero que eso cambie pronto. Una vez que estemos…

—¿Qué quieres, Anika? No tengo tiempo para esta mierda. Dime por qué estás aquí.

Ella se estremece ante mi tono áspero, luego traga saliva y lanza algo que tengo la sensación de que no quiero escuchar en absoluto. —He pensado mucho en nuestra última conversación. Y… aprecio que no quieras obligarme a cumplir la promesa de mi padre. La cosa es que… —mira sus pies y luego vuelve a mirarme—. La cuestión es que *yo sí* quiero casarme contigo, Kon. No porque mi padre me obligue, sino porque es lo que yo elijo.

Su discurso es tan pulido como su apariencia. Puedo imaginarla recitándolo una y otra vez frente al espejo, girándose ansiosamente mientras imagina todas las cosas que yo podría decir en

respuesta.

Un dolor de cabeza me golpea de la nada. Un latido doloroso y palpitante detrás de mis ojos.

—Yo era una niña pequeña la primera vez que te vi. Recuerdo ese día muy, muy bien. Estaba escondida en las escaleras y observando cuando llegaste con tu padre a encontrarte con Papi —sus ojos se vuelven soñadores—. Solo te vi y pensé: *Ese es el hombre más hermoso que vi en mi vida.*

—Eso es halagador…

—No estoy tratando de halagarte —espeta apresuradamente—. Estoy tratando de contarte cómo me sentí ese día. No me notaste. Apenas parecías prestar atención a todo lo que sucedía. Pero no podía apartar la mirada. Me quedé en esa escalera todo el tiempo. Solo para poder mirarte.

—Eras una niña mirando a un hombre —descarto—. Fue un enamoramiento, nada más.

—Yo sé eso. Y estaba segura de que pasaría —dice—. Pero cumplí quince, cumplí dieciséis, cumplí diecisiete… y no desapareció, Kon. Todavía no lo hace.

Boom. Boom. El pulso de mi sangre es una agonía en mi cabeza. Siento que la oscuridad se agolpa en los bordes de mi visión.

Mi Bratva depende de que complazca a esta niña ingenua.

Pero mi corazón depende de que le diga que se vaya de mi propiedad.

—Tengo que irme —digo con voz áspera.

Ella asiente, obviamente herida. —Vale. Entiendo —ella se da vuelta para irse cuando suspiro y digo—: Anika.

—¿Sí?

—Algún hombre tendrá suerte de tenerte algún día.

Niega con la cabeza, mostrando el primer signo verdadero de una personalidad. —Odio cuando los hombres dicen cosas así —frunce el ceño—. Especialmente cuando te están rechazando.

Casi sonrío ante eso. —¿Dónde ha estado esta chica luchadora todo este tiempo?

Ella me devuelve una sonrisa que es más sonrojada que cualquier otra cosa. —Tengo espíritu. Más de lo que crees.

—Te creo.

—¿Simplemente no lo suficiente como para querer casarte conmigo?

Hago una mueca. —Simplemente no soy bueno haciendo las cosas que me dicen que haga.

Ella asiente con tristeza. —Puedo ver eso —luego, para su crédito, se da vuelta y se va con lo que le queda de dignidad.

No mira hacia atrás mientras sus guardaespaldas la siguen, mientras todos suben a la camioneta que los espera y desaparecen por el camino. Pero puedo sentir la persistente mancha de su

esperanza frustrada en el aire, como fragmentos que me abrirán si no tengo cuidado.

Todavía me duele muchísimo la cabeza.

~

CUANDO VUELVO A ENTRAR, encuentro a Iris y Max en la cocina. Él la hace girar como si fuera un trompo en el taburete giratorio y se ríe a carcajadas.

—¡Veinticinco! —Max se ríe—: ¡Veinticinco giros!

—Ay, Dios —exclama Iris mientras reduce la velocidad hasta detenerse y se aleja a tropezones, mareada—. No creo que pueda volver a caminar nunca más.

—Tendrás que intentarlo —digo desde la puerta—. Porque nos vamos en diez minutos —de repente, me siento imprudente.

—¡Kon! —Max grita felizmente—. ¿A dónde te fuiste?

—La verdadera pregunta es: ¿a dónde *vamos* ahora?

Arruga la nariz. —¿No sé?

—Adivina.

Max mira a Iris, todavía demasiado mareada para participar en la conversación. —Em… ¿un museo?

Resoplo. —Un lugar mucho más divertido.

—¿El cine?

—Sigue intentándolo.

—¡Disneylandia!

¿Por qué no? Lo único que puedo pensar es en largarme de esta casa. Quiero alejar a mi familia de todo lo que parezca una responsabilidad. Algún sitio sin alianzas ni pactos matrimoniales, ni niñas tontas que creen que me aman, ni padres autoritarios que creen que pueden dictar mi vida.

Quiero salir.

—Diste en el clavo —le digo.

La boca de Max se divide en una enorme O. —¿En serio?

—En serio.

—¡Mamá! —él grita—. ¿Oíste?

Iris logra fruncir el ceño. —Sí, cariño, lo oí.

—Ve a preparar un bolso —le digo—. Pasaremos la noche.

Max sube las escaleras de dos en dos con alegría. El ceño de Iris se profundiza cuando se gira hacia mí.

—Será mejor que tú también hagas las maletas —le digo—. A menos que planees pasar el fin de semana desnuda. Lo cual también estaría bien.

Ella me ignora. —¿Disneylandia?

—¿Él ha ido?

—No —dice de mala gana—. No hagas preguntas cuyas respuestas ya conoces.

—Bueno, no hay momento como el presente, ¿verdad?

—Eres un gilipollas.

Me doy la vuelta para que no vea mi sonrisa.

IRIS

—¿Un jet privado? —espeto—. Kon, estás bromeando.

—Es la forma más rápida de llegar. Ahora, ven y deja de quejarte.

Se aleja antes de que pueda devolver el fuego, dejándome hirviendo de irritación… como de costumbre.

Enojarse con alguien por llevarte a ti y a tu hijo a Disneylandia en un jet privado es lo más desagradable posible. Soy consciente. También soy consciente de que estoy obsesionada con estar enojada con él… incluso si tengo que inventar razones para estarlo… para evitar concentrarme en las otras cosas que siento por Konstantin Aminoff últimamente.

Desde nuestra pelea, ha sido… dulce, casi.

Eso es diez veces más aterrador que cuando intenta intimidarme.

—Vamos, amiguito —llama Kon a Max—. Tu mamá es lenta.

Sale corriendo, Max se ríe y sale tras él, y los dos corren por la pista hasta el pie de las escaleras del avión. Veo a Max colapsar al costado de Kon cuando llegan allí, con una sonrisa de oreja a oreja que se puede ver desde el espacio.

Da escalofríos verlos uno al lado del otro. Max es una versión en miniatura de Kon. No solo en la apariencia, aunque esa parte es cada día más obvia. Pero, con cada minuto que pasamos en la casa de Kon, lo veo adoptando más y más gestos de Kon. Come como Kon, se sienta como Kon, camina como Kon.

¿Cuánto falta para que se convierta en Kon?

Intento dejar esos pensamientos atrás mientras subo las escaleras y subo al avión. Huele a dinero por dentro. Quizás sea una estupidez decirlo, pero realmente es así.

Los asientos son de cuero color nude reluciente y las ventanillas son asombrosamente grandes. En la parte trasera del avión, una azafata se ríe con Max mientras le sirve un zumo de fruta.

Kon apoya un brazo contra el mostrador y se vuelve hacia mí. Es increíblemente hermoso cuando está en su elemento. Goteando lujo por cada poro. Lleva un traje oscuro y una camisa blanca abierta hasta el cuello. El sol entra desviado por las ventanas y deja la mitad de su cara en la sombra y la otra mitad en la luz.

—¿Algo para ti, Iris? —retumba.

La azafata detrás del bar me ofrece una brillante sonrisa. Está vestida con un impecable uniforme granate y su cabello rubio está peinado hacia atrás en un elegante moño.

—No, gracias.

Tomo asiento junto a la ventana y trato de recomponerme. Puedo escuchar a Max y Kon charlando en la parte trasera del avión.

Me lleva un minuto, pero finalmente puedo ponerle un nombre a lo que siento cuando los veo a los dos juntos: son celos.

Durante nueve años y medio, hemos sido Max y yo contra el mundo. No debería envidiarle un padre… y claro que no lo hago… pero esa sensación de ver a tu pajarito prepararse para abandonar el nido es aún más difícil cuando de repente vuela ala a ala con otra persona.

O lo que sea. Nunca he sido buena con las metáforas.

Estoy tan absorta en mis propios pensamientos que ni siquiera oigo sonar mi teléfono.

—Mamá.

—¿Sí, Max? —digo distraídamente.

—Tu teléfono.

—Ah —atiendo sin siquiera mirar el número en la pantalla—. ¿Hola?

—Iris.

Me detengo en seco cuando escucho su voz. Siempre ha sido una voz áspera, desde que tengo uso de razón. Pensarías que aun fuma un paquete al día, pero lo dejó hace unos diez años.

O eso dice. No es que esté presente para comprobar si eso sigue siendo cierto o no.

Bajo la voz para que Kon y Max no puedan oírme. —Hola, Papá.

—El dinero dejó de llegar…

Claro. Directo al grano. Siento que mi corazón se oprime como siempre que hablo con mi padre. —Sí, he estado pasando por un momento difícil recientemente.

—Se supone que eres modelo.

—El modelaje resultó ser demasiado complicado para mí.

—Meh —escupe. Sigue el sonido con un ataque de tos—. Tus estándares siempre fueron demasiado altos.

—No quería repetir viejos errores.

—¿Los míos o los de tu madre?

—Cualquiera de los dos.

—¿Crees que eres mejor que yo?

Lanzo una risa amarga. —Dios sabe que lo intento.

—Sigo siendo tu padre, ingrata…

—No lo he olvidado —interrumpo—. Pero realmente no tengo el dinero para enviarte.

—¿Tienes trabajo?

—No en este momento.

—Eres una chica hermosa —dice—. Cualquier lugar te contratará. Solo tienes que aprender a sonreír.

Rechino los dientes y siento que viejas cicatrices brotan. Dejé de contestar sus llamadas por una razón. No es que llame, siempre y cuando el dinero llegue con regularidad, algo que le agradezco. No, mi querido papi solo coge el teléfono cuando se le acaba el flujo de efectivo.

Hace que una hija se sienta realmente especial. Y aun así lo hago. Alimento su narcisismo, sus apetitos crueles. No sé por qué, para ser honesta. ¿Costumbre? Es un lamentable intento de excusa. Pero haría falta un batallón de terapeutas para encontrar una explicación mejor, y no puedo costearme ni siquiera uno de esos.

—Sonrío bien.

—Tienes todos los dones de la naturaleza —continúa—. Pero serías una idiota si te vieras por fuera como el aspecto que tienes por dentro.

Pongo los ojos en blanco. —Siempre es un placer hablar contigo, Papá.

—Necesito dinero —dice con voz áspera—. Un par de cientos y lo estiraré tanto como pueda.

—En el momento en que consiga un trabajo, transferiré algo.

—¿Cuándo será eso?

—No lo sé. Me tengo que ir.

—No seas así.

—¿Así cómo? —gruño—. Te das cuenta de que es la primera vez que hablamos en meses, ¿verdad? ¿Ni siquiera me has preguntado cómo estoy o cómo está Max? No, solo te importa el puto dinero.

Hay un largo silencio al otro lado de la línea. Casi espero que me cuelgue. No sería la primera vez que lo hace. Cada vez que la conversación desvía hacia un área difícil, él solo la interrumpe.

Y lo dejé salirse con la suya con ese comportamiento de mierda. Porque es más fácil evitarlo, enviarle dinero, mantenerlo callado, que lidiar con quién y qué es.

Con lo que ha *hecho*.

—¿Cómo está Max? —recita, todo canturreo y burla, como si lo estuviera torturando para que lo diga.

Resoplo en el teléfono. —Bien. Es un buen niño.

—¿Cómo se ve ahora?

Como su padre.

Yo suspiro. —Realmente tengo que irme.

—Vale. No olvides el dinero. *CLIC.*

Dejo el teléfono en mi regazo y apoyo mi frente contra el cristal. Afuera está bonito, aunque no nos levantamos del suelo. El calor se eleva del asfalto en ondas. Cielo azul. Una nube, gorda y perezosa como una oveja.

—¡Mamá! —dice Max, corriendo hacia mí—. Estamos a punto de despegar. Kon dice que puedo subir a la cabina y pasar el rato con el piloto.

Le dedico la sonrisa más agradable que puedo. —Diviértete entonces —le digo.

Desde el comienzo del pasillo, Kon dice—: Hay un asiento al que podemos atarte. Vamos —desaparecen en la parte delantera del avión.

Dejo caer mi cabeza hacia la ventana y mis ojos se cierran.

—¿Señora? —viene una voz.

Me vuelvo para ver a la bonita azafata. —¿Puedo traerte algo? —pregunta—. ¿Una bebida? ¿Un refrigerio?

—Estoy bien, gracias.

—¿Está segura?

—Sí, todo bien. Te lo agradezco —ella asiente, sonríe y comienza a darse vuelta, pero, antes de que pueda llegar lejos, le digo—: ¿Cómo te llamas?

Ni siquiera estoy segura de por qué quiero hablar con ella. Quizá sea porque me siento muy sola, y la única persona a la que me permití amar en los últimos diez años huye de mí de la mano de la única persona a la que no puedo permitirme amar ahora.

Quizá sea porque mi pasado es cenizas y mi futuro es sombrío y no sé cuánto tiempo más podré seguir así, tensa y temerosa de todo lo que se mueve.

Tal vez sea simplemente agradable ver a alguien sonreírme sin segundas intenciones.

—Regan —dice—. Mi nombre es Regan.

Sonrío con torpeza. —Soy Iris.

—Es un placer conocerla, señora —responde. Se inclina hacia delante y añade—: También es agradable trabajar en un vuelo que, para variar, no incluye muchos hombres grandes y aterradores —parece avergonzada tan pronto como las palabras salen de su boca—. Aunque quizá no debí haber dicho eso.

Me río. —Tu secreto está a salvo conmigo.

Ella asiente y se endereza. —Gracias, señora.

—Iris, por favor.

—No estoy segura de que al Sr. Aminoff le guste eso.

—Déjame al Sr. Aminoff a mí —hago una mueca—. Él no me asusta.

—Entonces, eres una mujer más valiente que yo.

Kon regresa tranquilamente de la cabina y se desploma frente a mí. —Está cómodo con el piloto.

—¿Estará bien allí arriba?

—Por supuesto. Es perfectamente seguro.

Asiento y miro por la ventana mientras rodamos hacia la pista. El piloto hace sus anuncios… con Max añadiendo un risueño—: ¡Agárrense de sus traseros! —al final como si fuera el chiste más gracioso en la historia de la comedia… y luego nos vamos.

El despegue es suave y algo mágico. Es difícil para mí no quedar atrapada en este sentimiento generalizado de esperanza. Como si estar en las nubes cambiara todo acerca de estar abajo en la tierra.

Sin embargo, eso se disipa en el momento en que me vuelvo hacia Kon y me doy cuenta de que estar en las nubes no hace nada para disminuir mis sentimientos por él.

—Quiero mi propia habitación en el hotel —le informo—. No compartiremos.

—Hecho. Quiero hacerte una pregunta.

—¿Estás preguntando si puedes preguntarme o simplemente me haces saber que la harás?

Suspira con impaciencia. —¿Por qué no me localizaste? Cuando descubriste lo de Max, quiero decir. ¿Por qué no buscaste?

Entrecierro los ojos hacia él. —No sabía mucho sobre ti, y las cosas que sabía eran malas. ¿Realmente esperabas que te localizara y te dijera que estaba embarazada?

—Sí.

—¿Habrías querido eso? —exijo—. ¿Hace diez años, habrías asumido la responsabilidad? ¿Sabes qué? Ni siquiera te molestes en decir que sí. No te creeré.

—¿Por qué? —dice—. ¿Porque asumes que estaba enterrado bajo un cuerpo de mujeres, medio borracho, medio drogado y completamente desinteresado en cualquier forma de responsabilidad?

—No había pensado mucho en los detalles. Pero sí, eso suena bien.

—Entonces, obviamente no me conoces muy bien.

—No nos conocemos muy bien —corrijo.

—No estoy de acuerdo.

—¿Disculpa?

—Yo te conozco, Iris.

Resoplo. —Crees que me conoces. Hay una diferencia.

Me mira con atención. Incluso cuando encuentro su mirada, él no la aparta. Estoy muy cerca de retorcerme en mi asiento cuando habla. —¿Estás bien?

—Por supuesto, ¿por qué no lo estaría?

—La llamada.

Pensé que había susurrado lo suficientemente bajo, pero, como siempre, no hay nada que se le escape a Kon. Me encojo de hombros. —Estoy bien.

Espero que presione, pero no lo hace. Él asiente una vez, luego mira por la ventana y vuelve a guardar silencio. Lo veo hacerlo y me maravillo por la transformación.

Sus ojos se desenfocan y se suavizan para variar. Ese apretón en su mandíbula se relaja. Toda su postura se derrite, tan suave como el cuero, y la luz del sol sin filtro junto al que volamos lo hace brillar desde adentro.

—Cuidado, Iris —advierte Kon en un murmullo, sacándome de mi ensueño. Sus ojos todavía están cerrados—. Sigue mirándome así y te arrastraré a esa habitación trasera y te follaré tan fuerte que el piloto tendrá que hacer un aterrizaje de emergencia.

Necesito un segundo para procesar esas palabras. Entonces, mi cuerpo se inunda de calor y se me pone la piel de gallina en brazos y piernas. No porque me dé vergüenza. Bueno, un poco porque me da vergüenza.

Sobre todo, porque no puedo dejar de imaginarlo.

Porque no puedo dejar de *desearlo*.

—No vamos a hacer eso otra vez —digo con firmeza.

—Sigue diciéndote eso. Estoy seguro de que en algún momento sonará creíble.

Resoplo, me cruzo de brazos y hago un juramento de no mirarlo a los ojos durante el resto del vuelo.

~

MAX SE UNE a nosotros unos quince minutos antes de aterrizar. Habla sin parar desde la pista hasta la habitación del hotel, sobre timones y altímetros y un millón de terminología de vuelo más que aprendió del viejo y canoso piloto Bratva.

Un coche nos lleva desde el avión hasta el lobby de nuestro hotel, y luego una conserje nos acompaña desde el lobby hasta nuestra suite. Ella recorre el amplio espacio habitable para alcanzar las contraventanas del balcón y las abre con un movimiento grandioso.

—¡Bienvenida! —me dice justo antes de irse—. Espero que usted y su familia tengan una magnífica estadía con nosotros.

Luego se va, dejándome mirando asombrada el horizonte del parque en la distancia. Maravillándome ante la ironía, lo absurdo de estar aquí con Max y Kon.

Usted y su familia, dijo. Como si ella creyera que somos reales. Que podemos amar, reír y vivir juntos como lo hacen las familias en todo el mundo todos los días.

Pero no somos reales. Solo estamos jugando a fingir.

Y, cuando todo se detenga bruscamente, algunos de nosotros acabaremos heridos.

IRIS

Miro a Max toda la mañana. Está emocionado, como lo estaría cualquier niño de nueve años que nunca haya estado en un parque de diversiones.

Pero hay una seriedad en su entusiasmo que me dice que no se trata solo de este lugar, o las atracciones, o los bocadillos, o cualquiera de las cosas superficiales.

Se trata de estar aquí con *nosotros*. Nunca antes había visto el mundo a través de esta lente. Sin todas las grietas.

Pienso en todos esos momentos a lo largo de los años en los que se volvió hacia mí con ojos curiosos y me hizo preguntas que casi me rompieron el corazón.

—Todo niño pequeño tiene abuelos, Mami… excepto yo. ¿Por qué?

—¿Puedes regalarme una bicicleta para Navidad? Quiero ir a buscar a Papá.

—Ojalá supiera dónde vive mi papá para poder mandarle una invitación a mi fiesta de cumpleaños.

La lista es interminable. Cuanto más pienso, más recuerdo.

Cuanto más intento olvidar, más recuerdo.

Cuanto más duele, más recuerdo.

Diez años de decisiones que parecen tan equivocadas ahora que ya no hay forma de retractarse. ¿He sido egoísta? ¿He arruinado la vida de un niño pequeño?

Solía decirle a Max todo el tiempo: *Somos la familia del otro*. Solía creer que eso era suficiente. Y así fue durante mucho tiempo. Pero debí haber sabido que era ingenuo pensar que podríamos quedarnos los dos indefinidamente. El universo nunca podría permitir que algo tan puro durara para siempre.

—¿Iris?

Me giro y encuentro a Kon mirándome desde su lugar en la fila.

—Lo siento —murmuro mientras me uno a Max y él.

—¿Dónde estabas?

Sacudo la cabeza. —No es importante.

Max mastica palomitas de maíz con caramelo salado. Me mira por debajo del sombrero que Kon le compró cuando entramos al parque por primera vez. Las grandes orejas caídas de Goofy cuelgan a ambos lados, rozando los hombros de Max.

—Te ves súper genial —le digo.

Max se ríe. —Tú también deberías conseguir uno.

—Quizás lo haga. Dame un poco de eso, pequeño cerdo.

Me ofrece unas palomitas de maíz riendo. —Tiene caramelo de más —advierte justo cuando me meto un puñado en la boca.

—Puedo verlo —me río entre dientes, tocándome los dedos pegajosos—. ¿Qué se supone que debo hacer ahora?

—¿Chuparte los dedos? —sugiere Max.

Me río. —Estamos en público.

Me encuentro con la mirada de Kon y este estallido de deseo recorre mi cuerpo cuando veo la mirada en sus ojos. Cuando toma mis dedos pegajosos, casi espero que se los meta en la boca, al diablo con los espectadores.

Pero, en lugar de eso, sin romper el contacto visual, saca una toallita húmeda de su bolsillo trasero y me limpia los dedos. El mundo vuelve a enfocarse con nitidez y escucho los gritos y sonidos de los niños a nuestro alrededor, como si alguien hubiera vuelto a subir el volumen.

—Gracias —digo, bajando los ojos para que no me vea sonrojarme.

Él asiente sin decir palabra y mira hacia el principio de la cola. Dejo que mi mirada se detenga en su perfil unos segundos más antes de forzarla a otra parte.

Pero, por supuesto, eso significa que noto otras cosas. Como la forma en que todas las demás mujeres de esta fila siguen encontrando excusas para mirar en nuestra dirección. La forma en que algunos de los hombres más jóvenes se acercan a sus mujeres y las agarran posesivamente, mientras que otros intentan estar más erguidos, más altos y más anchos.

Me estoy dando cuenta de que no existe nada parecido a una burbuja en este mundo. Todo el mundo está siempre mirando, siempre juzgando, siempre reaccionando.

Te guste o no.

Nos acercamos lentamente al frente de la fila. Max mira nervioso el requisito de altura.

—No te preocupes —dice Kon con dulzura—. Serás lo suficientemente alto.

—¿Estás seguro?

—Siempre estoy seguro, hijo.

Efectivamente, Max se para en la tabla de altura y pasa con gran éxito. Los tres abordamos el

vehículo y despegamos. Cuando termina, me siento como una botella de ketchup a la que alguien le dio la vuelta y la abofeteó repetidamente. Estoy lista para encontrar un asiento antes de esparcir algodón de azúcar y palomitas de caramelo por todos lados. Max y Kon, por otro lado, parecen estar listos para volver a subir.

—¿Podemos ir de nuevo, Mamá? —pregunta Max.

—Por supuesto, cariño. Pero creo que me quedaré fuera de esto.

Kon le da un codazo a Max en el hombro. —Vamos, niño.

Me dejan sentada en un banco justo enfrente de la atracción. Las familias pasan de a dos, de a tres, de a cinco y de a diez. Veo abuelos tambaleantes y bebés tan emocionados que lo único que pueden hacer es llorar lágrimas de felicidad. Veo padres nerviosos, padres orgullosos, padres indiferentes, padres sobreprotectores.

Todo es hermoso y todo me resulta desconocido.

¿Qué sé sobre estar en una familia? La única familia que he conocido es Max. Mi propia familia ni siquiera merecía el título.

Juré que no le haría a Max lo que mi padre me hizo a mí y, por supuesto, nunca lo hice. Nunca lo corté, nunca lo rompí, nunca le rompí el corazón.

Pero últimamente he empezado a preguntarme si mantener a alguien tan cerca que no puede respirar es una especie de tortura.

Me quedo allí sentada durante unos veinte minutos, completamente absorta en mis propios pensamientos. Entonces, veo a Kon dirigiéndose hacia mí. Por un segundo no veo a Max. Entonces lo noto unos metros detrás de Kon, con otro niño de su misma edad.

—Mamá —Max pasa corriendo junto a Kon—. Este es Ryan. Somos amigos ahora. ¿Podemos volver a subirnos a la montaña rusa?

Intercambio una mirada con Kon y Max se da cuenta. Se vuelve hacia Kon. —¿Puedo ir una vez más, por favor, Papá?

Probablemente, Kon esté más sorprendido que yo. Realmente nunca flaquea, pero es lo más cercano que he visto en él.

—Me parece bien si a tu mamá también —responde finalmente.

—Está bien, adelante. Pero ven aquí cuando hayas terminado —digo.

—¡Vale!

Él y su amigo salen corriendo para unirse a la fila y Kon se sienta a mi lado. —Mi cabeza da vueltas —se queja.

—Los poderosos no pueden soportar las montañas rusas, ¿eh?

Él simplemente hace una mueca.

Sigo vigilando a Max mientras se une a un grupo de chicos. Es el más alto entre ellos por una

cabeza, pero encaja. Se ríen, se golpean en el hombro y sonríen de oreja a oreja.

—Él te llamó Papá —murmuro.

—Me di cuenta.

Sus palabras son bruscas, aunque su tono es todo lo contrario. Es silencioso, tranquilo, apreciativo, asombrado. La multitud fluye y refluye a nuestro alrededor. Cada pocos minutos, una montaña rusa de adictos a la adrenalina gritando pasa sobre nuestras cabezas.

—Me enojé mucho cuando me planteaste toda esta idea de Disney —admito en voz baja.

—¿En serio? No podría haberlo notado. Normalmente eres muy buena manteniendo tus cartas en secreto.

Le lanzo una mirada de reojo. —Te estás burlando de mí.

—Nunca haría eso —se ríe y se inclina hacia atrás, lanzando un brazo sobre el respaldo del banco que accidentalmente me roza la nuca—. Es fácil excluir al resto del mundo así —comenta.

Eso no es precisamente lo que esperaba que dijera. —¿Qué tratas de excluir? —pregunto.

Me mira pensativamente, como si intentara decidir si debería decírmelo o no. —No hay nada de qué preocuparse —dice al fin—. Estoy lidiando con eso.

—Compartir tus problemas no te hace menos fuerte, ¿sabes?

Él levanta las cejas.

—¿Qué?

—Mira quién habla, como dices tú.

Mi primer instinto es protestar. —Me mudé contigo, ¿no?

—Porque no tenías otra opción. Literalmente te quedaste sin opciones.

Yo suspiro. No se equivoca. —Vale. Tú ganas. Qué sorpresa.

Su mano se desliza distraídamente arriba y abajo por mi columna. Hace calor afuera, pero tiemblo de todos modos. —Esa llamada de antes —dice sin mirarme—. Te enojaste justo después.

—¿Qué escuchaste?

—Partes —dice, sin ofrecer nada más. Puedo notar que no me obligará a compartir si no estoy dispuesta a hacerlo. Quizás por eso decido hacerlo.

Compartir tus problemas no te hace menos fuerte, ¿sabes?

—Era mi padre —admito.

—¿Sigues en contacto con él?

—En realidad, no —le explico—. Le envío dinero todos los meses. Pero no pude hacerlo el mes

pasado por… bueno, razones obvias. Realmente es la única razón por la que llama. Cuando el dinero para.

—¿Por qué te molestas en atender?

Lo miro. —Realmente no lo he averiguado yo misma.

—¿Sientes que le debes algo?

—Siento que… —lo miro por el rabillo del ojo—. Nunca tuve familia. No, como, una familia real. Quizás esta sea mi manera de aferrarme a la única familia que me queda. Incluso si él es la razón por la que hui en primer lugar. Incluso si tal vez no valga la pena.

—No la vale.

—Ni siquiera lo conoces.

—No tengo que hacerlo. Cualquiera que alguna vez te haya lastimado no vale una mierda.

Su mandíbula está apretada de esa manera intencionalmente cuadrada. Se ve enojado y sexy como el infierno.

Luego, miro hacia la montaña rusa y me doy cuenta de que esta es la tercera vez que veo despegar la atracción desde que estamos sentados aquí. —Kon, ¿dónde está Max? ¿No debería haber terminado ya?

Me levanto y empiezo a caminar alrededor de un grupo de árboles hasta donde el paseo deja bajar a los pasajeros. Un empleado con un uniforme de polo abotonado dirige el tráfico.

—Disculpa —le pregunto—. ¿Viste a un niño salir de aquí? Llevaba un sombrero de Goofy.

—Él y todos los demás niños aquí, señora.

—Estaba con un grupo de otros chicos. Es alto para su edad. ¿Cabello oscuro? ¿Ojos verdes?

El hombre se encoge de hombros y vuelve a guiar perezosamente a la gente fuera de la salida, como el peor controlador aéreo del mundo.

Puedo sentir mi pulso palpitando en mis sienes. También suena fuerte en mis oídos. Y parece estar susurrando frenéticamente.

¿Dónde está mi hijo, mi hijo no está, dónde está mi hijo, mi hijo no está…?

—Joder —maldigo, alejándome del hombre inútil—. Joder, joder, jod…

—Iris —retumba Kon con firmeza mientras avanza a grandes zancadas—. Cálmate. Respira hondo.

—Pero…

Él pone sus manos sobre mis hombros. —¿Confías en mí?

—Kon, yo…

—¿Confías en mí? —repite.

Ahora estoy temblando, me doy cuenta, y siento las piernas débiles. Son solo sus manos sobre mis hombros las que me mantienen erguida.

—Bien. Lo encontraré. Siéntate junto a ese banco, bajo la sombra.

—¿Qué vas a hacer?

—Exactamente lo que dije que haría. Voy a encontrar a nuestro hijo. Quédate aquí por si viene a buscarnos. ¿Entendido?

Asiento lentamente. —Vale.

Me lleva al banco y me deja allí. Luego, con una última mirada, se levanta y desaparece entre la multitud.

Durante cinco minutos, me concentro en respirar. Dentro y fuera, agradable y lento, vuelve a bajar el ritmo cardíaco, vuelve a poner a ese tigre asustado en su jaula. Intento reemplazar mis frenéticos pensamientos de discos rayados por otros mejores:

Kon lo encontrará, Kon puede hacer cualquier cosa, Kon lo encontrará, Kon puede hacer cualquier cosa...

Empiezo a sentirme un poco mejor. Luego, abro los ojos y el mundo vuelve a aparecer. Todos los niños que veo se parecen a Max, hasta que se acercan y me doy cuenta de que no son ni remotamente similares. Demasiado alto o demasiado gordito o demasiado grande o demasiado joven.

Me lo imagino colgando muerto boca abajo, todavía atado a una montaña rusa.

Me imagino a alguien agarrándolo y llevándolo a una camioneta sin distintivos.

Me lo imagino llorando y lamentándose y necesitándome, y…

—¡Mamá!

En ese momento, veo a Max, corriendo hacia mí con Kon justo detrás de él. —Querido Dios —jadeo mientras corro hacia él—. ¿A dónde diablos fuiste?

—Lo siento, Mamá —dice, luciendo genuinamente arrepentido—. Los chicos querían comprar paletas heladas y me olvidé un poco de que tú y Kon me estaban esperando.

Estoy tan llena de alivio que ni siquiera puedo enojarme. La verdad es que me alegro de que hoy sea un niño. Incluso si eso incluye hacer estupideces que normalmente nunca hace.

—¿Eso es todo lo que se necesita para olvidarnos? —pregunto—. ¿Paletas heladas?

Él se sonroja. —Lo siento, Mamá —dice de nuevo.

Me levanto. —Tienes suerte de que no te obligue a tomar mi mano por el resto del día —le informo—. De hecho, estaba pensando en comprarte una de esas correas. Te verías lindo con una de princesa…

—¡Mamá! —chilla, medio riendo y medio horrorizado.

El final del día nos alcanza rápidamente. El sol está bajo sobre el horizonte del parque mientras nos dirigimos arrastrando los pies hacia las puertas de salida con el resto de los clientes. Mientras salimos al estacionamiento, noto que Kon me observa.

—¿Qué? —pregunto.

Él se encoge de hombros. —Nunca pensé que querría ser una paleta.

Estoy lamiendo mi paleta de limón cuando me doy cuenta de lo que quiere decir. Luego, me sonrojo tanto que incluso Max se da cuenta.

—Vaya, Mamá —dice—. Has estado al sol demasiado tiempo. Estás rojo brillante.

Kon se ríe brutalmente, mientras intento deliberadamente ocultar mi rostro de la vista.



CUANDO REGRESAMOS a la habitación del hotel, le prendo la televisión a Max y me tomo mi tiempo en una ducha de vapor. Luego, me pongo el pijama y entro a la habitación para encontrar a Max ya dormido en la cama.

Lo arropo y le planto un beso en la frente antes de salir de la habitación. Recién son las ocho en punto, así que no hay posibilidad de que me quede dormida pronto.

Encuentro a Kon sentado en una de las sillas que dan directamente al balcón. Tiene puestos sus bóxers, ajustados, negros y bajos hasta las caderas, pero, por lo demás, está desnudo de la cintura para arriba. Sus músculos se ondulan bajo la luz tenue.

Me mira por encima del hombro. —¿Dónde está el demonio?

—Durmiendo —digo, sentándome a su lado—. Tuvo un gran día.

Hay aproximadamente un pie de espacio entre nosotros, quizá más, pero cuando me mira, me doy cuenta de que no es suficiente. Por otra parte, incluso una milla podría no ser una distancia segura de Konstantin Aminoff.

—Gracias, Kon —digo.

—¿Por qué? —pregunta, como si realmente no lo supiera.

—¿Por qué? —repito—. Por mantenerme tranquila. Por encontrar a Max. Por… manejar todo hoy. Nunca pude solo sentarme y dejar que otra persona tome el control. Significó… mucho.

Él asiente. —¿Quieres saber algo?

—Sí.

—Hoy fue la primera vez desde que era niño que sentí verdadero miedo.

Mis ojos se agrandan. —¿Tú… estabas asustado?

Él asiente. —No dejé de estar asustado hasta que lo encontré —sus ojos son hipnóticos. Gris brillante, con motas de oro otoñal alrededor de sus iris.

—Bueno, no parecías asustado.

—Eso no es más que décadas de entrenamiento. Nunca muestres debilidad. Nunca muestres miedo.

Extiendo la mano y pongo mi mano sobre la suya. —Lo encontraste —digo—. Y estuviste tranquilo. Si no fuera por ti, yo habría entrado en modo de pánico total.

—Comprensible.

—Pero no particularmente efectivo.

—No, probablemente no —él sonríe, aunque es una sonrisa confusa y enfocada en sí misma, como si se riera de un chiste en su propia cabeza—. Es gracioso, ya sabes… apenas acabo de conocerlo. Y él ya es una gran parte de mí.

En ese momento, la noche contiene la respiración durante un minuto. Lo sabe, porque por supuesto que sí. Lo sabe desde hace mucho más tiempo que yo.

Y también sabe que no tiene sentido decir nada ahora.

Me lanzo hacia adelante, tal vez un poco torpemente, pero sin importarme en lo más mínimo, y atrapo la boca de Kon en un beso.

Él todavía está debajo de mis labios. Saboreando. Probando.

Y luego me consume.

Jadeo cuando sus manos bajan alrededor de mi trasero y me tira hacia su regazo para sentarme a horcajadas sobre él. Ataca mis labios de la forma en que mis fantasías lo han exigido durante diez tortuosos años. Su lengua se desliza dentro de mi boca y lo aspiro. Cuando mis labios están en carne viva y arden, él se retira.

Sus ojos son oscuros e intensos. Hambrientos. Apasionados. Posesivos.

—Hoy fue el primer día… —murmuro—. El primer día que me sentí como si fuéramos una familia.

—Entonces, hagámoslo oficial —gruñe.

Arrugo la frente. —¿Qué quieres decir?

—Casémonos.

KON

—¿Acabas de decir lo que creo que dijiste? —susurra, como si hablar demasiado alto fuera a romper el hechizo—. ¿O simplemente me lo imaginé?

—No imaginaste nada. Quiero casarme contigo, Iris.

—Kon…

La agarro con más fuerza y paso mis labios abiertos por su nuca. Se estremece y planta sus manos en mi pecho. —No puedes simplemente decir algo así… y luego… luego… hacer esto.

—¿Hacer qué?

—Besarme tan fácilmente —dice con un suspiro nostálgico—. Como si no me hubieras arrojado esta bomba.

—Todo lo que hice fue hacerte una propuesta.

—Una propuesta que cambiará mi vida para siempre. Y la tuya. Por no hablar de la de Max.

—Nuestras vidas cambiaron de todos modos —señalo—. En virtud del simple hecho de que estamos aquí.

Se muerde el labio y me pregunto distraídamente si alguna vez dejará de ser la cosa más sexy que he visto en mi vida.

Es muy fácil leerla ahora, más fácil que nunca. Quiere sumergirse en esto sin mirar atrás. Pero toda una vida de precaución no se puede borrar con un solo beso.

Aunque no me importa intentarlo.

—El matrimonio es… es grande, Kon. Realmente grande.

—Soy consciente. Por eso lo descarté.

—Entonces, ¿qué cambió?

—Te conocí. Me decidí por ti.

—Te decidiste por mí —repite, aturdida—. Kon, apenas me conoces.

—Te conozco más de lo que piensas. Y, en cualquier caso, conozco lo suficiente.

—No sabes sobre mi pasado.

—Bueno, al diablo con tu pasado. No me importa tu pasado —le digo—. Cuando estés lista para contarme, te escucharé sin juzgarte. Todos tenemos un pasado. No nos define.

Ella niega con la cabeza. —Kon, esto es una locura.

—Tal vez, pero eso no significa que no esté bien.

Toma el costado de mi cara con su mano. Lo acaricia suavemente, examinando mi rostro con una expresión suave. Nunca la había visto tan tranquila ante una tormenta que la aterroriza.

—¿Qué le decimos a Max? —pregunta.

Eso es fácil. —La verdad. Le decimos que queremos estar juntos. Y que será el padrino de los dos.

Su rostro se divide en una sonrisa tímida y cautelosa. —No puedo creer que esté considerando esto…

—"Considerando" —me burlo—. No me insultes así. Tus ojos dijeron que sí hace cinco minutos.

Ella se ríe vertiginosamente mientras la levanto y la llevo para bajarla en el sofá. Sus piernas permanecen envueltas alrededor de mi cintura mientras me inclino, colocando mi pecho sobre el suyo. Cuando aprieto mi erección contra su coño mojado, este pequeño y delicioso gemido se escapa de sus labios.

—He cometido errores antes —susurra, con los ojos revoloteando como mariposas.

—Este no será uno de ellos.

Hago un trabajo rápido con sus pantalones cortos de pijama de satén, los bajo por sus piernas y los descarto sobre mi hombro.

Una de las manos de Iris aterriza en mi pecho y clava sus uñas. —Jesús —murmura—. ¿Estás hecho de piedra?

—Una parte de mí ciertamente lo está ahora.

Su camisa es la siguiente. Cuando eso desaparece, su labio inferior me llama. Me agacho y lo chupo en mi boca. Deslizándome lentamente por su cuerpo, saboreo la sal de su piel. Quiero ir más abajo para poder saborear su dulzura, pero estoy demasiado acelerado por tanta espera.

Esto tiene que suceder *ahora*.

Me bajo los bóxers y la cabeza de mi polla se encuentra con sus labios. Ella gime desesperadamente mientras me deslizo dentro suyo. Está tan mojada que la fricción es inexistente. Simplemente pura felicidad tragándonos a los dos.

Sus uñas se clavan en mi espalda mientras me hundo hasta el fondo en ella, hasta las pelotas. Sus ojos se ponen en blanco y su espalda se arquea.

—Ay, Dios…

Empiezo a entrar y salir de ella lentamente. Cada vez que la lleno, sus ojos parpadean y sus mejillas se llenan de color. Observo su rostro, tomando nota de cada suspiro y cada fruncimiento.

Parece un cuadro cobrado vida. Parece la musa que nunca supe que necesitaba.

Una vez que sus jugos cubren mi polla, acelero el ritmo y empiezo a embestirla con fuerza. Se muerde la lengua en un esfuerzo por evitar que sus gritos despierten a Max.

Sus pechos rebotan salvajemente frente a mí, y en el momento en que el orgasmo se apodera de ella, yo también me dejo llevar. Es rápido y egoísta, pero no hay manera de que pueda aguantar ni un segundo más. Apenas pude aguantar tanto tiempo.

Lo superaremos juntos. Cuando termina, nos desplomamos uno encima del otro.

—Entonces, ¿es un sí? —digo con voz áspera.

Ella se ríe de nuevo y, justo así, mi polla está tan dura como antes. Joder, esta mujer me deshace sin siquiera intentarlo. —Estás loco, ¿sabes? Esto es loco.

—Tal vez por eso vale la pena hacerlo.

Me siento erguido y acaricio la suave piel de la parte interna de su muslo. Sus ojos brillan en la oscuridad.

Coloca su mano sobre mi pecho, justo encima de mi corazón. —Es una locura… pero supongo que yo también estoy loca. Tenías razón: ya sé lo que quiero. Lo supe en el momento en que te vi hace diez años.

—Seguramente que *eso* es un sí.

—Puedo seguir prolongando el suspenso, si quieres.

Me inclino hacia delante y muerdo la curva de su cuello con los dientes. —Di que no —gruño—. Te reto, joder.

Iris se ríe y entrelaza sus dedos entre las raíces de mi cabello.

—Sí, Kon —murmura—. Me casaré contigo.

Dejo que mi boca se abra para poder quedarme allí con ella, aspirando su aroma, su suavidad, su aura.

—Pero primero —dice—, necesito otra ducha. Apesto a sexo.

Lamo rápidamente entre sus pechos. —A mí me hueles bien.

—Estás enfermo —se ríe, empujándome—. Aléjate antes de que te denuncie a las autoridades.

Ella se aleja, moviendo las caderas tan deliciosamente que casi la abordo para poder sumergirme en ella de nuevo. Por pura fuerza de voluntad, mantengo mi asiento.

Me siento en silencio por un momento. Luego, tomo mi teléfono.

Mi padre contesta al tercer timbrazo. —Konstantin.

—Lo terminé.

Él respira profundamente. —Tú… ¿Es esto por esa…?

—Cuidado, viejo. Ten mucho cuidado con lo que digas a continuación.

—Muchacho tonto. ¿No sabes el tamaño de la deuda…?

—Yo me encargaré —le digo sucintamente—. Siempre lo hago.

Luego, cuelgo y marco el número de Yefim.

—Oye —dice con voz alegre—. Me enteré de tu pequeña escapada espontánea. Cuáles son…

—Me voy a casar, Yefim —lo interrumpo.

—¡Maldita sea, fijaste la fecha! Bastardo astuto. No puedo creer…

—No con Anika.

Silencio. Silencio de muerte. Luego, lo escucho exhalar lentamente.

—Jesucristo, no puedes hablar en serio. Nestor estará sediento de sangre.

Resoplo. —Me gustaría verlo intentarlo.

—Kon, hermano. ¿Realmente has pensado en esto?

—Sin fin.

—¿Vale la pena?

Ni siquiera tengo que pensarlo. —Ella vale cada puta parte, Yefim. No arruinaría este acuerdo si no lo valiera.

—Tu padre…

—Ya hablé con él.

—Joder, joder, joder, joder, joder —repite Yefim—. ¿Dónde estás?

—Disneylandia.

—No es momento de desarrollar el sentido del humor, Kon. ¡Solo dime! —dice con impaciencia —. Me estoy volviendo loco por aquí.

—Déjame a mí preocuparme —le digo.

Luego, tal como hice con mi padre, cuelgo. Iris sale escabulléndose de la ducha, con el cabello mojado sobre el hombro y luciendo como un espejismo, envuelta en una fantasmagórica combinación blanca.

—Te ves hermosa —le digo mientras dejo caer el teléfono al suelo.

Ella viene hacia mí y cae en mis brazos. Tan fácil, tan sin esfuerzo. Esta es la primera vez que estamos juntos sin mantener distancias ni límites ni ninguna otra mierda que nos ha mantenido

separados todo este tiempo.

Ella se aleja un poco, pero su expresión es brillante y emocionada. —Quiero despertar a Max ahora mismo solo para decírselo.

—No, déjalo dormir —le digo—. Esta noche es nuestra.

La llevo al segundo dormitorio y ella viene conmigo de buena gana. Cierro la puerta detrás de nosotros y ambos nos acostamos en la enorme cama con dosel que domina un horizonte centelleante lleno de torreones de castillos relucientes y pistas de montañas rusas. No parece real.

En realidad, eso es apropiado… de la mejor manera posible, nada de esto parece real.

—Mañana iremos a desayunar y luego te compraremos un vestido.

—¿Es eso realmente necesario? En esta boda habrá tres personas —arrastra las palabras.

—Y una de ellas estará vestida de novia. ¿Entendido?

Se sonroja, se ríe, se muerde el labio y pone los ojos en blanco de repente, lo que parece fácil para ella, pero me pone más cachondo que jamás he estado en toda mi vida.

—La única familia que me importa ahora son tú y Max —le digo directamente—. El resto puede felicitarme cuando volvamos a casa. O enviarme una puta postal, no me importa.

—A casa —repite, como si estuviera asombrada por la palabra. Luego se vuelve hacia mí y pasa un dedo por mis labios. Pero, cuando la alcanzo, ella pone su mano sobre mi pecho y me impide tirarla contra mi cuerpo.

—Sé que es una estupidez —dice—, pero esperemos.

—¿Para qué?

Su sonrisa se hace más profunda y un poco más burlona. —Esperemos hasta casarnos para tener sexo.

Mis cejas golpean mi frente. —Te das cuenta de que acabamos de follar en el sofá, ¿verdad? Literalmente hace unos minutos.

—Me doy cuenta —se ríe—. Todavía me hormiguean las piernas.

—De nada.

—Como dije, sé que es estúpido, pero…

—No, puedo esperar —le digo—. Ya esperé diez años. Una noche más no me matará. Con un poco de suerte.

Se inclina y atrapa mis labios. Sus dedos agarran mi cuello mientras profundiza el beso.

—Vale —gruño, apartándome—. Ahora lo estás pidiendo.

—Lo siento —dice rápidamente, con las mejillas sonrojadas de color—. Ese fue mi error. Mantendré mis manos quietas.

—No te atrevas.

Tomo su mano y la coloco sobre mi polla. Estoy duro debajo de mis bóxers, y desesperado por estar dentro suyo otra vez. Hay un millón de formas diferentes en las que la quiero, un millón de formas diferentes en las que estoy desesperado por devastarla. Ella está acostada a mi lado, tumbada en una combinación tan delgada que bien podría ni siquiera existir, con su cabello oscuro cayendo como medianoche sobre sus hombros, ¿y se espera que yo me acueste aquí junto a ella y no haga nada?

Aparentemente, así es.

Y, lo que es más sorprendente, lo haré.

Porque ella me lo pidió.

Y yo le daré a mi esposa todo lo que me pida.

IRIS

Lloró.

Max lloró cuando le dijimos que nos íbamos a casar. Sostuve a mi bebé mientras él rompía en sollozos de alivio y felicidad, y en la mezcla de sus lágrimas, las mías comenzaron a caer también.

Kon fue el único que permaneció con los ojos secos, pero sé que fue solo por todo ese entrenamiento en su pasado. Pude notar que sentía las lágrimas de Max con tanta intensidad como yo.

Ahora estamos en una limusina y nos llevan a una tienda de ropa de lujo que confecciona vestidos de novia a mano. Sigo insistiendo en que es innecesario y Kon sigue ignorándome.

Todo está bien en el mundo.

Cuando llegamos a la tienda, Kon nos acompaña y habla con el gerente. Luego, se vuelve hacia mí y toma mis manos. —Te veré en el Ayuntamiento.

—¿No te quedarás?

Él niega con la cabeza. —Tengo algunas cosas que preparar —explica, y luego se vuelve hacia Max—. Max, ¿cuidarás a tu mamá mientras estoy fuera?

Max se pone de pie, erguido y orgulloso, tal como lo hace Kon. —Por supuesto.

Kon le guiña un ojo. —Buen hombre —luego, se vuelve hacia mí—. Disfruta esto, por favor. Y consigue el que quieras. Le ordené al personal retirar las etiquetas de precios antes de que te pruebas un vestido. En realidad, bajo pena de muerte.

—¡Kon!

Él sonríe. —Lo que quieras, *kiska*. ¿Vale?

—Necesito ver los precios.

—No, no lo necesitas.

—No, no lo necesitas, Mamá —interviene Max con una sonrisa irónica.

Yo suspiro. —Parece que pasaré el resto de mi vida siendo superada en número.

Los dos simplemente intercambian una sonrisa conspirativa.

Justo antes de irse, Kon se inclina y presiona sus labios contra los míos. Es casto, en lo que respecta a nuestros besos, pero hay un hambre persistente debajo que me hace temblar. Sé que anoche le resultó difícil abstenerse… tanto en sentido literal como figurado. Pero cumplió su palabra. Fue un testimonio de sus años de formación.

También es un testimonio de que dejó todo eso atrás. El Kon de hace una década podría haber dicho que se joda y haber tomado lo que quería. El Kon de hoy… el Kon con el que me voy a casar… simplemente dijo—: Lo que tú quieras —y me besó como solo él puede hacerlo.

—No puedo esperar para convertirte en mi esposa —dice Kon mientras se aleja. Mantiene sus labios cerca de mi oído y agrega en un susurro que solo yo puedo escuchar—: Además, no puedo esperar para follarte de un millón de maneras diferentes con mi anillo en tu dedo.

Fallo miserablemente en disimular mi sonrojo mientras él besa mi mejilla, revuelve el cabello de Max y se aleja.

—Él será tu esposo —canta Max con descaro.

Riendo, rodeo a mi hijo con el brazo y entramos a la tienda. Estoy tan feliz que siento que floto sobre el suelo.

Un trío de mujeres revolotea a mi alrededor, arrastrando delicados dobladillos de faldas y un perfume que huele terriblemente caro.

—Qué visión eres —me dice la mayor de las tres. Su cabello está peinado hacia atrás en un elegante moño lateral, y lleva un lápiz labial rojo brillante que nunca pude lucir bien.

—Cualquier cosa que te pongas quedará fantástica —añade la segunda.

La tercera interviene—: Literalmente no se puede elegir mal.

Miro a Max y le doy un codazo en el hombro. —El pequeño me dará su opinión honesta, ¿verdad?

Max asiente con solemnidad. —Absolutamente.

Nos conducen a una habitación lujosamente alfombrada, con paredes llenas de espejos de cuerpo entero y estantes plateados tras estantes plateados, cada uno con un solo vestido. Cada uno es la cosa más hermosa que vi en mi vida. Es casi seguro que cada uno tiene varias comas en la etiqueta de precio.

—Tómate tu tiempo —murmura la mujer más joven con una cálida sonrisa y un suave toque en mi codo—. No hay razón para apresurarse.

La mujer mayor se desliza por la habitación, su mirada oscila entre los vestidos y yo, los vestidos y yo. Los ojos se fruncen, escudriñan, evaluan Dios sabe qué.

Con la lengua fuera por la concentración, finalmente toma uno de un estante y se desliza de regreso hacia donde estoy sentada, en el borde de un sofá blanco como la nieve.

—Esto —pronuncia grandiosamente—. Empezaremos con esto —me tiende el vestido como si

fuera sagrado. Es un vestido blanco de pedrería de cuerpo entero, con escote redondo y tirantes finos.

—¿Max? —pregunto.

Arruga la nariz. —Demasiada pedrería.

Asiento con la cabeza. —Estoy de acuerdo.

La segunda hada de vestidos de novia se acerca con otro vestido en la mano. Es un vestido midi con bonitas mangas y una falda amplia que termina justo por encima de las rodillas.

Max niega con la cabeza. —No es para ti.

Asiento con la cabeza. —Él tiene razón. No es para mí.

—¿Puedo preguntar… qué es para ti? —pregunta la mujer del medio.

Ahora *esa* es una pregunta. Cuando intentaba ser modelo, usaba lo que me consiguiera el trabajo. En el medio, usaba lo que fuera cómodo y asequible. Pero, por primera vez en diez años, puedo elegir algo no por lo que puedo hacer con ello… sino por lo que hace por mí.

Dejo que mis ojos recorran sobre los hombros de las mujeres que esperan. Es un océano de blanco borroso hasta donde puedo ver, hasta que…

—Eso —señalo—. Ese es para mí.

Las tres mujeres se alejan y luego regresan con el vestido que les señalé. Asiento mientras se acercan. Quizá simplemente estoy delirando de felicidad o de una sobredosis de palomitas de caramelo, pero podría jurar que la tela brilla.

—Ven —dice la mujer mayor. Me toma del codo y me guía a un camerino.

Las tres entran conmigo y me ayudan a ponerme el vestido, lo cual es menos extraño de lo que esperaba. La más joven abre la puerta y yo salgo.

A Max se le cae la mandíbula. —Mami —susurra.

Hace mucho tiempo que no me llama así. Supongo que eso, más que cualquier otra cosa, es lo que cierra el trato.

Me giro para mirar a las mujeres con una sonrisa tímida. —Lo llevaremos.



UNA HORA MÁS TARDE, estoy de pie en los escalones de mármol del Ayuntamiento con mi vestido. Max está a mi lado con un elegante esmoquin y sus zapatitos brillando en negro a la luz de la tarde.

Un hombre nos espera ante las grandes puertas dobles. Es alto y majestuoso, con el cabello canoso peinado hacia atrás. —Por aquí, señora —dice con una reverencia.

Lo seguimos adentro, doblamos una esquina…

Y jadeo.

La sala está llena de miles y miles de velas parpadeantes. Lo primero que pienso es: *Esto definitivamente supone un riesgo de incendio.*

Mi segundo pensamiento es: *Esto es lo más hermoso que he visto en mi vida.*

Al final del pasillo, iluminado desde abajo por la luz danzante del fuego, está Kon. Las sombras caen en cascada sobre su rostro. Su barbilla es atrevida, su mandíbula afilada y su cabello impecable. Su esmoquin azul medianoche parece la parte más profunda del océano bajo la luna llena. Y esos ojos… los mismos ojos que me consumieron hace diez años… esos ojos son tan fascinantes como siempre lo han sido.

En el momento en que entro a la habitación, una suave música clásica comienza a sonar desde una orquesta sentada en un rincón. Siento el primer sollozo en mi pecho.

Pero entonces, Max toma mi mano. Miro hacia abajo y lo veo sonriéndome sutilmente. Su mano es cálida y suave, y parece tan seguro de sí mismo que de repente yo también lo estoy.

Le devuelvo la sonrisa y comenzamos a caminar juntos hacia el altar. Max y yo nos detenemos frente a Kon y los dos se abrazan antes de que Kon tome mi mano.

—Esto es una locura —le susurro.

Me guiña un ojo mientras el juez de paz, a su derecha, comienza las formalidades. Hay otras dos personas en la habitación, ambas vestidas de traje, ambas desconocidas para mí.

Pasan palabras, algunas dichas por el juez, otras por Kon, otras por mí. Apenas puedo seguir el ritmo. Hasta el final.

—…Konstantin Aminoff, ¿aceptas a esta mujer como tu esposa legítima?

Me mira y el oro de sus ojos brilla. —Sí.

Luego, saca una pequeña caja negra del bolsillo de su abrigo y la abre justo delante de mí. Sobre el pequeño cojín plateado hay una preciosa piedra esmeralda, flanqueada por dos enormes diamantes color champán.

No puedo evitar jadear. —Ay, Dios mío… Kon.

Él sonríe y lo desliza en mi dedo. Es un ajuste perfecto. Luego, me ofrece una sencilla alianza de plata que debo darle.

—Iris Keller, ¿aceptas a este hombre como tu legítimo esposo?

Me trago los nervios. —Sí —digo, deslizando el anillo en su dedo.

—Entonces, por el poder que me confiere el estado de California, ahora los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Kon toma mi cara con ambas manos.

Todo lo que puedo ver es a él.

Todo lo que *quiero* ver es a él.

Luego, me besa por primera vez como mi esposo. Y siento que una paz extraña y sobrenatural se apodera de mí.

Ya no estamos solos.



SI LA CEREMONIA FUE BORROSA, el resto de la velada es un espejismo de ensueño febril. Hay una comida elegante en un magnífico restaurante. Hay un viaje en limusina de regreso al hotel. Hay muchas conversaciones y risas y quizá una o dos lágrimas cuando estoy bastante segura de que nadie está mirando.

Todo se siente como si alguien hubiera avanzado rápidamente.

Justo hasta que Max se queda dormido en el segundo dormitorio, y Kon me levanta en sus brazos y me lleva a su… no, a *nuestro* dormitorio. Hay pétalos de rosa esparcidos por todas partes, pero, por muy hermosa que sea la habitación, no me interesa admirarla.

Solo hay una cosa que quiero ahora.

Me arroja suavemente sobre la cama y se arranca la chaqueta. —Ese vestido —dice—. Ese vestido…

Yo sonrío. —¿Te gusta?

—Me gusta tanto que estoy a punto de arrancártelo —me río y él niega con la cabeza—. No puedo creer que me hayas hecho esperar veinticuatro horas completas para follarte. Esta noche haré que te arrepientas de esa decisión.

—¿Cómo?

—Para empezar, no dormirás ni un solo segundo.

Le doy una sonrisa burlona. —¿Lo prometes?

Su chaqueta cae al suelo, pero, justo cuando se está desabrochando la camisa, oigo que alguien golpea la puerta.

Me levanto de golpe. —¿Quién es?

Los ojos de Kon se oscurecen, pero no en el buen sentido. No en la forma en que se oscurecen cuando me mira.

—Espera aquí —gruñe.

Es una orden.

Espero hasta que salga de la habitación antes de correr hacia la puerta y abrirla suavemente. Lo suficiente para dejar entrar un poco de luz y mucho sonido.

—Yefim —gruñe Kon—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Realmente no puedo ver a ninguno de los dos, pero puedo oír claramente. —Vine a… tenía que venir… yo…

—Ya está hecho. Estamos casados.

Arrugo la frente. Parece casi como si corriera contra un reloj.

—Tu matrimonio ha iniciado una guerra —dice Yefim, con la voz débil por la sorpresa.

Kon resopla. —Puedo manejar a Nestor.

Arrugo la frente. *¿Quién es Nestor?*

—Nestor ya declaró su posición —dice Yefim—. No habrá negociación ahora.

—Pagaré la deuda en su totalidad, con intereses.

—¿No lo entiendes? ¡Ya no se trata de dinero, Kon! ¡Dejaste a tu prometida por una mujer cualquiera!

Prometida. Puedo sentir los latidos de mi corazón en mis oídos. ¿Es eso siquiera posible? No. Basta. Tengo que escuchar. Tengo que saber qué está pasando.

—Tu padre intentó controlar los daños —dice Yefim—. Fue a ver a Nestor.

Ya no me importa que me vean. Abro la puerta del todo, pero ni Kon ni Yefim me notan. Están parados uno frente al otro, ambos hombres con expresiones graves y erizados de tensión.

—¿Y…?

Yefim deja caer la mirada al suelo. Su voz sale con un graznido ronco cuando dice—: Y Nestor le metió una bala en el cerebro. Dejaste a su hija, la mujer con la que se suponía que te casarías. ¿Qué pensaste que iba a pasar?

Ay, Dios. Ay, Dios. Ay, Dios.

Me hundo de rodillas en la alfombra. —Kon…

Apenas sale ningún sonido de mi boca, pero él igual me escucha. Se gira y sus ojos encuentran los míos. El dolor está grabado en cada línea de su rostro.

—¿Es verdad? —susurro.

—No es lo que piensas —dice de inmediato.

Su voz es ronca, descontrolada. Está procesando la muerte de su padre y, a pesar de todo lo que acabo de escuchar, una parte de mí todavía quiere estar ahí para él.

Pero no puedo. No lo haré.

Porque tengo que castigarme por creer que podría ser feliz. Que podría estar a salvo. Que existía una familia feliz con mi nombre.

—¿Dejaste a tu prometida para casarte conmigo? —pregunto.

Sus rasgos se vuelven duros. —No entiendes nada de lo que está pasando aquí.

—¿Cómo podría? Nunca me contaste nada de esto —luego me dirijo a Yefim—. ¿Cómo se llama?

No dice nada.

—Contéstame —digo sin alzar la voz—. Merezco saber al menos esto. Quiero saber su nombre.

Ni siquiera sé por qué tengo tantas ganas de saberlo. Solamente quiero. Definirá algo para mí.

—Su nombre es Anika Kuzmin —dice en voz baja cuando Kon no reacciona.

Justo así, ella es real. Esto es real. Y, Dios, duele mucho por eso.

Asiento una vez. Luego, entro a la habitación donde Max todavía está profundamente dormido y les cierro la puerta a ambos. Me apoyo contra la puerta y me deslizo hasta el suelo. Las lágrimas salen espesas y calientes. Miro a través de ellos la hermosa esmeralda en mi dedo y me maldigo por quedar atrapada en una fantasía. Por amarlo incluso cuando sabía que no debería haberlo hecho.

Pero, incluso mientras lloro, planeo mi fuga.

Solo me queda un lugar al que ir ahora.

A casa.



CONTINUARÁ: La historia de Kon e Iris concluirá en el Libro 2 del dueto Enjaulada: *ESPINA ENJAULADA.*

¡HAZ CLIC AQUÍ PARA EMPEZAR A LEER AHORA!